

Fr. M.-M. Philipon OP

*LA DOCTRINA ESPIRITUAL
DE SOR ISABEL DE LA TRINIDAD*

Prologo del P. Garrigou-Lagrange OP



www.traditio-op.org



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

Contenido

Contenido	3
Nota del traductor	7
Prefacio	9
Introducción	15
1. Itinerario espiritual	23
I. Vida interior en el mundo	23
1. <i>Caprichos de niña</i>	23
2. <i>Conversión</i>	24
3. <i>Fiestas mundanas</i>	25
4. <i>Obras de abnegación</i>	25
5. <i>vacaciones de verano</i>	26
6. <i>El agendo contra</i>	28
7. <i>Primeras gracias místicas</i>	29
8. <i>El encuentro con el padre Vallée</i>	31
II. Carmelita	33
1. <i>Su ideal de carmelita</i>	34
2. <i>Gracias sensibles del postulante</i>	36
3. <i>Las purificaciones del noviciado</i>	37
4. <i>vida profunda</i>	40
III. <i>Hacia la unión transformadora</i>	42
2. El ascetismo del silencio	54
1. <i>La santa del silencio</i>	54
2. <i>El silencio exterior</i>	57
3. <i>El silencio interior</i>	59
4. <i>Divinum silentium</i>	62
3. La habitación de la Trinidad	68
1. <i>La santa de la habitación divina</i>	69
2. <i>Su doctrina de la habitación divina</i>	77
3. <i>El lugar de ésta presencia: el centro más profundo del alma</i>	80
4. <i>Sus actos esenciales: la actividad de la fe y el ejercicio del amor</i>	81
5. <i>En la fe pura</i>	82
6. <i>Primacía del amor</i>	84
7. <i>Las prácticas: hacer actos de recogimiento</i>	88

8. <i>Breve catecismo de la presencia de Dios</i>	90
9. <i>Progreso en la presencia de Dios</i>	93
10. <i>Los dos principales efectos de esta presencia: el olvido de sí mismo y la unión transformadora</i>	94
11. <i>¡Ah! ¡Si pudiera decir a todas las almas...!</i>	101
4. La alabanza de gloria	102
1. <i>El nombre nuevo</i>	103
2. <i>Una alabanza de gloria es un alma de silencio</i>	109
3. <i>La alabanza de todos sus dones</i>	109
4. <i>La vida eterna comenzada</i>	112
5. <i>La alabanza del alma crucificada</i>	115
6. <i>El alma es un cielo que canta a Dios</i>	117
7. <i>El oficio de una alabanza de gloria</i>	118
5. La conformidad con Cristo	122
1. <i>Nuestra predestinación en Cristo</i>	125
2. <i>La presencia íntima de Jesús</i>	128
3. <i>Devoción al alma de Cristo</i>	131
4. <i>Identificarse con todos los movimientos del alma de Cristo</i>	132
5. <i>Expresar a Cristo a los ojos del Padre</i>	133
6. <i>Ser para Él una humanidad suplementaria</i>	138
7. <i>La conformidad con su muerte</i>	140
6. Janua Coeli	145
1. <i>La Virgen del Carmelo</i>	147
2. <i>La virgen de la Encarnación</i>	150
3. <i>Janua Coeli</i>	153
7. Sor Isabel de la Trinidad y las almas sacerdotales	157
1. <i>Amistades sacerdotales</i>	158
2. <i>El sacerdote de la misa</i>	162
3. <i>Asociada al apostolado del sacerdote</i>	165
4. <i>El sacerdote y la dirección de las almas</i>	168
8. Los dones del Espíritu Santo	176
1. <i>El papel de los dones del Espíritu Santo</i>	176
2. <i>El espíritu de temor</i>	184
3. <i>El espíritu de fortaleza</i>	186
4. <i>El espíritu de piedad</i>	189
5. <i>El espíritu de consejo</i>	193
6. <i>El espíritu de ciencia</i>	195
7. <i>El espíritu de entendimiento</i>	197

8. <i>El espíritu de sabiduría</i>	202
9. Elevación a la Trinidad (comentario)	209
I. Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro	211
II. Pacificad mi alma	216
III. Oh amado Cristo mío	219
IV. Oh Verbo eterno	220
V. Oh mis Tres	223
Epílogo: Misión	225
1. <i>El gran silencio de adentro</i>	226
2. <i>Alabanza de gloria de la Trinidad</i>	229

Nota del traductor

Al ofrecer a nuestros lectores la traducción de esta obra del Padre Philipon lo hacemos con el ánimo de satisfacer con ella a los más exigentes.

Debe el traductor no sólo cuidar la fidelidad en la expresión de las ideas del autor, sino vigilar también que la traducción se ajuste a su manera propia de expresión. Tal ha sido nuestro propósito.

Es tan personal el estilo de Sor Isabel que, dado el genio diverso de la lengua, resulta indudablemente menos elegante el conservar en la traducción su modalidad y forma de expresión. A pesar de ello, se ha preferido sacrificar la elegancia antes que perjudicar el estilo del escritor.

Tienen, en realidad, ciertas expresiones de la monja de Dijon, una fuerza y sabor peculiares, fruto de una personalidad claramente definida.

Así, al silencio interior, le llama: «El silencio de adentro»; a las profundidades del espíritu, las llama: «El fondo del abismo sin fondo»; expresiones que se han conservado en la traducción castellana, al igual que otras semejantes.

Hablando de la transformación en Cristo tiene frases como éstas: «Exprimer le Christ aux yeux du Père», que se ha traducido por: «Expresar a Cristo a los ojos del Padre»; «Quand je será toute passée en Lui», que se ha traducido por: «Cuando haya pasado toda a Él»; «Le Maitre est libre de s'écouler», que se ha traducido por «El Maestro es libre de verterse»; entendiendo así reflejar más cumplidamente el pensamiento de la escritora mística.

Por lo que se refiere al Padre Philipon, ocurre encontrar en sus escritos, algunos neologismos a los que en la traducción se ha dado el significado corriente de estas voces. Así, para citar sólo algunos ejemplos, se ha traducido: «Expliciter» por «hacer más explícito»; «activisme» por «activismo»; «ascése» por «ascetismo.»

Todavía una aclaración más, acerca de lo que se refiere a textos que encontramos citados por ella en francés pero que originariamente han sido escritos en otra lengua.

Queremos decir que, cuando Sor Isabel cita pasajes de las Sagradas Escrituras, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, y de las Reglas y

Constituciones, algunas veces lo hace al pie de la letra, pero frecuentemente de manera libre, y siempre siguiendo las ediciones francesas. Así todas las citas del Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz las hace Sor Isabel de acuerdo con la edición francesa del Carmen de París, año 1892.

Aun a costa de vernos privados de las clásicas traducciones castellanas de la Biblia y del texto original de Santa Teresa, y de San Juan de la Cruz, se ha preferido conservar la manera de citarlos, muchas veces de manera libre, de Sor Isabel, ya que al pasar por su alma parecen recibir algo de su espíritu.

La Doctrina Espiritual de Sor Isabel de la Trinidad, no es nueva en castellano; es la misma que iluminó el Castillo Interior de Las Moradas y llenó de armonía el Huerto del Amado en el Cántico Espiritual. La autora de *Souvenirs* es hija de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, en cuyas obras, así como también en las Epístolas de San Pablo, bebió las aguas de la vida que saciaron plenamente su espíritu.

Bien está ofrecer en la lengua de los padres los cantares de la hija.

Tenga la traducción castellana de esta magistral obra del Padre Philippon, la buena acogida que ha recibido en el original francés.

Prefacio

«Ese misterio de la habitación de la Santísima Trinidad en lo más íntimo de ella fue la gran realidad de su vida interior.» (R. P. Garrigou-Lagrange.)

Las verdades más elementales de la fe cristiana, como las expresadas en el Padrenuestro, se nos aparecen como las más profundas, cuando durante largo tiempo se las ha meditado con amor, cuando de ellas se ha vivido, llevando la cruz, largos años, y cuando han llegado a ser así objeto de contemplación casi continua.

Bastaría a un alma vivir profundamente una de esas verdades de nuestra fe, para ser conducida hasta las cimas de la santidad.

Entre esas verdades hay que poner en primer término la de la presencia especial de Dios en el alma de los justos, según esta palabra de Jesús: «Si alguno me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre lo amará y vendremos a él, y haremos en él nuestra morada.» (Jn 14,23) Nuestro Señor, con estas palabras, y al prometernos que nos enviaría el Espíritu Santo, nos ha enseñado que la vocación más fundamental de todo bautizado es vivir en sociedad con las Personas mismas de la Santísima Trinidad. De ese modo, según la palabra a menudo repetida por Santo Tomás, la vida cristiana ya en este mundo es en cierto sentido la vida eterna comenzada: «*quaedam inchoatio vitae aeternae.*» La gracia del bautismo nos da el poder de participar verdaderamente de la naturaleza divina, tal cual subsiste en el seno de la Trinidad. Dios nos ha amado en su Hijo hasta querer hacernos participar del principio mismo de su vida íntima, del principio de la visión inmediata que tiene de Sí mismo que Él comunica al Verbo y al Espíritu Santo. Así los justos entran en la familia de Dios y en el ciclo de la vida trinitaria. La fe viva, iluminada por el don de la sabiduría, los asimila a la luz del Verbo; la caridad infusa los asimila al Espíritu Santo. El Padre en ellos engendra su Verbo, el Padre y el Hijo en ellos espiran el Amor Personal que los une. En cada uno de ellos la Trinidad entera habita como en un templo viviente, aquí abajo como en un templo oscuro, en el cielo en una luz sin sombra y un amor inamisible.

La sierva de Dios, Isabel de la Trinidad, fue una de esas almas luminosas y heroicas que saben adherirse fuertemente a una de esas grandes verdades, las más sencillas y vitales, y encontrar en ella bajo las apariencias de una vida ordinaria el secreto de una muy grande unión con Dios. Este misterio de la habitación de la Santísima Trinidad en lo más íntimo de ella fue la gran realidad de su vida interior. ¿No decía ella misma: «La Trinidad, he ahí nuestra morada, nuestra “casa”, la casa paterna de la que no debemos salir nunca... Me parece que he encontrado mi cielo en la tierra, puesto que el cielo es Dios y Dios está en mi alma. El día en que comprendí eso, todo se iluminó en mí...»

El eje de esta vida sobrenatural se encuentra manifiestamente en el ejercicio de las virtudes teologales. La fe es la luz sobrenatural que nos hace recibir la revelación de ese mundo divino. Nuestra esperanza, apoyándose en la omnipotencia benéfica de Dios, nos da el poder de tender con certeza hacia la bienaventuranza eterna. La caridad nos establece de modo permanente en la amistad y sociedad de las Personas divinas, según la doctrina del Apóstol San Juan: «Dios es Amor. El que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él.» En realidad es la misma vida sobrenatural, que comienza en la tierra con el bautismo y se desplegará en el cielo en la visión cara a cara. La fe está en la raíz de toda esta actividad nueva. Es «la substancia», el principio, el germen «de las cosas que esperamos» y que un día contemplaremos a descubierto. La menor luz de fe es así infinitamente superior a las intuiciones naturales de los más grandes genios y de los ángeles más elevados; es del mismo orden, esencialmente sobrenatural, que la visión beatífica; la fe viva, iluminada por los dones de inteligencia y sabiduría, es, pues, la sola luz proporcionada a esta vida de intimidad con las Personas divinas.

Así sor Isabel de la Trinidad nos aparece ante todo como un alma de fe, cada vez más en comunión con el mundo invisible, a medida que continúan bajo la mano de Dios, a través de los acontecimientos de su existencia, las purificaciones de los sentidos y del espíritu. Como verdadera hija de san Juan de la Cruz, tenía conciencia de ese papel primordial de la fe en el orden sobrenatural. «Para acercarse a Dios, escribía, hay que creer. La fe es la substancia de las cosas que hay que esperar y la convicción de las que no se ven. San Juan de la Cruz dice que ella nos sirve de pies para ir a Dios y que es la posesión en estado oscuro. Sólo ella puede darnos verdaderas luces sobre Aquél que amamos; y nuestra

alma debe escogerla como medio para llegar a la unión bienaventurada...»

Sin descuidar la práctica de las virtudes morales, se la vio aplicarse cada vez más a la actividad interior de las virtudes teologales. «Mi único ejercicio es entrar adentro y sumergirme en Los que están ahí.»

El desarrollo perfecto de la fe, de la esperanza y de la caridad requiere una asistencia especial de Dios; y la vida mística está precisamente caracterizada por la actividad cada vez más predominante de los dones del Espíritu Santo. Las virtudes teologales, en efecto, aunque superiores a los dones que las acompañan, reciben de ellos una perfección nueva, como el árbol es más perfecto con sus frutos que sin ellos. El que aun no posee más que imperfectamente un principio de acción -enseña en resumen santo Tomás- no puede obrar como conviene sin ser ayudado por un agente superior. En la vida espiritual, el principiante necesita a su lado un maestro experimentado, lo mismo que el estudiante de medicina o de cirugía necesita ser dirigido por el maestro que lo forma. Ahora bien, el justo, por las virtudes teologales y morales, aun no posee más que imperfectamente esa vida divina de la gracia que lo introduce de un modo estable en la familia de la Trinidad. Es necesario pues que las Personas divinas mismas vengán a ayudarlo, según estas palabras de san Pablo a los Romanos (8,14): «Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.» Para ser «perfecto como el Padre celestial es perfecto», es necesario que viva en la intimidad de las Personas divinas no a la manera de una criatura humana sino a la manera de Dios. ¿Cómo juzgar de todas las cosas, divinas y humanas, a la manera de Dios mismo, sin una comunicación especial de la ciencia y de la sabiduría divinas? ¿Cómo, en medio de las situaciones a menudo inextricables de la vida corriente, tomar una decisión rápida, que coincida con el plan de la Providencia, sin una moción especial del don de consejo? ¿Cómo, por fin, permanecer inmutablemente unido a la voluntad divina en medio de las dificultades a veces terribles de la vida, sin una asistencia especial de la fortaleza divina misma, única capaz de triunfar de todas las potestades del mal?

Esos dones del Espíritu Santo se manifiestan por lo demás con extrema variedad en el mundo de las almas, según las circunstancias en que Dios las conduce, según su misión. En unos se echan de ver más pronto los dones intelectuales; en otros los de temor, piedad y fortaleza; su juego es infinitamente matizado. El mismo don reviste formas diver-

sas según los santos. En unos, como en un san Agustín, la sabiduría aparece sobre todo bajo una forma contemplativa; en otros, como en un san Vicente de Paul, bajo una forma práctica completamente orientada hacia las obras de misericordia. A los primeros el Espíritu les concede la gracia de penetrar de manera sabrosa en las profundidades de Dios y de expresarlas espléndidamente; a los otros les hace ver como en una luz difusa los miembros dolientes de Cristo y el medio de trabajar eficazmente en su salvación.

En la sierva de Dios, de la que se trata en estas páginas, llama nuestra atención la elevación de los dones de inteligencia y sabiduría, que le dan tan gran penetración del misterio de la Trinidad y se lo hacen gustar de modo casi continuo. Desde antes de su ingreso al Carmelo, se la veía embargada por esta presencia de las Personas divinas en lo más íntimo de su alma. Al fin de su vida, en la fiesta de la Ascensión, la última que ella pasó en la tierra, sintió en tal grado que la Trinidad santa tomaba posesión de su alma que entrevió a las Tres Personas divinas celebrar en ella su consejo de amor, y desde ese día, en cuanto le recomendaban alguna intención particular, contestaba: «Voy a hablar de ello a mi Consejo Todopoderoso.» La víspera de su muerte, podía escribir con toda verdad: «Creer que un Ser que se llama el Amor habita en nosotros en todo instante del día y de la noche, y que nos pide que vivamos en Sociedad con Él, he aquí, os lo confío, lo que ha hecho de mi vida un cielo anticipado.»

Quedamos también muy sorprendidos de ver en qué grado recibió el don de fortaleza. Se observa esto constantemente por la valentía con que la sierva de Dios aceptó las más duras pruebas, en particular durante su enfermedad. Sin poder entregarse a las mortificaciones extraordinarias, que la obediencia a su superiora le prohibió siempre en el transcurso de su vida religiosa, se la vio sin desmayo pasar, durante un largo y penoso año de noviciado, a través de las dolorosas e inevitables purificaciones pasivas de una sensibilidad demasiado viva aún. Atravesó con denuedo el camino de la noche oscura, refugiándose cada vez más en la fe pura, no cesando de elevarse hacia Dios por encima de todas sus gracias y todos sus dones. Pero el don de fortaleza se reveló señaladamente sobre todo en el decurso de su última enfermedad. Mientras todo su ser físico iba a la destrucción, su alma permanecía inmutable bajo las purificaciones divinas más mortificantes, estableciéndose por encima del sufrimiento mismo, para no pensar ya, a través de toda alegría y todo dolor,

en otra cosa que en su oficio de «alabanza de gloria de la Trinidad.» Recordaba con qué majestad Cristo Rey coronado de espinas fue al Calvario, y un reflejo de esa majestad se encuentra en esta valiente esposa del Salvador, que trabajó con Él, por medio de Él, y en Él, con los mismos medios que Él, en la salvación de las almas. Verdaderamente Dios había escuchado su deseo supremo: «Morir no sólo pura como un ángel, sino también transformada en Jesús Crucificado.»

Finalmente, uno de los rasgos más característicos de la fisonomía espiritual de sor Isabel de la Trinidad es manifiestamente su sentido doctrinal, alimentado en las mejores fuentes del pensamiento cristiano, en sus dos maestros preferidos: san Pablo, el apóstol del misterio de Cristo, y san Juan de la Cruz, el doctor místico del Carmelo. Sin ser teólogo en el sentido formal de la palabra, como verdadera hija de santa Teresa, tenía el gusto de la doctrina sólida, para hacer de ella el alimento sustancial de su vida interior, saboreando en el silencio y la meditación las grandes verdades de la fe, bajo la luz de la vida, que crece en nosotros con el amor de Dios y de las almas.

Convenía pues poner en relieve, a la luz de los principios directivos de la teología mística, los movimientos esenciales de esta alma contemplativa y discernir las verdades fundamentales de que vivió la sierva de Dios, según su gracia propia, bajo una forma carmelitana. Después de haber señalado las etapas principales de su ascensión, era de interés poner en relieve los puntos de doctrina de que se había particularmente nutrido su vida espiritual: el ascetismo del silencio, la habitación de la Trinidad, la alabanza de gloria, la conformidad con Cristo, como también su devoción tan personal a la Virgen de la Encarnación, la actividad en ella de los dones del Espíritu Santo, el sentido profundo de su célebre oración y de su misión.

El Padre María Miguel Philipon ha escrito estas páginas después de haber meditado largo tiempo la vida y los escritos de sor Isabel de la Trinidad; de ellos se compenetró verdaderamente durante varios años y ha procurado explicarlos a la luz de los principios de la teología, tal cual se encuentran formulados por santo Tomás y aplicados a la dirección de las almas contemplativas por san Juan de la Cruz.

Lo ha hecho con gran piedad y sentido doctrinal que le han permitido guardar el impulso sobrenatural y la justa medida, el equilibrio, en esas difíciles cuestiones, en particular allí donde la sierva de Dios tuvo que

practicar simultáneamente las virtudes en apariencia contrarias de fortaleza y de mansedumbre, de prudencia y de sencillez, de compasión para con los descarriados y los pecadores y de celo ardiente de la gloria de Dios.

Se leerá con gran provecho este estudio perspicuo y profundo, en el que la teología de «la gracia de las virtudes y de los dones», aparece de modo muy concreto y vívido, al manifestar las riquezas que contiene.

Que la Santísima Trinidad encuentre en este libro un nuevo rayo de gloria y que las almas que lo lean saquen de él la verdadera humildad tan íntimamente conexas con las virtudes teologales que nos dan el sentido de las cimas. Tantos pobres seres humanos, hechos para la vida eterna y la sociedad de las Personas divinas, se arrastran en la agitación estéril de un mundo fuera de su eje. Dígnese el Señor hacer encontrar a muchos, en estas páginas, la orientación que les permita dirigirse, de volver a hallar el verdadero camino que conduce a la intimidad divina, a la «luz de vida» que lo ilumina todo desde arriba, mostrándonos lo «único necesario», el término de nuestro destino.

Roma, Angélico 12 de julio de 1937

Fr. Reginaldo Garrigou-Lagrange, O. P.

Introducción

«Una mirada de teólogo: sobre un alma y una doctrina.»

La publicación de los *Recuerdos* que contienen la narración de la vida y numerosos escritos de sor Isabel de la Trinidad se ha esparcido en Francia de manera extraordinaria: en menos de treinta años y sin propaganda ruidosa, más de noventa mil ejemplares. Sin contar una docena de traducciones a lenguas extranjeras. Se está terminando actualmente la versión china.

Leídos los *Recuerdos*, han llegado al Carmelo de Dijón millares de testimonios de agradecimiento, procedentes del mundo entero y de los medios más diversos: simples cristianos, almas religiosas y contemplativas sobre todo, numerosos sacerdotes y seminaristas, eminentes teólogos, miembros notables del episcopado...

Su Eminencia el Cardenal Mercier, a su regreso de Roma después de la canonización de santa Juana de Arco, quiso detenerse en peregrinación en el Carmelo de Dijón. Como le mostraran en el capítulo, un cuadro que representaba a sor Isabel de la Trinidad, preguntó:

—¿Cuánto tiempo pasó en el Carmelo?

—Cinco años, Eminencia, respondió la Madre Priora.

Y el Cardenal esbozando una sonrisa:

—Se hacen pronto santas aquí.

Cuando lo condujeron a la celda de la joven carmelita, transformada en oratorio, volvió a sus labios el mismo pensamiento:

—Muy pronto llegó a ser santa, mientras que nosotros nos arrastramos¹.

¹ He aquí las fechas más importantes de su vida: Nacida en Bourges el 18 de julio de 1880. Bautizada el 22 de julio de 1880. Primera Comunión: 19 de abril de 1891. Primeras gracias místicas: retiro de enero de 1899: Ingreso al Carmelo: 2 de agosto de 1901. Toma de hábito: 8 de diciembre de 1901. Profesión

Repetidas veces, el ilustre y santo prelado hizo de los *Recuerdos* su libro de cabecera. Durante una reunión sacerdotal, al recomendarlo vivamente, expresó el deseo de que ese libro estuviera en la biblioteca de todos sus sacerdotes.

¿A qué causas atribuir tal difusión?

Pertenece a la Iglesia -y a ella sola- declararse sobre la santidad de los siervos de Dios. De antemano nos inclinamos filialmente y sin reserva ante su juicio.

Nos hemos colocado en otro punto de vista. Al examinar en el Carmelo de Dijón, la correspondencia recibida en ocasión de la publicación de los *Recuerdos*, al multiplicar en las comunidades religiosas las investigaciones sobre la naturaleza de la influencia de sor Isabel de la Trinidad, una conclusión se ha impuesto a nosotros como una evidencia de hecho: lo que más ha llamado la atención en los escritos de la santa carmelita, es su *carácter doctrinal*. El P. Sauv  acertaba, y no hacía sino traducir una impresión general, cuando escribía: «Quizá debido a ello los Recuerdos producirán mayor bien.»²

Podrían multiplicarse testimonios análogos procedentes de las más diversas escuelas de espiritualidad³.

Dos nos aparecen particularmente reveladores.

El R. P. Arintero O. P. escribía al Carmelo de Dijón el 16 de junio de 1927:

«Este libro (los Recuerdos) me encanta por su hermosa *doctrina* que está *llamada* a producir un bien inmenso en las almas... Lo que más admiro en esta sierva de Dios es su sentido *profundo de los grandes misterios de la vida cristiana*: de nuestra incorporación a Cristo cuya misión debemos continuar, de la habitación de la Trinidad entera en nuestros corazones... Ese sentido de los grandes misterios, idéntico al del Apóstol, le ha permitido llegar a ser una fiel intérprete de los más hermosos

perpetua: Epifanía de 1903. Entrada en la enfermería: marco de 1906. Fallecida el 9 de noviembre de 1906.

² Testimonio citado en los *Recuerdos*, p. xxvi, edición de 1935.

³ Los *Recuerdos* citan: al R. P. Foch, S. J., a Dom Vandeur, o. S. B., a Ch. Sauv , S. S., al Revdmo. P. Luis de la Trinidad, C. D., al R. P. Vallée, O. P., Cartujos, etc.

pasajes de sus profundas epístolas. Cuando sor Isabel las explica en sus cartas familiares -aunque sólo sea de paso- derrama torrentes de luz de vida, atrayendo así innumerables almas a la vida interior...»

Por su parte, S. E. Monseñor Sagot du Vauroux escribía: «Lo que me parece más notable en la vida de sor Isabel de la Trinidad, es *la exacta conformidad de sus miras*, de sus inclinaciones, de su vida interior, de sus palabras, *con los más seguros principios de la teología mística*. No sabe usar de sutilezas. La imaginación no la lleva más allá de los espacios en que suele mantenerse la sana razón iluminada por la fe y vivificada por el amor. Las consideraciones sutiles o nebulosas le son desconocidas. Siendo su pensamiento siempre justo, no deja de serlo también la expresión que se presenta fácilmente a su pluma. ¡Cómo conoce y penetra bien el sentido de las Escrituras y particularmente de las epístolas del gran san Pablo, por quien su ardiente corazón experimenta una predilección que no nos admira! ¡Con qué comentarios interesantes y justos ilumina las más sublimes enseñanzas de san Juan de la Cruz! ¿Quién, por ventura, diserta con esa elevación y firmeza de espíritu? ¿Es un sacerdote acostumbrado desde tiempo al trabajo teológico y a la oración mental? No sería fácil reconocer a través de esos desarrollos sencillos y luminosos pero de una lógica viril, el alma de una joven, si el calor y la gracia de un estilo siempre delicado y puro, con frecuencia vivo y jovial, no derramaran una incomparable dulzura sobre todos los escritos de Isabel. A ejemplo de santa Teresa, la apreciada hermanita gustaba, pues, ante todo, de la verdadera, fuerte, hermosa doctrina.»⁴

Esta «exacta conformidad de miras con los más seguros principios de la teología mística» es, en efecto, el rasgo más característico de esa espiritualidad esencialmente doctrinal. Tal es la impresión dominante que nos acompañaba continuamente en presencia de los textos y documentos dejados por sor Isabel de la Trinidad; eso es lo que nos ha determinado a tratar de descubrir y precisar su significado profundo. Quisiéramos poder definir así el sentido de nuestro trabajo: una mirada de teólogo sobre un alma y una doctrina.

Aunque nuestra finalidad no fue principalmente un trabajo de historiador, en la interpretación de los hechos hemos procurado permanecer rigurosamente objetivos. No se trataba de establecer a priori una tesis

⁴ Recuerdos, p. xvii, edición de 1935.

mística y en ella hacer entrar por fuerza testimonios y documentos, sino más bien de hallar, por medio de las leyes del método histórico, su sentido auténtico según las circunstancias de tiempo, lugar, destinatarios, ambiente religioso y social; de determinar su significado integral con arreglo a las condiciones psicológicas, las influencias humanas o divinas recibidas.

Para garantizar la objetividad de esa mirada, se imponía un extenso trabajo de documentación y de investigación positiva. Hemos confrontado con los autógrafos todos los escritos -excepto unas pocas cartas que se nos han escapado pero de las que hemos podido obtener una copia certificada conforme al original-. Hemos utilizado numerosos textos, que aparecen aquí por primera vez. Pluma en mano hemos interrogado al mayor número posible de testigos, en particular a las tres más íntimas amigas de Isabel Catez antes de entrar ésta al convento, a su propia hermana, y largamente a religiosas, contemporáneas suyas en el Carmelo, una de las cuales había trabado grande amistad con ella, a su confesor, que la dirigió de los 15 a los 21 años, a otras personas que la conocieron, a un sacerdote de su familia que trató con ella muchas veces, finalmente y sobre todo, al testigo más autorizado de su vida: la Madre Germana de Jesús, que durante toda la permanencia de sor Isabel de la Trinidad en el Carmelo de Dijón fue al mismo tiempo su Priora y su Maestra de Novicias. Esta última testigo, a causa de su valor excepcional, merece una mención especial. Ahora que una santa muerte la ha llevado al cielo, el agradecimiento nos impone el deber de decir que nada podía sernos más precioso, para la elaboración de este trabajo, como las confidencias y las largas horas de intimidad con la Madre Germana, sobre la que fue verdaderamente «su hija.» La hemos consultado acerca de todo con el mayor cuidado; y, en repetidas ocasiones, hemos tenido el inapreciable consuelo de obtener su plena confirmación de las conclusiones que nos parecen desprenderse del análisis atento de los documentos. Todos los puntos esenciales de este libro fueron dispuestos en perfecto acuerdo con ella.

Una vez terminado ese trabajo crítico de discernimiento, quedaba el fin primero, fundamental, de la obra: poner en relieve, a la luz de los hechos y de las confidencias recibidas, el sentido doctrinal de la vida y escritos de sor Isabel de la Trinidad.

El mismo afán de objetividad exigía que se tomara la doctrina de sor Isabel de la Trinidad en su fuente viva y que se siguiera su desarrollo, su

progreso. Para seguir un buen método, era necesario entrar, con amplitud, en la explicación de la doctrina por medio de la psicología concreta de la cual es fruto. La doctrina mística de sor Isabel de la Trinidad no es la exposición abstracta y didáctica de un profesor de teología, sino ante todo lo que brota de un alma contemplativa. El papel de la carmelita no es el de enseñar doctoralmente los caminos espirituales, sino el de vivirlos en el silencio de un alma «bien oculta en Dios con Cristo.»⁵ El Maestro es dueño de hacer brillar, cuando le plazca, para la utilidad de su Iglesia, las riquezas doctrinales de un testimonio tal. Así resplandece el mensaje doctrinal de santa Teresa del Niño Jesús y, de modo completamente diferente, sin brillo pero con profundidad, como conviene a un apóstol de la vida interior, el de sor Isabel de la Trinidad, *Divisiones gratiarum, idem Spiritus*.⁶

De ahí la necesidad de comenzar ese trabajo doctrinal por un largo capítulo preliminar que se presente como el bosquejo de un alma, y delimite sus ascensiones desde las primeras inspiraciones místicas a la edad de 19 años, hasta la consumación de la unión transformadora en la cruz; esto explica la evolución paralela y el progreso de su doctrina mística.

Sólo por esa mirada sobre su alma se comprende bien cómo la doctrina del silencio no tornó en ella un sentido de ascetismo universal sino después de su entrada en la soledad del Carmelo y de las purificaciones pasivas del noviciado, cómo el misterio de la habitación divina llegó a ser cada vez más el punto central de donde emana todo en su vida, al cual reduce ella su vocación suprema de «alabanza de gloria de la Trinidad», pero adentro, «en el cielo de su alma.»

Después de esto, respetando con el mayor cuidado las perspectivas históricas del desarrollo de su pensamiento, era posible, sobre cada punto de doctrina por analizar, señalar de modo certero y preciso *con qué principios de teología mística se relacionaban los movimientos de esta alma privilegiada*, y qué aspectos del dogma habían más profundamente alimentado su vida interior.⁷

⁵ Col 3,1.

⁶ 1Cor 12,4.

⁷ El mismo método teológico mixto, a la vez histórico y doctrinal, podría ser aplicado al estudio de todas las vidas de los santos. Esta clase de trabajo sería la ocasión, al parecer, de una gran fuente de enriquecimiento y una confirmación

Transportada por gracia al ciclo de la vida trinitaria, sor Isabel de la Trinidad vivió su bautismo a fondo, según la forma propia de su vocación carmelitana. Entre las influencias humanas recibidas domina la de san Juan de la Cruz: había asimilado los más elevados principios de su teología mística por medio de una asidua lectura del *Cántico* y de la *Llama*.

Doncella o novicia, le habían gustado apasionadamente las fórmulas espirituales, algo oratorias, del Padre Vallée, pero las superó muy pronto para establecerse en Dios por encima de toda formulación humana, en la desnudez de la fe. Como en todos los grandes artistas, se encuentra en ella una primera fase de imitación algo servil de los modelos; luego una segunda, de tanteo, que corre durante los tres primeros años de su noviciado, y cede súbitamente el lugar al magnífico período de creación personal que fulgura en la composición -de concepción rápida y sin retoques- de su sublime oración a la Trinidad. En adelante el Espíritu Santo dispone, en ella, de un instrumento perfecto: ella canta la habitación divina y la alabanza de gloria en un estilo de forja inimitable, definitiva, que la constituye uno de los maestros espirituales de lengua francesa. La meditación de las epístolas de san Pablo y de las obras místicas de san Juan de la Cruz, las largas horas de silencio contemplativo, han obrado ese milagro. Por sobre todo, el Verbo se ha hecho el Maestro interior de su vida; según sus propias palabras: «Lo que Él me enseña adentro, es inefable.» *Ahí se oculta la verdadera fuente de su doctrina y de su vida.* Fue la hora del triunfo supremo de la gracia en su alma, la expansión en ella de las riquezas trinitarias de su vocación bautismal. El ritmo apacible de esta vida «consumada en la unidad», se reduce en adelante a al-

preciosa para la teología mística. Sería fácil poner de relieve con los mismos procedimientos -a la luz de los principios directivos de la teología mística-, los grandes pensamientos doctrinales de que vivía el alma de una santa Teresa de Ávila, o de una santa Teresa del Niño Jesús, de una santa Bernardita, etc.

El caso privilegiado sería proporcionado por los grandes místicos: una santa Catalina de Sena, una santa Margarita María, una María de la Encarnación. Un caso, particularmente rico, pero más complejo, sería el de un santo místico y teólogo a la vez: un san Juan de la Cruz.

Es todo un mundo por explorar: provecho inmenso para el discernimiento de las diversas corrientes de espiritualidad en la vida de la Iglesia y para la historia de la teología mística.

gunos movimientos esenciales, siempre los mismos pero de una extrema profundidad. Ascetismo del silencio, habitación de la Trinidad y afán único de trabajar «a la alabanza de su gloria», identificación con Cristo y conformidad con su muerte, imitación de la vida silenciosa y de adoración de la Virgen de la Encarnación: tales fueron los grandes pensamientos doctrinales que en forma rápida encaminaron esta vida, enteramente sencilla pero fiel, hasta las más altas cumbres de la unión divina. Son las verdades más fundamentales del cristianismo; y da gusto encontrar un alma santa que se eleva hasta Dios, sin milagros, sin mortificaciones extraordinarias,⁸ pero sí en la pura línea del bautismo y la obediencia perfecta a la voluntad divina a través de la vulgaridad de los acontecimientos cotidianos.

Un monje de Solesmes escribía a la más íntima amiga de sor Isabel de la Trinidad: «Me agradecería sobre sus escritos el comentario de un teólogo.»

Tal es el esfuerzo todo de este libro escrito para gloria de la Trinidad.

San Maximino, 7 de marzo de 1937,
fiesta de Santo Tomás de Aquino.
Fr. María Miguel Philipon. O. P.

⁸ Sé este detalle por su misma Priora.

1. Itinerario espiritual

Carmelita: todo en ella lleva la señal de esta predestinación.

Antes de penetrar con el análisis en las profundidades de esta alma, se impone una advertencia de conjunto. Isabel de la Trinidad no se ha hecho santa sino después de once años de lucha, e incesantes retoques de detalle. Aun después de haber entrado en el Carmelo y de varios años de vida silenciosamente fiel, le quedará por sufrir de la mano divina las purificaciones supremas por las cuales introduce Dios a las almas heroicas en la inmutable paz de la unión transformadora, por encima de toda alegría y de todo dolor.

I. Vida interior en el mundo

1. Caprichos de niña

Hija y nieta de oficiales, Isabel Catez llevaba en las venas sangre de soldado, pronta a la réplica. Heredó un temperamento ardiente. Un día, cuando apenas tenía tres o cuatro años, se encerró en un cuarto del departamento y, detrás de la puerta contra la cual daba fuertes golpes con el pie, pataleaba y se exasperaba.

Hasta los siete años su infancia fue atravesada por esos grandes arrebatos de cólera, imposibles de refrenar. Había que esperar a que la tormenta se calmara de por sí. Entonces su madre la traía a la razón, le enseñaba a vencerse por amor. «Esta niña es de una voluntad de hierro, reptaría su institutriz. Tiene que llegar a lo que desea.»

La muerte de su padre entre sus bracitos de niña la dejó sola junto a su madre y a su hermana Margarita, muy suave, amante de pasar inadvertida, con quien, hasta su entrada en el Carmelo, compartirá todas las horas de su vida.

Ningún otro grave acontecimiento de familia vino a deshacer el movimiento de una vida que transcurrió, alegre y cristiana, sin salir de Dijón.

2. *Conversión*

La primera confesión obró en el alma de Isabel lo que ella llamará su conversión, un choque «que determinó todo un despertar respecto a las cosas divinas.»⁹ A partir de ese día entró resueltamente en lucha contra sus defectos dominantes: cólera y sensibilidad. Esta ruda fase de combate espiritual durará hasta los dieciocho años.

El sacerdote que la preparaba a la primera comunión y que la conocía bien, decía a una amiga íntima de su madre: «Con su temperamento, Isabel Catez llegará a ser una santa o un demonio.»

Ese primer contacto con Jesús, oculto en la Hostia, fue decisivo. «En lo profundo de su alma, oyó su voz.» El «Maestro tomó tan bien posesión de su corazón que desde entonces ella no aspiró más que a darle su vida.»¹⁰ Se obró un cambio rápido y profundo, que sorprendió a los allegados. Rápidamente se dirigía Isabel hacia ese imperio sereno sobre sí misma que pronto debía emanar de toda su persona. Un día, después de la comunión, le pareció que se pronunciaba en su alma la palabra «Carmelo.» Eso bastó. Otra vez, cuando todavía tenía catorce años, durante la acción de gracias, oyó un llamamiento interior del Maestro y, ahí mismo, para no pertenecer más que a Él, hizo voto de permanecer virgen. Morirá fiel, pura como un lirio.

Sus poesías, de los catorce a los diecinueve años, no murmuran más que los nombres de su amado Jesús, de su Madre celestial, de su buen ángel, de los santos del paraíso, de Juana de Arco, «la virgen a quien no se puede mancillar.»¹¹

El Carmelo sobre todo, la atrae irresistiblemente. Sus versos cantan los atributos de la carmelita: el hábito de buriel y el velo blanco, el rosario de pobres cuentas de madera, los cilicios que maceran la carne, finalmente el anillo de esposa de Cristo¹². Como vive muy cerca de su querido Carmelo, va con frecuencia al balcón, «triste y meditabunda.»¹³ Sus miradas se sumergen largo rato en el monasterio. Todo habla a su

⁹ *Recuerdos*, p.6, edición de 1935.

¹⁰ *Poesías*. «El aniversario de mi primera comunión», 19 de abril de 1898.

¹¹ *Poesías*. «Juana de Arco», octubre de 1895.

¹² *Poesías*. «A los atributos de la carmelita», 15 de octubre de 1897.

¹³ *Poesías*. «Lo que veo desde mi balcón», Octubre de 1897.

corazón: la capilla en donde se oculta el Dueño de su vida, el toque del Angelus, el toque de ánimas que oye, y las celdas de «ventanas minúsculas» con su pobre mobiliario, en donde por la noche, después de un largo día de oración redentora, las vírgenes toman su descanso. Lejos de su ensueño su alma languidece. Tiene diecisiete años.

En cierto momento, por intermedio de un sacerdote amigo, intentó evadirse de este «triste mundo seductor.» Su madre permanecerá inflexible. En la oración y la confianza esperará Isabel la hora de Dios.

3. *Fiestas mundanas*

Fiestas mundanas y reuniones de toda clase volvieron rápidamente a empezar y se multiplicaron. La señora de Catez las fomentaba discretamente, sin querer desviar de su vocación a su hija, quizás en la secreta esperanza de que Dios no se la tomaría. Isabel no se hacía rogar. Bastaba que fuese la voluntad de su madre; participaba de todas las reuniones, haciendo en todas partes excelente figura, «no pareciendo en modo alguno hastiarse», repiten sin cansarse los testigos de su vida. Nadie hubiera podido adivinar en Isabel Catez a la futura carmelita cuya vida interior intensa y enteramente sepultada adentro con su Cristo, había de proporcionar a la Inmutable Trinidad tan conmovedor testimonio de silencio y de recogimiento.

Elegante, aparecía siempre con un atavío sencillo pero irreprochable. En repetidas ocasiones la pidieron en matrimonio. Para una de sus últimas tertulias, no queriendo dejar sospechar su partida, comprará guantes nuevos. Isabel Catez se mezcló alegremente con la sociedad en medio de la cual vivía, no huyendo más que del pecado.

4. *Obras de abnegación*

En Dijón, durante el año, Isabel Catez se dedica a las obras de su parroquia: coro de canto, catecismo a los niños o niñas de primera comunión atrasadas, de las que se burlan las niñas más jóvenes, otras obras de beneficencia que solicitan su concurso, finalmente patronato de niños indisciplinados de la manufactura de tabaco, que la quieren apasionadamente. Hay que ocultarles su dirección para que no invadan su casa. Sor Isabel de la Trinidad continuará siguiéndolos en la vida y cubriéndolos con su silenciosa plegaria de carmelita.

Con un tacto exquisito, Isabel Catez se adapta a todo y a todos. Ama a la infancia, a causa de su pureza. Dios le ha concedido un don maravi-

lloso para interesar a esos pequeñitos. En ocasión de reuniones de familia y de amigos, allí están a veces unos cuarenta alrededor de ella. Le gustan los cuadros vivos, sobre todo Jesús en medio de los Doctores. Hela ahí disfrazando a toda esa gente menuda y haciéndola representar. Ella misma compone comedia y música. Triunfa con las danzas de niños. Luego, cuando se han calmado los nervios, se instalan sillas en el jardín y comienza la lectura. Con avidez, todos esos oídos atentos escuchan *Patira*. A veces los pequeños la acosan con invitaciones a juegos infantiles. Isabel acepta sonriente. Durante el mes de María, el grupito que ella lleva a la iglesia la retiene en las sillas del fondo, lo más cerca posible de la salida. «Apenas quedaba cerrado el tabernáculo, la sacábamos para ir a pasear. Entonces, con mucha imaginación, nos contaba historias fantásticas. Isabel Catez era siempre del agrado de todos.»¹⁴

Retengamos este último rasgo: en el claustro como en el mundo, Isabel de la Trinidad huirá de la singularidad. Con los otros invitados, sabrá apreciar las tartas de Francina, la mejor cocinera de Dijón, y reirá de buena gana de los pesados almuerzos que durante tres días cargan el estómago hasta hacer pedir perdón.

5. vacaciones de verano

Las vacaciones de verano traían consigo regularmente la salida de Dijón y el período de los grandes viajes. Isabel visitó Suiza, los Alpes, el jura, los Vosgos, los Pirineos y buena parte de Francia.

Sus cartas nos la muestran alegre y festejada en el torbellino de las visitas de familia y amigos, uniéndose estrechamente con algunas almas escogidas con quienes se encuentra, las más de las veces indistintamente mezclada con los grupos de jóvenes de su edad. Con todas, por caridad y educación, ríe alegremente.

«Nuestra permanencia en Tarbes no ha sido sino una larga serie de diversiones: tertulias de baile, conciertos, juegos en el campo; una cosa tras otra. La sociedad de Tarbes es muy agradable. He trabado conocimiento con una cantidad de jóvenes, todas ellas a cuál más encantadora. Con X, muy buena ejecutante, no nos separábamos del piano, y las casas

¹⁴ Testimonio de una amiga de infancia.

de música de Tarbes no podían dar abasto para ofrecernos música que leer a primera vista.»¹⁵

«Hoy salimos para Lourdes; se me oprime el corazón al pensar que he de separarme de mi querida Ivona. ¡Si vieras qué linda joven y con un carácter tan ideal! En cuanto a la señora de X, su enfermedad no ha dejado ninguna huella: está más joven, más elegante que nunca, tan buena como siempre. He cumplido mis dieciocho años anteayer; ella me dio un encantador adorno de turquesas para una pechera. Escríbeme pronto. Te dejo para cerrar los baúles. Te tendré muy presente en Lourdes. De allí, vamos a viajar por los Pirineos: Luchon, Cauterets, etc... Tengo locura por esas montañas que estoy contemplando en el momento en que te escribo. Me parece que ya no podré pasar sin ellas.»¹⁶

Luchon le encanta en grado único: «Merece su título de reina de los Pirineos. Allí, me encontraba en el paroxismo del entusiasmo. El sitio es incomparable. Hemos pasado allí dos días. Hemos podido realizar la ascensión del valle del Lys. Teníamos un gran landó de cuatro caballos, con las primas de R, las de S, a quienes hemos encontrado en Luchon. Esas señoras nos han confiado a alguien que conocíamos y que realizaba también él la ascensión hasta el espantoso abismo. Estábamos a 1801 metros de altura, inclinadas sobre ese abismo horrible. A Magdalena y a mí nos parecía tan hermoso que casi deseábamos ser arrastradas por esas aguas. A pesar de su entusiasmo, el guía no era de nuestra opinión. Se Mostraba mucho más prudente que nosotras, que galopábamos al borde del precipicio sin experimentar el menor vértigo. Esas señoras exhalaban un suspiro de satisfacción al vernos de regreso, pues no estaban muy tranquilas durante nuestra ausencia.»¹⁷

Así corre de amigos en amigos, gozando, nos dice, «de una vida de lo más agradable, como en Luneville, merendando en casa de unos, almorzando en casa de otros, además de las numerosas partidas de tenis con señoritas muy amables»;¹⁸ en fin, no disponiendo de un minuto para sí. El 14 de julio, en el Campo de Marte, asiste al desfile al cual la lle-

¹⁵ Carta a la Srta. A. C., Tarbes 21 de julio de 1898.

¹⁶ Carta a la Srta. A. C., 21 de julio de 1898.

¹⁷ Carta a la Srta. D., Agosto de 1898.

¹⁸ Carta a la Sena. A. C., 19 de julio de 1897.

van las grandes amistades de su familia con el mundo militar. Hija de oficial, se entusiasma por la carga de caballería... Imaginaos todos esos cascos y corazas centelleando al sol... Ese espectáculo deslumbrador se termina por la noche, en los bosquecillos del parque, con iluminaciones maravillosas, algo así como en Venecia...

En medio de esas fiestas mundanas su corazón conserva la nostalgia del Carmelo. Una vez que han desaparecido los invitados, Isabel Catez se encuentra sin esfuerzo, sola con su Cristo de quien no se ha separado. En Tarbes, para sustraerse un instante a las bulliciosas fiestas de la sociedad, se refugia en el Carmelo y la hermana tornera la encuentra detrás de la reja, en el locutorio, de rodillas. De buena gana besaría todas las paredes de esa casa de Dios. Lourdes está muy cerca. Allí durante tres días se recoge junto a la Virgen de la roca. Vacaciones y mundanerías se alejan de su espíritu sin esfuerzo. Sumida en la oración, largo tiempo inmóvil cerca de la gruta, suplica a la Inmaculada que la guarde pura a su imagen y se ofrece como víctima por los pecadores¹⁹.

Nada puede distraerla de su Cristo. Más tarde, desde su Carmelo de Dijón, podrá escribir a su madre en la posdata de una carta: «El viernes, en el vagón no te olvides de hacer la meditación: es muy propicio, lo recuerdo.»²⁰ Hablaré por experiencia. Las riquezas profanas de las grandes ciudades que atraviesa la dejan indiferente. Para ella, Marsella es Nuestra Señora de la Guarda²¹, y Lión se reduce a Fourvières²². En París, en donde con su hermana y su madre la atrae la célebre Exposición Universal de 1900, sólo dos cosas le llaman la atención, Montmartre y Nuestra Señora de las Victorias: «Hemos ido dos veces a la Exposición; es muy linda, pero detesto ese ruido, esa muchedumbre. Margarita se burlaba de mí y pretendía que yo parecía volver del Congo.»²³

6. *El agendo contra*

El «agendo contra» fue la consigna generosa de este primer período de su vida. A los diecinueve años, anota aún en su Diario: «He tenido

¹⁹ *Poesías*. «La Inmaculada Concepción». 8 de diciembre de 1898.

²⁰ Carta a su madre, julio de 1906.

²¹ Carta a M. L. M., 6 de octubre de 1898.

²² Carta a A. C., Verano de 1898.

²³ Carta a M. L. M., Verano de 1900.

hoy la alegría de ofrecer a mi Jesús varios sacrificios sobre mi defecto dominante, pero, ¡cómo me han costado! Reconozco en eso mi debilidad... Paréceme, cuando recibo una observación injusta, que siento hervir la sangre en las venas, ¡tanto se rebela mi ser!... Pero Jesús estaba conmigo. Oía yo su voz en el fondo de mi corazón y entonces estaba pronta a soportarlo todo por su amor.»²⁴

Cada noche, para comprobar si verdaderamente adelanta en el camino de la perfección, anota en una libreta: victorias y derrotas.

Isabel hace la prueba de ayunar a escondidas de su madre. Al cabo de tres días la vigilante señora de Catez lo notó y la reprendió con vehemencia. Una vez más, Isabel obedeció. Dios no quiere conducirla por el camino de las grandes mortificaciones de los santos. Lo mismo sucederá durante toda su permanencia en el Carmelo. La silenciosa Trinidad espera de ella otro testimonio. «Puesto que apenas puedo imponerme sufrimientos, debo persuadirme bien de que este sufrimiento físico y corporal no es más que un medio -excelente, por lo demás- para llegar a la mortificación interior y al completo desprendimiento de mí misma. Oh, Jesús, mi vida, mi amor, mi Esposo, ayudadme. Es absolutamente necesario que llegue a esto: hacer siempre, en todo, lo contrario de mi voluntad.»²⁵

7. *Primeras gracias místicas*

Dios no podía tardar en recompensar con los toques secretos de su gracia los esfuerzos continuos de Isabel Catez por triunfar de su naturaleza. El ascetismo conduce a la mística y constituye su salvaguardia necesaria.

Con su buen sentido habitual, Santa Teresa decía: «Regalo y oración no se compadece.»²⁶ Todo esto es muy normal. La *Llama Viva de amor* supone la dolorosa *Subida al Carmelo* con sus noches oscuras, sus purificaciones activas y pasivas capaces de hacer estremecer a los más resueltos. También se echan demasiado al olvido los largos éxtasis contemplativos del autor de los *Ejercicios Espirituales* en su celda de Roma, en la que san Ignacio murmuraba arrobado: «O beata Trinitas.» No

²⁴ *Diario*, 30 de enero de 1899.

²⁵ *Diario*, 24 de febrero de 1899.

²⁶ *Camino de Perfección*, cap. IV.

que haya que negar absolutamente las diversidades de tendencia y de camino espiritual: *alius sic, alius sic ibat*. Pero la verdad evangélica incluye todos esos matices que permanecen, y los santos de todas las Escuelas se juntan sobrepujándolos. En la cumbre todos son transformados en Cristo, identificados con su bienaventuranza de Crucificado.

El «combate espiritual» contra sus defectos y el triunfo sobre su naturaleza condujeron a Isabel Catez a las primeras manifestaciones de esas gracias místicas que debían transformar su vida, primero lentamente y por toques sucesivos, como paso a paso; pronto, a partir de su profesión, por un movimiento tranquilo y continuo; finalmente, en la última fase de los seis meses de enfermería, a grandes vuelos, hacia las más altas cimas de la unión transformadora.

Ella misma no tuvo conciencia de esos primeros toques divinos (recibidos durante un retiro en enero de 1899) sino varios meses más tarde, con la lectura de obras de santa Teresa. Esta declaración de su *Diario* es de capital importancia en la historia de su vida espiritual. Señala su entrada en la vida mística, después de un rudo combate espiritual que duraba desde hacía más de once años y que, a decir verdad, no cesará nunca.

«Leo en este momento el Camino de Perfección, de santa Teresa; me interesa enormemente y me hace mucho bien. Santa Teresa dice cosas tan buenas sobre la oración y la mortificación interior, esa mortificación interior a la que quiero absolutamente llegar con la ayuda de Dios. Ya que por ahora no puedo imponerme grandes sufrimientos, por lo menos a cada instante del día puedo inmolar mi voluntad. La oración: ¡cuánto me gusta la manera como trata ese tema santa Teresa! Cuando habla de la contemplación, ese grado de oración en el que es Dios quien lo hace todo y nosotros no hacemos nada, en el que Él une consigo nuestra alma tan íntimamente que ya no somos nosotros los que vivimos, sino Dios que está en nosotros... ¡Oh! he reconocido en ello los momentos de éxtasis sublimes a los que el Maestro se ha dignado elevarme tan a menudo durante este retiro y aun después. ¿Qué darle por tantos beneficios? Después de esos éxtasis, de esos arrobamientos sublimes durante los cuales el alma lo olvida todo y no ve más que su Dios, ¡cómo parece

dura y penosa la oración ordinaria! ¡Con qué pena hay que trabajar en reunir todas las potencias! ¡Cómo cuesta y parece difícil!»²⁷

Dios elevaba ya a Isabel Catez a los estados superiores de oración. Eso se manifestaba visiblemente en el momento de orar. Se la veía, en la iglesia de su parroquia, llegar lentamente por el pasadizo del medio, y arrodillarse en su sitio. La invadía un recogimiento profundo. Largo tiempo permanecía inmóvil, como enteramente llena de Dios. Su amiga más íntima quedó siempre sorprendida del contraste súbito que se obraba en Isabel Catez en cuanto entraba en la iglesia para orar: «No era más la misma persona.»

Desde hacía algún tiempo ella misma experimentaba en el fondo de su alma fenómenos extraños que no alcanzaba a definirse. Se sentía habitada; «cuando vea a mi confesor -se decía- le hablaré de esto.»

8. *El encuentro con el padre Vallée*

Fue entonces cuando vio en el Carmelo a un religioso de la Orden de santo Domingo, cuyo encuentro debía dar a su vida interior una orientación decisiva. La Madre Germana de Jesús, Priora y Maestra de novicias de sor Isabel, autora de los Recuerdos, ha notado justamente que «ese encuentro providencial» recuerda, por sus efectos de gracia, el que relata santa Teresa en el capítulo XVIII de su *Vida* y en la quinta morada de su *Castillo del alma* (capítulo primero). Cuenta, en efecto, la santa que «un gran teólogo de la Orden de santo Domingo (el Maestro Báñez, célebre profesor de la Universidad de Salamanca) al confirmar, desde el punto de vista doctrinal, lo que había ella experimentado de la presencia divina en ella en la oración, le proporcionó, junto con la seguridad que la verdad confiere, gran consuelo.»²⁸

Mientras Isabel interrogaba tímidamente al eminente religioso sobre el sentido de los movimientos de gracia que experimentaba desde hacía algún tiempo y que le daban la impresión de que estaba habitada, el Padre Vallée, con la evocadora pujanza de palabra que lo caracterizaba, le respondió: «Pero ciertamente, hija mía, el Padre está ahí, el Hijo está ahí, el Espíritu Santo está ahí.» Y le desarrolló como teólogo contemplativo, de qué manera, por medio de la gracia bautismal, llegamos a ser

²⁷ *Diario*, 20 de febrero de 1899.

²⁸ *Recuerdos*, p.66, nota 1, edición de 1935.

ese templo espiritual de que habla san Pablo; y cómo, al mismo tiempo que el Espíritu Santo, la Trinidad entera está allí con su virtud creadora y santificadora, estableciendo en nosotros su propia morada, viniendo a habitar en lo más secreto de nuestra alma para recibir en ella, en una atmósfera de fe y caridad, el culto interior de adoración y de oración que le es debido.

Esta exposición dogmática la embelesó. Ya que la gracia la impulsaba, podía pues, con toda seguridad, abandonarse a su inclinación interior y habitar en el más profundo centro de su alma. En el transcurso de esa conversación, la invadió un recogimiento irresistible. El Padre seguía hablando siempre. Pronto pudo percatarse de que Isabel Catez no lo escuchaba ya. «Tenía prisa porque se callase», decía ella más tarde a su priora.

Sor Isabel de la Trinidad está entera en ese rasgo: ávida de silencio bajo la gracia recibida.

Por su parte, el Padre Vallée decía de esa hora decisiva: «La he visto alejarse como una ola apenas perceptible.»

Isabel Catez era de esas almas que, habiendo hallado la luz divina, no se desvían más. A partir de ese día, todo se transforma y se ilumina; ella ha encontrado su camino. En adelante la Trinidad será su vida única a través de todo²⁹.

²⁹ Desde el consentimiento definitivo de su madre a su vocación religiosa (26 de marzo de 1899), las visitas al Carmelo, interrumpidas durante ocho años, se habían reanudado. Fueron el sostén de Isabel Catez durante los dos últimos años que pasó en el siglo. Volvía a encontrar como Priora, a la Madre María de Jesús que, en la tarde del día de su primera Comunión, le había dado en el locutorio una estampa con este breve pensamiento para explicarle el sentido de su nombre:

En tu bendito nombre se encierra
 Todo un misterio que hoy se cumplió.
 Tu pecho, niña, es en esta tierra
 «Casa de Dios», del Dios del amor.

Isabel, es decir, Casa de Dios.

La Madre María de Jesús era un alma trinitaria. Su ardiente devoción a la Santísima Trinidad había brotado súbitamente de una gracia recibida a los 14 años, un día de procesión de las Rogaciones. Mientras la joven se unía a las primeras

II. Carmelita

Cuando condujeron a Isabel Catez a su celda de carmelita, se la oyó murmurar: «La Trinidad está allí.»

Desde el primer ejercicio de comunidad, en el comedor, pudo verse a la joven, una vez terminada su frugal comida, juntar las manos modestamente bajo la esclavina, luego, con los párpados bajos, entrar en un profundo movimiento de oración. La hermana encargada del servicio, que la observaba, se dijo: «Es demasiado hermoso para que dure.» Se equivocaba: el Carmelo de Dijón poseía una santa³⁰.

invocaciones al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, le fue interiormente revelada esa misteriosa pero muy real presencia de las Tres Personas divinas en el alma. «Desde entonces -decía más tarde- siempre he procurado recogerme en ese fondo en que Ellas moran.» Fundadora de Paray-le-Monial, puso su hermoso monasterio bajo el vocablo de la Santísima Trinidad cuya puerta es el Corazón de Jesús. Fue la Madre María de Jesús quien dio a Isabel Catez el nombre de sor Isabel de la Trinidad, ese nombre de gracia convertido en el programa total de su vida religiosa. Isabel Catez iba con regularidad a ver a la Madre, como el pequeño número de postulantes extramuros que revolotean en torno a las rejas del Carmelo. La Madre María de Jesús la formaba en el espíritu carmelitano, y Sor Isabel, futura novicia, le baba cuenta de sus meditaciones. Privada en parte, de dirección firme y continua, Isabel iba muy contenta a pedir a la Madre consejos y avisos necesarios para el progreso de su vida espiritual. La consultaba antes de tomar resoluciones de retiro. Todas sus decisiones le parecían venir de Dios mismo y esos coloquios le hacían mucho bien.

³⁰ Nota sobre el Carmelo de Dijón. Se sabe que la Venerable Madre Ana de Jesús, compañera y colaboradora de santa Teresa en la reforma del Carmelo en España, fue a Francia y pudo allí establecer el primer monasterio de París, en el barrio de Santiago, el 18 de octubre de 1604.

Desde el año siguiente, en 1605, la Madre Ana de Jesús fundaba el Carmelo de Dijón que tuvo la gloria de recibir los primeros votos ofrecidos a Dios bajo la reforma establecida en Francia. Siempre lo animó el más puro espíritu de santa Teresa, hasta el momento en que las carmelitas fueron expulsadas de su monasterio por la gran revolución. Restaurado en 1854 por la Rvda. Madre María de la Trinidad, el Carmelo de Dijón recobró con ella el espíritu y las tradiciones del Carmelo de Francia. Éstas fueron mantenidas con fidelidad por las dos prioras que vinieron después: la Rvda. Madre María del Corazón de Jesús y la Rvda. Madre María de Jesús, futura fundadora del Carmelo de Paray-le-Monial.

1. Su ideal de carmelita

El formulario llenado por sor Isabel de la Trinidad, en forma recreativa, ocho días después de su entrada en el Carmelo, nos revela su estado de alma en el umbral de su vida religiosa.

En él aparecen ya fuertemente señalados los rasgos más característicos de su fisonomía espiritual: su ideal de santidad: Vivir de amor para morir de amor, su apasionado culto de la voluntad divina, su predilección por el silencio, su devoción al alma de Cristo, la consigna de toda su vida interior: Sepultarse en lo más profundo del alma para encontrar en ella a Dios. Nada queda olvidado, ni siquiera su defecto dominante: la sensibilidad. Sólo falta el trabajo de desposeimiento, que será obra de las purificaciones pasivas del Noviciado, y la gracia suprema que transformará su vida dándole el sentido de su vocación definitiva: ser una alabanza de gloria a la Trinidad.

—¿Cuál es, según vos, el ideal de la santidad?

—Vivir de amor.

—¿Cuál es el medio más rápido para llegar a ella?

—Hacerse pequeñita, entregarse para siempre.

La Madre Germana de Jesús, que le sucedió en el cargo, fue priora de 1901 a 1906, es decir durante toda la permanencia de sor Isabel de la Trinidad. A intervalos regulares, durante veinte años el Carmelo de Dijón gozó de la gracia de tenerla todavía como priora. La Madre Germana de Jesús fue una gran figura carmelitana. Alma de paz y de oración, de gran celo por la exacta observancia, fue verdaderamente la priora providencial que debía proporcionar a sor Isabel de la Trinidad el marco de vida regular en el que su alma de contemplativa podría desarrollarse libremente en una atmósfera de silencio y de recogimiento. Con toda verdad la sierva de Dios, muy consciente y agradecidísima de esta influencia maternal recibida, podía escribir en un papel íntimo encontrado después de su muerte (cuyo sobre llevaba estas palabras significativas: «secretos para nuestra reverenda Madre»): «Llevo vuestro sello.» Desde su primera alocución en la sala capitular, en presencia de toda la comunidad -y de sor Isabel de la Trinidad- la nueva priora trazaba así el programa espiritual de su gobierno: «Guardar con codo la perfección posible, en el espíritu enteramente apostólico de nuestra santa Madre, esta regla y estas constituciones que ella nos ha legado después de haberlas observado con tan gran perfección.»

Tal fue el marco de perfecta vida religiosa en el que sor Isabel de la Trinidad pudo realizar tan rápidamente su ideal de carmelita.

–¿Cuál es el santo que preferís?

–El Discípulo amado que descansó sobre el corazón de su Maestro.

–¿Qué punto de la Regla preferís?

–El silencio.

–¿Cuál es el rasgo dominante de vuestro carácter?

–La sensibilidad.

–¿Vuestra virtud predilecta?

–La pureza. «Bienaventurados los corazones puros porque verán a Dios.»

–¿El defecto que os inspira más aversión?

–El egoísmo en general.

–Dadnos una definición de la oración.

–La unión de aquélla que no es con Aquél que Es.

–¿Qué libro preferís?

–El alma de Cristo; Ella me entrega todos los secretos del Padre que está en los cielos.

–¿Tenéis grandes deseos del cielo?

–Siento a veces su nostalgia, pero, excepto la visión, lo poseo en lo más íntimo de mi alma.

–¿Qué disposiciones quisierais tener en la hora de la muerte?

–Quisiera morir amando y caer así en los brazos del que amo.

–¿Os agradaría más cierta clase de martirio?

–Me gustan todos, sobre todo el del amor.

–¿Qué nombre quisierais tener en el cielo?

–Voluntad de Dios.

–¿Cuál es vuestra divisa?

–Dios en mí y yo en Él.

Según su gracia propia, vive por lo «más profundo» su ideal de Carmelita. Va directamente a lo esencial: la soledad, la vida de oración continua, la consumación en el amor. «Una carmelita, es un alma que ha mirado al Crucificado, que lo ha visto ofreciéndose como víctima a su Padre por las almas, y recogiendo bajo esta gran visión de la caridad de Cristo, ha comprendido la pasión de amor de su alma y ha querido,

darse como Él. En la montaña del Carmelo, en el silencio, en la soledad, en una oración que no acaba nunca pues se continúa a través de todo, la Carmelita vive ya como en el cielo: “De Dios sólo”. El mismo que constituirá un día su felicidad y la saciará en la Gloria, se da ya a ella. No la abandona nunca, permanece en su alma; más aún: *Los dos son sólo Uno*. Por eso está ella *hambrienta de silencio*, a fin de escuchar siempre, de penetrar siempre más en su Ser infinito. Está identificada con el que ama. Lo encuentra en todas partes; a través de todas las cosas lo ve resplandecer.»³¹ «He ahí la vida toda del Carmelo: Vivir en Él. Entonces, todos los sacrificios, todas las inmoluciones se vuelven divinos. El alma a través de todo ve al que ama, y todo la lleva a Él. Es una efusión continua. La oración es la esencia de la vida del Carmelo.»³² El punto de la Regla que ella prefiere es el silencio; y, desde los primeros días, está encantada de la divisa familiar a las antiguas madres: «sola con el Solo.»

2. *Gracias sensibles del postulante*

Como sucede muy a menudo, las primeras etapas de vida religiosa de Sor Isabel de La Trinidad fueron caracterizadas por una ola de consuelos sensibles. Dios encamina lentamente las almas hacia las cumbres. Las conduce al Calvario por el Tabor.

Sor Isabel iba a menudo a ver a su Priora, repitiéndole: «No puedo sobrellevar este peso de gracias.»

Apenas llegada al coro y arrodillada, la invadía un recogimiento profundo, irresistible. Su alma parecía como inmovilizada en Dios.

Pasaba silenciosa y recogida por los claustros y nada podía distraerla de su Cristo. Lo encontraba en todas partes. Un día una hermana la vio mientras barría, tan embargada por la presencia divina, que no sé animó a acercarse a ella. Fuera de las horas de recreo, en las que Sor

Isabel se mostraba alegre y espontánea de una gracia encantadora, hablando con cada una de sus hermanas de lo que sabía que podía agradecerle, todo su exterior revelaba un alma de la que Dios se había apoderado. Este recogimiento de las potencias, como absortas en Dios, le oca-

³¹ Carta a G. de G., 7 de agosto de 1902.

³² Carta a G. de G., 14 de septiembre de 1902.

sionaba, aún en el momento del oficio, olvidos involuntarios de los que se acusaba con sincera humildad. La gracia la conducía visiblemente.

Así pasaron los meses del postulante. El 8 de diciembre tuvo lugar la ceremonia de su toma de hábito, en la que el Padre Vallée fue a predicar. Entregada a la alegría del don total a su Maestro, sor Isabel en ese día perdió conciencia de lo que pasaba a su alrededor, abandonada a Cristo que la había arrebatado. Por la noche, cuando se encontró en su celdita, sola con su Cristo, su alma estaba llena de júbilo. De su corazón subió hacia Dios un cántico de acción de gracias. Para toda una vida de amor estaba por fin «sola con el Solo.»

3. Las purificaciones del noviciado

Hasta entonces, la gracia divina la había colmado. Le faltaba saborear largamente su nada, sentirse miserable y capaz de todo, llegar a ser así más comprensiva de la fragilidad de sus hermanas.

Durante un largo año iba Dios a abandonarla a sí misma, a sus impotencias, a sus lasitudes, a sus vacilaciones sobre su propio porvenir, aun sobre su vocación. Será preciso que la víspera de su profesión vaya un sacerdote a tranquilizarla y dictar la voluntad de Dios sobre su alma desamparada.

La facilidad en la oración desapareció. No más vuelos; tenía que sentir que su alma se arrastraba. Su naturaleza de artista permanecía inerte, su sensibilidad moría. ¡Cuántas veces la pobre novicia volvía hacia su Madre Maestra, exponiendo fielmente sus impotencias, sus luchas, sus tentaciones, el martirio de su sensibilidad que pasaba por las terribles noches descritas por san Juan de la Cruz! Para ayudar al perfeccionamiento de la obra divina, la Madre Germana de Jesús la conducía con bondad y firmeza. Desde la entrada de sor Isabel al Carmelo, se había dado cuenta de su excesiva sensibilidad. Le agradaba a la joven postulante pasearse en la azotea por la noche, durante el gran silencio; la vista del firmamento le daba el contacto de Dios. Llegó a pasar la Madre Germana. Era la hora del gran silencio. Al día siguiente, la novicia oyó estas palabras: «No se viene al Carmelo para soñar con las estrellas. Id a Él por la fe.»

Más tarde, para probarla, no despreciaba una sola ocasión de reprenderla por las más pequeñas debilidades, los más pequeños olvidos. Entonces sor Isabel de la Trinidad besaba humildemente el suelo y se iba.

A propósito, la Madre Germana de Jesús disciplinaba una ternura que fácilmente hubiera podido llegar a ser peligrosa.. La valiente niña dejaba obrar, comprendiendo mejor que nadie y por experiencia cuánto tenía que velar en todo momento sobre su corazón. Cuando estaba en el mundo se había aficionado de manera exagerada a una amiga que encontraba casi todos los días en el Carmelo y con quien se prolongaban las conversaciones íntimas. Le gustaba escribirle a menudo, leer y releer sus cartas, sobre todo los pasajes en que su amiga le confesaba que ella era la más querida. Esa mirada retrospectiva a su pasado de joven del mundo ilumina singularmente su psicología religiosa:

«Querida hermanita, sí, no seamos más que una, no nos separemos nunca. Si queréis, el sábado comulgaremos la una por la otra. Este será nuestro contrato, será el “Uno” para siempre. En adelante, cuando Él mire a Margarita, mirará a Isabel. Cuando dé a una, dará a la otra, pues no habrá más que una víctima, que un alma en dos cuerpos. Soy tal vez demasiado sensible, querida hermana, pero ¡he sido tan feliz de que me digáis que ya soy esa hermana más querida! Me gusta releer esas líneas. Bien sabéis que sois mi hermanita amada entre todas, ¿necesito decíroslo? Cuando estabais enferma sentía que nada, ni siquiera la muerte, hubiera podido separarnos. Oh, querida hermana, no sé a cual de nosotras dos llamará Dios primero; entonces, ¿no? la unión no cesará; al contrario, se consumará; qué agradable será hablar al Amado, de la hermana a quien la otra habrá precedido ante Él.

¡Quién sabe! Quizá nos pida a las dos nuestra sangre. Entonces ¡qué dicha ir juntas al martirio! No puedo pensar en ello, es demasiado hermoso... Mientras tanto, démosle la sangre de nuestro corazón gota a gota.»³³

Atraviesa estas líneas un poco de exaltación sentimental, y el testimonio oral recogido por esta amiga misma nos obliga a reconocer en Isabel una excesiva ternura, de corazón. ¿Quién podría extrañarse de estas debilidades de los santos? ¿No fue santa Margarita María detenida un instante por un afecto demasiado humano hacia una de sus hermanas, afecto que le reprochaba el Corazón Purísimo de Jesús? Santo Tomás, que fue a la vez un gran Doctor y un gran santo, enseña que nadie en la

³³ Carta a M. G., 1901.

tierra puede sustraerse enteramente a las faltas de fragilidad: se les escapan aún a los más perfectos.

Hermoso sería el libro -y cuán consolador para nosotros- que se escribiera sobre los defectos de los santos, y cómo se corrigieron con la gracia de Dios que secundaba sus esfuerzos.

Desde que Isabel Catez se percató de que su corazón estaba apegado, se desprendió, sin violencia, con exquisita delicadeza pero heroicamente: «Querida Margarita, puedo ciertamente confiaros algo; no quisiera sin embargo apenaros. Mirad, el estar esta mañana en la capilla a vuestro lado me parecía que era mejor aún que nuestras lindas charlas; y, si queréis, pasaremos junto a Él, una al lado de otra, el tiempo que pasábamos en el jardín. ¿Os apeno? Querida hermanita, no lo habéis lamentado como yo. Me parece. Oh, decídmelo con toda sencillez. Ya sabéis que a vuestra Isabel podéis decírselo todo.»³⁴

Después de este generoso acto de desprendimiento, nos decía esta amiga íntima, «he lamentado que se fuera.»

En la fase de purificaciones pasivas sufridas por sor Isabel de la Trinidad durante su noviciado, se produjo algo análogo pero mucho más profundo. Todos sus sentidos tuvieron que pasar por ese desprendimiento absoluto, el único que libera.

Nunca, a su alrededor, excepto su Priora, sospechó nadie esta fase de penuria purificadora. Todo lo que hubiese parecido que debía consolarla, le dejaba indiferente o la irritaba. Un retiro del Padre Vallée, cuya hermosa y profunda doctrina supo apreciar, como de costumbre, no consiguió arrancarla a esta agonía íntima. El Padre mismo ya no la comprendía, y repetía con tristeza: «¿Qué habéis hecho de mi Isabel? Me la habéis cambiado.» Ese trabajo, incomprensible para él, venía de Dios, y nada podían los hombres.

Sor Isabel ganó en ese rudo año de pruebas una fe más fuerte, una experiencia del sufrimiento que le permitirá comprender y consolar a otras almas probadas por Dios. El resultado esencial de este período purificador fue virilizarla, establecerla definitivamente en una vida espiritual completamente basada en la fe pura y que en adelante transcurrirá

³⁴ Carta a M. G., 1901.

apacible, bajo la mirada de Dios, al abrigo de todas las vicisitudes de sensibilidad.

Las fuerzas físicas volvieron con el pleno equilibrio moral. El Capítulo conventual la admitió a la profesión. Se lo hicieron saber el día de Navidad. Como en todas las circunstancias más importantes de su vida, sor Isabel se refugia en la oración omnipotente del Cristo de la misa. Pero esta vez con particular insistencia. Toda una novena de misas es lo que implora del sacerdote amigo y venerable que fue el primer confidente de sus aspiraciones a la vida religiosa cuando, niña, trepaba a sus rodillas. Luego, tras su velo bajado, sor Isabel desapareció. La comunidad la veía pasar por los claustros como una sombra, con el rostro siempre cubierto. La envolvía la oración de sus hermanas. El retiro empezado en las perspectivas gozosas de la Profesión, se hizo pronto dolorosísimo, poniendo a prueba el porvenir y la vocación. Hubo que hacer llamar a un religioso de gran experiencia, quien la tranquilizó. Sor Isabel creyó en la palabra del Sacerdote como en la voz de Cristo. Es costumbre, en el Carmelo, en la noche que precede a la Profesión, prepararse a ésta con una santa velada. Sor Isabel estaba en el coro, entregada a su Cristo, suplicándole tomara su vida para Su gloria. El Maestro la visitó: «En la noche que precedió al gran día, mientras estaba yo en el coro en espera del Esposo, comprendí que mi cielo comenzaba en la tierra, el cielo en la fe, con el sufrimiento y la inmolación por el que amo.»³⁵

Comenzaba una nueva fase de vida espiritual. Sufrimientos de una sensibilidad todavía mal purificada, escrúpulos y angustias por bagatelas, todo eso había pasado, ciertamente. En adelante marchará por el camino de su Calvario con la confianza apacible e inmovible de una esposa que se sabe amada; avanzará en medio de los más heroicos dolores con la majestad de una reina.

4. vida profunda

Al día siguiente de su Profesión, sor Isabel de la Trinidad se dio a la prosecución de la perfección religiosa, sin exaltación de sensibilidad, pero con nuevos bríos, con una fortaleza serena, heroica, que la arrastrará de sacrificio en sacrificio hasta la consumación del Calvario.

³⁵ Carta al Canónigo A., 15 de julio de 1903.

Todo su programa de vida íntima fue la realización de su nombre: Sor Isabel, es decir, la Casa de Dios, habitada por la Trinidad.

En verdad, esta presencia de Dios, buscada a través de todo es justamente la esencia de la vida carmelitana y está en la tradición más constante de esta Orden. En su "Castillo del alma", santa Teresa vuelve, sin cesar, sobre este punto: "la intimidad con las Tres personas divinas" constituye la verdad central de su doctrina mística.

En ella encontró sor Isabel de la Trinidad, por una gracia especial, el atractivo más característico de su vida interior. Sus cartas, sus conversaciones en el locutorio, sus poesías, las resoluciones de sus retiros, todo converge hacia esa habitación interior, que fue, si hay que creer su propio testimonio, «el hermoso sol que iluminaba su vida.»³⁶ «El día en que comprendí eso, todo se iluminó para mí.» «Todo mi ejercicio es entrar en mi interior y sumergirme en Los que están allí.»³⁷

A medida que sus años de vida religiosa iban desenvolviéndose, su alma se sepultaba, cada vez más, en esa Trinidad apacible y pacificadora que le comunicaba en todos los instantes algo de su vida eterna. Por cierto que a veces había aún, en el fondo de ella, algunas ligeras agitaciones, pero todo en ella se callaba cada vez más. «¡Cuán feliz es uno cuando vive en la intimidad con Dios, cuando ha hecho de su vida una efusión, un intercambio de amor, cuando sabe encontrar al Maestro en el fondo de su propia alma! Entonces no está ya uno nunca solo y necesita soledad a fin de gozar de la presencia de este Huésped adorado... Todo se ilumina y ¡es tan lindo vivir!»³⁸ «Me preguntáis cuáles son mis ocupaciones en el Carmelo; podría contestaros que para la Carmelita no hay más que una: Amar, orar.»³⁹ «La vida de una Carmelita, es una comunión con Dios de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Si Él no llenara nuestras celdas y nuestros claustros ¡qué vacío habría! pero Lo vemos a través de todo, pues Lo llevamos en nosotros y nuestra vida es un cielo anticipado.»⁴⁰

³⁶ Carta a la señora de B., 1906.

³⁷ Carta a G. de G., fines de septiembre de 1903.

³⁸ Carta a F. de S., 28 de abril de 1903.

³⁹ Carta a la señora A., 29 de junio de 1903.

⁴⁰ Carta a F. de S., 1904.

El ritmo apacible de esta vida espiritual es sencillo y se reduce a algunos movimientos esenciales, siempre los mismos: hacer silencio, y creer al Amor que está allí, habitando en el fondo de su alma para salvarla. Quedan todavía muchas noches e impotencias, mas ¿qué importan las fluctuaciones involuntarias de un alma que vive en presencia del inmutable? Cada vez más todo se apacigua y se vuelve divino.

Así transcurría la vida de sor Isabel de la Trinidad. En ese Carmelo fervoroso, en donde tantas otras grandes almas vivían de Dios, para su gloria, no habría que imaginarla como un ser extraordinario al que se muestra con el dedo, diciendo: «La santa.» Habitualmente, en los monasterios, no se canonizan a las almas sino cuando se las pierde.

En Dijón, sor Isabel de la Trinidad era sencillamente la novicia siempre fiel, y que pasaba, lo mismo que tantas otras, como verdadera carmelita, «totalmente escondida en Dios con Cristo.»⁴¹

III. Hacia la unión transformadora

El 21 de noviembre de 1904, en el momento en que en un movimiento de gracia sor Isabel de la Trinidad había compuesto de una sola vez, sin el menor retoque, su sublime elevación a la Trinidad, le quedaba subir a las últimas cimas del amor.

No sin reflexión, inmediatamente después de su primer movimiento de adoración a la Trinidad, desde la segunda frase de su oración, sor Isabel entra en sí misma: «Ayudadme a olvidarme enteramente.» Después de tres años de vida religiosa, un obstáculo, hasta entonces insuperable, obstruye su vida espiritual: su propio yo. No ha llegado todavía a esa liberación soberana de las almas que se olvidan de sí mismas y cuyo oficio único consiste en amar. Será ése el trabajo de los dos últimos años. Primeramente lento y trabajoso, en el transcurso de dieciocho meses de fidelidad oculta; luego rápido, casi fulminante, cuando, a partir de la noche del domingo de Ramos, Dios arrojándose sobre ella como sobre una presa irá Él mismo a obrar en su cuerpo y en su alma su obra de destrucción y de consumación. Entonces se completará en ella la unión transformadora, no en el Tabor, sino, según su propio deseo, en la con-

⁴¹ Col 3,3.

figuración con la imagen del Crucificado y «la conformidad con su muerte.»

Es ésta la fase más sublime de esa vida que nos queda por analizar.

Desde hacía varios meses, sor Isabel de la Trinidad sentía una fatiga tal que, sin el auxilio de Dios, hubiera sucumbido.

Antes de ser retirada del oficio de portera, cuando la llamaban necesitaba a veces un esfuerzo real para subir la primera grada de la escalera: estaba agotada. «Por la mañana, después del rezo de las horas menores, confesaba más tarde a su Priora, me sentía ya exhausta y me preguntaba cómo podría llegar a la noche. Después de Completas, mi falta de ánimo llegaba al colmo; y así sentí a veces la tentación de envidiar a una hermana dispensada del oficio de Maitines. Pasaba el tiempo del gran silencio en una verdadera agonía, y unía ésta a la del Divino Maestro, manteniéndome junto a Él, cerca de la reja del coro. Era un momento de puro sufrimiento, pero que me obtenía fuerzas para Maitines: tenía entonces cierta facilidad para aplicarme a Dios. Enseguida, volvía a encontrar mis impotencias y, sin ser notada, gracias a la oscuridad, volvía como podía a nuestra celda, apoyándome en la pared, con frecuencia.»⁴²

Al principio de la Cuaresma de 1906, después del recreo de mediodía, habiendo sor Isabel abierto al azar, según su costumbre, su querido san Pablo, tropezó con el texto siguiente: «Lo que quiero, es reconocerlo a Él, la comunión con sus sufrimientos y la conformidad con su muerte.»⁴³

Esta fórmula final la sobrecogió: La conformidad con su muerte. ¿No le anunciaba su próxima liberación?

En plena Cuaresma se declararon los síntomas de una grave enfermedad de estómago y, después de la fiesta de san José, sor Isabel de la Trinidad quedaba definitivamente instalada en la enfermería. «Ya sabía yo que san José vendría a buscarme en este año, dijo alegremente, helo ya aquí.»

Se organizó una verdadera cruzada de oraciones, pero en vano; el mal progresaba. Sor Isabel estaba en el colmo de la alegría. Sobrepujando todo juicio por las causas segundas, llamaba a esta misteriosa enfer-

⁴² *Recuerdos*, p. 175. Edición de 1935.

⁴³ Flp 3,10.

medad: la enfermedad del amor. «Es Él quien me trabaja y me consume, a Él me entrego, me abandono, feliz de antemano por todo lo que Él haga.» El Domingo de Ramos un síncope vino a agravar súbitamente su estado. Se hizo llamar a un sacerdote en la noche. Sor Isabel, con la mirada inflamada, las manos juntas, apretando sobre su pecho el hermoso Cristo de su profesión religiosa, repetía con arrobamiento: «¡Oh Amor, Amor, Amor!»

—«He visto muchos enfermos, declaraba el sacerdote que le administraba los sacramentos, pero nunca he visto un espectáculo semejante.»

El Viernes santo creyeron que iba a expirar. La crisis pasó. En la mañana del Sábado santo las enfermeras azoradas encontraron a sor Isabel de rodillas en su cama.

La vuelta a la vida fue para ella casi una decepción. «En la noche del Domingo de Ramos tuve una crisis muy fuerte y creí que por fin había llegado el momento en que iba a volar a las regiones infinitas para contemplar sin velo esa Trinidad que fue ya mi morada aquí abajo. En la calma y el silencio de la noche, recibí la Extremaunción y la visita de mi Maestro. Me parecía que Él esperaba ese instante para romper mis ataduras. ¡Qué días inefables pasé en la espera de la gran visión.»⁴⁴ «A vos, que habéis sido siempre mi confidente, sé que puedo decíroslo todo. La perspectiva de ir a ver en su inefable Belleza a Aquél a quien amo y de sumergirme en esa Trinidad que fue ya mi cielo aquí abajo, pone una inmensa alegría en mi alma. ¡Cómo me costaría volver a la tierra! ¡Me parece tan ruin, al salir de mi hermoso sueño! Sólo en Dios todo es puro, hermoso y santo.»⁴⁵

Ese choque violento la había acercado al mundo invisible. Acostumbrada a vivir más alto que las causas segundas, sor Isabel comprendió, desde el primer instante, el sentido providencial de esa enfermedad. En ella descubría la mano divina, «el amor demasiado grande» que la perseguía más que nunca. Inmediatamente se ajustó al plan divino. «Si Dios me ha devuelto un poco de vida, se dijo, no puede ser más que para su Gloria.» Dios quería establecerla en esa última cumbre de la montaña

⁴⁴ Carta a G. de G., mayo de 1906.

⁴⁵ Carta al canónigo A., mayo de 1906.

del Carmelo en donde, según el célebre gráfico de san Juan de la Cruz, «no habita sino el honor y la gloria divina.»

Unos meses antes de su crisis durante una licencia de verano de 1905, en una conversación íntima con una hermana había encontrado en san Pablo su nombre de gracia definitivo: «Laudem Gloríae», y todos los esfuerzos de su vida interior se dirigían desde entonces en ese sentido. Las cosas hubieran podido diferirse demasiado. Dios las precipitó. Sucede a menudo que Dios deja así que las almas avancen según su paso por los caminos divinos; luego, interviniendo de improviso, toma personalmente la dirección de su vida en los menores detalles; por fin, bajo el empuje de una gracia irresistible, las lleva hasta Él. Utiliza las causas segundas: una gran prueba que quebranta una vida, una enfermedad que parece conducir a la muerte; en realidad es la hora divina del Calvario que todo lo consume. Así sucedió para sor Isabel de la Trinidad: la crisis fulminante de la noche del Domingo de Ramos y del Viernes santo fue la señal de la liberación suprema, la entrada definitiva en la unión transformadora.

A partir de ese momento sor Isabel de la Trinidad, ajena a todas las cosas de aquí abajo, vivió en esa unión con un alma de eternidad.

Las hermanas que más entraron en su intimidad declaraban que eso fue para ellas la revelación de una santa. «Se la sentía irse»; «no podía ya seguirla, era ya un ser del más allá.» La vieron avanzar por el camino del dolor «con la dignidad de una reina», según la fórmula que empleaba un testigo, sin saber que era la expresión misma de sor Isabel.

Eso aparecía con evidencia a los ojos de todos. A medida que su ser físico iba a la destrucción, su alma, cada vez más feliz, sobrepujándose a sí misma, se olvidaba de sí. Un solo pensamiento la asediaba día y noche: la alabanza de gloria a la Trinidad. No tenía más que un deseo: agotar su vida en el servicio de las almas; y soñaba con «morir transformada en el Crucificado.» «Me debilito de día en día y siento que el Maestro no tardará ya mucho en venir a buscarme. Saboreo, experimento alegrías desconocidas: las alegrías del dolor... Antes de morir, sueño con ser transformada en Jesús crucificado.»⁴⁶

⁴⁶ Carta a G. de G., fines de octubre de 1906.

Los últimos meses de esta alma esencialmente trinitaria estuvieron como perseguidos por el pensamiento del Crucificado, tan cierto es, según la observación de santa Teresa, que, aun en los estados místicos más elevados, el recuerdo de la Humanidad de Cristo no debe borrarse nunca. Aquél que es el término como Dios, sigue siendo, como hombre, el camino que a él conduce: el Calvario es el único camino de la Trinidad.

Al constante afán de la gloria de la Trinidad, que domina por cierto todo el interior del alma de sor Isabel, se mezcla pues íntimamente el espectáculo del Crucificado. «Configuratus morti ejus.» He ahí aun lo que me persigue, lo que da fuerza a mi alma en el sufrimiento. ¡Si supierais qué obra de destrucción siento en todo mi ser! Es la senda del Calvario que se ha abierto, y camino por ella con toda alegría como una esposa al lado del divino Crucificado.

«El 18, tendré 26 años; no sé si este año terminará en el tiempo o en la eternidad, y os pido como una hija a su Padre, queráis en la Santa Misa, consagrarme como una hostia de alabanza a la gloria de Dios. Consagradme tan bien que yo no sea más yo, sino Él, y que el Padre al mirarme pueda reconocerlo. Que yo sea conforme a su muerte, que sufra yo en mí lo que falta a su pasión para su cuerpo que es la Iglesia, y luego bañadme en la sangre de Cristo para que sea fuerte con la fuerza de Él.»⁴⁷

Así la vida espiritual de sor Isabel se reduce más y más a lo esencial: la transformación en Cristo por amor, una filial intimidad de casi todos los instantes con la Virgen, el sentido trinitario de su bautismo. Transportada al alma del Crucificado, el movimiento de su vida interior se vuelve pronto extremadamente simple: la gloria de la Trinidad... y nada más.

Ahora sor Isabel de la Trinidad ha llegado a esa unidad superior del alma de los santos que han alcanzado a Cristo plenamente. Todo lo demás entra en esa unidad o desaparece. En su alma todo se armoniza. Para ella, el «Palacio de la bienaventuranza o del dolor» es una misma cosa; el deseo del sufrimiento no excluye el del cielo, el cual la atrae cada vez más al contacto de esos últimos capítulos del Apocalipsis sobre la Jerusalén celestial, que constituyen su lectura de cabecera. Jamás se la

⁴⁷ Carta al canónigo A., julio de 1906.

vio tan divina y humana a la vez. Su ternura se manifiesta sobre todo con sus hermanas del claustro. «Nunca fue tan exuberante el corazón de Cristo como en el momento en que iba a separarse de los suyos. También yo, hermanita, nunca he sentido tanto la necesidad de cubriros con plegarias. Cuando mis sufrimientos se hacen más agudos, me siento de tal manera ungida a ofrecerlos por vos, que no puedo obrar de otra manera. ¿Tendríais particular necesidad de que así lo haga? ¿Os veríais en algún sufrimiento? Os doy todos los míos; podéis disponer de ellos plenamente. ¡Si supierais cuán feliz soy al pensar que mi Maestro va a venir a buscarme! ¡Qué ideal es la muerte para aquellos a quienes Dios ha preservado y que no han buscado las cosas visibles porque son pasajeras, sino las invisibles que son eternas!

«En el cielo seré vuestro Ángel más que nunca. Sé cuánta necesidad tiene mi hermanita de ser preservada en medio de ese París en donde se desliza su vida. San Pablo dice que Dios nos ha elegido en Él, antes de la creación, a fin de que seamos puros, inmaculados en su presencia en el amor. ¡Cuánto le pediré que ese gran secreto de Su voluntad se cumpla en vos! Para eso escuchad el consejo del mismo Apóstol: caminad en Jesucristo, arraigados en Él, edificados sobre Él, confirmados en la fe y creciendo más y más en Él. Mientras esté yo contemplando la ideal Belleza en su gran claridad, Le pediré que ella se imprima en vuestra alma a fin de que, desde ahora en este mundo en que todo está manchado, seáis hermosa con su hermosura, luminosa con su luz. Adiós; dadle gracias por mí, pues mi dicha es inmensa; os doy cita en la heredad de los santos. Allí es donde en el coro de las vírgenes, esa generación pura como la luz, cantaremos el hermoso cántico del Cordero y el Sanctus eterno, bajo el resplandor de la Faz de Dios. Entonces -dice San Pablo- “seremos transformados en la misma imagen, de claridad en claridad”. Os abrazo con todo el amor de mi corazón, y soy vuestro Ángel por la eternidad.»⁴⁸

En la noche del 2 de agosto de 1906, aniversario de su entrada al Carmelo, no pudiendo dormir, se instala cerca de la ventana y permanece allí en oración con su Maestro hasta casi medianoche. Pasó una noche divina: «¡El cielo estaba tan azul, tan sereno; se sentía tal silencio en

⁴⁸ Carta a C. B., a fines del verano de 1906.

el monasterio... Y yo repasaba esos cinco años tan colmados de gracias!»⁴⁹

Sintiendo que el desenlace se aproximaba, sor Isabel pidió a su Madre Priora la dejara entrar en retiro la noche del 15 de agosto, para preparar su tránsito a la vida eterna. En una esquila que hizo llegar a una de sus hermanas, le anuncia que parte con *Janua Coeli* para esos días de oración y recogimiento: «Laudem Gloríae entra esta noche en el Noviciado del cielo, a fin de prepararse a recibir el hábito de gloria y se apresura a venir a encomendarse a su hermana A. “Aquéllos a quienes Dios ha conocido en su presciencia -nos dice san Pablo-, Dios los ha también predestinado para ser conformes a la imagen de su divino Hijo.” He ahí lo que voy a hacerme enseñar: la conformidad, la identidad con mi Maestro adorado, el Crucificado por amor. Entonces podré desempeñar mi oficio de “Alabanza de gloria”, y cantar ya el Sanctus eterno hasta que vaya a entonarlo en los recintos divinos de la Casa del Padre.»⁵⁰

En el transcurso de esas tardes y noches de silencio con Dios, en que sentía que su Maestro la encaminaba hacia su Calvario, fue cuando compuso, a pedido de su Madre Priora, el «Último retiro de Laudem Gloríae» para decirle cómo concebía su oficio de «Alabanza de Gloria.»

Hasta la última semana se la vio arrastrarse para el rezo nocturno de Laudes, y allí, hecha un ovillo en un rincón del coro, extraer hasta la última gota de su ser agotado. En la medida que se lo permitía su extrema debilidad, permaneció fiel hasta el fin a las menores observancias de su Orden. Con frecuencia, durante interminables insomnios, experimentaba en su cuerpo y en su alma un verdadero martirio. Con gran espíritu de fe se refugiaba entonces junto a su Priora, a la que llamaba su Sacerdote, encargado por Dios de consumir su sacrificio.

«Las 11. Desde el palacio del dolor, y de la bienaventuranza.

«Madre querida, Sacerdote amado. Vuestra pequeña “Alabanza de gloria” no puede dormir; sufre, pero en su alma -aunque la angustia atravesase por ella- ¡se produce tanta calma! Y es vuestra visita la que ha venido a traer esta paz del cielo.

⁴⁹ Carta a su madre, 3 de agosto de 1906.

⁵⁰ Esquila a una de sus hermanas del claustro.

»Ayudadme a subir mi Calvario: ¡siento con tanta fuerza el poder de vuestro sacerdocio sobre mi alma y tengo tanta necesidad de vos!

»Madre mía, ¡siento a mis “Tres” tan cerca de mí! Estoy más abrumada por la dicha que por el dolor. Mi Maestro me ha recordado que ésta era mi residencia y que yo no debía elegir mis sufrimientos; me sumerjo, pues, con Él en el dolor inmenso, con todo temor y angustia. (Octubre de 1906.)

»Sacerdote amado, Vuestra pequeña hostia sufre mucho, mucho; es una especie de agonía física; ¡ella se siente tan cobarde! Cobarde hasta decir basta. Pero el Ser, que es la plenitud de amor, la visita, le hace compañía, la hace entrar en Sociedad con Él mientras le hace comprender que en tanto la deje en la tierra le dispensará el dolor.» (Octubre de 1906)

En medio de los más agudos sufrimientos no se pudo nunca sorprender en ella la menor flaqueza; nunca dejó de sonreír. Durante esas últimas semanas de verdadero martirio, el don de Fortaleza se manifiesta en ella de manera notable. Un día le preguntaron si sufría mucho; hizo un gesto como para indicar que le despedazaban las entrañas: se contrajo su rostro; luego, terminado el gesto, volvió a su serenidad apacible.

En este estado de agotamiento la volvió a ver por última vez el Padre Vallée el 15 de octubre. Quedó impresionado por la obra de destrucción realizada por Dios en esta alma, y que le comunicaba «una belleza tan rara, tan divina.» La instó a elevarse, con su supremo esfuerzo, hasta el amor que supera el dolor. Muy consolada con esa última visita del Padre, subió a las alturas entrevistas. Esos estados superiores de unión transformadora en el Calvario, no se parecen ya más a nada de lo que pasa en la tierra.

El 29 de octubre, aprovechando una leve mejoría, pudo bajar al locutorio cerca de su familia. Le habían llevado sus sobrinas, «esos dos hermosos lirios blanquísimos», a quienes su madre había hecho arrodillar junto a la reja. Sor Isabel, levantando el gran Cristo de la profesión, las bendijo.

En el momento de la despedida tuvo la fuerza de murmurar a su Madre: «Mamá, cuando la hermana tornera te haga saber que he acabado de

sufrir, te pondrás de rodillas diciendo: Dios mío, vos me la habéis dado, vos me la quitáis; bendito sea vuestro santo nombre.»⁵¹

Al día siguiente, 30 de octubre, sor Isabel de la Trinidad no podía ya salir de la enfermería. Al atardecer, un gran temblor la sacudía en su cama; por la noche, el cielo estuvo otra vez a punto de abrirse; había que apurarse. Desde el 31 por la mañana le fue renovada la gracia de los últimos sacramentos. La Iglesia cantaba las primeras Vísperas de la festividad de Todos los Santos. No pudiendo ya escribir, sor Isabel dictó un postrer mensaje: «He aquí, creo, el gran día, deseado tan ardientemente, de mi encuentro con el Esposo únicamente amado, adorado. Tengo la esperanza de estar esta noche entre “esa gran muchedumbre” que san Juan vio “delante del trono del Cordero, sirviéndole noche y día en su templo”. Os doy cita en ese hermoso capítulo del Apocalipsis y en el último, que arrebató tan bien al alma por encima de la tierra, en la visión en que voy a sumergirme para siempre.»⁵²

A mediodía, tocaron todas las campanas de la ciudad. «¡Oh, Madre mía, -exclamó- esas campanas me dilatan; tocan para la partida de Laudem Gloríae. Van a hacerme morir de alegría esas campanas. Vámonos.» Y sus brazos se extendían hacia el cielo.

El día de Todos los Santos, hacia las 10 de la mañana, pareció haber llegado la hora suprema. La comunidad se reunió en la enfermería para rezar las oraciones de los agonizantes. Sor Isabel de la Trinidad salió de su estado de postración, se aseguró de la presencia de todas las hermanas y pidió perdón. Luego, a pedido dejó escapar las frases siguientes:

«Todo pasa... En el atardecer de la vida, sólo el amor permanece... Hay que hacerlo todo por amor... Hay que olvidarse de sí mismo sin cesar: ¡le gusta tanto a Dios que uno se olvide! ¡Ah, si siempre lo hubiera yo hecho!»

Entonces empezaron nueve días de dolorosa agonía. Acostada en su cama como en un altar, con los ojos cerrados, la vida toda recogida en el

⁵¹ Cuando la Sra. de Catez, avisada por la hermana tornera, se trasladó al locutorio en el que estaba expuesta su hija muerta, profirió un grito de dolor. Entonces, una amiga que la acompañaba le dijo: «Acordaos de lo que os dijo Isabel.» La valiente madre lo recordó, y cayendo de hinojos murmuró: «Dios mío, vos me la habéis dado, vos me la quitáis; bendito sea vuestro santo nombre.»

⁵² Carta 2 la Sra. H., 31 de octubre de 1906.

fondo del alma, la santa víctima oraba. Cuando intentaban consolarla de no recibir ya la santa hostia, decía: «Lo encuentro en la cruz, es allí donde Él me da la vida.»

Violentos dolores cerebrales hicieron temer una congestión; se la conjuró con incesantes aplicaciones de hielo que se derretía instantáneamente. Su cerebro parecía abrasado; la palabra se hacía casi imperceptible revelando una unión divina consumada. Su rostro, demudado y desfigurado, revestía a veces de modo sorprendente los rasgos dolorosos de la Santa Faz. Se hubiera dicho un Cristo en cruz. Tres semanas antes había revelado a su Piora: «Si mi Maestro me diera a elegir entre un éxtasis y la muerte en el abandono del Calvario, elegiría esta última para asemejarme a Él.» Su Maestro la había escuchado plenamente: era la extenuación del Calvario tanto en lo interior como en lo exterior. Después de una crisis violenta se la había oído exclamar: «Oh Amor, Amor, agota toda mi sustancia para gloria tuya; que se vierta gota a gota por tu Iglesia.»

La antevíspera de su muerte, el médico le confesó la extremada debilidad de su pulso; entró ella en gozo y tuvo la fuerza de decir: «Dentro de dos días estaré en el seno de mis “Tres”. Es la Virgen, ese ser todo luminoso, quien me tomará de la mano para llevarme al cielo.» El doctor, incrédulo, se extrañaba de semejante alegría. Sor Isabel le habló de la adopción divina, del gran misterio del Amor inclinado sobre nosotros... Estos últimos esfuerzos acabaron de agotarla. Pudo oírsele murmurar aún, con voz encantadora: «Voy a la Luz, al Amor, a la Vida.»

Fueron éstas sus últimas palabras inteligibles.

El viernes 9 de noviembre a las 5 y 45' se volvió del lado derecho y echó la cabeza hacia atrás; se le iluminó el rostro; sus bellos ojos, cerrados y casi apagados desde hacía ocho días, se abrieron y se detuvieron, con admirable expresión, algo arriba de su Piora arrodillada junto a la cama. Estaba hermosa como un ángel.

Las hermanas que a su alrededor rezaban las oraciones de los agonizantes no se cansaban de contemplarla. Luego, sin que hubiesen podido sorprender su último suspiro, advirtieron que sor Isabel no vivía ya.

Era por la mañana de la festividad de la Dedicación, una de sus más queridas fiestas. Mientras en el coro, en presencia de sus restos, las hermanas cantaban las alabanzas de la Casa de Dios «Beata pacis visio», Sor Isabel ya en la inmutable visión de paz y los esplendores de la Jeru-

salén celestial, cuyo pensamiento había dominado sus últimos días, estaba mezclada con la muchedumbre de los Bienaventurados que tienen una palma en sus manos y dicen sin descanso día y noche: Santo, Santo, Santo, el Señor Omnipotente, que era, que es, que será por los siglos de los siglos. Con ellos, prosternándose, adorando y arrojando su corona, recompensa de su martirio de amor, no cesaba de repetir ante el Trono del Cordero:

«Dignus es, Domine.» Digno sois, Señor, de recibir honor, poder, sabiduría, fortaleza y divinidad⁵³.

Ante la Faz de la Santísima Trinidad, sor Isabel se había vuelto ALABANZA DE GLORIA por la eternidad.

⁵³ Ap 5.

2. El ascetismo del silencio

—¿Cuál es el punto que preferís de la Regla?

—El silencio.

Dos elementos fundamentales constituyen la esencia de toda santidad: el despojo de sí y la unión con Dios. Se los encuentra siempre bajo los más variados matices de la vida de los santos.

En una Carmelita ese aspecto negativo reviste la forma de una separación absoluta. El Carmelo es el desierto, Dios solo.

Pero entre las almas carmelitanas cada una vive a su modo esta doctrina de la «nada» de la criatura y del «Todo» de Dios, que tanto gustaba a san Juan de la Cruz, el doctor místico del Carmelo. Una estrella difiere de su vecina no sólo por su tamaño sino también por su luz propia, por su brillo particular. Dios es multiforme en los santos. Sería vano hacer entrar en un molde idéntico a dos santos de una misma familia religiosa: bajo caracteres comunes, ocultan diferencias irreductibles.

El papel del teólogo que se ha impuesto el trabajo de escrutar las profundidades de un alma, es el de saber discernirlas bien. Distinguir, es ver mejor.

A menudo se ha comparado u opuesto a santa Teresa del Niño Jesús y sor Isabel de la Trinidad. Sus caminos son esencialmente diferentes. La Carmelita de Lisieux cubre brillantemente todo el universo católico con sus pétalos de rosas deshojadas por amor. Ha enseñado al mundo moderno a volver a ser niño ante Dios. La Carmelita de Dijón llena su misión entre las almas interiores. Sor Isabel de la Trinidad fue la santa del silencio y del recogimiento.

1. La santa del silencio

A los 15 años, en sus poesías, Isabel Catez soñaba con estar en soledad con su Cristo: «Vivir contigo solitaria.»⁵⁴

⁵⁴ *Poesías*, agosto de 1896.

Anota en su diario, cuando vivía en el siglo, a los 19 años: «Pronto seré toda tuya, viviré en la soledad, sola contigo, no ocupándome más que de Ti, no viviendo más que contigo, no conversando más que contigo.»⁵⁵ Y su mayor felicidad, durante el verano en el campo, era irse a los bosques solitarios⁵⁶.

Desde su entrada, la soledad carmelitana la embelesó: «Sola con el Solo», es toda la vida del Carmelo.

La Carmelita es esencialmente una ermitaña contemplativa que tiene como patria el desierto de Carith y como refugio el hueco de la roca. No que olvide a las almas que se pierden -santa Teresa fundó su reforma al ver los estragos de la herejía de Lutero- sino que el testimonio que debe dar a Dios es el de la solitaria cuya mirada queda fija en Él sólo, en un ardiente olvido de todo lo demás: atestación silenciosa, pero conmovedora, de que sólo la Belleza divina merece la atención de un alma elevada por la gracia hasta el consorcio de la vida trinitaria. Dios sólo basta.

Su acción apostólica es la de la oración que todo lo obtiene. Una sola alma que se eleva hasta la unión transformadora es más útil a la Iglesia y al mundo que una multitud de otras que se agitan en la acción.

Sor Isabel de la Trinidad fue el tipo de la contemplativa silenciosa cuya acción apostólica, por añadidura, se extiende a todo el universo.

Desde el primer día se la vio entrar a fondo en ese espíritu de silencio y de muerte, condición de toda vida divina en el Carmelo. Amaba con culto particular al patriarca Elías, el primero de los hombres que llevó la vida eremítica, a quien Dios había ordenado huir de los lugares habitados y ocultarse, lejos de la muchedumbre, en el desierto: «Sal de aquí y quédate oculto en Carith»;⁵⁷ que había enseñado a los monjes ermitaños de la santa montaña del Carmelo a liberarse de todo lo que no es Dios, a mantenerse en la sola presencia del Dios vivo, eliminando toda otra presencia.

Vivir como ermitaño, al igual que Elías, hombre santo y solitario, habitar en pequeñas celdas como los monjes del Monte Carmelo en las rocas, junto a la fuente del Profeta, tal fue el más ardiente deseo de Te-

⁵⁵ *Diario*, 27 de marzo de 1899.

⁵⁶ Carta a la Sra. A., 29 de septiembre de 1902.

⁵⁷ 1Re 17,3.

resa. «El estilo que pretendemos llevar -escribe en el capítulo trece del *Camino de Perfección*- es no sólo de ser monjas, sino ermitañas.» «Acordémonos de nuestros santos Padres, esos ermitaños de otros tiempos, cuya vida tratamos de imitar. ¡Qué sufrimiento no han tenido que soportar y en qué aislamiento!»

En pos de la valiente Reformadora, sus primeras hijas se sumergían en el desierto del Carmelo. «Su soledad constituía su felicidad», nos dice santa Teresa. «Me aseguraban que nunca se cansaban de estar solas. Una visita, aun cuando fuese de sus hermanos y hermanas, era para ellas un tormento. Se estimaba la más feliz aquélla que tenía más ratos libres “para permanecer largo tiempo en una ermita”...»

SILENCIO y SOLEDAD, he ahí el más puro espíritu del Carmelo: «Podréis tener lugares y casas en lugares solitarios... cada uno tendrá su celda separada... que cada uno permanezca en su celda o cercano a ella, meditando día y noche en la ley de Dios y velando en oración.» (La santa Regla.)

«Todos los ratos en que las hermanas no estén en la comunidad o en los oficios de aquesta, cada una permanecerá apartada en su celda o en la ermita que la Priora le haya permitido...

»Finalmente, estén en los lugares de su retiro, encaminándose por medio de esta soledad a aquello para lo cual ordena la Regla que cada una permanezca apartada.

»Haya un campo en donde se puedan hacer ermitas a fin de que puedan retirarse para la oración, como lo hacían nuestros santos padres...

»Nunca debe haber lugar en el que se reúnan para trabajar juntas, no sea que eso dé ocasión de quebrantar el silencio.» (Constituciones)

Sor Isabel de la Trinidad tuvo en grado excepcional esta inclinación al silencio que huye de todo lo creado para mantenerse, en la fe, en presencia del Dios vivo.

Todo su ascetismo se reduce al silencio, entendido en su sentido universal. El silencio constituye a sus ojos la condición más fundamental requerida del alma que quiere elevarse hasta la unión divina.

Sin querer imponer a su pensamiento marcos demasiado rígidos, incompatibles con las libres inspiraciones a las cuales se abandonaba sor Isabel bajo la moción del Espíritu, se pueden encontrar, en la línea de su pensamiento, tres silencios: exterior, interior, finalmente un silencio en-

teramente divino, en el que el alma está puramente pasiva, que es uno de los efectos más elevados de los dones del Espíritu Santo y que, a falta de término propio, inspirándose en uno de sus textos se podría llamar: «El silencio sagrado», el «silencio de Dios» análogo al «divinum silentium» del gráfico de san Juan de la Cruz.

2. *El silencio exterior*

El silencio exterior no es el más necesario. En ciertas circunstancias es hasta imposible. Entonces el alma tiene el recurso de huir dentro de sí misma, en esa soledad interior la única requerida para la unión con Dios. Pero debe ser buscado lo más posible, como que favorece el silencio interior y a él conduce normalmente: el amor del silencio conduce al silencio del amor.

Sor Isabel era amante de la clausura; las conversaciones inútiles en el locutorio eran para ella un tormento. En varias circunstancias recordará suave pero firmemente a los suyos ese punto de la Regla; observará fielmente para la correspondencia el tiempo de Adviento y de Cuaresma, a menos que la obediencia le impusiera el deber de escribir. Sólo por un permiso que aparece manifiestamente providencial desde que se analizan de cerca las circunstancias, ha podido dejarnos tantas cartas a pesar de su deseo de permanecer silenciosa detrás de las rejas de su Carmelo.

Igual silencio en sus relaciones con sus hermanas en el interior del monasterio. Repetidas veces aceptó desafíos de silencio, y las dos o tres faltas de que se acusaba provenían siempre de su caridad. Fue fiel a ese espíritu de silencio hasta el último día. «Una vez, cuenta una hermana, había yo obtenido permiso para llevarle algo a la enfermería y para quedar con ella hasta el fin del recreo. Sor Isabel me recibió con gran efusión de alegría. Sonó la campana. Con dulzura y una hermosa sonrisa, volvió a entrar en el silencio. Sentí que no había que prolongar la conversación. En ella no había nada de rígido, pero la fidelidad prevalecía sobre todo.»

Sor Isabel volvía siempre al silencio. Las jóvenes hermanas sabían tan bien que era ése su programa único, que en el momento de las novenas o la víspera de los retiros le insinuaban maliciosamente: «Silencio, ¿no? Silencio.» Y sor Isabel se inclinaba sonriendo.

Durante su enfermedad, como su Priora tenía empeño en que fuera al aire libre, sor Isabel elegía el lugar más solitario. «En lugar de trabajar en nuestra pequeña celda, me instalo como un ermitaño en el lugar más desierto de nuestro gran jardín y allí paso horas deliciosas. Toda la naturaleza me parece tan llena de Dios: el viento que sopla en los grandes árboles, los pajarillos que cantan, el hermoso cielo azul, todo eso me habla de Él.»⁵⁸

Por sobre todo, tenía afecto al silencio de su celda a la que llamaba «su pequeño paraíso», en la que se refugiaba con delicia. «Un jergón, una pequeña silla, un pupitre sobre una tabla: he ahí el mobiliario. Pero está lleno de Dios y ¡paso tan buenas horas! sola con el Esposo. Me calla, Le escucho. ¡Es tan bueno, oírlo todo de Él! y luego, Lo amo.»⁵⁹

Apreciaba, entre todas, las horas del gran silencio de la noche. Sor Isabel ¡amaba tanto su Carmelo silencioso! «El Carmelo es un rincón del cielo: en el silencio y la soledad se vive sola con Dios Solo.»⁶⁰

Dos o tres veces por año más o menos según la costumbre de los diversos monasterios, las religiosas tienen licencias, es decir que pueden visitarse unas a otras en su celda, como antaño los ermitaños del desierto. Sor Isabel se prestaba de buena gana a este uso querido por santa Teresa para que las hermanas se inflamen mutuamente en el amor del Esposo. Hasta recibió en ello una de las más grandes gracias de su vida: su nombre de «Alabanza de Gloria.» Pero ¿quién no ve que con la humana debilidad esos encuentros, que deberían ser conversaciones inflamadas, pueden degenerar en charlas que disipan: pura pérdida para la unión divina, única finalidad del Carmelo? Con alegría, sor Isabel de la Trinidad volvía a su querido silencio, estimado por sobre todo. Escribía a su hermana: «Con ocasión de las elecciones, hemos tenido licencia, es decir que podemos, durante el día, hacernos pequeñas visitas unas a otras. Pero, ¿ves? la vida de una Carmelita es el silencio.»⁶¹

⁵⁸ Carta a su madre, agosto de 1906.

⁵⁹ Carta a la Sra. A., 29 de junio de 1903.

⁶⁰ Carta a M. L. M., 26 de octubre de 1902.

⁶¹ Carta a su hermana, octubre de 1901.

3. *El silencio interior*

El verdadero silencio de la Carmelita es el silencio del alma, en el que encuentra a Dios.

Fiel discípula de santa Teresa y de san Juan de la Cruz, sor Isabel se ejercita en hacer callar sus potencias y se aísla de todo lo creado. Con ardor despiadado, todo lo inmola: la mirada, el pensamiento, el corazón. «El Carmelo, es como el cielo: hay que separarse de todo para poseer al que es todo.»⁶²

Esta separación total de las criaturas atraía ya con pasión su corazón cuando estaba en el mundo: «Hagamos el vacío, desprendámonos de todo; que no haya más que Él, Él sólo.»⁶³ «Dejemos la tierra, dejemos todo lo creado, todo lo sensible.»⁶⁴

Retenida en medio de las reuniones y de las fiestas mundanas, su alma, huyendo del tumulto, se elevaba hasta Dios. «Me parece que nada puede distraer de Él cuando no se obra más que para Él, siempre en su santa presencia, bajo esa divina mirada que penetra en lo más íntimo del alma. Aun en medio del mundo se puede escucharlo en el silencio de un corazón que no quiere ser sino de Él.»⁶⁵

Sor Isabel profesaba un culto especial a santa Catalina de Sena, a causa de la doctrina de la gran mística dominicana sobre la «celda interior», refugio constante de la virgen de Sena en medio de las agitaciones de los hombres y de su prodigiosa acción apostólica al servicio de la política pontifical.

Ese silencio interior, tan estimado por sor Isabel, debía tomar rápidamente en ella la forma de un ascetismo universal y un lugar primordial en su vida mística. Es Evangelio puro: el que quiere elevarse hasta Dios por medio de la oración debe hacer callar en sí las vanas agitaciones del exterior y los ruidos del interior, retirarse a lo más profundo de sí mismo y allí, en secreto, recogerse «con todas las puertas cerradas»⁶⁶ delante de la Faz del Padre. Así oraba Cristo durante esas noches silen-

⁶² Carta a su madre, agosto de 1903.

⁶³ Carta a M. G., 1901.

⁶⁴ Carta a M. G., 1901.

⁶⁵ Carta al canónigo A., 19 de diciembre de 1900.

⁶⁶ Mt 6,6.

ciosas de Palestina cuando al atardecer se iba solitario a la montaña para quedarse allí hasta la mañana «en oración de Dios».⁶⁷

Anacoretas y Padres del desierto de los primeros siglos de la Iglesia señalan bien con su vida alejada de todo comercio inútil, ese papel purificador del silencio en la concepción primitiva del ascetismo cristiano. El desierto conducía al silencio del alma habitada por Dios.

Según su gracia propia, sor Isabel de la Trinidad ha oído esta verdad evangélica en un sentido enteramente carmelitano: silencio de todas las potencias del alma guardadas para Dios sólo. No más ruido en los sentidos exteriores, en la imaginación y la sensibilidad, en la memoria, la inteligencia, la voluntad: no ver nada. No oír nada. No gustar nada. No detenerse en nada que pueda distraer el corazón o retardar al alma que camina hacia Dios.

Ante todo, la mirada debe ser vigilada. ¿No decía el Maestro: «Si tu ojo te escandaliza, arráncalo. Pues si el ojo es simple, todo el cuerpo es puro y vive en la luz?»⁶⁸ La impureza y una multitud de imperfecciones provienen de esa falta de vigilancia en las miradas. David, que había hecho la dolorosa prueba, suplicaba a Dios «que apartara sus ojos de las vanidades de la tierra»⁶⁹ con las que había tropezado su alma. El alma virgen no se permite una sola mirada fuera de Cristo.

No menos necesario es el silencio de la imaginación y de las otras potencias del alma. Llevamos por doquier con nosotros todo un mundo interior de sensaciones e impresiones, que amenaza a cada instante con volver a apoderarse de nosotros. Allí también debe ejercitarse el ascetismo del silencio. Un alma que se divierte todavía con sus recuerdos, «que persigue un deseo cualquiera»⁷⁰ fuera de Dios, no es un alma de silencio, tal como la quería sor Isabel de la Trinidad. En ella quedan «disonancias»,⁷¹ sensibilidades demasiado bulliciosas, que impiden el concierto armonioso que las potencias del alma no debieran nunca cesar de hacer subir hasta Dios.

⁶⁷ Lc 6,12.

⁶⁸ Mt 6,22.

⁶⁹ Sal 118,37.

⁷⁰ Último retiro, 2º día.

⁷¹ Último retiro, 2º día.

La inteligencia, a su vez, debe hacer callar en ella todo ruido humano. «El menor pensamiento inútil»⁷² sería una nota falsa que hay que desterrar a toda costa. Un intelectualismo refinado que deja demasiado juego a la inteligencia para sí misma es un obstáculo sutil al verdadero silencio del alma en el que se encuentra a Dios en la pura fe. Sor Isabel de la Trinidad, como su maestro san Juan de la Cruz, se muestra aquí inexorable. «Hay que apagar toda otra antorcha»⁷³ y alcanzar a Dios no por medio de un sabio edificio de hermosos pensamientos, sino por la desnudez del espíritu.

Silencio sobre todo en la voluntad. En ella se juega nuestra santidad: es la facultad del amor. Con ella relaciona san Juan de la Cruz, no sin razón, las últimas purificaciones preparatorias, a la unión transformadora. Nada, nada, nada, nada, nada en el camino; y, en la Montaña: nada⁷⁴. Sor Isabel ha querido seguir a su maestro espiritual hasta ese punto extremo del «sendero estrecho» que conduce a la cumbre del Carmelo. Con fuerza, urge el alma que quiere llegar a la unión divina a elevarse por encima de sus más espirituales gustos personales hasta el despojo de toda voluntad propia. «No saber más nada», «no establecer diferencia entre sentir y no sentir, gozar o no gozar»,⁷⁵ guardarse resuelta a sobrepajarlo todo para unirse, olvidadiza de sí misma y despojada de todo, con Dios sólo. Sor Isabel de la Trinidad había llevado hasta ahí su ideal de silencio y de soledad absoluta, lejos de todo lo creado. Sabemos que las últimas horas de su vida fueron una vidente realización de esto.

Hay que entender, pues, con ella este ascetismo del silencio en su sentido profundo: «No es una separación material de las cosas exteriores, sino una soledad del espíritu, un desasimiento de todo lo que no es Dios.»⁷⁶ El alma silenciosa a todos los acontecimientos de adentro como de afuera «no establece ya diferencia entre esas cosas. Las supera, las sobrepaja, para descansar por encima de todo en su Maestro mismo.»⁷⁷

⁷² Último retiro, 4º día.

⁷³ Último retiro, 4º día.

⁷⁴ Gráfico de S. Juan de la Cruz.

⁷⁵

⁷⁶ Cielo en la tierra, 2-2.

⁷⁷ Cielo en la tierra, 4ª contemplación.

Es la noche de san Juan de la Cruz, la muerte a toda actividad natural. «El alma que aspira a vivir al contacto con Dios, en el alcázar inexpugnable del santo recogimiento, debe estar separada, despojada, alejada de todas las cosas, por lo menos en cuanto al espíritu»,⁷⁸ Es el silencio absoluto frente a Dios sólo.

Sor Isabel de la Trinidad ha consagrado toda una elevación de su último retiro a cantar ese bienaventurado estado del alma liberada de todo por el silencio interior.

«Hay otro canto de Cristo que yo quisiera repetir incesantemente: “Para ti conservaré mi fortaleza”. Mi Regla me dice: “En el silencio estará vuestra fortaleza”⁷⁹. Me parece, pues, que conservar la fortaleza para el Señor, es establecer la unidad en todo el ser por medio del silencio interior; es recoger todas las potencias para ocuparlas en el solo ejercicio del amor; es tener ese ojo simple que permite a la luz irradiarnos.»⁸⁰

Ese silencio lo abarca todo.

«Un alma que discute con su “yo”, que se ocupa de sus sensibilidades, que persigue un pensamiento inútil, un deseo cualquiera, esa alma dispersa sus fuerzas: no está completamente ordenada a Dios. Su lira no vibra al unísono, y el Maestro, cuando la toca, no puede hacer salir de ella armonías divinas. Hay todavía demasiado elemento humano: es una disonancia. El alma que aun guarda algo para sí en su reino interior, cuyas potencias todas no están “cercadas” en Dios, no puede ser una perfecta alabanza de gloria. No está en estado de cantar, sin interrupción, el *Canticum magnum* de que habla san Pablo, porque la unidad no reina en ella. En lugar de proseguir su alabanza a través de todas las cosas en la sencillez, es necesario que reúna sin cesar las cuerdas de su instrumento algo perdidas por todas partes.»⁸¹

4. *Divinum silentium*

Hay otro silencio que no pertenece al alma introducirlo mediante su actividad propia, sino que Dios mismo la efectúa en ella, si ella perma-

⁷⁸ Cielo en la tierra, 5ª contemplación.

⁷⁹ Sal 58,10; Is 30,15.

⁸⁰ Último retiro, 2º día.

⁸¹ Último retiro, 2º día.

nece siempre fiel, y que constituye uno de los más elevados frutos del Espíritu Santo: el *Divinum silentium* del gráfico de san Juan de la Cruz. Las potencias ya no van dispersas en busca de las cosas. El alma no sabe ya otra cosa que Dios: es la unidad.

«¡Cuán indispensable es esta hermosa unidad interior, al alma que quiere vivir, aquí abajo, de la vida de los bienaventurados, es decir de los seres simples, de los espíritus! Me parece que el Maestro se refería a eso cuando hablaba a Magdalena del *unum necessarium*⁸². ¡Cómo lo había comprendido la gran santa! El ojo de su alma iluminado por la luz de la fe, había reconocido a su Dios bajo el velo de la humanidad y, en el silencio, en la unidad de sus potencias, escuchaba la palabra que Él le decía.» Podía ella cantar: «Mi alma está siempre entre mis manos»⁸³ y también esta pequeña palabra «Nescivi.»⁸⁴ Sí, ya no sabía más nada, sino a Él. Podían hacer ruido, agitarse a su alrededor: «Nescivi». Podían acusarla: «Nescivi». Ni su honor ni las cosas exteriores pueden hacerla salir de su silencio sagrado. Así acontece al alma que ha entrado en el alcázar del santo recogimiento. El ojo de su alma, abierto bajo las claridades de la fe, descubre a su Dios presente, viviendo en ella. A su vez, ella le permanece tan presente en la hermosa simplicidad, que Él la aguarda con solícito cuidado. Entonces pueden sobrevenir las agitaciones del exterior, las tempestades del interior. Se puede herir su pundonor, «Nescivi». Dios puede ocultarse, retirarle su gracia sensible: «Nescivi» y también con san Pablo: «Por su amor lo he perdido todo.» (Flp 12,8) «Entonces el Maestro es libre, libre de entregarse, de darse según su medida, y el alma así simplificada, unificada, se convierte en el trono del Inmutable, puesto que la Unidad es el trono de la Santísima Trinidad.»⁸⁵

San Juan de la Cruz, en un pasaje célebre, hace alusión al silencio de la Trinidad. «No tiene Dios Padre sino una Palabra, su Verbo. Pronúnciala en un eterno silencio...»⁸⁶ Sor Isabel ha descubierto en ese silencio

⁸² Lc 10,42.

⁸³ Sal 118,109.

⁸⁴ Cant 6,11.

⁸⁵ Último retiro, 2º día.

⁸⁶ Esquela nº 217, en “Consignas” por Dom Chevalier o.s.b. (Desclée,1933, p.69).

de la Trinidad el ejemplar del suyo: «Que en el alma se haga un profundo silencio, eco del que se canta en la Trinidad.»⁸⁷

La unión transformadora hace entrar en ese silencio de Dios.

En el alma todo se calla: nada ya de la tierra, no otra luz que la del Verbo, no otro amor que el Amor eterno. El alma se reviste de las costumbres divinas. Su vida, superando y dominando desde muy alto todas las agitaciones de lo creado, participa de la vida Inmutable, según la palabra de sor Isabel: «Inmóvil y apacible como si ya estuviera ella en la eternidad.»

Por un toque especial del Espíritu Santo, uno de los más secretos, su vida es transportada a la inmutable y silenciosa Trinidad. Todavía por la fe, aquí abajo, pero por, uno de los más elevados efectos del don de Sabiduría, el alma vive de Dios, a la manera de Dios, habiendo pasado toda a Él. Ya no oye más que la Palabra Eterna: la generación del Verbo, y la Espiración del amor. Para ella el universo todo es como si no fuera. En ese grado, el silencio es el refugio supremo del alma frente al misterio de Dios. «De ese silencio “pleno”, “profundo” hablaba David cuando exclamaba: “El silencio es tu alabanza.” Sí, es la más hermosa alabanza, puesto que es la que se canta eternamente en el seno de la tranquila Trinidad.»⁸⁸

Las costumbres divinas son el ejemplar de las virtudes del alma que ha llegado a tales cumbres. Olvidadiza de sí misma y despojada de todo, en los últimos días de su vida sor Isabel de la Trinidad se había elevado hasta allí para buscar su ideal de silencio y de soledad en el seno de Dios. «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.»⁸⁹ «Dios, dice san Dionisio, es el gran Solitario. Mi Maestro me pide que imite esta perfección: de rendirle homenaje siendo una gran solitaria. El Ser divino vive en una eterna, inmensa soledad; nunca sale de ella, aunque se interesa por las necesidades de sus criaturas, pues nunca sale de Sí mismo, y esta soledad no es otra que su divinidad.»⁹⁰

⁸⁷ Esquela a su hermana.

⁸⁸ Último retiro, 8º día.

⁸⁹ Mt 5,48.

⁹⁰ Último retiro, 10º día.

«Para que nada me saque de ese hermoso silencio de adentro, siempre la misma condición, el mismo aislamiento, la misma separación, el mismo desprendimiento. Si mis deseos, mis temores, mis alegrías, mis dolores, si todos los movimientos provenientes de esas cuatro pasiones no están perfectamente ordenados a Dios, no será solitaria: habrá ruido en mí. Es necesario, pues, el apaciguamiento, el sueño de las potencias, la unidad del ser. “Oye, hija mía, presta el oído; olvida tu pueblo y la casa de tu Padre, y el Rey se prenderá de tu bellezas.”⁹¹ Me parece que este llamamiento es una invitación al silencio. Oye... presta el oído. Pero para oír, hay que olvidar la casa de su padre, es decir todo lo que está unido a la vida natural, esa vida de la que quiere hablar el Apóstol cuando dice: “Si vivís según la carne, moriréis.”⁹² Olvidar a su pueblo, es más difícil me parece, pues ese pueblo es todo ese mundo que forma parte de nosotros mismos: es la sensibilidad, son los recuerdos, las impresiones, etc... el “yo” en una palabra. Hay que olvidarlo, dejarlo. Y cuando el alma ha efectuado esta ruptura, cuando está libre de todo eso, el Rey se prenda de su belleza, pues la belleza es la unidad, por lo menos la de Dios.»⁹³

«El Creador, viendo el hermoso silencio que reina en su criatura, considerándola completamente recogida en su soledad interior, queda prendado de su belleza. La hace pasar a esa soledad inmensa, infinita, a ese lugar espacioso cantado por el Profeta, y que no es otro que Él mismo.»⁹⁴

Esa soledad suprema establece al alma en el silencio mismo de la Trinidad.

En el movimiento sublime que termina su oración, allí es donde se refugia para sumergirse, desde este mundo, en la Tranquila e Inmutable Trinidad: «Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro, ayudadme a olvidarme enteramente de mí, para establecerme en Vos, inmóvil y apacible como si mi alma estuviera ya en la Eternidad. Que nada pueda turbar mi paz ni

⁹¹ Sal 54,11.

⁹² Rm 8,13.

⁹³ Último retiro, 10º día.

⁹⁴ Último retiro, 11º día.

hacerme salir de Vos, oh mi Inmutable, pero que cada minuto me sumerja más en la profundidad de vuestro misterio...

»...Oh mis “Tres”, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad en la que me pierdo, me entrego a Vos como una presa, sepultaos en mí, para que yo me sepulte en Vos, hasta que vaya a contemplar en vuestra Luz el abismo de vuestras grandezas.»

3. La habitación de la Trinidad

«Todo mi ejercicio es entrar “adentro”,
y sumergirme en Los que están allí.»

El silencio no es más que una condición de la verdadera vida.

Con el misterio de la Habitación de la Trinidad henos aquí en el punto céntrico de la doctrina y de la vida de sor Isabel de la Trinidad, verdadera santa de la Habitación divina. En eso también, fue Carmelita.

Si hay una verdad predilecta en la doctrina mística del Carmelo, es por cierto ese misterio y esa certeza de que Dios está presente en nosotros, y de que, para encontrarlo hay que entrar «adentro», en ese reino interior. Toda la vida espiritual se resume en eso. En su «Camino de Perfección», en ocasión de su comentario del Padrenuestro, santa Teresa observa con profundidad que Dios no está solamente en los cielos «sino en lo más íntimo de nuestra alma» en donde hay que saber recogerse para buscarlo y descubrirlo. En el «Castillo interior» esta presencia de la Trinidad señala el punto cumbre de su mística: las almas que han llegado a la unión transformadora viven habitualmente en compañía de las Personas Divinas y encuentran en esa Sociedad trinitaria las más beatificantes alegrías de la tierra. De eso hace también san Juan de la Cruz el punto de convergencia de toda su teología mística, principalmente de los estados espirituales más elevados. A menudo celebraba por devoción la misa votiva de la Santísima Trinidad, y durante la celebración del Santo Sacrificio su alma, irresistiblemente arrebatada hacia ese misterio, resistía al éxtasis con dificultad. La tradición del Carmelo ha permanecido fiel a la enseñanza de esos dos grandes maestros espirituales. No es raro encontrar en los claustros teresianos almas cuya vida silenciosa está enteramente dirigida hacia el misterio trinitario. La misma santa Teresa del Niño Jesús ¿no se ofreció como víctima el día de la fiesta de la Trinidad? Su ofrenda al Amor misericordioso forma parte de una oración esencialmente trinitaria: «Oh Dios mío, TRINIDAD BIENAVENTURADA, a fin de vivir en un acto de perfecto amor, me ofrezco como víctima de

holocausto a vuestro Amor misericordioso...»⁹⁵ Sin embargo, hay que reconocerlo, sor Isabel de la Trinidad recibió una gracia muy especial para vivir de ese misterio. Dios que la predestinaba a la misión de conducir a las almas al fondo de sí mismas para hacerles tener conciencia de las riquezas divinas de su bautismo, hizo de ella, verdaderamente, la santa de la Habitación de la Trinidad.

1. La santa de la habitación divina

En la primera página de su libreta de apuntes, estando en el siglo había copiado como exergo este pensamiento de santa Teresa: «Es necesario que Me busques en ti.»⁹⁶ Hacia la edad de 19 años, se sentía «habitada.» A menudo Isabel repetía a una amiga: «Me parece que Él está allí», y hacía el gesto de tenerlo en sus brazos, de apretarlo contra su corazón. «Cuando vea a mi confesor, se decía, le preguntaré qué sucede en mí.»

Hemos visto cómo la Providencia le proporcionó el encuentro del Padre Vallée y de qué manera éste, como teólogo contemplativo, la ilustró sobre el dogma cristiano de la Habitación divina. Fue para Isabel Catez una luz deslumbradora y la orientación decisiva de su vida. Tranquilizada sobre la verdad de ese misterio de fe, desde ese día se sepultó con seguridad en el fondo de sí misma para buscar allí a sus «Tres.» Testimonios de esa época no dejan duda alguna al respecto: antes de su entrada al claustro Isabel Catez estaba ya «poseída» por el misterio de la Habitación divina en grado excepcional. Lo tenía por tema de sus confidencias íntimas: «La Trinidad era su todo.»⁹⁷

Desde el comienzo de esta revelación súbita, que iluminó su vida, no hacía más que conversar sobre ese tema. Unos meses más tarde ya casi no hablaba de ello. Se la sentía más bien, «poseída» por la Trinidad. Este término de un testigo señala bien la pasividad de su alma bajo la acción del Espíritu Santo, desde las primeras gracias místicas del retiro de 1899. «Perdámonos en esta Trinidad santa, en ese Dios todo amor. Dejemos arrebatarlos a esas regiones en donde no hay otra cosa que Él, El

⁹⁵ Historia de un alma.

⁹⁶ Poema enviado por santa Teresa a Mons. Álvaro de Mendoza.

⁹⁷ Testimonio de una amiga.

solo.»⁹⁸ «“Dios en mí, yo en Él”, sea ésta nuestra divisa. ¡Qué buena es esta presencia de Dios dentro de nosotros, en este santuario íntimo de nuestras almas! Allí lo encontramos siempre, aunque por el sentimiento no sintamos más Su presencia. Pero, con todo, está allí. Allí es donde me gusta buscarlo. Procuremos no dejarlo nunca solitario. Que nuestras vidas sean una oración continua. ¿Quién puede arrebatarémoslo? ¿Quién puede siquiera distraernos de Aquél que se ha apoderado totalmente de nosotras, que nos hace toda suya.»⁹⁹

Sor Isabel ha encontrado ya la fórmula de su vida. Ocho días después de su entrada al Convento, no hará más que transcribirla en el cuestionario que le pedirán que llene:

—¿Cuál es vuestra divisa?

—Dios en mí, yo en Él.

En el Carmelo, esta vida en presencia de Dios está considerada como una herencia sagrada que se hace remontar al patriarca Elías: «Estoy en presencia de Yaveh, el Dios vivo»:¹⁰⁰ es la esencia misma del Carmelo. Todos los desprendimientos, todos los silencios, todas las purificaciones tienen sólo un objeto: guardar al alma libre de aplicar todas sus potencias a esta continua presencia de Dios.

Sor Isabel encontró pues sobre este punto toda una doctrina espiritual ya familiar en el ambiente en que vivía. Para su vida interior eso fue la señal de un florecimiento completo. Hasta entonces, Isabel Catez se había mostrado una joven muy pura, muy piadosa, a quien Dios en recompensa de su heroica fidelidad, había concedido algunos toques místicos; pero le faltaba todavía una doctrina y una formación espiritual. El encuentro con el Padre Vallée había establecido su alma con certeza en la luz entrevista. La lectura asidua de san Juan de la Cruz le dio una doctrina. El ambiente religioso hizo lo demás.

Ella misma ha señalado con cuidado los pasajes de su nuevo maestro espiritual que tratan de la naturaleza y de los efectos de esta misteriosa pero muy real y sustancial presencia de la Santísima Trinidad en el alma. Por una gracia única, Sor Isabel de la Trinidad supo encontrar en

⁹⁸ Carta a M. G., 1901.

⁹⁹ Carta a M. G., 1901.

¹⁰⁰ 1Re 17,1.

esa presencia de las Tres Personas divinas en el fondo de su alma «su cielo en la tierra», el secreto de su heroica santidad.

Y ante todo le encantaba su nombre trinitario: «¿Os he dicho alguna vez mi nombre en el Carmelo? María Isabel de la Trinidad. Me parece que ese nombre indica una vocación particular. ¿No es cierto que es hermoso? ¡Amo tanto ese misterio de la Santísima Trinidad! es un abismo en el que me pierdo.»¹⁰¹ «Yo soy Isabel de la Trinidad, es decir, Isabel que desaparece, se pierde, se deja invadir por los “Tres”.»¹⁰²

Esa fue la consigna de su vida de Carmelita: «Todo mi ejercicio es entrar “adentro” y perderme en Los que están allí. ¡Lo siento tan vivo en mi alma! no tengo más que recogerme para encontrarlo dentro de mí. Eso es lo que constituye toda mi felicidad.»¹⁰³

«Vivamos con Dios como con un Amigo. Hagamos viva nuestra fe para participar de Él a través de todo. Eso es lo que hace a los santos. Llevamos nuestro cielo en nosotros, puesto que Aquél que sacia a los glorificados en la luz de la visión se da a nosotros en la fe y en el misterio. Es el mismo. ME PARECE QUE HE ENCONTRADO MI CIELO EN LA TIERRA, PUESTO QUE EL CIELO ES DIOS Y DIOS ESTÁ EN MI ALMA. EL DÍA EN QUE COMPRENDÍ ESO, TODO SE ILUMINÓ PARA MÍ Y QUISIERA DECIR ESE SECRETO EN VOZ MUY BAJA A LOS QUE AMO, a fin de que también ellos, a través de todo, se adhieran a Dios, y se realice esta plegaria de Cristo: “Padre, que sean consumados en el Uno”.»¹⁰⁴

Por un fenómeno de apropiación, familiar a las almas dominadas por una idea, ella reduce todo a eso. Las fiestas litúrgicas, en apariencia las más alejadas del misterio trinitario oculto en el fondo de su alma, van a parar a eso por una transposición muy natural para ella. La fiesta de Navidad nos da un ejemplo característico: «Una fiesta de Navidad en el Carmelo, eso es único. Por la noche me instalé en el coro, y allí transcurrió toda mi velada, con la Santísima Virgen, esperando al Divino Pe-

¹⁰¹ Carta al canónigo A., 14 de junio de 1901.

¹⁰² Carta a G. de G., 20 de agosto de 1903.

¹⁰³ Carta al Sr. canónigo A., 15 de julio de 1903.

¹⁰⁴ Carta a la Sra. de S., 1902.

queño que, esta vez, iba a nacer no ya en el pesebre, sino en mi alma, en nuestras almas, pues es el Enmanuel, el “Dios con nosotros”.»¹⁰⁵

Su inspiración poética encuentra en esta Habitación divina en el fondo de su alma, su tema fundamental:

O Beata Trinitas.

Que la gracia de Dios te penetre y te invada
Derramándose en ti como un río de paz.
Que en sus olas tranquilas estés sepultada
Porque nada de afuera te roce jamás.
Allí en ese misterio, esa calma profunda,
Has de ser visitada por Dios. Y allí es
Do festéjote, madre, en la paz que te inunda
Adorando contigo en silencio a «mis Tres.»

Laudem Gloríae - junio de 1906.¹⁰⁶

En ocasión de la fiesta de las hermanas conversas, escribe: «El día de santa Marta, hemos festejado a nuestras buenas hermanas de velo blanco. En honor de su santa Patrona tienen asueto en sus oficios, para entregarse, con Magdalena, al dulce reposo de la contemplación. Las novicias las reemplazan y cocinan. Yo estoy todavía en el Noviciado, pues en él quedamos tres años después de la profesión. He ido pues a pasar un buen día junto al horno. Mientras tenía el mango de la sartén, no he entrado en éxtasis como mi Madre santa Teresa, pero he creído en la divina Presencia del Maestro que estaba en medio de nosotros, y mi alma adoraba, en el centro de sí misma, a Aquél a quien Magdalena había sabido reconocer bajo el velo de la humanidad.»¹⁰⁷

Su correspondencia está llena de consejos sobre la Presencia de Dios: «Que vuestra alma sea su santuario, su reposo en esta tierra en donde es tan ofendido.»¹⁰⁸ Que Él haga de vuestra alma un pequeño cielo en donde pueda descansar con felicidad. Quitad de ella todo lo que pudiera herir su mirada divina. Vivid con Él. Dondequiera que estéis, cualquier

¹⁰⁵ Carta a sus tías R., 30 de diciembre de 1903.

¹⁰⁶ A una hermana del Carmelo de Dijón.

¹⁰⁷ Carta a sus tías R., verano de 1905.

¹⁰⁸ Carta a la Sra. de B., 17 de agosto de 1905.

cosa que hagáis, Él no os abandona nunca. Permaneced pues sin cesar con Él. Entrad en el interior de vuestra alma: Lo encontraréis siempre allí, queriendo haceros bien. Hago por vos una oración que san Pablo hacía por los suyos: pedía que “Jesús habitara por la fe en sus corazones, a fin de que estuviesen arraigados en el amor”.¹⁰⁹ Esta palabra, ¡es tan profunda, tan misteriosa! Sí, que el Dios todo amor sea vuestra morada inmutable, vuestra celda y vuestro claustro en medio del mundo. Recordad que Él permanece en el centro más íntimo de vuestra alma como en un santuario en donde quiere ser amado hasta la adoración.»¹¹⁰

Adaptado a las personas y a las circunstancias, vuelve siempre el mismo pensamiento fundamental: la verdadera vida está en el fondo del alma con Dios. Ahí es donde encuentra a los que le son queridos, ahí también donde encuentra el secreto de la felicidad que ha hecho de su vida un cielo anticipado.

Sor Isabel de la Trinidad fue verdaderamente el alma de una idea. Cuando, el domingo a la hora de Prima, la Iglesia ponía en sus labios el *Quicumque*, era arrebatada, como antaño su Madre Teresa, hacia ese misterio de los misterios en el que vivía siempre su alma. Consagraba el día domingo en honor de la Santísima Trinidad. Al acercarse la fiesta de la Santísima Trinidad, la invadía una gracia irresistible. Durante varios días, la tierra no existía más para ella. «Esta fiesta de los “Tres” es por cierto la mía. Para mí no hay otra cosa que se le parezca; jamás había comprendido tanto el misterio y toda la vocación que hay en mi nombre. En ese gran misterio te doy cita para que sea nuestro centro... nuestra morada. Te dejo con este pensamiento del Padre Vallée que constituirá tu oración: “Que el Espíritu Santo os transporte al Verbo, que el Verbo os conduzca al Padre, y que seáis consumada en el Uno, como sucedía verdaderamente con Cristo y nuestros Santos”.»¹¹¹

Así los años y las gracias de su vida religiosa la sepultaban cada día más en el fondo de sí misma con Aquél cuyo contacto, a cada momento, le comunicaba la vida eterna. Los menores acontecimientos revelaban la toma de posesión competa de esta alma por la Trinidad.

¹⁰⁹ Ef 3,17.

¹¹⁰ Carta a la Sra. de B., verano de 1905.

¹¹¹ Carta a su hermana, junio de 1902.

Que le hagan saber el nacimiento de una sobrinita, e inmediatamente manifiesta grande alegría en un movimiento de alma hacia la Trinidad: «Hemos hecho una verdadera ovación a la pequeña Sabel. Esta mañana, durante el recreo, nuestra Reverenda Madre -tan buena- se nos mostraba henchida de placer su fotografía, y puedes adivinar si el corazón de tía Isabel latía con fuerza. Oh Guite mía, amo a ese angelito tanto, creo, como su mamita. No es poco decir. Y además, como ves, me siento íntimamente penetrada de respeto frente a ese pequeño templo de la Santísima Trinidad. Su alma se me figura un cristal que irradia a Dios. Si yo estuviera junto a ella, me pondría de rodillas para adorar a Aquel que mora en ella. ¿Quieres abrazarla en nombre de su tía carmelita, y luego tomar mi alma con la tuya para recogerte junto a tu pequeña Sabel? Si estuviera todavía con vosotros, cómo me gustaría darle el biberón, acunarla... ¿qué sé yo? Pero Dios me ha llamado a la montaña a fin de que yo sea su ángel y la envuelva con la plegaria. Por ella hago con alegría el sacrificio de todo lo demás.»¹¹²

En sus conversaciones en el locutorio y en sus cartas con su madre, con su hermana, con sus amigas, con todos los que la tratan, discretamente pero de una manera continua no cesa de hacerse el apóstol, de esa presencia divina en el fondo de las almas: «Pensad qué estáis en Él, que Él se hace vuestra morada aquí abajo. Y luego, que Él está en vos, que lo poseéis en lo más íntimo de vos misma, que, en cualquier hora del día y de la noche, en toda alegría o prueba, podéis encontrarlo allí, muy cerca, bien adentro. Es el secreto de la felicidad, es el secreto de los santos. ¡Ellos sabían tan bien que eran el templo de Dios y que uniéndose a ese Dios se llega a ser “un mismo espíritu con Él,”¹¹³ como dice san Pablo! Y así, iban a todo, bajo su resplandor.»¹¹⁴

Habría que citar todo. Para el que observa de cerca el desarrollo de esta alma, es manifiesto que, cada vez más, el misterio de la Trinidad llega a ser la verdad dominadora de su vida, mientras que todo lo demás se borra y desaparece.

El 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Virgen, el Carmelo entero renovaba los votos de profesión. Mientras con sus compañeras

¹¹² Carta a su hermana, marzo de 1904.

¹¹³ 1Cor 6,17.

¹¹⁴ Carta a M. L. M., 24 de agosto de 1903.

sor Isabel pronunciaba de nuevo la fórmula de sus votos, sintió que un movimiento de gracia irresistible la arrebatava hacia la Santísima Trinidad. De vuelta a su cuarto, tomó una pluma, y, en una simple hoja de libreta, sin vacilación, sin la menor enmienda, de un solo trazo, escribió su célebre oración, como un grito que se escapa del corazón¹¹⁵:

«¡Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro, ayudadme a olvidarme enteramente de mí para establecerme en Vos, inmóvil y apacible, como si mi alma estuviera ya en la eternidad; que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de Vos, oh mi Inmutable, sino que cada minuto me sumerja más en la profundidad de vuestro Misterio!

»Pacificad mi alma; haced de ella vuestro cielo, vuestra mansión amada y el lugar de vuestro reposo; que nunca os deje solo; antes bien permanezca enteramente allí, bien despierta en mi fe, en total adoración, entregada sin reservas a vuestra acción creadora.

»¡Oh amado Cristo mío, crucificado por amor, quisiera ser una esposa para vuestro corazón; quisiera cubriros de gloria, quisiera amaros... hasta morir de amor!... Pero siento mi impotencia, y os pido me revistáis de Vos mismo, identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma, me sumerjáis, me invadáis, os sustituyáis a mí, para que mi vida no sea más que una irradiación de vuestra Vida. Venid a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

»Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándoos, quiero ponerme en completa disposición de ser enseñada para aprenderlo todo de Vos; luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las impotencias, quiero tener siempre fija mi vista en Vos y permanecer bajo vuestra gran luz. Oh amado astro mío, fascinadme para que no pueda ya salir de vuestro resplandor.

»Oh Fuego abrasador, Espíritu de amor, venid sobre mí para que en mi alma se realice una como encarnación del Verbo; que sea yo para Él una humanidad suplementaria, en la que Él renueve todo su misterio.

»Y Vos, oh Padre, inclinaos hacia vuestra pobrecita criatura, cubridla con vuestra sombra, no veáis en ella sino al Amado, en quien habéis puesto todas vuestras complacencias.

¹¹⁵ Esta oración de sor Isabel de la Trinidad se encontró sin título en sus notas.

»Oh mis “Tres”, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad Infinita, Inmensidad en la que me pierdo, me entrego a Vos como una presa, sepultaos en mí para que yo me seposite en Vos, hasta que vaya a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas.»

21 de noviembre de 1904.

Ha sido necesario toda una vida de santidad para componer plegaria semejante, una de las más bellas del Cristianismo, y un carisma especial para hacerla brotar del corazón.

De ella viven almas religiosas desde hace meses y años, sin cansarse jamás. Mientras en el silencio murmuran esta oración, sor Isabel, fiel a su misión, acoge a esas almas, las ayuda a salir de sí mismas por un movimiento simple y amoroso y las transporta apacibles a la Trinidad.

Después de 1904, fecha de la composición de su Elevación a la Trinidad, cuando Dios fue a visitarla por medio del sufrimiento, también de esta Presencia divina sacó sor Isabel la fuerza de su heroísmo sonriente. En la hora suprema de la partida, con acrecentada ternura se vuelve hacia sus amigas y los suyos para dejarles en testamento: su querida devoción a los «Tres.» «... Os dejo mi fe en la presencia de Dios, del Dios todo Amor que habita en nuestras almas. Os lo confío, esta intimidad con Él “adentro” ha sido el hermoso sol que irradió mi vida, transformándola ya en un cielo anticipado. Es lo que hoy me sostiene en el sufrimiento. No tengo miedo de mi debilidad, pues el Fuerte está en mí y su virtud es omnipotente. Ella obra, dice el Apóstol, más allá de lo que podemos esperar.»¹¹⁶

Igual testamento, más conmovedor aún, a su hermana: «Hermanita, soy feliz en ir allá arriba para ser tu Ángel; cuán solícita estaré de la belleza de tu alma tan amada ya en la tierra. Te dejo mi devoción a los “Tres”. Vive dentro de Ellos, en el cielo de tu alma. El Padre te cubrirá con su sombra, poniendo una como nube entre ti y las cosas de la tierra, para guardarte toda suya. Él te comunicará su poder para que Lo ames con un amor fuerte como la muerte. El Verbo imprimirá en tu alma, como en un cristal, la imagen de su propia belleza, para que seas pura con su pureza, luminosa con su luz. El Espíritu Santo te transformará en una lira mística que, en el silencio, bajo su toque divino, producirá un

¹¹⁶ Carta a la Sra. de B., 1906.

magnífico cántico al Amor. Entonces serás tú la “alabanza de su gloria”, cosa que yo soñaba ser en la tierra. Tú serás quien me reemplace. Yo seré *Laudem Gloriam* ante el trono del Cordero, y tú, *Laudem Gloriam* en el centro de tu alma.»¹¹⁷

La habitación divina en el centro más profundo de su alma fue para sor Isabel de la Trinidad el secreto de su rápida santidad. Puede creerse su propio testimonio, escrito apenas unos días antes de su muerte: «Allá arriba, en el foco del amor, pensaré activamente en vos. Para vos pediré -y ésa será la señal de mi entrada en el cielo- una gracia de unión, de intimidad con el Maestro. Es lo que ha hecho de mi vida, os lo confío, un cielo anticipado: Creer que un Ser, que se llama el Amor, habita en nosotros en todo momento del día y de la noche y que nos pide que vivamos en Sociedad con Él».¹¹⁸

2. *Su doctrina de la habitación divina*

Vano sería querer pedir a sor Isabel de la Trinidad una doctrina fuertemente sistematizada, cuyos materiales hubieran sido puestos en orden por ella misma. Ella ha vivido como contemplativa los más altos misterios de la fe y especialmente el dogma de la habitación divina sin pretender desempeñar oficio de Doctor o de Teólogo, sin sospechar siquiera el alcance universal reservado por Dios a sus escritos.

En sus notas íntimas ella misma remite a pasajes de san Juan de la Cruz que habían llamado particularmente su atención, en donde el santo Doctor, en su *Cántico Espiritual*, trata de la naturaleza y de los efectos de esta misteriosa presencia divina. Se encuentra allí la doctrina clásica de la teología católica en una altísima luz contemplativa: Dios está sustancialmente presente en todos los seres por su contacto creador; a esta presencia común se añade una presencia especial en las almas de los justos y los espíritus bienaventurados, como objeto de conocimiento y de amor en el orden sobrenatural.

Sor Isabel de la Trinidad había meditado extensamente esos textos y tomado en san Juan de la Cruz los elementos de una doctrina mística sobre esa presencia íntima de Dios en el alma de los justos, que consti-

¹¹⁷ Carta a su hermana, 1906.

¹¹⁸ Carta a la Sra. G. de B., 1906.

tuye una de las verdades más tradicionales y consoladoras del cristianismo.

El pensamiento de la Iglesia ha reconocido siempre la fuente de esa doctrina en la enseñanza tan manifiesta de Jesús: «Si alguno me ama y guarda mi palabra, mi Padre lo amará y vendremos a él y establcemos en él nuestra morada.»¹¹⁹ El texto es claro. El Hijo y el Padre habitan juntos en el fondo del alma fiel y, al mismo tiempo, el Espíritu Santo que no forma más que Uno con Ellos. Todo el misterio de la Generación del Verbo y de la Espiración del Amor se efectúa silenciosamente en las más íntimas profundidades del alma; nuestra vida espiritual llega a ser una comunión incesante con la vida de la Trinidad en nosotros. El alma, divinizada por la gracia de adopción, es elevada a la amistad divina e introducida en la familia de la Trinidad para allí vivir como el Padre, el Verbo, el Amor, y con Ellos, de la misma luz y del mismo amor, «consumada en Ellos en la Unidad.»¹²⁰

Nuestro Señor nos ha dejado, en su oración sacerdotal, la descripción de esta vida deiforme de las almas perfectas, admitidas al consorcio de la vida trinitaria: «Padre Santo, los que Tú me has dado, guárdalos en Tu nombre a fin de que sean Uno como nosotros. Que todos sean Uno como Tú, oh Padre, estás en Mí y Yo en Ti, a fin de que ellos también estén en nosotros. Que sean Uno como somos Uno nosotros, Yo en ellos y Tú en Mí, a fin de que sean consumados en la unidad... y que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos.»¹²¹

Después de tan explícito discurso del Maestro, ¿qué más se quiere? Entre la Santísima Trinidad y nosotros no hay unidad de naturaleza -lo cual sería panteísmo- sino unidad por gracia, que, nos asocia, a título de hijos de adopción, a la vida misma de nuestro Padre que está en los cielos, a imagen del Hijo, en un mismo Espíritu de amor. Sin la Trinidad el alma está desierta. Está habitada cuando, poseyendo en sí a las Personas divinas, entra por la fe y la caridad «en sociedad»¹²² íntima con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Las Tres Personas divinas están allí, sustan-

¹¹⁹ Jn 14,23.

¹²⁰ Jn 17,23.

¹²¹ Jn 17,11.26.

¹²² 1Jn 1,3.

cialmente presentes en el alma del pequeño bautizado, convertida, según la palabra de san Pablo, en el «templo del Espíritu Santo.»¹²³ Toda nuestra vida espiritual, desde el bautismo a la visión, se desarrolla como una ascensión progresiva cada vez más rápida hacia la Trinidad. La visión beatífica y, con mayor razón, todos los estados místicos intermediarios, aun los más elevados, de la unión transformadora, están en germen en el bautismo. No se reflexiona bastante sobre la importancia primordial de esta gracia bautismal a la que debemos el beneficio de entrar como hijo de adopción en la familia de la Trinidad.

Esta hermosa teología de la habitación divina es subyacente a la doctrina espiritual y a la vida mística de sor Isabel. Permite seguirla en los más íntimos repliegues de su alma. Para comprenderla no hay necesidad de largas disertaciones sobre el cómo de la posibilidad del misterio. Por el camino de la sabiduría infusa, con toda sencillez pero con rara profundidad de pensamiento, sor Isabel había penetrado el sentido de su vocación bautismal y comprendido que, ya en este mundo, estaba llamada a vivir, según la palabra de san Juan que tanto le gustaba, «en sociedad»¹²⁴ con la Trinidad.

Hasta había compuesto para su hermana, a manera de testamento, todo un retiro para explicarle cómo puede uno «encontrar su cielo en la tierra.» Esas páginas, escritas en las últimas semanas de su vida y entregadas a su hermana después de su muerte, constituyen, con el retiro de *Laudem Gloriam*, como una pequeña Suma de su Doctrina Espiritual en su estadio más evolucionado. Ahora bien, desde la primera oración, sor Isabel, elevándose a la altísima luz contemplativa de la Oración Sacerdotal de Cristo, juzga de nuestro destino sobrenatural según las palabras mismas de su Maestro que llama a las almas, por gracia, a su «consumación en la Unidad»¹²⁵ de la Trinidad.

«Padre, quiero que, allí donde estoy yo, estén conmigo los que me habéis dado, para que contemplen la gloria que me habéis dado, porque me habéis amado antes de la creación del mundo.»¹²⁶ Tal es la última

¹²³ 1Cor 6,19.

¹²⁴ 1Jn 1,3.

¹²⁵ Jn 17,23.

¹²⁶ Jn 17,24.

voluntad de Cristo, su oración suprema antes de volver a su Padre: quiere que allí donde Él está estemos también nosotros, no solamente durante la eternidad sino ya en el tiempo que es la eternidad comenzada y siempre en progreso. Importa pues saber en dónde debemos vivir con Él para realizar su sueño divino. El lugar en donde está oculto el Hijo de Dios: es el seno del Padre o la Esencia divina, invisible a toda mirada mortal, inaccesible a toda inteligencia humana, lo que hace decir a Isaías: «Sois verdaderamente un Dios oculto.»¹²⁷ Y sin embargo Su voluntad es que estemos fijados en Él, que permanezcamos en donde Él permanece en la unidad del amor; que seamos, por decirlo así, la sombra de Él mismo. «Por el bautismo, dice san Pablo, hemos sido injertados en Jesucristo»¹²⁸ y también: «Dios nos ha hecho sentar en los cielos en Jesucristo, para mostrar a los siglos venideros las riquezas de su gracia»,¹²⁹ y más lejos: «Ya no sois huéspedes o extranjeros, sino que sois de la ciudad de los santos y de la Casa de Dios.» La Trinidad: «he ahí nuestra morada, nuestro hogar, la Casa paterna de la que no debemos salir nunca.»¹³⁰

3. *El lugar de ésta presencia: el centro más profundo del alma*

El lugar de este encuentro del alma con su Dios está en ella misma, en su centro más profundo. Los místicos llaman a ese lugar, el más secreto de las operaciones divinas en donde sólo Dios penetra y puede obrar: la *mens* o la cima del alma. Sor Isabel, adhiriéndose de preferencia a la terminología de santa Teresa y de san Juan de la Cruz, lo designa como «el centro del alma», su centro más profundo.

«Este cielo, esta casa de nuestro Padre, está en el centro de nuestra alma. Cuando estamos en el centro más profundo, estamos en Dios.»¹³¹ No tenemos que salir de nosotros para encontrarlo: el reino de Dios está «adentro.»¹³² San Juan de la Cruz dice que en la sustancia del alma, hasta donde no pueden alcanzar ni el demonio ni el mundo, es donde Dios

¹²⁷ Is 45,15.

¹²⁸ Rm 6,5.

¹²⁹ Ef 2,6-7.

¹³⁰ «El Cielo en la tierra», 1ª contemplación.

¹³¹ Carta a su hermana, agosto de 1905.

¹³² Lc 17,21.

se da a ella. Entonces todos sus movimientos se hacen divinos, y aunque sean de Dios son igualmente de ella porque Nuestro Señor los produce en ella y con ella. El mismo santo dice también que “Dios es el centro del alma.” Cuando el alma, según toda su fuerza conozca a Dios perfectamente, lo ame y goce de Él enteramente, habrá llegado al centro más profundo que pueda alcanzar en Él. Antes de haber llegado allí, el alma está ya por cierto en Dios que es su centro, pero no está todavía en su centro “más profundo”, puesto que puede ir más lejos.

»Como es el amor el que une al alma con Dios, cuanto más intenso es este amor, tanto más entra ella profundamente en Dios y se concentra en Él. Cuando posee un solo grado de amor está ya en su centro, pero cuando este amor haya alcanzado su perfección, el alma habrá penetrado en su centro más profundo: allí es donde será transformada hasta llegar a ser “muy semejante a Dios.” A esta alma que vive “adentro” pueden dirigirse las palabras del Padre Lacordaire a santa Magdalena: “No preguntéis ya a nadie en la tierra por el Maestro, a nadie en el cielo, pues Él es vuestra alma y vuestra alma es Él”.»¹³³

4. Sus actos esenciales: la actividad de la fe y el ejercicio del amor

Esta presencia divina, misteriosa y real, permanece inaccesible a los sentidos: «Dios es espíritu» y los que se allegan a Él deben hacerlo «en espíritu y en verdad.»¹³⁴

Sor Isabel de la Trinidad insiste con particular cuidado, para señalar bien que la sensibilidad no tiene nada que hacer aquí. El escollo de los principiantes en la vida espiritual es querer sentir a Dios; y las almas ya adelantadas en perfección tienen a veces dificultad en librarse de ese deseo siempre persistente bajo los más sutiles pretextos. La experiencia personal había enseñado a sor Isabel de la Trinidad a desconfiar de la sensibilidad, y el recuerdo de las duras purificaciones que fueron casi su pan cotidiano durante todo el año de su Noviciado, guardaba su alma atenta a no buscar más que la paz divina que «sobrepaja todo sentimiento.»¹³⁵

¹³³ «El Cielo en la tierra», 3ª contemplación.

¹³⁴ Jn 4,24.

¹³⁵ Flp 4,7.

Después de las primeras alegrías sensibles, embriagadoras, de la presencia divina, cuya certeza le había garantizado el Padre Vallée, bien pronto debió Isabel Catez asirse a su fe para encontrarlo presente dentro de sí misma. «Ya no es un velo sino una pared bien gruesa la que me Lo oculta. Cosa dura es ¿no? después de haberlo sentido tan cerca. Pero estoy pronta a permanecer en este estado todo el tiempo que en él plazca a mi Amado dejarme, pues la fe me dice que de todos modos Él está allí y, ¿para qué las dulzuras, los consuelos? Estos no son Él; y es a Él a quien buscamos. Vayamos pues a Él en la fe pura.»¹³⁶

5. *En la fe pura*

Para adelantar con seguridad en «este camino magnífico de la Presencia de Dios»,¹³⁷ la fe es el acto esencial que permite llegar junto al Dios vivo pero oculto. «Para acercarse a Dios, hay que creer.»¹³⁸ Es san Pablo quien habla así. Dice también: «La fe es la sustancia de las cosas que deben esperarse y la convicción de las que no se ven.»¹³⁹ Es decir que la fe nos hace de tal manera ciertos y presentes los bienes futuros, que por ella toman existencia en nuestra alma y que allí subsisten antes de que gocemos de ellos. San Juan de la Cruz dice que «ella nos sirve de pies para ir a Dios» y que es «la posesión en el estado oscuro.» Ella es la única que puede darnos verdaderas luces sobre Aquél a quien amamos, y nuestra alma debe elegirla como medio para llegar a la unión bienaventurada. Ella es la que derrama a torrentes en el fondo de nosotros, todos los bienes espirituales.

«Jesucristo, hablando a la Samaritana, designaba la Fe cuando prometió a todos los que creerían en Él darles una fuente de agua viva y que manaría hasta la vida eterna.»¹⁴⁰ Así pues: la fe nos da a Dios desde esta vida, revestido, es cierto, del velo con que ella lo cubre, pero sin embargo Él mismo. Cuando venga lo que es perfecto, es decir la clara

¹³⁶ Carta a M. G., 1901.

¹³⁷ Último retiro, IX.

¹³⁸ Heb 11,6.

¹³⁹ Heb 11,1.

¹⁴⁰ Jn 4,14.

visión, lo que es imperfecto, o en otros términos, el conocimiento dado por la fe, recibirá toda su perfección¹⁴¹.

«Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.»¹⁴² Ese es el gran acto de nuestra fe, el medio de devolver a nuestro Dios amor por amor. Es el secreto escondido en el corazón del Padre, de que habla san Pablo, que por fin penetramos y toda nuestra alma se estremece. Cuando ésta sabe creer en ese amor demasiado grande que está sobre ella, puede decirse de ella como está dicho de Moisés: «Era incommovible en su fe, como si hubiera visto al Invisible.»¹⁴³ No se detiene ya en los gustos, en los sentimientos. Poco le importa sentir a Dios o no sentirlo; poco le importa que Él le dé la alegría o el sufrimiento: cree en su amor. Cuanto más probada está más crece su fe, porque atraviesa, por decirlo así, todos los obstáculos a fin de ir a descansar en el seno del Amor infinito que no puede hacer sino obra de amor.

«Por eso a esta alma, enteramente despierta en su fe, la voz del Maestro puede decir en el secreto íntimo esta palabra que Él dirigía una día a María Magdalena: “Anda en paz, tu fe te ha salvado”.»¹⁴⁴

Sor Isabel fue fiel hasta el fin de caminar hacia su Dios por la fe pura: «Una Carmelita es un alma de fe.»¹⁴⁵ Aun después de la gracia excepcional de la última fiesta de la Ascensión que ella pasó en la tierra, por la cual las Tres Personas Divinas se habían manifestado a ella con una evidencia irresistible, presentes en el fondo de su alma y celebrando allí noche y día «su Consejo Omnipotente»,¹⁴⁶ aun después de eso, sor Isabel de la Trinidad, recluida en su soledad de la enfermería, deberá todavía buscar a su Maestro por medio de la fe. Es la convicción absoluta de toda vida divina en la tierra.

«Soy la pequeña reclusa de Dios y cuando entro en mi querida celda para continuar mi conversación comenzada, se apodera de mí una alegría divina. ¡Me agrada tanto la soledad con Él sólo! y llevo una pequeña

¹⁴¹ 1Cor 13,10.

¹⁴² 1Jn 4,16.

¹⁴³ Heb 11,27.

¹⁴⁴ «El Cielo en la tierra», 8ª contemplación.

¹⁴⁵ Carta a la Sra de S., 1906.

¹⁴⁶ Fórmula en la que expresaba a su priora la gracia de la Ascensión. 1906.

vida de ermitaño verdaderamente deliciosa. Lejos se halla ésta de estar exenta de impotencias, yo también tengo necesidad de buscar a mi Maestro que se oculta. Pero entonces despierto mi fe y estoy más contenta de no gozar de su presencia, para hacerle gozar a Él de mi amor.»¹⁴⁷

Su vida religiosa fue la realización de las palabras oídas en el coro, la noche que precedió a su Profesión: «...El cielo en la fe, con el sufrimiento y la inmolación por el que amo.»¹⁴⁸

6. *Primacía del amor*

El ejercicio de la caridad es aún más necesario que el de la fe. Esas dos grandes virtudes teologales son las dos alas que nos elevan hasta Dios: no basta creer, hay que amar... sobre todo amar... Sor Isabel de la Trinidad, como todos los santos, ha subrayado con fuerza esta primacía del amor sobre la que tanto insistía el Maestro mismo, reduciendo la ley, los Profetas, y todos los mandamientos de Dios a este primer precepto: «Escucha, Israel..., amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas.»¹⁴⁹

Estamos aquí en el punto cumbre de la doctrina cristiana. Importa detenerse en él.

Nada es tan conmovedor como comprobar con qué fidelidad los Apóstoles, los Padres de la Iglesia, los Doctores y los Santos han vuelto sin cansarse a esta palabra del Maestro que la Iglesia, reiterándola a todos los siglos, no repite nunca.

San Juan había comprendido, sobre el pecho del Maestro, la profundidad divina de ese precepto que resumía a sus ojos toda la enseñanza de Jesús. Anciano, lo tenía aún todos los días en sus labios, y como a su alrededor se extrañaran a veces de eso, dio una respuesta digna del discípulo amado: «Es el mandamiento del Maestro, y es suficiente.»¹⁵⁰ San Pablo enseñaba la misma doctrina cuando escribía: «Caminad en el amor.»¹⁵¹ «La caridad es la plenitud de la ley.»¹⁵² Conocida es la célebre

¹⁴⁷ Carta a su hermana, 15 de julio de 1906.

¹⁴⁸ Carta al Sr. Canónigo A., julio de 1903.

¹⁴⁹ Mc 12,29-30; Dt 6,4.

¹⁵⁰ S. Jerónimo, ep. ad Gal. libr. III, cap. VI, PL XXVI, 433.

¹⁵¹ Ef 5,2.

palabra de san Agustín: «Ama et fac quod vis»: «Ama y haz lo que quieras.»¹⁵³ Después de él, san Bernardo repetía que «la medida de amar a Dios es amarlo sin medida.»¹⁵⁴ Santo Domingo, patriarca de una gran familia intelectual, confesaba: «He estudiado en el libro de la caridad más que en ningún otro: el amor enseña todo.»¹⁵⁵ Y santo Tomás, brevemente: «El amor es la vida del alma.»¹⁵⁶

¿Es necesario insistir? Todo el lenguaje de los Santos no es más que una paráfrasis del mandamiento del amor. Santa Teresa observaba que para las almas llegadas a la cumbre de la perfección, «todo su oficio consiste en amar.»¹⁵⁷ San Juan de la Cruz, el Doctor del Amor, más aún que el Doctor de las Noches, escribía: «En la tarde de la vida seremos juzgados sobre el amor.»¹⁵⁸ Después de veinte siglos, haciendo eco a la gran palabra de su Maestro: «Diliges.»¹⁵⁹ «Vivirás de amor» santa Teresa del Niño Jesús dejaba al mundo moderno su hermoso cántico: «Vivir de amor.» Es decir que estamos en la quintaesencia del Cristianismo. San Francisco de Sales declaraba, al principio del Tratado del amor de Dios, su obra maestra: «Todo es del amor, en el amor, para el amor y de amor en la santa Iglesia.»¹⁶⁰

La razón es sencilla: La caridad nos establece en estado de amistad con Dios. Todas las riquezas de la Trinidad se hacen nuestras por la gracia y la gloria; entramos verdaderamente en «sociedad» con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; nos es dado el poder de «gozar»¹⁶¹ de las Personas Divinas. Este comercio espiritual entre Dios y el alma se desarro-

¹⁵² Rm 13,10.

¹⁵³ Fórmula usual que traduce bien el texto: «Dilige, et quod vis fac» in Joan. VIII, 8.

¹⁵⁴ De diligendo Deo.

¹⁵⁵ Vitae fratrum, libr. II, cap. XXV.

¹⁵⁶ Sto. Tomás: II-II, q. 23, a. 2, ad 2.

¹⁵⁷ Cf. también, S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico*, estrofa XXVIII, en donde se encuentra la misma doctrina que en el *Castillo Interior*. 6ª y 7ª moradas.

¹⁵⁸ Silverio. Obras, t. 3, p. 238. Avisos y sentencias nº 57.

¹⁵⁹ Mt 12,37.

¹⁶⁰ Prefacio del Tratado del amor de Dios.

¹⁶¹ Sto. Tomás, I, q. 43, art. 3, ad I.

lla según las más puras leyes de la amistad: Dios se da a Sí mismo y nos trae su propia bienaventuranza; el hombre, a su vez, ama a Dios como a un Amigo, infinitamente más que a sí mismo, y pone su suprema felicidad en la de Dios.

Sor Isabel de la Trinidad había hecho «suya» la doctrina de su Maestro. Volvía con predilección a la frase de san Juan: «Somos de los que hemos creído en el amor.»¹⁶² Hasta se puede adelantar, sin temor de exagerar, que había establecido toda su vida espiritual bajo la luz del «excesivo amor»¹⁶³ de que habla san Pablo. «¡Siento tanto amor en mi alma! Es como un océano en el que me sumerjo,, me pierdo, es mi visión en la tierra en espera del cara a cara en la luz. Él está en mí, yo estoy en Él, no tengo más que amarlo, que dejarme amar, y esto todo el tiempo, a través de todas las cosas. Despertarse en el amor, moverse en el amor, dormirse en el amor, con el alma en su alma, el corazón en su corazón, para que con su contacto me purifique, me libre de mi miseria...»¹⁶⁴ «Noche y día, en el cielo de su alma, ella quiere cantar el amor de su Maestro.»¹⁶⁵ «No tengo más que un deseo, amarlo, amarlo todo el tiempo, velar con celo por su honor como una verdadera esposa; constituir su felicidad, hacerlo feliz construyéndole una morada y un abrigo en mi alma para que allí olvide, a fuerza de amor, todas las abominaciones que cometen los malos.»¹⁶⁶ «Me ha amado, se ha entregado por mí.»¹⁶⁷ Ese es, pues, el término del amor: darse... verterse todo entero en el amado; el amor hace salir de sí al amante para transportarlo, por medio de un inefable éxtasis, al seno del objeto amado. ¿No es verdad que este pensamiento es hermoso? Sea él como una divisa luminosa para nuestras almas; déjense éstas arrebatadas por el Espíritu de amor y, bajo la luz de la fe, vayan ya a cantar con los bienaventurados el himno de amor que se canta eternamente ante el trono del Cordero. Sí, comencemos nuestro cielo en el amor. Él mismo es este amor. San Juan es quien nos

¹⁶² 1Jn 4,16.

¹⁶³ Ef 2,4.

¹⁶⁴ Carta al canónigo A., agosto de 1903.

¹⁶⁵ Carta al canónigo A., junio de 1906.

¹⁶⁶ Carta a la Sra. A., 15 de febrero de 1903.

¹⁶⁷ Ga 2,20.

lo dice: «Deus charitas est.»¹⁶⁸ «Permanezcamos en Su amor y que Su amor permanezca en nosotros.»¹⁶⁹

Como Teresa del Niño Jesús, y quizá bajo su influencia¹⁷⁰, ha encontrado su vocación en el amor: «...Quiero ser santa, santa para constituir su felicidad; pedidle que yo no viva más que de amor: “es mi vocación”»¹⁷¹ «...Creo que es el amor el que nos permite detenernos mucho tiempo aquí abajo y por lo demás san Juan de la Cruz lo dice formalmente; tiene un capítulo admirable en donde describe la muerte de las almas víctimas del amor, los últimos asaltos que les libra, luego los ríos del alma que van a perderse en el océano del amor divino y se parecen ya a mares: tan inmensos son. San Pablo dice que “nuestro Dios es un fuego que consume.”¹⁷² Si nos mantenemos todo el tiempo unidas con Él, con una mirada de fe, simple y amorosa; si, como nuestro Maestro adorado, podemos decir al final de cada día: “Porque amo a mi Padre, hago siempre lo que le agrada”¹⁷³, ya sabrá Él consumirnos, e iremos a perdernos en el inmenso hogar para arder contentas durante la eternidad.»¹⁷⁴

En el momento en que todo muere en ella, resplandece más que nunca esta primacía del amor. Recibe al sacerdote que le lleva la Extremaunción, exclamando: «¡Oh Amor... Amor... Amor...»¹⁷⁵

Antes de volar a Dios, escribe a una amiga: «Se acerca la hora en que voy a pasar de este mundo a mi Padre, y antes de partir quiero enviaros una palabra de mi corazón, un testamento de mi alma. Nunca estuvo tan exuberante de amor el corazón del Maestro como en el instante supremo en que iba a dejar a los suyos. Me parece que algo análogo pasa en su pequeña esposa en la tarde de su vida y siento como una ola que sube de mi corazón hasta el vuestro... A la luz de la eternidad, el alma ve las co-

¹⁶⁸ 1Jn 4,8.

¹⁶⁹ Carta a la Sra. A., 15 de febrero de 1904.

¹⁷⁰ Había tomado notas en la Historia de un alma.

¹⁷¹ Carta a G. de G., 20 de agosto de 1903.

¹⁷² Heb 12,29.

¹⁷³ Jn 8,29.

¹⁷⁴ A C. B., 1906.

¹⁷⁵ Recuerdos, p. 180. Edición de 1935.

sas en su verdadero punto. ¡Qué vacío es todo lo que no ha sido hecho por Dios y con Dios! Os ruego marquéis todo con el sello del amor. Sólo eso permanece.»¹⁷⁶

Es el último pensamiento que dirige a sus hermanas que rezan a su alrededor las oraciones de los agonizantes: «En la tarde de la vida todo pasa, sólo el amor permanece. Hay que hacerlo todo por amor.»¹⁷⁷

Así, para sor Isabel de la Trinidad, toda la doctrina práctica de la Habitación Divina se resume en un continuo canje de amor: «Hay un Ser que se llama el Amor y que quiere que vivamos en sociedad con Él.»¹⁷⁸

7. *Las prácticas: hacer actos de recogimiento*

El ejercicio de la presencia de Dios no está reservado a las solas almas contemplativas. La gracia del bautismo pone en cada uno de nosotros a toda la Trinidad en el alma: «Esta “mejor parte”¹⁷⁹ que parece ser privilegio mío en mi querida soledad del Carmelo, es ofrecida por Dios a toda alma de bautizado.»¹⁸⁰

Basta unirse con Dios por la fe, la caridad, la práctica de las virtudes cristianas. Ciertas personas creen que vivir en la presencia de Dios exige adoptar una actitud fría, y tener los ojos cerrados. Nada es más ridículo. Si la vida espiritual, y por consiguiente «el reino de Dios dentro de nosotros no consiste en comer y beber»,¹⁸¹ según la observación del Apóstol, el mismo san Pablo nos advierte que a través de todo eso puede Dios encontrar una magnífica alabanza.

Don Bosco se revolcaba en el polvo con sus niños, y, en las horas de recreo, sor Isabel de la Trinidad sabía imitar con gracia una actitud de mártir: no por eso perdían la presencia de Dios. Lo esencial está en la intención, que se debe guardar hacia Dios, tan actual como sea posible.

¹⁷⁶ Carta a la Sra. de B., 1906.

¹⁷⁷ Recuerdos, p.254. Edición de 1935.

¹⁷⁸ Carta a su madre, 20 de octubre de 1906.

¹⁷⁹ Lc 10,42.

¹⁸⁰ Carta a la Sra. de S., 25 de julio de 1902.

¹⁸¹ Rm 14,17.

Ahí comienza la diferencia entre los santos y nosotros. En sus acciones los santos buscan la gloria de su Dios «sea que coman, sea que beban»,¹⁸² mientras que muchas almas cristianas no saben ya encontrar a Dios, aun en la oración, porque se imaginan que la vida espiritual es una cosa inaccesible, reservada a un reducidísimo número de almas privilegiadas, llamadas «místicas», y porque todo lo complican. La verdadera mística es la del bautismo, con la Trinidad en perspectiva y bajo el sello del Crucificado, es decir, en la vulgaridad de todas las mortificaciones cotidianas.

Sor Isabel de la Trinidad sabía insistir sobre ese punto ante las almas que la frecuentaban y a las que Dios retenía en el mundo: «Quisierais ser toda de Él aunque en el mundo: ¡es tan sencillo! Él está siempre con nosotros, estad vos siempre con Él. A través de todas vuestras acciones, en vuestros sufrimientos, cuando vuestro cuerpo está quebrantado, permaneced bajo su mirada. Vedlo viviente en vuestra alma.»¹⁸³

Nada puede impedirnos que nos unamos con Él por el amor, ni las alegrías, ni las tristezas de la tierra, ni la salud, ni la enfermedad, ni las lisonjas o la malicia de los hombres, nada, «ni siquiera nuestras faltas»¹⁸⁴ agrega sor Isabel de la Trinidad, asociándose a la audaz palabra de san Agustín en su comentario del texto de san Pablo a los Romanos: «todo concurre al bien de los que quieren amar a Dios», «etiam peccata», aun el pecado, a causa del perdón que glorifica a la misericordia divina, y de la humildad en la que deja al alma, más consciente, en adelante, de su debilidad.

Sor Isabel de la Trinidad no complica las cosas. Para vivir de ese gran misterio de la habitación divina, sólo da un consejo práctico: «Hacer actos de recogimiento en Su presencia.»

«Mamita, aprovecha tu soledad para recogerte con Dios. Mientras tu cuerpo descansa, piensa que el reposo de tu alma es Él, y que así como a una niña le gusta estar en los brazos de su madre, tú también encuentras tu descanso en los brazos de ese Dios que te rodea por todas partes. No podemos salir de Él, pero, ¡ay! olvidamos a veces su santa presencia y

¹⁸² 1Cor 10,31.

¹⁸³ Carta a la Sra. A., 29 de septiembre de 1902.

¹⁸⁴ Último retiro, VII.

Lo dejamos solo, para ocuparnos de cosas que no son Él. ¡Es tan sencilla esta intimidad con Dios! Eso, más que fatigar, descansa, como descansa un niño bajo la mirada de su madre. Ofrécele todos tus sufrimientos: he aquí una buena manera de unirte con Él y una oración que Le es agradable.»¹⁸⁵

«¿Lo ves? Hay una palabra de san Pablo que es como un resumen de mi vida y que podría aplicarse a cada uno de mis instantes: “Propter nimiam charitatem.”¹⁸⁶ Si, todos esos torrentes de gracia se deben a “que me ha amado demasiado”. Mamá querida, amémoslo, vivamos con Él como un ser amado del que no puede uno separarse. Me dirás si realizas progresos en el camino del recogimiento en la presencia de Dios. Ya sabes que soy la “mamita” de tu alma; por eso estoy llena de solicitud por ella. Acuérdate de estas palabras del Evangelio: “El reino de Dios está dentro de vosotros.”¹⁸⁷ Entra en ese pequeño reino para adorar al Soberano que reside en él como en su propio palacio.»¹⁸⁸

Para anotar esos actos de recogimiento, sor Isabel le había fabricado un pequeño «practicario» y en una carta se informaba de si su madre lo usaba fielmente: «Me dirás si sacas fielmente tus granitos.»¹⁸⁹

8. Breve catecismo de la presencia de Dios

Dos cartas son particularmente reveladoras de los proceder es empleados por la misma sierva de Dios, y de su psicología frente a ese misterio de la Habitación divina que fue el todo de su vida.

La primera está dirigida a una niña de naturaleza extremadamente rica, pero de temperamento todavía caprichoso, que hacia sufrir a sus allegados. Sor Isabel interviene con maternal ternura: «Sí, ruego por ti y te guardo en mi alma, cerquita de Dios, en ese pequeño santuario íntimo en donde Lo encuentro a cada hora del día y de la noche. Nunca estoy sola. Mi Cristo está siempre allí, orando en mí y yo oro con Él. Me causas pena, querida. Bien veo que eres desdichada, y es culpa tuya, te lo

¹⁸⁵ Carta a su madre, 30 de julio de 1906.

¹⁸⁶ Ef 2,4.

¹⁸⁷ Lc 17,21.

¹⁸⁸ Carta a su madre, junio de 1906.

¹⁸⁹ Carta a su madre, junio de 1906.

aseguro. Quédate tranquila: no te creo “alelada”, sino nerviosa y sobreexcitada, y cuando te encuentras así haces sufrir también a los demás. ¡Ah, si pudiera enseñarte el secreto de la felicidad como me lo ha enseñado Dios! Dices que yo no tengo preocupaciones ni sufrimientos. Es verdad que soy muy feliz, pero, ¡si supieras cómo se puede ser bien feliz hasta en el momento mismo en que uno se siente contrariado! Hay que mirar siempre hacia Dios. Al principio, hay que hacer esfuerzos cuando se siente que todo hierve dentro de sí; pero muy suavemente, a fuerza de paciencia y con Dios, acaba uno por lograrlo. Es necesario que te construyas como yo una celdita dentro de tu alma. Pensarás que Dios está allí y entrarás en ella de tiempo en tiempo. Cuando te sientas nerviosa, desdichada, refúgiate pronto en tu alma y confíalo todo al Maestro. Si lo conocieras un poco, la oración no te cansaría: me parece que es un descanso, un reposo. Hay que ir con sencillez hacia el Amado. Hay que mantenerse a su lado como un niño en los brazos de su madre y dejar hablar al corazón. ¡Te agradaba tanto sentarte a mi lado y hacerme confianzas! Así hay que ir a Él. ¡Si supieras cómo Él comprende bien! No sufrirías más si entendieras eso. Es el secreto del Carmelo. La vida de una Carmelita es una comunión con Dios de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Si Él no llenara nuestras celdas y claustros, ¡qué vacío habría! Pero, a través, de todo, Lo vemos, pues Lo llevamos en nosotros y nuestra vida es un cielo anticipado.»¹⁹⁰

La segunda carta está dirigida a su madre. Sor Isabel de la Trinidad no solía tratar con brusquedad a las personas ni precipitar los acontecimientos. Sabía esperar sin negligencia la hora de Dios. Fue necesario el desenlace de la crisis que estuvo a punto de causarle la muerte, para permitirle entrar en pleno en el alma de su madre, a fin de formarla a su vez. En una conversación en el locutorio, que parecía la última, durante largo rato el corazón de la madre y el de la hija se habían encontrado y comprendido en ese grado de intimidad en el que sienten, los que se aman, que todo va acabar. Sor Isabel aprovechó para iniciar a su tan amada madre en el secreto de su vida interior; para ellas fue ése el punto de partida de una nueva forma de amistad, completamente divina, y bajo la mirada de Dios. Al día siguiente de esa conversación, le dirigió una carta que es como un verdadero Catecismo breve de la presencia de

¹⁹⁰ Carta a F. de S., 1904.

Dios. «Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y hacemos en él nuestra morada¹⁹¹. Mamita querida, comienzo mi carta con una declaración. Tú ves cuánto te amo, pero desde nuestra última entrevista ese amor se ha duplicado. ¡Cuán dulce era desahogar el alma en la de la mamá y sentirla vibrar al unísono! Parece que mi amor por ti es no sólo el de una hija para con la mejor de las madres, sino también el de una madre para con su hija. Soy la Mami-ta de tu alma: aceptas, ¿no? Estamos en retiro para Pentecostés; yo, más aún, en mi querido pequeño cenáculo, separada de todo. Pido al Espíritu Santo que te revele esa presencia de Dios en ti deja que te he hablado. He recorrido, a tu intención, libros que tratan de eso, pero prefiero volver a verte antes de dártelos. *Puedes creer mi doctrina, pues no es mía*. Si lees el Evangelio según san Juan, verás que en todo momento el Maestro insiste en ese mandamiento: “Permaneced en mí y yo en vosotros.”¹⁹² Y también este pensamiento tan hermoso que se encuentra al comienzo de mi carta, en el que habla de “establecer en nosotros su morada.”¹⁹³ San Juan en sus epístolas desea que tengamos “Sociedad con la Santísima Trinidad”: ¡esta palabra es tan dulce y sencilla! Basta -lo dice san Pablo- basta creer: “Dios es espíritu”¹⁹⁴ y por la fe nos acercamos a Él. Piensa que tu alma es “el templo de Dios”¹⁹⁵, es también San Pablo quien te lo dice. En todo instante del día y de la noche las Tres Personas Divinas permanecen en ti. No posees la Santa Humanidad como cuando comulgas, sino la Divinidad. Esta Esencia que los bienaventurados adoran en el cielo está en tu alma. Entonces, cuando uno sabe eso, hay una intimidad adorable: ya uno no está nunca solo. Si prefieres pensar que Dios está cerca de ti, más bien que en ti, sigue tu inspiración, con tal de que vivas con Él. No olvides usar mi pequeño practuario; lo he hecho expresamente para ti con tanto amor. Y además, espero que harás esas tres oraciones de cinco minutos en mi pequeño santuario. Piensa que estás con Él y obra como con un Ser amado. ¡Es tan sencillo! No hay

¹⁹¹ Jn 14,23.

¹⁹² Jn 15,4.

¹⁹³ Jn 14,23.

¹⁹⁴ Jn 4,24.

¹⁹⁵ 2Cor 6,16.

necesidad de hermosos pensamientos, sino de una efusión del corazón.»¹⁹⁶

9. Progreso en la presencia de Dios

No se piensa lo bastante en que esta Presencia divina que el bautismo pone en el fondo de las almas cristianas, está «siempre en progreso.»¹⁹⁷ Cada nuevo grado de gracia santificante trae consigo una nueva presencia de la Trinidad.¹⁹⁸ No es que Dios cambie: es el alma, cada vez más divina, que entra con cada una de las Personas de la Santísima Trinidad en comunicaciones más íntimas.

El Padre está más presente, en la medida en que la gracia de adopción comunica al alma una mayor semejanza con la naturaleza divina.

El Verbo está más presente, en la medida en que el alma, iluminada por sus dones, no sabe ya ver las cosas divinas y humanas sino en Aquel que es la Sabiduría increada, la Luz sustancial, el Pensamiento eterno en donde Dios expresa todo lo que ve: la Trinidad y el universo.

El Amor está más presente, en la medida en que el alma, despojándose de sí misma y de todo afecto creado, no se deja ya guiar más que por las impulsiones de este Espíritu, que acaba en Dios el ciclo de la vida Trinitaria.

La enseñanza de la teología no vacila sobre este punto. La presencia de la Trinidad en un alma crece en la medida de las gracias que ésta recibe, en particular en ciertos períodos en que Dios la visita por medio de efectos de gracia excepcionales: gracias de la profesión religiosa, y del sacerdocio, gracias de purificaciones pasivas, gracias místicas, que elevan a las almas de grado en grado hasta la unión transformadora.

Sor Isabel de la Trinidad no insiste sobre esta doctrina capital y que rige todos los progresos de nuestra vida espiritual en este mundo, pero a su manera, por otro camino, la encuentra y la subraya fuertemente: «Él quiere que allí donde Él está estemos también nosotros, no sólo durante

¹⁹⁶ Carta a su madre, junio de 1906.

¹⁹⁷ «El Cielo en la tierra», 1ª contemplación.

¹⁹⁸ Sto. Tomás, I, q. 43, a. 6, ad 2.

la eternidad, sino ya en el tiempo que es la eternidad comenzada y siempre en progreso.»¹⁹⁹

10. Los dos principales efectos de esta presencia: el olvido de sí mismo y la unión transformadora

Los efectos de esta presencia divina en el alma son múltiples. Todo cristiano bautizado es libre de gozar a su gusto de las Personas Divinas. Esta intimidad del alma bautizada con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es la esencia misma de nuestra vida espiritual: habría que divulgarla por todas partes.

«El día en que comprendí eso, decía sor Isabel, todo se iluminó en mí.»²⁰⁰

El primer efecto de esta presencia de la Trinidad en el alma por la gracia consiste en permitirle gozar de Dios; su bienaventuranza comienza en la tierra, puesto que, salvo la visión; posee ya en esperanza y por el Amor a Aquél que es su objeto.

Es el Amor infinito el que la envuelve y quiere asociarla desde este mundo a todas sus bienaventuranzas. Ella experimenta la Trinidad viviendo en ella, esa Trinidad cuya visión tendrá en el cielo.²⁰¹

«Cuando esta alma ha comprendido su riqueza, todas las alegrías naturales o sobrenaturales que pueden provenirle de parte de las criaturas o aun de parte de Dios, no hacen más que invitarla a entrar en sí misma para gozar del Bien sustancial que ella posee y que no es otro que Dios mismo. Adquiere así, dice san Juan de la Cruz, cierta semejanza con el Ser divino».²⁰²

Querer detallar todos los efectos de la presencia de la Trinidad en el alma sería emprender la enumeración, hasta en el menor detalle, de todos los beneficios de Dios en el orden natural y sobrenatural. Sor Isabel había tomado la costumbre de sumergirse sin cesar «adentro» en donde su fe le descubría la presencia real y sustancial, aunque invisible, de

¹⁹⁹ «El Cielo en la tierra», I,1.

²⁰⁰ Carta a la Sra. de S., 1902.

²⁰¹ Carta a G. de G., 20 de agosto de 1903.

²⁰² Último retiro, XI.

Aquél que es la fuente de la gracia. «Él habita en nosotros, para salvarnos, purificarnos, transformarnos en Él».²⁰³

Pedía sobre todo dos cosas al Dios presente y vivo en ella: amarlo hasta el olvido total de sí misma, y ser transformada en Él.

«Que el reinado del amor se establezca pues plenamente en vuestro reino interior y que el peso de este amor os arrastre hasta el olvido total de vos misma. Feliz del alma que ha llegado a este desprendimiento total.»²⁰⁴ «Sí, creo que el secreto de la paz y de la felicidad está en olvidarse, en despreocuparse de sí mismo. Esto no consiste en no sentir ya sus miserias físicas o morales; los santos mismos han pasado por esos estados tan mortificantes, pero no vivían en esos estados: a cada momento abandonaban esas cosas. Cuando se sentían tocados por ellas, no se extrañaban, pues sabían de “qué arcilla estaban hechos”²⁰⁵ como canta el salmista; pero éste agrega también: “con el auxilio de Dios estaré sin mancha y me preservaré del fondo de iniquidad que hay en mí”.²⁰⁶ Puesto que me permitís hablaros como a una Hermana amada, me parece que Dios os pide abandono y confianza sin límites en esas horas dolorosas en que sentís esos vacíos horribles. Pensad que entonces Él cava en vuestra alma capacidades más grandes para recibirlo, es decir, en cierto modo infinitas como Él mismo; procurad entonces estar por la voluntad bien alegre bajo la mano que os crucifica. Hasta diré más: mirad cada sufrimiento, cada prueba “como una prueba de amor”²⁰⁷ que os viene directamente de parte de Dios, para uniros con Él. Olvidaros de vos misma, en lo que atañe a vuestra salud, no quiere decir dejar de cuidaros -pues es vuestro deber, y la mejor penitencia- pero hacedlo con gran abandono, diciendo a Dios “gracias” suceda lo que suceda. Cuando el peso del cuerpo se hace sentir y fatiga vuestra alma, no os desaniméis, sino id por la fe y el amor a Aquél que ha dicho: “Venid a mí y yo os aliviaré”.²⁰⁸ En lo que atañe a lo moral, no os dejéis nunca abatir por el

²⁰³ Carta a G. de G., febrero de 1905.

²⁰⁴ Carta a la Sra. A., 1906.

²⁰⁵ Sal 102,4

²⁰⁶ Sal 17,24.

²⁰⁷ Heb 12,6.

²⁰⁸ Mt 11,28.

pensamiento de vuestras miserias; el gran san Pablo dice: “En donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia”²⁰⁹; pareceme que el alma más débil, aun la más culpable, es la que tiene más motivo de esperar, y este acto que hace para olvidarse de sí y arrojarse a los brazos de Dios, lo glorifica y le da más alegría que todas las miradas sobre sí misma, y todos los exámenes que la hacen revivir con sus achaques, mientras que posee en el centro de sí misma un Salvador que viene en todo momento a purificarla. ¿Os acordáis de esta hermosa página en que Jesús dijo a su padre “que Él le ha dado poder sobre toda carne para que le comunique la vida eterna”²¹⁰; he ahí lo que quiere hacer en vos; a cada minuto quiere que salgáis de vos, que dejéis toda preocupación, para retiraros a esa soledad que Él se eligió en el fondo de vuestro corazón. Él está siempre allí, aun cuando no lo sintáis, os espera y quiere establecer con vos “un admirable comercio”²¹¹ como lo cantamos en la hermosa liturgia, una intimidad de Esposo y de esposa. Vuestras flaquezas, vuestras faltas, todo lo que os turba, de todo eso quiere Él libraros por ese contacto continuo. ¿No ha dicho: “No he venido para juzgar sino para salvar”²¹² Nada debe pareceros un obstáculo para ir a Él; no tengáis mucho en cuenta si estáis inflamada o desanimada; es la ley del destierro pasar así de un estado a otro; creer entonces que Él no cambia nunca, que en su bondad está siempre inclinado sobre vos, para llevaros y estableceros en Él. Si, a pesar de todo, os agobian el vacío, la tristeza, unid está agonía a la del Maestro en el huerto de los Olivos, cuando decía al Padre: “Si es posible haced que este cáliz se aleje de mí”²¹³ Quizás os parezca difícil olvidaros; no os preocupéis. ¡Si supierais cuán sencillo es eso! Voy a datos mi “secreto”: pensad en ese Dios que habita en vos, cuyo templo sois²¹⁴; es san Pablo quien así habla, podemos creerle; poco a poco el alma se habitúa a vivir en su dulce compañía; ella comprende que lleva en sí un pequeño cielo en el que el Dios de amor ha fijado su morada; entonces hay como una atmósfera divina en la que respira; has-

²⁰⁹ Rm 5,20.

²¹⁰ Jn 17,2.

²¹¹ Antífona de las primeras Vísperas de la Circuncisión.

²¹² Jn 12,47.

²¹³ Mt 26,39.

²¹⁴ 1Cor 3,16.

ta diré que no está en la tierra más que su cuerpo, y que su alma habita más allá de las nubes y de los velos, en Aquél que es el Inmutable. No os digáis que esto no es para vos, que sois demasiado miserable; es, al contrario, una razón más para ir a Aquél que salva. No seremos purificados mirando esta miseria, sino mirando a Aquél que es toda pureza y santidad. San Pablo dice que “nos ha predestinado para ser conformes a su imagen”.²¹⁵ En las horas más dolorosas, pensad que el divino artista para hacer su obra más bella se sirve del cincel, y quedad en paz bajo su mano que os trabaja. Ese gran apóstol del que os hablo, después de haber sido arrebatado al tercer cielo, sentía su flaqueza y se quejaba a Dios que le contestó: “Mi gracia te basta, pues la fuerza se perfecciona en la debilidad”.²¹⁶ He aquí algo muy consolador verdad?... Valor, pues, Señora y querida Hermana, os confío muy particularmente a una pequeña Carmelita muerta a los veinticuatro años en olor de santidad, que se llamaba Teresa del Niño Jesús. Ella decía antes de morir que pasaría su cielo haciendo bien en la tierra; su gracia es la de dilatar a las almas, lanzarlas a las olas del amor, de la confianza, del abandono: ella decía que había hallado la felicidad cuando había comenzado a olvidarse. ¿Queréis invocarla cada día conmigo para que os obtenga esta ciencia que hace a los santos y que da al alma tanta paz y felicidad?»²¹⁷

Sor Isabel revela en esto su secreto más íntimo. Durante varios años el último obstáculo a la plenitud de la santidad en ella fue esa falta de olvido total de sí. Durante largo tiempo en su oración se mantuvo suplicante frente a la Trinidad: «Ayudadme a olvidarme enteramente», hasta el día en que la Santísima Trinidad la liberó, para entregar todas sus potencias al solo ejercicio del amor. Fue, ya lo hemos dicho, la señal del florecimiento definitivo de su vida espiritual y del triunfo del amor: gracia suprema de una espiritualidad esencialmente contemplativa, que atrae a las almas al recogimiento interior pero para hacerlas salir de sí mismas y no pensar más que en la glorificación de Dios.

El efecto correlativo de este olvido de sí es la consumación en la unión transformadora. Al final de su vida sobre todo, sor Isabel se detiene en ella con amor. A medida que Dios opera en ella su obra de des-

²¹⁵ Rm 8,29.

²¹⁶ 2Cor 12,9.

²¹⁷ Carta a la Sra. A., 24 de noviembre de 1905.

trucción, se siente que esta bienaventurada unión transformadora se hace cada vez más su pensamiento familiar, el término deseado hacia el cual aspira la santa enferma, para realizar mejor su deseo de «configuración con el Crucificado» y su sueño de «Alabanza de Gloria.» Glorificará a Dios en la medida en que será transformada en Él.

Es el objeto que persigue, siempre por el mismo método: usar de la presencia divina, dejarse purificar y salvar por un contacto continuo con Dios. «¡Le gusta tanto perdonar, levantarnos y luego transportarnos en Él, en su pureza, en su santidad infinita! Así nos purificará por su contacto continuo, con toques divinos. ¡Nos quiere tan puras! Él mismo será nuestra Pureza. Es necesario dejarnos transformar en una misma imagen con Él.»²¹⁸ «Tiene sed de asociarnos a todo lo que Él es, de transformarnos en Él.»²¹⁹

Mientras componía su último retiro de «Alabanza de Gloria», sor Isabel gustaba sumergirse de nuevo en los pasajes sublimes del Cántico y de la Viva Llama, en los que san Juan de la Cruz describe esta transformación del alma en la Trinidad que es por cierto la cumbre de su teología mística. Encontraba placer en ellos y se aplicaba, por medio de una fidelidad constante, a obtener de Dios esta gracia suprema.

«Deus noster ignis consumens.»²²⁰ Nuestro Dios, escribía san Pablo, es un fuego devorador, es decir, un fuego de amor que destruye y transforma en Él mismo todo lo que toca. Para las almas entregadas a su acción en el fondo de sí mismas, la muerte mística de que nos habla san Pablo se vuelve ¡tan sencilla, tan suave! Piensan mucho menos en el trabajo de destrucción y de desprendimiento que les queda por realizar, que en sumergirse en el foco de amor que arde en ellas y que no es otro que el Espíritu Santo, ese mismo Amor que, en la Trinidad, es el vínculo del Padre y de su Verbo. Entran en Él por la fe viva; y allí, sencillas, apacibles, son arrebatadas por encima de las cosas, de los gustos sensibles, en la «tiniebla secreta», y transformadas en la imagen divina. Vi-

²¹⁸ Carta a G. de G., 20 de agosto de 1903.

²¹⁹ Carta a G. de G., 14 de septiembre de 1903.

²²⁰ Heb 12,29.

ven, según la expresión de san Juan «en sociedad» con las Tres adorables Personas. Su vida común: «tal es la vida contemplativa.»²²¹

«Así, el gran medio de alcanzar esta perfecta semejanza con el Padre celestial que el Maestro pide, es una vez más -y siempre- la Presencia de Dios, según la consigna de Dios mismo a Abrahán: “Marcha en mi presencia y serás perfecto”.²²² Sin conocer nunca desvíos, en este magnífico camino de la presencia de Dios, el alma camina “sola con el Solo”, conducida por la fuerza de Su diestra, bajo la protección de Sus alas, sin temer las alarmas de la noche ni la flecha que vuela en mitad del día, ni el mal que se desliza en las tinieblas, ni los asaltos del demonio de mediodía.»²²³

Es la hora de la unión transformadora; el alma no aspira ya más que a la visión beatífica.

«Como la cierva sedienta suspira por las fuentes de aguas vivas, mi alma suspira por ti, oh Dios mío. Mi alma tiene sed del Dios vivo. ¿Cuándo iré y apareceré ante Tu faz? Y sin embargo, como el pájaro que ha encontrado un lugar para retirarse, como la tórtola que ha encontrado un nido para colocar a sus pequeñuelos, así el alma llegada a esas cumbres ha encontrado, en espera de ser transferida a la santa Jerusalén -*Beata pacis visio*- su retiro, su bienaventuranza, su cielo anticipado en el que da comienzo a su vida de eternidad.»²²⁴

Ella se sabe habitada por la Trinidad y esto basta a su dicha.

«He aquí el misterio que canta hoy mi lira. Como a Zaqueo, mi Maestro me ha dicho: “Apresúrate a bajar, pues es menester que me hospede en tu casa”.²²⁵ Apresúrate a bajar, ¿pero adónde? En lo más profundo de mí misma, después de haberme dejado a mí misma, separado de mí misma, despojado de mí misma: en una palabra sin mí misma. “Es menester que me hospede en tu casa”. Es mi Maestro el que me expresa este deseo, mi Maestro que quiere habitar en mí con el padre y su Espíritu de amor para que, según la expresión del discípulo amado, yo tenga

²²¹ «El Cielo en la tierra», 6ª contemplación.

²²² Gn 17,1.

²²³ Último retiro, IX.

²²⁴ Último retiro, XVI.

²²⁵ Lc 19,5.

“sociedad” con Ellos. “Ya no sois huéspedes ni extranjeros, sino que sois ya de la Casa de Dios”,²²⁶ dice san Pablo. He aquí cómo entiendo ser de la Casa de Dios: viviendo en el seno de la tranquila Trinidad, en mi abismo interior, en ese alcázar inexpugnable del santo recogimiento de que habla san Juan de la Cruz.»

Cantaba David: «Mi alma desfallece al entrar en los atrios del Señor.»²²⁷ Me parece que ésa debe ser la actitud de toda alma que entra en esos atrios interiores, para contemplar a su Dios, para tomar fuertemente su contacto. Desfallece en un divino desmayo, frente a este Amor omnipotente, a esta Majestad infinita que mora en ella. No es la vida la que la abandona, sino que es ella la que desprecia esta vida natural y que se retira de ella pues siente que no es digna de su Esencia tan rica, y se va para morir y verterse en Dios.

¡Cuán hermosa es esta criatura así despojada, librada de sí misma! Está en estado de disponer ascensiones en su corazón²²⁸ para pasar del valle de lágrimas (es decir de todo lo que es menor que Dios) hacia el lugar que constituye su objeto, ese lugar espacioso cantado por el Salomista, que es -a mi juicio- la insondable Trinidad: *Immensus Pater-Immensus Filius-Immensus Spiritus Sanctus*.²²⁹

«Sube... se eleva por encima de los sentidos, de la naturaleza; se supera a sí misma, sobrepuja toda alegría como también todo dolor para no descansar sino cuando haya penetrado en el interior del Amado, el cual le dará Él mismo el reposo del abismo. Y todo eso sin haber salido del santo alcázar. El Maestro le ha dicho: “Apresúrate a bajar”.²³⁰ También sin salir de allí vivirá a imagen de la Trinidad Inmutable, en un eterno presente, adorándolo siempre a causa de Él mismo y llegando a ser, por una mirada cada vez más simple, más unitiva, el esplendor de su gloria, en otros términos: “La incesante alabanza de gloria de sus perfecciones adorables”.²³¹

²²⁶ Ef 2,19.

²²⁷ Sal 83,2.

²²⁸ Sal 83,7-8.

²²⁹ Símbolo, llamado de Atanasio.

²³⁰ Lc 19,5.

²³¹ Último retiro, XVI.

11. ¡Ah! ¡Si pudiera decir a todas las almas...!

Para hacernos llegar a ese abismo de gloria, observa san Juan de la Cruz, Dios nos ha creado a su imagen y semejanza...

«Almas creadas para esas maravillas y llamadas a verlas realizarse en vosotras, ¿qué hacéis? ¿En qué miserables bagatelas perdéis vuestro tiempo? Vuestras ambiciones no son sino bajezas; vuestros pretendidos bienes no son sino miseria. ¿Cómo no comprendéis que al perseguir las grandezas de la gloria de la tierra quedáis sepultadas en la indigencia y en la ignominia? Mientras tanto ignoráis esos incalculables tesoros que os están reservados y no sabéis sino haceros indignos de ellos.»²³²

En un mismo movimiento de tristeza divina, Sor Isabel de la Trinidad, en la noche del 2 de agosto de 1906 -quinto aniversario de su entrada en el Carmelo-, acordándose de todas las gracias sacadas de esta continua presencia divina y malgastadas por tantas otras almas que, como ella, hubieran podido vivir de las mismas, había exclamado:

«¡Ah! Quisiera poder decir a todas las almas qué fuente de fortaleza, de paz y también de felicidad, encontrarían si consintieran en vivir en esta intimidad. Pero no saben esperar. Si Dios no se da de una manera sensible, abandonan su santa Presencia; y, cuando viene a ellas, armado de sus dones todos, no encuentra a nadie: el alma está afuera, en las cosas exteriores. No viven en el fondo de si mismas.»²³³

²³² *Cántico espiritual*, estrofa 39. Edición de las Carmelitas de París, 1892, p.426, usada por sor Isabel de la Trinidad.

²³³ Carta a su madre, 3 de agosto de 1906.

4. La alabanza de gloria

«En el cielo de mi alma, la gloria del Eterno... nada más que la gloria del Eterno.»

Por un antropomorfismo casi insuperable, la mayor parte de las almas juzgan de todas las cosas y aun de Dios, con relación a sí mismas, cuando deberían considerar todas las cosas y considerarse a sí mismas desde el punto de vista de Dios.

Así, la santidad aparece a muchos como un fin en sí. En realidad, la santidad misma está subordinada a un fin superior, fin absolutamente último: la gloria de la Trinidad. Dios no ha creado todas las cosas y enviado su Hijo al mundo sino para su gloria. Si obrara para otro que para Sí mismo, ya no sería Dios.

Esta verdad, la más elemental que existe para los que tienen el sentido de la trascendencia divina, no aparece dominadora en la vida de los santos sino tardíamente, cuando ya su alma está consumada en la unidad. Transformados en un solo espíritu con Él, sus pensamientos se identifican con la Sabiduría divina, y su voluntad con la voluntad divina. Solamente la Virgen y Cristo, desde el primer instante de su existencia, han realizado a la perfección este programa de glorificación divina, que es el término donde tiene su acabamiento toda santidad en la tierra.

Hay, en efecto, un doble movimiento en nuestro amor a Dios: se Lo ama por uno mismo y se Lo ama por Él.

Amar a Dios por uno mismo es bien legítimo. Es buscar en Él el término de todas nuestras potencias que en él se sacian. En este sentido, cantaba el Salmista: «Mi bien supremo es unirme con Dios.»²³⁴ Y sor Isabel no cesaba de repetir: «He encontrado mi cielo en la tierra, puesto que el cielo es Dios y Dios está en mi alma. Es el mismo que nosotros poseemos por la fe, y los bienaventurados por la visión.»²³⁵

²³⁴ Sal 72,28.

²³⁵ Carta a la Sra. de S.,1902.

San Agustín indicaba otra manera de amar a Dios y de ir a la prosecución de la unión divina: «Vivir de Dios para Dios.» Y santo Tomás: «No vivir para sí, sino para Dios»,²³⁶ lo cual es una cumbre, y la más alta definición de la vida espiritual; no en un puro amor desinteresado, que excluye el deseo tan santificante de la bienaventuranza, sino primeramente para Dios, como debe ser. En todo, y sobre todo en amor, «Dios el primero servido.»

Los santos no se penetran profundamente de esta evidencia sino cuando los afanes y las cruces de la vida los han librado completamente de sí mismos. Entonces comienza en ellos esta vida deiforme que los reviste con las costumbres de Dios. Su fe luminosa y apacible les hace aparecer todas las cosas en la luz del Verbo. En esperanza se sienten como establecidos en la posesión inamisible de las riquezas trinitarias. Su amor parece identificarse con ese reposo beatífico en el que Dios encuentra en Sí mismo inefables complacencias. Su justicia es una voluntad invencible de dar a Dios honor y gloria en todo. Su prudencia les descubre la Providencia Soberana que dirige los menores detalles del gobierno del universo. Son puros con esa pureza inaccesible que aísla la Esencia divina de todo contacto creado. Su fuerza triunfante y dominadora de todas las agitaciones humanas los acerca a la inmutabilidad de Dios. Ese hermoso atardecer de la vida de los santos es como una visión anticipada y pacificadora de las costumbres de la eternidad. El alma vive en estado deiforme en la unidad de la Trinidad.

Es la fase suprema de la unión transformadora, habitual a los bienaventurados, a la que sólo llegan en este mundo unos pocos perfectos.

1. *El nombre nuevo*

Algo análogo pasó en el atardecer tan rápido de la vida de sor Isabel de la Trinidad.

Durante largo tiempo se sintió detenida en sí misma, impotente para salir de sí. Dios la libró por una intervención personal, después de haberla preparado a esta gracia suprema por la revelación de su nombre nuevo, el que debía dar a su vida espiritual su sentido definitivo.

Dios se lo hizo conocer durante un período de licencias.

²³⁶ Santo Tomás II-II, q. XVII, a. 6, ad 3. *Caritas facit tendere in Deum, uniendo affectum hominis Deo: ut scilicet homo non Sibi vivat, sed Deo.*

Sor Isabel de la Trinidad había ido de visita a la celda de una hermana más antigua.²³⁷ Sor Isabel, como discípula, escuchaba. Una y otra se relataban con sencillez sus buenos encuentros y se excitaban mutuamente en el amor de su Dios, del mismo modo que los malos conspiran juntos para la obra del mal. De repente la interlocutora de sor Isabel le dijo: «He encontrado en san Pablo un pasaje espléndido: “Dios nos ha creado para la alabanza de su gloria”.» Sor Isabel se sintió impresionada y extasiada. Habiendo vuelto a su celda y queriendo recurrir al texto latino, tomó el libro de las Epístolas y se puso a buscar el pasaje que le había impresionado tan fuertemente. No encontrándolo, volvió hacia la hermana: «No encuentro el lugar. ¿Queréis tener la bondad de indicármelo de nuevo?» La hermana añadía, al referirnos ese hecho: «Después, ella no me habló más de ese asunto. Tan sólo más tarde, cuando ya sor Isabel había entrado en la enfermería, noté que nuestra Madre y otras hermanas la llamaban: “Laudem Gloríae”. Yo no había dado importancia a este pasaje de san Pablo. No tuve la misma gracia que sor Isabel, que debía formar su nombre con: “Alabanza de gloria”.» En efecto, la gracia divina se sirvió de esta fórmula de su querido san Pablo para arrebatar a esta alma hacia las cumbres.

Este encuentro había tenido lugar durante la primavera o el verano de 1905. La gracia evolucionó primero lentamente, determinando sin embargo una nueva orientación de su vida interior. Ella escribe desde el 1 de enero de 1906: «Voy a haceros una confidencia muy íntima: mi sueño es ser la alabanza de su gloria. En san Pablo es donde he leído esto y mi Esposo me ha dado a entender que tal era mi vocación desde el desierto, en espera de ir a cantar el Sanctus en la ciudad de los santos. Pero eso exige una gran fidelidad, pues para ser “alabanza de gloria” hay que estar muerta a todo lo que no es Él, para sólo vibrar bajo su toque, y la miserable Isabel hace todavía algunas tonterías a su Maestro. Pero, como un tierno Padre, Él le perdona; su divina mirada la purifica. Como san Pablo, ella procura “olvidar lo que está detrás para lanzarse hacia lo que está adelante”.»²³⁸

²³⁷ Este relato lo sé por la hermana misma.

²³⁸ Carta al Sr. canónigo A., enero de 1906.

En lo sucesivo, cuando sor Isabel pueda dirigirse en la intimidad a un corresponsal que es sacerdote, le pedirá, en el momento de la Misa que la consagre como «hostia de alabanza» o como «alabanza de gloria.»

Cuando, en la noche del domingo de Ramos, su Maestro se arrojó sobre ella como sobre una presa por medio de una crisis fulminante, ella creyó fue todo había terminado. Esperaba con alegría la muerte. Sorprendida de una ligera mejoría, le hizo comprender su Maestro que los oficios de la tierra no eran ya para ella y que, en adelante Él la quería ocupada enteramente de su sola gloria. Sor Isabel tuvo entonces más conciencia de su nombre, ese nombre nuevo que sería el suyo en la tierra y en la eternidad. «Ser una alabanza de gloria a la Trinidad», he ahí lo que ahora le pide su Maestro en ese lecho de dolor, transformado en «el altar de su inmolación continua con Él.»²³⁹

Su vida interior se simplifica: «Dejarse crucificar para ser alabanza de gloria», y nada más. Primero lentamente, después con rapidez, comienza ella a olvidarse por completo de sí. Ella prosigue, a través de todo, la incesante alabanza. Todo lo demás le parece vano. Su nombre mismo de Isabel de la Trinidad no expresa ya bastante todo su programa único. Con sus íntimas, no firma más Isabel, sino *Laudem Gloríae*. Sor Isabel era el alma oculta en el fondo de sí misma para allí gozar del Dios presente; *Laudem Gloríae* señala otra etapa incomparablemente superior: el solo afán de Su gloria.

Es el canto del cisne de esta vida que termina. De su grande alma de artista ya no se escapan más que armonías divinas bajo los toques del Espíritu. No más esfuerzo violento para reunir las potencias del alma; las posee siempre en la unidad. De su alma sube sin interrupción el *Canticum Novum*, el cántico del nombre nuevo: la alabanza de gloria ininterrumpida. Los pensamientos inútiles o los vanos deseos se han ido. En su alma apacible y crucificada reina la unidad realizada por el triunfo del amor. Todas las cuerdas de su lira están prontas a vibrar al menor soplo del Espíritu: las notas graves de su doloroso calvario están mezcladas con los acentos vibrantes de júbilo divino que la próxima perspectiva de las alegrías beatíficas ofrece a su alma. Todo se armoniza y sube hacia Dios como un himno de gloria que el Verbo se canta en esta alma toda transformada en Él.

²³⁹ Carta al canónigo A., julio de 1906.

Ese hermoso atardecer de la vida de sor Isabel de la Trinidad tiene algo de divino. El Padre Vallée, al saber su muerte y recordar esas últimas semanas, escribirá a la señora de Catez, que ésas fueron horas «singularmente bellas y divinas». Dios acababa, en la cruz, de configurarla con Cristo. Ella misma no tenía otro sueño que identificarse con el Crucificado por amor, «Aquél que fue la perfecta alabanza de gloria»²⁴⁰ y «expresarlo a los ojos del Padre.»²⁴¹ «Vivo en el cielo de la fe, en el centro de mi alma y procuro hacer la felicidad de mi Maestro siendo ya en la tierra la alabanza de Su gloria.»²⁴²

Es la consigna que ella pronuncia naturalmente cuando está con sus íntimas. Con su Madre priora no habla más que de eso. Desde la enfermedad sobre todo, el alma de su hija no tiene ya para ella ningún secreto. Ella es el sacerdote que debe ofrecer a la Trinidad Santísima la pequeña «hostia de alabanza.» Conversaciones y fiestas íntimas la conducen invariablemente a eso: Para la fiesta de santa Germana, la última que debe pasar en la tierra, ya lo sabe, sor Isabel pide a una amiga que represente a la Santísima Trinidad y a tres almas que tienen un arpa para cantar su gloria: «Una de esas almas debería ser más bella, pues debe representar a nuestra Madre. La otra una hermanita de mi alma en este Carmelo, y la tercera soy yo...» Quiere que en esta estampa escriban: «Deus praedestinavit nos ut essemus “laudem gloriaes ejus.» Dios nos ha predestinado para que seamos la «alabanza, de su gloria.»²⁴³ Se trataba, en definitiva, de representar simbólicamente su vocación suprema de alabanza de gloria.

En su enfermería pudo festejar así por última vez a su Madre priora, tan tiernamente, tan filialmente amada. «Por la noche, en nuestra celdita, nada más que entre nuestra Madre y sus dos benjaminas, tuvo lugar su fiestecilla íntima. Mi querida hermanita, que es un verdadero serafín, os devolverá junto a Dios la alegría que le habéis procurado. Ella había organizado en una mesita, con flores, toda una exposición. Vuestro hermoso regalo estaba en el sitio de honor con la imagen de la Santísima Trinidad, por la que tengo que daros grandemente las gracias. De cada

²⁴⁰ Último retiro, I.

²⁴¹ Último retiro, XIV.

²⁴² Carta al canónigo A., mayo de 1906.

²⁴³ Carta a la Sra. H., 3 de junio de 1906.

lado flotaban las cintas; también estaban allí la medalla de Mamá y un pequeño envío de Guite; además, pequeñas labores; finalmente ramilletes místicos cuya más bella flor era vuestra Misa.»²⁴⁴

Con sus hermanas del claustro en la confidencia de su «secreto» de gracia, ella no se llamaba más que «*Laudem Gloríae*». Añadía en una postdata a la carta de adiós dirigida a su hermana Margarita: «Será mi nombre en el cielo.»²⁴⁵ Ese nombre nuevo es de la mayor importancia para el psicólogo o teólogo que quiere darse cuenta del desarrollo supremo de la gracia del bautismo en sor Isabel de la Trinidad. Ese «nombre personal» con el que el Pastor discierne y llama a cada una de sus ovejas, permite darse cuenta del término de la predestinación de un alma. Ese nombre, tenemos la convicción, es el rasgo más característico de la misión de sor Isabel de la Trinidad.

El gran obstáculo de la Carmelita y de toda alma contemplativa es vivir frente a sí, en lugar de vivir de Dios en sí. La gracia propia de sor Isabel de la Trinidad, transformada en *Laudem Gloríae*, es la de recoger a las almas en el fondo de sí mismas, pero para hacerlas salir de sí por el amor y la alabanza de gloria.

No sabríamos casi nada de su vida espiritual llegada a esas cumbres, si la Madre Germana, considerando ya a sor Isabel de la Trinidad como a una santita, no hubiera tenido la inspiración providencial de pedirle por escrito su secreto. «...En el momento de su entrada en retiro del 15 al 31 de agosto, su último retiro en este mundo, le prescribí que anotara sus pequeños pensamientos sobre su manera de comprender, de considerar su vocación de “alabanza de gloria”. La santa enferma comprendió y aceptó sonriendo.»²⁴⁶ Tomó un cuadernillo; luego, a partir de las once y media noche, en el momento en que estaba segura de que su Madre priora no iría, en el transcurso de insomnios penosísimos, se puso a escribir. Cuando el cuaderno estuvo completamente lleno, lo remitió a su priora sin ocuparse más de él. Esas páginas manifiestamente dictadas por el Espíritu Santo a un alma por completo sumergida en el dolor y la bienaventuranza, son una pura obra maestra de espiritualidad, y colocan a sor Isabel de la Trinidad entre los más grandes escritores místicos. Uno no

²⁴⁴ Carta a la Sra. H., julio de 1906.

²⁴⁵ Verano de 1906.

²⁴⁶ Este detalle lo conozco por la misma Madre Germana.

se explica esas elevaciones sublimes, brotadas de un solo trazo y sin enmiendas, sin un verdadero carisma de composición; y uno piensa instintivamente en la manera rápida con que santa Catalina de Sena, bajo el impulso del mismo Espíritu, dictó a secretarias que apenas podían seguirla, su admirable Diálogo. Son esos procederes que sobrepujan todo arte humano, en los que se reconocen con evidencia los toques supratécnicos del Espíritu de Amor, que es también Arte divino y Suprema Belleza.

Si se quiere conocer el más profundo pensamiento de sor Isabel de la Trinidad, hay que ir a su último retiro. El «Último Retiro de Laudem Gloríae» es, por decirlo así, su pequeña Suma mística, la quintaesencia de su doctrina espiritual en el momento más elevado de su experiencia mística. Es un verdadero tratado de la unión transformadora, tal cual la concebía en la línea de su vocación de alabanza de gloria, y tal cual la vivía interiormente. En él deja un programa de vida a todas las «alabanzas de gloria», que más tarde querrán marchar en pos de ella por el camino de una santidad enteramente olvidadiza de sí, y por completo orientada hacia la purísima gloria de la Trinidad.

Volvemos a encontrar en su manera de concebir su oficio de «alabanza de gloria» las ideas más fundamentales de su vida interior y todas las grandes líneas maestras de su espiritualidad: silencio, desprendimiento absoluto, amor de la Trinidad y culto de la voluntad divina, identificación cada vez más ardiente con el alma de Cristo Crucificado; pero bajo otra luz, cosa que todo lo cambia; en la pura luz de la gloria de la Trinidad. Es todo un nuevo mundo espiritual que brota, como bajo un toque de varita mágica que haría aparecer en pleno día seres familiares que uno siente vivir a su alrededor en la noche.

El alma no sabe ya nada más, sino a Cristo, al Crucificado por amor, en quien sueña morir transformada -y a la Trinidad cuya incesante alabanza de gloria quiere ser-, y a la Virgen, esta Madre de gracia, que tiene por misión formar en su alma la imagen viva y conmovedora del Unigénito, el Hijo del Eterno, Aquél que fue la perfecta alabanza de la gloria de su Padre.

Tales son los más íntimos sentimientos de sor Isabel en el momento en que entra en esos días de recogimiento de su último retiro en la tierra, en la noche del 15 de agosto, suplicando a Janua Coeli que la prepare a

su vida de eternidad. Aquí una vez más, como siempre, su psicología concreta explica su doctrina.

2. *Una alabanza de gloria es un alma de silencio*

Ante todo, una Alabanza de gloria es un alma de silencio. De este modo llegamos al ascetismo fundamental de sor Isabel de la Trinidad: «No saber más nada»: tal es el programa todo de la alabanza de gloria, despojada de todo y de sí misma, libre de vibrar al solo soplo del Espíritu.

«“NESCIVI”, no he sabido más nada, he aquí lo que canta la Esposa de los Cánticos después de haber sido introducida en la bodega interior. Me parece que tal debe ser también el estribillo de una “alabanza de gloria” en este primer día de retiro en que el Maestro la hace penetrar al fondo del abismo sin fondo para enseñarle a desempeñar el oficio que será el suyo durante la eternidad y en el cual debe ejercitarse ya en el tiempo, que es la eternidad comenzada.

»Ya no sé más nada, no quiero saber más nada, sino conocerlo a Él, la comunión con sus sufrimientos, la conformidad con su muerte.

»¡Cuán indispensable es esta hermosa unidad interior al alma que quiere vivir aquí abajo de la vida de los bienaventurados, es decir, de los seres simples de los espíritus!»²⁴⁷

«Entonces pueden sobrevenir las agitaciones del exterior, las tempestades del interior; pueden herir a uno en su pundonor: *Nescivi*. Puede Dios ocultarse, retirarle su gracia sensible: *Nescivi*.»²⁴⁸ El alma recogida en el fondo de sí misma en el silencio y la unidad de sus potencias se dedica por completo a la alabanza de su gloria.

Sor Isabel de la Trinidad llega a la doctrina del no saber, que es la base de la teología mística de su gran maestro espiritual san Juan de la Cruz.

3. *La alabanza de todos sus dones*

Este carácter negativo de desprendimiento absoluto tan característico de la doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad y de los grandes

²⁴⁷ Último retiro, I.

²⁴⁸ Último retiro, II.

místicos, no es más que una fase preliminar. Esta nada que el alma persigue, esta «nada» es la condición preparatoria de la posesión del «Todo», en lo cual consiste positivamente nuestra vida espiritual, pues el espíritu del Evangelio se manifiesta ante todo como una religión esencialmente positiva. Se glorifica a Dios en la medida de sus dones. La Virgen y Cristo son los que más han glorificado, porque son los que más han recibido. Esta doctrina es fundamental en buena espiritualidad. Se oye decir corrientemente: con tal de que yo llegue al cielo, aun cuando fuere al último lugar... Eso es comprender mal el verdadero amor de Dios y el afán de su gloria. Este punto es capital en la doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad y en la concepción cristiana del mundo.

¿Qué es la gloria de Dios? La manifestación esplendorosa de lo que Él es, la revelación de sus perfecciones infinitas.

Hay dos clases de glorias de Dios: su gloria íntima, dentro de Sí mismo; su gloria afuera, en el universo creado por Él. No se trata aquí de su gloria esencial, la que Dios encuentra en Sí mismo, en su Verbo, Pensamiento único, eterno, que expresa adecuadamente todo lo que Él es en la indivisible Unidad de su Esencia y la Trinidad de Personas. El Verbo dice todo: la inagotable fecundidad del seno del Padre, la belleza del hijo, el Amor que los consume en la Unidad, el universo que ha brotado de su potencia creadora y permanece entre las manos de Dios como un juguete de niño. Así el Padre manifiesta al Hijo su propia gloria. En el Verbo, imagen y esplendor de su gloria, resplandece el Padre; el Verbo manifiesta a su Padre todo lo que Él mismo es. En Él, el Padre y el Hijo conocen al Amor eterno que los une. Tal es la gloria esencial de Dios, esta gloria íntima, intratrinitaria, que es el Verbo.

El universo no añade nada a esta gloria infinita; y, frente a la Trinidad Santísima, el alma misma de Cristo debe confesar su nada. En la Sociedad trinitaria de las Personas divinas y la indivisible Unidad de su esencia, Dios se basta a Sí mismo. Todo lo que puede venir de lo exterior, aun de parte de Cristo, no es sino accidental, y sin embargo, eso Dios lo quiere absolutamente. Porque así lo exigen la jerarquía de los valores y el orden de las cosas. Al Creador: honor, sabiduría, poder y gloria.

Por un admirable equilibrio de la Sabiduría divina y de los otros atributos divinos, Dios no encuentra esta gloria accidental sino en nuestra felicidad y en la medida misma de esta felicidad.

«Mi Padre queda glorificado en que llevéis mucho fruto»,²⁴⁹ enseñaba el Maestro. El más santo Lo glorifica más. En este sentido, el Verbo Encarnado, a causa de las riquezas incomprensibles concedidas a su humanidad santa, es la más perfecta alabanza de gloria de todos sus dones. Después de Él, a una distancia infinita, el alma de la Virgen, la criatura que más ha recibido después de Cristo. Y así de todos los demás santos. Es pues tener una falsa concepción de la gloria divina el querer contentarse con una santidad mediocre.

Sor Isabel de la Trinidad, con una sorprendente profundidad de pensamiento en una joven, se ha elevado sin esfuerzo, bajo un movimiento de gracia, a esa altísima luz de Sabiduría, la más deiforme en la que pueda colocarse una mirada creada, para juzgar del universo a la luz de Dios. Ella ha comprendido perfectamente que debía ser santa, primero para Dios; lo más santa posible, porque la gloria de Dios se encontraba estrechamente ligada a su santidad.

En su diario escribía cuando aun estaba en el mundo: «Quiero ser santa», luego enmienda: «santa para Ti». El final de su vida fue la magnífica realización de su deseo a los 19 años.

Ha comprendido que cuanto más elevada está un alma en las cumbres de la unión transformadora, mejor desempeñará su oficio de alabanza de gloria. Dios es glorificado en la medida en que «la belleza» de sus perfecciones se refleja en las almas. Los glorificados han alcanzado esta transformación suprema, ellos que «contemplan a Dios en la simplicidad de su Esencia. Lo conocen como son conocidos por Él, es decir, por la visión intuitiva. Por eso son transformados de claridad en claridad, por la potencia de su Espíritu, en su propia imagen. Entonces son una incesante alabanza de gloria al Ser divino, que contempla en ellos su propio esplendor. A su imagen y semejanza: tal ha sido el sueño del Creador. Poder contemplarse en su criatura, ver resplandecer en ella todas sus perfecciones, toda su belleza, como a través de un cristal puro y sin mancha, ¿no es eso una especie de extensión de su propia gloria? El alma que permite al Ser divino reflejarse en ella, en verdad esta alma es la alabanza de gloria de todos sus dones. Canta, a través de todo y entre los actos más vulgares, el *Canticum magnum*, el *Canticum novum* y ese

²⁴⁹ Jn 15,8.

cántico hace que Dios se estremezca de alegría hasta lo más recóndito.»²⁵⁰

Dar a Dios el testimonio de todas las potencias, orientándolas hacia Él sólo, he ahí lo que entiende ella por alabanza de gloria de todos sus dones. Para sor Isabel, una verdadera alabanza de gloria está ávida de recibir a Dios en la mayor medida posible. Esta alma se mantiene bajo su pulsación como una lira, y todos sus dones son como una cuerda que vibra día y noche para cantar la alabanza de Su gloria.²⁵¹

Estamos lejos de la mezquina visión de todas esas concepciones estrechas que, en lugar de liberar a las almas y arrojarlas hacia Dios en pleno vuelo, las concentran sobre sí mismas, las deprimen, y paralizan en ellas la expansión del perfecto amor.

4. *La vida eterna comenzada*

Siempre atraída hacia las cumbres, sor Isabel de la Trinidad va a buscar sus modelos de «alabanza de gloria» entre los bienaventurados que, en la oración y la adoración, están día y noche delante del trono del Cordero.

Bajo la influencia de sus lecturas en el *Cántico* y la *Llama*, la visión beatífica llegó a ser el pensamiento dominante de sus últimos días, comunicando a todos los transportes de su alma como un ritmo de eternidad. Los últimos capítulos del Apocalipsis, el último sobre todo, habían llegado a ser el alimento más familiar de su alma. De él sacaba ese sentido de eternidad que anima casi todas las páginas de su último retiro. Repetía a los que la rodeaban: «Mi Maestro no me habla más que de eternidad.»

De este modo, con un sentido doctrinal siempre impecable, toda otra doctrina espiritual familiar a la teología católica: nuestra vida divina en la tierra es ya «una vida eterna comenzada.» «Me parece, dice, que sería dar una inmensa alegría al corazón de Dios ejercitarse en el cielo de la propia alma en esta ocupación de los bienaventurados.»²⁵² «Ayer san Pablo, levantando un poco el velo, me permitía sumergir la mirada en la

²⁵⁰ Último retiro, III.

²⁵¹ Último retiro, II.

²⁵² Último retiro, IV.

heredad de los Santos, en la luz, a fin de que yo vea cuál es su ocupación y trate en lo posible de conformar mi vida a la de ellos para desempeñar mi oficio de *Laudem Gloríae*. Hoy san Juan, el discípulo que Jesús amaba, va a entreabrirme las puertas eternas para que pueda hacer descansar mi alma en la Santa Jerusalén, dulce visión de paz. Y en primer lugar, me dice, no hay necesidad de luz en la Ciudad porque la claridad de Dios la ilumina y el Cordero es su antorcha. Si quiero que en mi ciudad interior tenga alguna conformidad y semejanza con la del Rey de los siglos inmortales y reciba la grande iluminación de Dios, es necesario que yo apague toda otra luz, y que, en la ciudad santa, el Cordero sea la antorcha.»²⁵³

La vida de los bienaventurados es una vida de luz y de amor. Sor Isabel calca, sobre ese doble movimiento, el programa de la alabanza de gloria que quiere en el cielo de su alma, imitar la ocupación de los bienaventurados. A la visión beatífica imposible en la tierra, suple la virtud de fe.

«He aquí la fe, la hermosa luz de fe que se me aparece. Ella sola debe iluminarme para ir delante del Esposo. El Salmista canta que Él se oculta en las tinieblas; y por otra parte, parece contradecirse con estas palabras: “la luz lo rodea como con una vestidura”. Lo que resalta para mí de esta contradicción aparente, es que debo sumergirme en la tiniebla sagrada, haciendo la noche y el vacío en todas mis potencias. Entonces encontraré a mi Maestro, y la luz que lo rodea como con una vestidura me envolverá también con su sola luz, que tiene la claridad de Dios. Se dice de Moisés que era inmovible en su Fe como si hubiera visto al Invisible. Parece que tal debe ser la actitud de una alabanza de gloria, que a través de todo quiere proseguir su himno de acción de gracias: inmovible en su fe, como si hubiera visto al Invisible; inmovible en su fe en el “amor excesivo”; hemos conocido la caridad de Dios y hemos creído en ella.»²⁵⁴

«La fe es la sustancia de las cosas que hay que esperar y la convicción de las que no se ven.» ¡Qué importa al alma que se ha recogido bajo la claridad creada en ella por esta palabra, sentir o no sentir, estar en la noche o en la luz, gozar o no gozar! Experimenta una especie de ver-

²⁵³ Último retiro, IV.

²⁵⁴ Último retiro, IV.

güenza en establecer diferencia entre estas cosas. Me parece que a esa alma inmovible en su fe en el Dios Caridad pueden dirigirse estas palabras del príncipe de los Apóstoles: «Porque creéis, seréis llenos de un gozo inmovible, y glorificados.»²⁵⁵

Un segundo sentimiento debe animar la alabanza de gloria que quiere imitar la ocupación de los bienaventurados: la actividad adoradora del amor.

Toda la psicología de la alabanza de gloria debe modelarse sobre el estado de alma de los glorificados: «No tienen descanso ni de día ni de noche, repitiendo: Santo, Santo, Santo, Santo es el Señor Omnipotente, que era, que Es, que será en los siglos de los siglos... Se prosternan y adoran y arrojan sus coronas delante del trono diciendo: Digno sois, Señor, de recibir la gloria, el honor y el poder. ¿Cómo imitar en el cielo de mi alma esta ocupación incesante de los bienaventurados en el cielo de la gloria?

»Se prosternan, adoran, arrojan sus coronas.

»Y en primer lugar el alma debe prosternarse, sumergirse en el abismo de su nada, hundirse en él de tal modo que, según la encantadora expresión de un místico, encuentre “la paz verdadera, invencible y perfecta, a la que nada turba, pues se ha precipitado tan abajo que nadie irá a buscarla allí.”

»Entonces podrá adorar... La adoración, ¡ah! es una palabra del cielo. Me parece que se la puede definir: el éxtasis del amor. Es el amor abrumado por la belleza, la fuerza, la grandeza inmensa del objeto amado. Adorad al Señor, pues es santo, está escrito en un Salmo. Y también: Lo adorarán siempre a causó de Sí mismo.»²⁵⁶

Así esta psicología de eternidad de los bienaventurados llega a ser para ella el ejemplar viviente de la santidad en la tierra. «El alma que se recoge bajo estos pensamientos, los penetra con el sentido de Dios de que habla san Pablo, vive en un cielo anticipado por encima de lo que pasa, por encima de sí misma. Sabe que Aquél a quien adora posee en Sí toda felicidad y toda gloria arrojando su corona en su presencia, como los bienaventurados, se desprecia, se pierde de vista y encuentra su bie-

²⁵⁵ Último retiro, IV.

²⁵⁶ Último retiro, VIII.

naventuranza en la del Ser adorado, en medio de todo sufrimiento y dolor, pues se ha dejado a sí misma, ha pasado a otro. En esta actitud de adoradora, el alma ¿no se parece a esos pozos de que habla san Juan de la Cruz, que reciben las aguas que bajan del Líbano? Se puede decir al verla: la impetuosidad del río regocija a la ciudad de Dios.»²⁵⁷

5. *La alabanza del alma crucificada*

Hasta el fin, la vida espiritual de sor Isabel de la Trinidad, alma esencialmente trinitaria si las hubo, permanece sin embargo, y cada vez más, centrada en Cristo Jesús. El sueño que persigue *Laudem Gloríae*, durante sus insomnios tan penosos, es el de morir «no sólo pura como un ángel, sino también transformada en Jesús Crucificado.»²⁵⁸

Sor Isabel de la Trinidad tiene siempre este divino modelo bajo su mirada. Todo su ideal es contemplarlo para reproducirlo: quisiera poder expresarlo a los ojos del Padre. Pero, ya lo sabe, la configuración suprema con la imagen de Cristo conduce a «la conformidad con su muerte.» Durante este último retiro este pensamiento no la abandona un instante. Mientras compone sus retiros sobre la Habitación de la Trinidad y sobre la Alabanza de gloria, repite a menudo, en voz baja a su Madre Priora, con una voz lánguida de enferma: »Siento que Él me lleva a su Calvario.» Allí es donde se perfecciona toda santidad.

Una alabanza de gloria es esencialmente un alma crucificada; ella ha contemplado en el cielo la gran muchedumbre que «nadie puede contar», sabe que «los que han lavado y blanqueado su vestidura en la sangre del Cordero, éstos vienen de la gran tribulación, y por eso, ante el trono de Dios, le sirven día y noche en su templo. El que está sentado en el trono habita en ellos; no tendrán ya en adelante ni hambre ni sed, y el sol no caerá sobre ellos, ni ningún ardor, porque el Cordero será su pastor y los conducirá a las fuentes de las aguas de la vida. Y Dios enjugará de sus ojos toda lágrima.»

«Todos esos elegidos que tienen la palma en las manos, que están bañados en la gran luz de Dios, han debido pasar antes por la gran tribulación, conocer ese dolor “inmenso como el mar” cantado por el Profeta. Antes de contemplar a cara descubierta la gloria del Señor, han partici-

²⁵⁷ Último retiro, VIII.

²⁵⁸ Carta a G. de G., fines de octubre de 1906.

pado de los anonadamientos de su Cristo. Antes de ser transformados de claridad en claridad en la imagen del Ser divino, han sido conformes con la del Verbo encarnado, el Crucificado por amor.

»El alma que quiere servir a Dios noche y día en su templo, entiendo decir ese santuario interior de que habla san Pablo cuando dice: “El templo de Dios es santo y vosotros sois ese templo”, esa alma debe estar resuelta a participar efectivamente de la Pasión de su Maestro. Es una rescatada, que debe a su vez rescatar a otras almas, y para eso cantará con la lira: “Me glorifico en la Cruz de Jesucristo. Con Jesucristo estoy clavada en la cruz.” Y también: “Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, para su cuerpo que es la Iglesia.”

»“La reina se ha mantenido a vuestra diestra”, tal es la actitud de esta alma. Marcha por el camino del Calvario, a la diestra de su Rey crucificado, anonadado, humillado y sin embargo siempre tan fuerte, tan sereno tan lleno de majestad, yendo a su Pasión para hacer resplandecer “la gloria de su gracia”, según la expresión tan fuerte de san Pablo. Quiere asociar a su esposa a su obra de redención, y esta vía dolorosa por la que marcha se le aparece como el camino de la bienaventuranza, no solamente porque éste la conduce allí, sino también porque el Maestro santo le hace comprender que ella debe superar lo que hay de amargo en el sufrimiento para allí encontrar como Él su reposo.

»Entonces puede servir a Dios noche y día en su templo. Las pruebas interiores y exteriores no pueden hacerla salir de la santa fortaleza en que Él la ha encerrado. Ya no tiene ni hambre, ni sed, pues a pesar de su devorador deseo de la bienaventuranza, encuentra su hartura en este alimento, que fue el de su Maestro: la voluntad del Padre. Ya no siente que el sol cae sobre ella, es decir, ya no sufre de sufrir. Entonces el Cordero puede conducirla a las fuentes de la vida, adonde Él quiere, como a Él le parece, pues ella no mira los senderos por donde pasa: mira fijo sencillamente al Pastor que la conduce. Dios, inclinándose sobre esta alma, su hija adoptiva, tan conforme con la imagen de su Hijo unigénito entre todas las criaturas, reconociéndola por una de las que Él ha predeterminado, llamado, justificado, y se conmueve en sus entrañas de Padre, pensando en consumir su obra, es decir, en glorificarla transfiriéndola a

su Reino para allí cantar por los siglos sin fin: la alabanza de su gloria.»²⁵⁹

6. *El alma es un cielo que canta a Dios*

Fiel a su pensamiento maestro de los últimos días: cumplir desde este mundo su vocación eterna *de Laudem Glorïae*, sor Isabel de la Trinidad quiere hacer la prueba de cumplir en el «cielo de su alma» lo que hacen los bienaventurados en el «cielo de la gloria.» Este estado de alma es la expresión suprema de su vocación interior de «Casa de Dios.» La gracia fundamental de sor Isabel de la Trinidad fue vivir recogida adentro, con el Huésped interior, en lo más íntimo de su alma. En esa gracia había encontrado su cielo en la tierra. Por una evolución normal vivirá, también adentro, su vocación suprema de «alabanza de gloria»: «Puesto que mi alma es un cielo en el que vivo esperando la Jerusalén celeste, es necesario que ese cielo cante también la gloria del Eterno, nada más que la gloria del Eterno.»²⁶⁰

En ese cielo interior, todas las actividades íntimas, todo el ejercicio del amor y de la práctica de las virtudes es una alabanza de gloria al Dios que lo habita, como las obras de Dios narran al exterior la gloria del Eterno. Esta glorificación divina en el silencio del alma es la más alta que sube de la criatura hacia Dios.

«“Caeli enarrant gloriam Dei.” He ahí lo que narran los cielos: la gloria de Dios. El día transmite al día ese mensaje. Todas las luces, todas las comunicaciones de Dios a mi alma son ese día que transmite el mensaje de su gloria al día. “El decreto de Yaveh es puro”, canta el salmista, “ilumina la mirada.” Por consiguiente mi fidelidad en corresponder a cada uno de sus decretos, a cada una de sus órdenes interiores, me hace vivir en su luz; ella es también un mensaje que transmite su gloria.

»Pero he aquí la dulce maravilla: “Yaveh, el que te mira resplandece” exclama el Profeta. El alma que, por la profundidad de su mirada interior contempla, a través de todo, a su Dios en la simplicidad que las separa de toda otra cosa, esta alma es resplandeciente: es un día que transmite al día el mensaje de su gloria.»²⁶¹

²⁵⁹ Último retiro, V.

²⁶⁰ Último retiro, VII.

²⁶¹ Último retiro, VII.

«En el cielo interior, todo canta la gloria del Eterno: alegrías y consuelos espirituales, como también todas las cruces. “La noche lo anuncia a la noche.” He aquí algo que es bien consolador: mis impotencias, mis hastíos, mis oscuridades, mis faltas mismas, narran la gloria del Eterno; mis sufrimientos de alma y cuerpo narran también la gloria de mi Maestro.»

«David cantaba: “Qué daré al Señor por todos los beneficios que he recibido de Él?, tomaré el cáliz de la salvación.” Si tomo ese cáliz purpurado con la sangre de mi Maestro, y si en la acción de gracias, llena de alegría, mezclo mi sangre con la de la santa víctima, queda en cierto modo “infinitada” y puede dar al Padre una magnífica alabanza: entonces su sufrimiento es un mensaje que transmite la gloria del Eterno.

»Allí, en el alma que narra su gloria, Él ha colocado una tienda para el sol. El sol es el Verbo, es el Esposo. Si encuentra mi alma vacía de todo lo que no entra en estas dos palabras: su amor, su gloria, entonces la elige para ser su aposento nupcial. A él se lanza como un gigante que se precipita triunfante en su carrera, y yo no puedo sustraerme a su calor. Ese fuego devorador es el que realizará la feliz transformación de que habla san Juan de la Cruz, cuando dice: “Cada cual parece ser el otro, y ambos no son sino uno” para ser alabanza de gloria del Padre.»²⁶²

7. *El oficio de una alabanza de gloria*

Por un curiosísimo cambio de perspectivas, que se explica fácilmente por la unidad concreta de la psicología religiosa de sor Isabel de la Trinidad en los últimos días de su vida, mientras que el «Último retiro de *Laudem Gloriam*» termina con un movimiento de alma que se relaciona con la Habitación de la Trinidad, su breve tratado, compuesto para uso de su hermana para indicarle cómo debía encontrar su «Cielo en la tierra», termina, al contrario, con un movimiento de alma que resume todo el oficio de una alabanza de gloria.

Ese pasaje, menos conocido que su oración, merece más retener nuestra atención.

Bajo un movimiento de gracia irresistible, sor Isabel de la Trinidad nos descubre, en la última hora de su vida, su ideal supremo de santidad. Volviendo a tomar el texto de san Pablo a los Efesios, que la había im-

²⁶² Último retiro, VII.

presionado tan fuertemente y que es, en efecto, el pasaje clásico de la teología sobre el sentido último de nuestra predestinación en Cristo, su alma de artista, según un ritmo vigorosamente acentuado, canta su oficio supremo en este mundo. Nada hay que agregar a este pensamiento tan denso y doctrinal, que es, en cierto modo, el testamento de su corazón no sólo a su hermana, sino también a todas las almas que quieran realizar a ejemplo suyo, el oficio de una alabanza de gloria.

«Hemos sido predestinados por un decreto de Aquel que todo lo obra según el consejo de Su voluntad, a fin de que seamos la “alabanza de su gloria.” Es san Pablo el que así habla. San Pablo instruido por Dios mismo. ¿Cómo realizar ese gran sueño del corazón de nuestro Dios, esa voluntad inmutable sobre nuestras almas? Cómo, en una palabra, responder a nuestra vocación y llegar a ser perfectas alabanzas de gloria a la Santísima Trinidad? En el cielo, cada alma es una alabanza de gloria al Padre, al Verbo, al Espíritu Santo, porque cada alma está fijada en el puro amor y no vive ya de su vida propia, sino de la vida de Dios. Entonces ella Lo conoce, dice san Pablo, como es conocida por Él.»²⁶³

En otros términos:

«Una alabanza de gloria», es un alma que permanece en Dios, que lo ama con amor puro y desinteresado, sin buscarse a sí misma en la dulzura de este amor, que lo ama por encima de todos sus dones, aun cuando no hubiera recibido nada de Él, y que desea el bien al objeto así amado. Ahora bien, cómo desear y querer efectivamente el bien a Dios, sino cumpliendo su voluntad, puesto que esta voluntad ordena todas las cosas para su mayor gloria? Así pues, esta alma debe entregarse a esa voluntad plena, ardentemente, hasta no poder ya querer otra cosa que la que Dios quiere.

«Una alabanza de gloria», es un alma de silencio que permanece como una lira bajo la pulsación misteriosa del Espíritu Santo, para hacerle producir armonías divinas. Sabe que el sufrimiento es una cuerda que produce sonidos más hermosos aún; por eso quiere tenerla en su instrumento a fin de remover más deliciosamente el corazón de su Dios.

«Una alabanza de gloria», es un alma que mira fijamente a Dios en la fe y la simplicidad; es un reflector de todo lo que Él es; es como un

²⁶³ «El Cielo en la tierra», X,2.

abismo sin fondo en el cual puede Él verterse, derramarse; es también un cristal a través del cual él puede brillar y contemplar todas sus perfecciones y su propio esplendor. Un alma que permite así al Ser divino saciar en ella su necesidad de comunicar todo lo que es y todo lo que tiene, es en realidad la alabanza de gloria de todos sus dones.

Finalmente, una «alabanza de gloria» es un ser siempre en la acción de gracias: cada uno de sus actos, de sus movimientos, de sus pensamientos, cada una de sus aspiraciones, al mismo tiempo que la arraigan más profundamente en el amor, son como un eco del Sanctus eterno.

«En el cielo de la gloria», los bienaventurados no tienen descanso ni de día, ni de noche, diciendo: «Santo, Santo, Santo, el Señor Omnipotente...» y, prosternándose, adoran al que vive por los siglos.

«En el cielo de su alma, la alabanza de gloria comienza ya su oficio de la eternidad. Su cántico es ininterrumpido, pues ella está bajo la acción del Espíritu Santo que obra todo en ella; y aunque no siempre tenga conciencia de eso, pues la debilidad de la naturaleza no le permite estar fijada en Dios sin distracciones, canta siempre, adora siempre, ha pasado por decirlo así toda entera a la alabanza y al amor, a la pasión de la gloria de su Dios.

»En el cielo de nuestra alma, seamos ALABANZA DE GLORIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, alabanza de amor de nuestra Madre Inmaculada. Un día se descorrerá el velo, seremos introducidos en los atrios eternos, y allí cantaremos en el seno del Amor infinito, y Dios nos dará el nombre nuevo prometido al vencedor; ¿cuál será?: LAUDEM GLORIAE.»²⁶⁴

²⁶⁴ «El Cielo en la tierra», 13ª contemplación.

5. La conformidad con Cristo

«Sea yo para Él una humanidad suplementaria.»

Un rasgo común une a los santos de todas las escuelas: su conformidad con Cristo. «Los predestinados, nos dice san Pablo, deben ser conformes a la imagen del Hijo.»²⁶⁵ Según el axioma tradicional, el cristiano es otro Cristo: *Christianus alter Christus*.

Esta gracia de configuración con Cristo es esencialmente multiforme. Unos reproducen con brillo particular tal o cual aspecto de la vida de Jesús: su silencio de Nazaret, el poder de sus palabras sobre las muchedumbres y su imperio sobre las almas; o bien los rasgos del Mesías sufriendo, como Jeremías, las ignominias de su Pasión y el abandono de los «suyos», como Job; su humildad, su paciencia, su desprecio de las riquezas, su vida adoradora y reparadora, su amor a su Padre; sus luces de Doctor, su prudencia de jefe supremo de la Iglesia, la fortaleza de su martirio en la Cruz. Los más amados imitan al Maestro en el desprendimiento absoluto; «esos son vírgenes y siguen al Cordero dondequiera que va.»²⁶⁶ La santidad de Cristo es en cierto modo infinita. Jesús ofrece en Sí mismo un modelo de todas las virtudes, y Dios podría multiplicar indefinidamente los santos en la tierra sin agotar nunca las «incomprensibles riquezas»²⁶⁷ de la gracia capital de Cristo, ejemplar de la nuestra.

No es pues extraño encontrar en sor Isabel, esa viva semejanza con su Maestro: «*Vivo enim, jam non ego, vivit vero in me Christus*: tal es el sueño de mi alma de Carmelita.»²⁶⁸

Esta transformación en Cristo comenzada en el bautismo prosigue sin descanso a través de todas las etapas de su vida. Cuando aun vivía en

²⁶⁵ Rm 8,29.

²⁶⁶ Ap 14,4.

²⁶⁷ Ef 3,8.

²⁶⁸ Carta al abate Ch., 23 de noviembre de 1904.

el siglo anotaba en su «Diario»: «Quisiera hacerlo amar por toda la tierra...»²⁶⁹ «Lo amo hasta morir de amor»;²⁷⁰ y las fiestas más mundanas no conseguían arrancarla a la invisible presencia de su Cristo. Ya Carmelita, había que ver con qué ardor apasionado sor Isabel estrechaba contra su corazón el hermoso Cristo de su profesión, el cual llevaba como divisa: «Jam non ego, vivit vero in me Christus.» Cristo está en el centro de su sublime oración a la Trinidad en la que se expresa, en un arrebatado de amor, todo movimiento de su vida interior: «Oh adorado Cristo mío, quiero ser una esposa para vuestro corazón... Quisiera amaros... hasta morir de amor.» En su lecho de enferma, no sueña sino con una cosa: «morir transformada en Jesús Crucificado.»

Su devoción a Cristo ocupa un lugar central en su doctrina lo mismo que en su vida.

¿En qué fuentes la bebió?

Durante el retiro conventual predicado en octubre de 1902, el Padre Vallée había expuesto bajo una altísima luz contemplativa y con fuerza los grandes principios de la cristología tomista. El Padre había insistido particularmente sobre la naturaleza misma del Verbo Encarnado y su carácter esencial de Salvador, sobre la gracia capital, la ciencia, el amor, la oración de Cristo, etc.... Ese retiro, poco consolado interiormente, abrió a sor Isabel horizontes inmensos sobre el misterio de Cristo, y esas luces entraron inmediatamente en su vida: «¡Hemos tenido un retiro tan hermoso, tan profundo, tan divino! El Padre Vallée nos ha hablado todo el tiempo sobre Jesucristo, y yo hubiera querido teneros bien cerca de mí para que vuestra alma fuera arrebatada junto con la mía. A través de todo, participemos, todo el tiempo, de ese Verbo Encarnado, de ese Jesús que permanece en nosotros y quiere decirnos todo el misterio. La víspera de su Pasión, decía a su Padre hablando de los “suyos”: “Les he hecho conocer las palabras que Tú me has dado; les he comunicado la claridad que he tenido en Ti antes que el mundo fuese.”²⁷¹ Está siempre vivo, siempre trabajando en nuestra alma: dejémonos construir por Él y que Él sea el alma de nuestra alma, la vida de nuestra vida, para que po-

²⁶⁹ *Diario*, 30 de enero de 1899

²⁷⁰ *Diario*, 14 de marzo de 1899.

²⁷¹ Jn 17,8.22.

damos decir con san Pablo: “Vivir, para mí, es Jesucristo.”²⁷² No quiere que haya tristeza en nuestra alma, al mirar lo que no ha sido hecho enteramente por Él. “Es Salvador: su misión es perdonar.” Y el Padre nos decía en su retiro: “No hay más que un solo movimiento en el corazón de Cristo: borrar el pecado y llevar el alma a Dios.”²⁷³

Las Epístolas de san Pablo sobre todo fueron fuente de luz para su alma: allí es donde iba a «beber a Cristo» (san Ambrosio). No podía sor Isabel ir a mejor escuela. El Doctor de las naciones había recibido de Dios la misión de manifestar al mundo las riquezas de gracia, los tesoros de ciencia y de sabiduría divina ocultos en Cristo. «Cor Pauli, cor Christi»: Pablo tenía un corazón de Cristo. Las fórmulas de fe que dirigía a los primeros cristianos contienen en compendio toda la enseñanza de la Iglesia sobre el misterio de Cristo.

Sor Isabel de la Trinidad, tan exenta de inspiración en su temperamento de artista, tan enemiga de todo método demasiado rígido, había organizado todo un fichero para el estudio de su querido san Pablo. Esas notas bien analizadas, con referencias precisas, remiten en su mayor parte a uno de los aspectos del misterio de Cristo. Recurría con frecuencia a los textos del Apóstol para apoyar los movimientos de su alma contemplativa y le acontece a menudo, en sus cartas o en sus dos retiros, citar largos pasajes completos: de tal manera su pensamiento se había identificado con el de él. Nuestra predestinación en Cristo y la restauración en Él de todas las cosas en el universo, nuestra incorporación al Hijo de Dios, jefe del cuerpo místico compuesto de todos los rescatados, la necesidad de identificarnos con todos los movimientos de su Alma divina, de expresarlo a los ojos del Padre, de ser para Él en cierto modo una humanidad suplementaria en la que Él pueda renovar todo su misterio de Cristo adorador y Salvador; al contacto con san Pablo todos esos grandes horizontes de la teología de la redención se hacen familiares al pensamiento contemplativo de sor Isabel y le dan esa amplitud doctrinal que hace la riqueza y la fuerza de sus escritos espirituales.

La enumeración de todos los textos utilizados por ella conduciría a citas innumerables. Pondremos de relieve sencillamente las grandes líneas de la doctrina mística que aquéllos le han inspirado.

²⁷² Flp 1,21.

²⁷³ Carta a la Sra. A., 9 de noviembre de 1902.

1. Nuestra predestinación en Cristo

El contacto con san Pablo dio a su doctrina un carácter cristocéntrico fuertemente acentuado.

Sor Isabel ha señalado cuidadosamente el texto fundamental de la epístola a los Romanos, en donde san Pablo ha desarrollado todo el sentido de nuestra predestinación en Cristo: «A los que Dios ha conocido en su presciencia los ha también predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo, y a los que ha predestinado los ha llamado; a los que ha llamado los ha también justificado, a los que ha justificado los ha glorificado.»²⁷⁴

«Tal aparece, a los ojos del Apóstol, el misterio de la predestinación, de la elección divina.

»«A los que ha conocido.» ¿No hemos sido de ese número? ¿No puede Dios decir a nuestra alma lo que en otro tiempo decía por la voz de su Profeta: “He pasado cerca de ti y te he considerado; he visto que había llegado para ti el tiempo de ser amada; he extendido sobre ti mi vestidura; he jurado protegerte, he hecho alianza contigo y has llegado a ser mía?”²⁷⁵ Sí, hemos llegado a ser tuyas por el bautismo. Es lo que quiere decir san Pablo con estas palabras: “Los ha llamado.” Sí llamadas a recibir el sello de la Santísima Trinidad. Al mismo tiempo que, según el lenguaje de san Pedro, hemos sido hechas “partícipes de la naturaleza divina”,²⁷⁶ hemos recibido “un comienzo de su Ser.” Luego, nos ha justificado, con sus sacramentos, con sus contactos directos, en el recogimiento en el fondo de nuestra alma, justificadas también por la fe y según la medida de nuestra fe en la redención que Jesucristo nos ha adquirido.

»Finalmente, quiere glorificarnos; y para eso, dice san Pablo, “nos ha hecho dignas de participar de la herencia de los santos en la luz.”²⁷⁷ Pero seremos glorificados en la medida en que hayamos sido “conformes a la imagen de su divino Hijo.”

²⁷⁴ Rm 8,29-30.

²⁷⁵ Ez 16,8.

²⁷⁶ 2Pe 1,4.

²⁷⁷ Col 1,12.

»Contemplemos pues esa imagen adorada; mantengámonos sin cesar bajo su resplandor, y que ella se imprima en nosotros. Luego, vayamos a todas las cosas en la actitud de alma en que iría nuestro Maestro santo. Entonces, realizaremos la gran voluntad por la cual Dios ha resuelto en Sí mismo “restaurar todas las cosas en Cristo.”»²⁷⁸

En lugar de detenerse, como lo haría un teólogo especulativo, sobre la economía providencial de nuestra redención en Cristo, sor Isabel de la Trinidad, abandonando toda exposición puramente teórica, aplica inmediatamente a su alma esa economía, busca en ella un »reglamento de vida.»

«Instaurare omnia in Christo.»²⁷⁹ Es también san Pablo el que me instruye, san Pablo que acaba de sumergirse en el gran consejo de Dios y me dice que Dios ha resuelto en Sí mismo restaurar todas las cosas en Cristo. Para que yo realice personalmente ese plan divino, el Apóstol viene aún en mi ayuda y va a trazarme él mismo un reglamento de vida: «Marchad en Jesucristo arraigados en Él, edificados en Él, robustecidos en la fe,... y creciendo cada vez más en Él por la acción de gracias.»²⁸⁰

Cada uno de los puntos de este programa va a dar lugar a una paráfrasis mística de orden práctico. No le pidáis una exégesis objetiva según las leyes rigurosas del método histórico. Sor Isabel de la Trinidad lee a san Pablo como contemplativa que busca para su alma en la Escritura la «luz de vida.»²⁸¹ En ocasión de ese comentario aparente de las fórmulas paulinas, nos entrega su pensamiento espiritual más íntimo.

Como verdadera Carmelita, insiste ante todo -y fuertemente- sobre el despojo total preliminar a la unión divina.

«Marchar en Jesucristo»: es salir de sí, perderse de vista, dejarse a sí misma, para entrar más profundamente en Él a cada minuto que pasa.

«Tan profundamente como esté una arraigada en Él y que en todo acontecimiento, que en toda cosa se pueda lanzar este hermoso desafío: ¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo?»²⁸² Cuando el alma está

²⁷⁸ Ef 1,10. «El Cielo en la tierra», 9ª contemplación.

²⁷⁹ Ef 1,10.

²⁸⁰ Col 2,6-7. Último retiro, XIII.

²⁸¹ Jn 7,12.

²⁸² Rm 8,35.

fijada en Él a profundidades tales, cuando sus raíces están en El de este modo sumergidas, la savia divina se derrama a torrentes en ella. Todo lo que es vida imperfecta, trivial, natural, es destruido. Entonces, según el lenguaje del Apóstol: “Lo que es mortal es absorbido por la vida.”²⁸³

»El alma así despojada de sí misma y revestida de Jesucristo no tiene ya que temer el contacto de afuera, ni las dificultades de adentro; esas cosas, lejos de serle un obstáculo, no hacen más que “arraigarla” más profundamente en el amor de su Maestro. A través de todo, para con todo y contra todo, se encuentra en estado de adorarlo siempre a causa de Él mismo, pues ella es libre, está liberada de sí misma y de todo. Puede cantar con el Salmista: “Que me asedie un ejército, no temo; que surja un combate, espero a pesar de todo, pues Yaveh me oculta el secreto de su tienda y esta tienda no es otro que Él mismo.»²⁸⁴ He aquí, me parece, lo que entiende san Pablo cuando habla de estar «arraigados, en Jesucristo.

»Y ahora qué es estar “edificada en Él”?

»El poeta canta aún: “Me ha elevado sobre una roca. Entonces mi cabeza se yergue por encima de los enemigos que me rodean.”²⁸⁵ Me parece que tal es la figura del alma “edificada sobre Jesucristo.”²⁸⁶ Él es esa roca en donde ella es elevada por encima de sí misma, de los sentidos, de la naturaleza, por encima de los consuelos y de los dolores, por encima de lo que no es únicamente Él. Y allí, en su plena posesión, ella se domina, se supera a sí misma y supera de este modo todas las cosas.

»Ahora san Pablo me recomienda estar “robustecida en la fe”, en esa fe que no permite nunca que el alma dormite y que la mantiene completamente despierta bajo la mirada del Maestro, completamente recogida bajo su palabra creadora; en esa fe y “en el amor excesivo”,²⁸⁷ que permite a Dios, dice san Pablo, colmar al alma “según su plenitud.”²⁸⁸

²⁸³ 1Co 15,54.

²⁸⁴ Sal 26,3.5.

²⁸⁵ Sal 26,6.

²⁸⁶ Col 2,7.

²⁸⁷ Ef 2,4.

²⁸⁸ Ef 3,19.

»Finalmente quiere que yo crezca en Jesucristo, por medio de la acción de gracias. Todo debe tener en ella su acabamiento. “Padre os doy gracias.”²⁸⁹ He aquí lo que se cantaba en el alma de mi Maestro y Él quiere oír su eco en la mía.»²⁹⁰

2. *La presencia íntima de Jesús*

Mientras que, para la mayor parte de los cristianos, Cristo es un ser histórico desaparecido de la escena del mundo veinte siglos ha, o una entidad abstracta retirada al fondo del cielo en una eternidad inaccesible, para sor Isabel de la Trinidad, como para todos los santos, Jesús es una realidad concreta, cotidiana, mezclada con los menores detalles de su existencia, en definitiva la realidad suprema. Su presencia invisible pero muy cercana los sigue por todas partes. A cada instante sienten allí, junto a sí, a ese Jesús, Hijo de Dios y de María, que les da su gracia, los ilumina, los sostiene, los reprende si es necesario, los salva, les comunica la vida eterna.

Para comprender esta doctrina de la presencia íntima de Jesús en la vida de los santos, hay que recordar que Jesucristo, como Verbo, está presente en todas partes, lo mismo que el Padre y el Espíritu Santo. La Trinidad permanece indivisible. Con el Padre y el Espíritu Santo, el Verbo llena el tiempo y el espacio: no hay un átomo en el universo que no esté penetrado de su presencia divina. Si Él se retirara, toda la creación volvería a caer en la nada.

Como Verbo encarnado está presente en el cielo, resplandeciente de gloria, saciando a los bienaventurados con la belleza de su Faz de Cristo, y, en la Hostia, por su Humanidad velada: «Pero es el mismo que los elegidos contemplan en la visión y con el que participan por la fe las almas de la tierra.»²⁹¹ Él es la vida de todos ellos, comunicando a la muchedumbre de los predestinados la luz de gloria que los beatifica, dándose a la Iglesia militante por la fe y los sacramentos. De Él, día y noche, «se escapa una virtud secreta»²⁹² que los santifica, y su contacto, a cada momento, diviniza el alma de los santos. La Humanidad de Cris-

²⁸⁹ Mt 11,25.

²⁹⁰ Último retiro, XIII.

²⁹¹ Carta a sus tías R., 1903.

²⁹² Lc 6,19.

to «órgano del Verbo» e instrumento universal de todas las gracias que bajan de la Trinidad sobre las almas, trae a todos: gracia, luz, fortaleza, carismas de toda clase que la Iglesia necesita para cumplir su misión en la tierra. En el orden sobrenatural tenemos en Cristo el ser, el movimiento, la vida; y «sin El» no podemos nada. «Sine Me, nihil.»²⁹³

La teología católica ha subrayado fuertemente este punto de vista en una doctrina de importancia mayor en la economía de nuestra vida espiritual: la gracia capital de Cristo. La vida trinitaria de nuestro bautismo se desarrolla en nosotros tan sólo «en Cristo Jesús»: «In Christo Jesu.»²⁹⁴

En esta doctrina se apoyaban los movimientos de alma de sor Isabel de la Trinidad. Le gustaba refugiarse en todo momento bajo la gracia de ese Cristo que vivía en ella, en lo más íntimo de su alma. «Siento que me comunica la vida eterna.»²⁹⁵ Había tomado la costumbre de ir «en Él» a todas las cosas, suplicándole la revistiera de su pureza divina, la virginizara, elevara su alma por encima de las agitaciones de la tierra, la mantuviera serena y apacible como si hubiese ya habitado en la eternidad.

«Permanezcamos recogidas cerca de Aquel que Es, cerca del Inmutable cuya caridad está siempre sobre nosotros. Somos la que no es. Vayamos a Aquel que quiere que seamos toda suya y que nos envuelva tan bien que no vivamos más, sino que Él viva en nosotros.»²⁹⁶ «¡Es tan suave y tan dulce la divina presencia del Maestro; da tanta fuerza al alma! Creer que Dios nos ama hasta el extremo de habitar en nosotros, de hacerse el compañero de nuestro destierro, el confidente, el Amigo de todos los instantes; es la intimidad del hijo con su madre, de la esposa con el esposo. He aquí la vida de la Carmelita: la unión, es su brillante sol, ella ve desplegarse horizontes infinitos.»²⁹⁷

Esta unión íntima con Cristo presente en el fondo de su alma había llegado a ser el punto de convergencia de su fe, de su caridad, de su vida

²⁹³ Jn 15,5.

²⁹⁴ Ef 1,3 (y a menudo en San Pablo).

²⁹⁵ A su Priora.

²⁹⁶ Carta a M. G., 1901.

²⁹⁷ Carta a G. de G., 1903.

de oración y de adoración. «Permaneced en mí.»²⁹⁸ Es el Verbo de Dios el que da esta orden, el que expresa esta voluntad. «Permaneced en mí», no por unos instantes, no por unas horas que deben pasar, sino permaneced de modo permanente, habitual. «Permaneced en mí», orad en mí, adorad en mí, amad en mí, sufrid en mí, trabajad, obrad en mí. «Permaneced en mí» para presentaros a toda persona y a toda cosa.»²⁹⁹

Una de sus actitudes preferidas consistía en recogerse frente a esta «excesiva caridad»³⁰⁰ de Cristo y a dejarse invadir por Él. «San Pablo dice que “no somos ya huéspedes ni extranjeros, sino que somos de la ciudad de los santos y de la casa de Dios.”³⁰¹ Allí, en ese mundo sobrenatural divino, es donde habitamos ya por la fe. Su caridad, su “excesiva caridad” para emplear todavía el lenguaje del gran Apóstol, he ahí mi visión en la tierra. ¿Comprenderemos alguna vez cuán amados somos? Me parece que tal es la ciencia de los santos. San Pablo en sus magníficas epístolas no predica otra cosa que ese misterio de la caridad de Cristo: “Que el Padre de Nuestro Señor Jesucristo os conceda, según las riquezas de su gloria, que seáis fortificado en el hombre interior por su Espíritu. Que Jesucristo habite en vuestro corazón por la fe, que estéis arraigado y fundado en la caridad, de manera que podáis comprender con todos los santos, cuál es la latitud, la longitud, la altura, la profundidad, y conocer la caridad de Jesucristo que supera toda ciencia, a fin de que seáis llenado según toda la plenitud de Dios. Puesto que Nuestro Señor permanece en nuestras almas su oración es nuestra, y yo quisiera participar de ella sin cesar, permaneciendo como un vasito en la fuente, en la fuente de vida, a fin de poder luego comunicarlo a las almas dejando desbordar sus torrentes de caridad infinita.”³⁰²

Los textos de sor Isabel de la Trinidad sobre esta presencia de Jesús en nosotros tienen una fuerza de expresión tal que si se los tomara demasiado literalmente habría que sacar como conclusión que hay una verdadera Habitación de Jesús en nosotros. Ella misma pone a su madre en guardia contra tal exageración: «No posees la santa Humanidad como

²⁹⁸ Jn 15,4.

²⁹⁹ «El Cielo en la tierra», 2ª contemplación.

³⁰⁰ Ef 2,4.

³⁰¹ Ef 2,19.

³⁰² Carta al Padre Ch., 25 de diciembre de 1904.

cuando comulgas; pero la Divinidad, esa esencia que los bienaventurados adoran en el cielo, está en tu alma.»³⁰³

Hecha esta aclaración, se abandona libremente a los transportes de su alma que la conducen siempre al fondo de sí misma para allí vivir en la intimidad del Maestro y hacerse salvar por Él. «Está en nosotros para santificarnos. Pidámosle pues que sea Él mismo nuestra santidad. Cuando Nuestro Señor estaba en la tierra, dice el Evangelio, “salía de Él una virtud secreta.”³⁰⁴ A su contacto los enfermos recobraban la salud, los muertos eran vueltos a la vida. Está siempre vivo: vivo en su adorable sacramento, vivo en nuestras almas. Él mismo es quien lo ha dicho: “Si alguien me ama, guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él, haremos en él nuestra morada.”³⁰⁵ Puesto que Él está allí, hagámonle compañía como el amigo a aquél a quien ama. Esta unión divina y completamente íntima es como la esencia de la vida del Carmelo.»³⁰⁶

«El alma posee en el centro de sí misma un Salvador que a cada minuto viene a purificarla.»³⁰⁷ «El divino Adorador está en nosotros: Por consiguiente tenemos su oración. Ofrezcámosla. Participemos de ella, oremos con su alma.»³⁰⁸

3. Devoción al alma de Cristo

Lo que hay verdaderamente de característico en sor Isabel es su devoción tan personal al alma de Cristo.

Otros se sienten inclinados a honrar a Cristo en tal o cual de sus misterios, a venerar tal o cual parte de su cuerpo sagrado. La devoción interior de sor Isabel va directamente al alma de Cristo, obra maestra de la Trinidad.

A causa de su unión personal con el Verbo de Dios, Cristo es adorable todo entero: en Sí mismo y en cada uno de sus misterios. El alma de Jesús es lo que hay de más noble en el Verbo Encarnado, después de su

³⁰³ Carta a su madre, junio de 1906.

³⁰⁴ Lc 6,19.

³⁰⁵ Jn 14,23.

³⁰⁶ Carta a la Sra. A., 24 de noviembre de 1904.

³⁰⁷ Carta a la Sra. A., 24 de noviembre de 1905.

³⁰⁸ Carta a G. de G., fines de septiembre de 1903.

unión hipostática. Todo el movimiento de los espíritus y de los santos no vale el más pequeño acto de virtud del alma de Cristo, revestida de una plenitud de gracia en cierto modo infinita, que la hace digna de la Persona Increada del Verbo Encarnado. En ella la Trinidad Santísima encuentra infinitas complacencias. Hay en el alma de Cristo abismos de luz, de amor, de belleza divina cuya contemplación intuitiva será, después de la visión de Dios, la más grande alegría de la eternidad. A causa de eso ¿no decía Jesús a su Padre, en presencia de sus discípulos: «Verte cara a cara, a Tí y a tu Cristo: he ahí la vida de eternidad?»³⁰⁹

4. *Identificarse con todos los movimientos del alma de Cristo*

Sor Isabel de la Trinidad supo comprender hasta qué punto Cristo es nuestro: «Siento que todos los tesoros del alma de Cristo son míos.»³¹⁰ Ella misma ha escrito que «el alma de Cristo fue su libro preferido de Carmelita.»³¹¹

En el primer atardecer que pasó en el Carmelo, la Madre Germana la encontró silenciosa y recogida junto al gran Cristo que dominaba el jardín:

—¿Qué hacéis aquí, hija mía?, interrogó la Madre.

Y sor Isabel respondió: —«Me he pasado al alma de mi Cristo.»³¹²

Y tomó como divisa de su vida religiosa: «identificarse con todos los movimientos del alma de Cristo.»

A medida que se desarrolla su vida espiritual, esta identificación con los sentimientos más íntimos del alma de su Maestro llega a ser una pasmosa realidad. Todo el esfuerzo de su vida interior consiste en «entrar en el movimiento de su alma divina.»³¹³ y en dejarse transportar con Cristo al seno del Padre.

En su oración, a la que hay que volver siempre para sorprender el ritmo más secreto de su vida espiritual, los rasgos más esenciales de esta devoción al alma de Cristo se manifiestan con evidencia y resumen bien

³⁰⁹ Jn 17,3.

³¹⁰ Carta al canónigo A., 11 de septiembre de 1901.

³¹¹ Cuestionario llenado ocho días después de su entrada al Carmelo.

³¹² Sé este detalle directamente por la madre Germana de Jesús.

³¹³ Carta a la Sra. de A., 29 de septiembre de 1902.

toda su doctrina sobre este punto: «¡Oh amado Cristo mío, crucificado por amor... Os pido me revistáis de Vos mismo, identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma, me sumerjáis, me invadáis, Os sustituyáis a mí, para que mi vida no sea más que una irradiación de vuestra vida.»

5. *Expresar a Cristo a los ojos del Padre*

Uno de los efectos más excelentes de esta devoción fue el de identificar a sor Isabel de la Trinidad con los sentimientos más íntimos de Jesús para con su Padre.

Los teólogos lo saben: Un doble movimiento espiritual transportaba día y noche el Alma de Cristo: la redención del mundo y la gloria del Padre. En definitiva, no se ha encarnado más que para eso: salvar a los hombres y después de haberlos purificado de sus pecados en su sangre, hacerlos adoradores de la Trinidad.

Este afán primordial de la gloria del Padre resplandece con evidencia en los menores hechos y gestos de la vida de Jesús. Su primer pensamiento, al entrar en este mundo, es para su Padre: «No has querido holocaustos ni sacrificios de los hombres: heme aquí para inmolarme por tu gloria.»³¹⁴ Del misterio de la infancia y de la vida oculta de Jesús nos ha quedado un solo rasgo: su hallazgo en el Templo y su respuesta a su Madre: «¿No sabíais que es necesario que esté en las cosas de mi Padre?»³¹⁵ Esta única palabra de Él, envuelta en treinta años de silencio, ilumina a manera de un relámpago todo el misterio de Jesús. Como María, debemos saber que el Hijo ha venido ante todo para la gloria de su Padre. Las declaraciones de su vida pública no dejan ninguna incertidumbre sobre este punto. «Igual» a su Padre como Dios («Mi Padre y yo, somos Uno»),³¹⁶ en su humanidad le manifiesta sumisión y reverencia en todos sus actos: «Hago siempre lo que Le agrada.»³¹⁷ Analícese de cerca, a título de ejemplo, la escena de la Samaritana, y se verá que el punto culminante de ese episodio que ha cambiado la historia religiosa de la humanidad, aparece en ese deseo más secreto del corazón de Jesús:

³¹⁴ Sal 39,7.

³¹⁵ Lc 2,49.

³¹⁶ Jn 10,30.

³¹⁷ Jn 7,29.

encontrar «adoradores en espíritu y en verdad para el Padre que los busca», «Pater quaerit.»³¹⁸

Habría que citar todo el Evangelio de san Juan, y sobre todo la oración sacerdotal, suprema confidencia del corazón de Cristo, en donde la Iglesia encontrará un alimento para su vida contemplativa hasta el fin de los siglos. Después de una mirada sobre su vida, el Maestro la resume en dos palabras: «Glorificavi Te», «Padre, no te he dado otra cosa que gloria.»³¹⁹ Jesús al morir dirige a su Padre sus últimas palabras de Crucificado.³²⁰ Apenas resucitado, vuelve a hablar otra vez «de su Padre que es nuestro Padre, de su Dios que es nuestro Dios.»³²¹ San Pablo nos lo descubre en su vida de eternidad «siempre ante la Faz del Padre, intercediendo en nuestro favor»,³²² hasta tanto que en un gesto supremo, al fin de los tiempos, «Jesús entregue su reino a su Padre. Entonces será el fin.»³²³

Sor Isabel de la Trinidad, en grado raro, tuvo conciencia de este lugar primordial de la gloria del Padre en los sentimientos más íntimos del alma de Jesús, de Aquel que fue «la más perfecta alabanza de gloria del Padre» y de la Trinidad. Los textos que ella nos ha dejado son poco numerosos pero explícitos y quedan sujetos a la línea de su pensamiento más evolucionado. «En ese hermoso discurso después de la Cena, que es como un último canto de amor del alma del Divino Maestro, dice a su Padre esta bella palabra: “Te he glorificado en la tierra, he consumado la obra que me has dado para hacer.”³²⁴ Nosotras que somos de Él, a título de esposas, y que por consiguiente debemos identificarnos totalmente con Él, me parece que en la noche de cada uno de nuestros días deberíamos repetir esas palabras. Me diréis quizá: ¿cómo glorificarlo? Es

³¹⁸ Jn 4,23.

³¹⁹ Jn 17,4.

³²⁰ Lc 23,46.

³²¹ Jn 20,17.

³²² Hb 7,25.

³²³ 1Co 15,24.

³²⁴ Jn 17,4

muy sencillo. Nuestro Señor nos da el secreto cuando nos dice: “Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado.”³²⁵

Así, mientras en su vida interior sor Isabel de la Trinidad se esforzaba por «identificarse con todos los movimientos del alma de Cristo», se operaba una misteriosa transformación. El «mihi vivere Christus est»³²⁶ de san Pablo realizándose en ella le dictaba una fórmula que traduce bien el carácter propio de su devoción al Hijo de Dios: «expresar a Cristo a los ojos del Padre», lo que es el más alto ideal del cristiano.

«“Me parece que todo es pérdida desde que sé lo que tiene de trascendental el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por su amor lo he perdido todo, considerando todas las cosas como estiércol a fin de ganar a Cristo y ser encontrada en Él, no con mi propia justicia, sino con la justicia que viene de Dios por la fe. Lo que quiero es conocerlo a Él, la participación en sus sufrimientos y la conformidad con su muerte. Proximo mi carrera, procurando llegar allí adonde Cristo me ha destinado al tomarme. Todo mi afán es olvidar lo que está detrás, tender constantemente hacia lo que está delante. Corro directamente al fin, al precio de la vocación celestial a la que Dios me ha llamado en Cristo Jesús.»³²⁷

»El Apóstol ha revelado con frecuencia la grandeza de esta vocación: “Dios, dice, nos ha elegido en Él antes de la creación para que seamos inmaculados y santos en su presencia en el amor.”³²⁸ “Hemos sido predestinados por un decreto de Aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad, a fin de que seamos la alabanza de su gloria.”³²⁹ Pero ¿cómo responder a la dignidad de esta vocación? He aquí el secreto: “Mihi vivere Christus est... Vivo enim, jam non ego, vivit vera in me Christus.”³³⁰ Hay que estar transformado en Jesucristo, es también san Pablo quien me lo enseña: “A los que Dios ha conocido en su presciencia, los ha predestinado para ser conformes a la imagen de su Hijo.”³³¹

³²⁵ Carta a la Sra. A., 1906.

³²⁶ Flp 1,21.

³²⁷ Flp 3,8-14.

³²⁸ Ef 1,4.

³²⁹ Ef 1,11-12.

³³⁰ Ga 2,20.

³³¹ Rm 8,29.

»Es importante pues, que yo estudie ese divino modelo a fin de identificarme tan bien con Él que pueda sin cesar expresarlo a los ojos del Padre.

»Y ante todo ¿qué dice al entrar en este mundo? “Heme aquí, vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad.”³³² Me parece que esta oración debería ser como el latido del corazón de la esposa: “Henos aquí, oh Padre, para hacer vuestra voluntad.” ¡El Maestro fue tan verdadero en esta primera oblación! Su vida no fue, por decirlo así, sino la consecuencia. “Mi alimento, se complacía en decir, es hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado.”³³³ Debe ser también el de la esposa al mismo tiempo que la espada que la inmola: “Si es posible, aléjese de mí este cáliz; sin embargo no como yo quiero, Padre, sino como Tú”,³³⁴ y entonces va ella en la paz, alegre, a toda inmolación, con su Maestro, alegrándose de haber sido conocida por el Padre, puesto que la crucifica con su Hijo. “He tomado vuestros mandamientos para que sean por siempre mi herencia, porque son las delicias de mi corazón.”³³⁵ He aquí lo que se cantaba en el alma del Maestro y lo que debe tener un eco vibrante en la de la esposa. Por su fidelidad de todos los instantes a esos mandamientos interiores y exteriores dará testimonio a la verdad y podrá decir: “Aquel que me ha enviado no me ha dejado sola. Está siempre conmigo porque hago siempre lo que le agrada.”³³⁶ Y, no dejándolo nunca, tomando fuertemente contacto con Él, podrá irradiar esa virtud secreta que salva y libra a las almas. Despojada, liberada de sí misma y de todo, podrá seguir al Maestro a la montaña, para allí hacer con Él en su alma, una oración de Dios.

»Luego, siempre por medio del divino Adorador, Aquel que fue la gran alabanza de gloria del Padre, ofrecerá sin cesar una hostia de alabanza, es decir, el fruto de los labios que dan gloria a su nombre. Como canta el salmista “lo alabaré en la expansión de su poder, según la inmensidad de su grandezas.”³³⁷ Cuando llegue la hora de la humillación,

³³² Hb 10,7.

³³³ Jn 4,34.

³³⁴ Mt 26,39.

³³⁵ Sal 118,111.

³³⁶ Jn 8,29.

³³⁷ Sal 150,1-2.

del anonadamiento, se acordará de esta breve palabra: “Jesus autem tacebat”,³³⁸ y se callará, guardando toda su fortaleza para el Señor, esa fortaleza que se saca del silencio. Cuando llegue el abandono, el desamparo, la angustia, que hicieron arrojar a Cristo este gran grito: “¿Por qué me has abandonado?”³³⁹ se acordará de esta oración: “Que tengan en ellos la plenitud de mi gozo.”³⁴⁰ Y, bebiendo hasta la hez el cáliz preparado por el Padre, sabrá encontrar en su amargura una suavidad divina. Finalmente, después de haber dicho a menudo: “Tengo sed”,³⁴¹ sed de poseeros en la gloria, cantará: “Todo está consumado...”³⁴² En vuestras manos encomiendo mi alma...”³⁴³ Y el Padre vendrá a tomarla para trasladarla a su heredad en donde, “en la luz, verá su luz.”³⁴⁴ “Sabed, cantaba David, que Dios ha glorificado maravillosamente a su santos.”³⁴⁵ Sí, el santo de Dios habrá sido glorificado en esta alma porque en ella lo habrá destruido todo para revestirla de Sí mismo y porque ella habrá vivido prácticamente la palabra del Precursor: “Es necesario que Él crezca y que yo disminuya.”³⁴⁶

»Pongo la alegría de mi alma -esto en cuanto a la voluntad, no en la sensibilidad- en todo lo que puede inmolarme, destruirme, rebajarme, pues quiero hacer un lugar a mi Maestro: “No soy yo quien vive, es Él que vive en mí.”³⁴⁷ No quiero ya vivir de mi propia vida, sino ser transformada en Jesucristo, a fin de que mi vida sea más divina que humana y que el Padre al inclinarse hacia mí pueda reconocer la imagen del Hijo amado, en quien ha puesto todas sus complacencias.”³⁴⁸

³³⁸ Mt 26,63.

³³⁹ Mt 27,46.

³⁴⁰ Jn 17,13.

³⁴¹ Jn 19,28.

³⁴² Jn 19,30.

³⁴³ Lc 23,46.

³⁴⁴ Sal 35,10.

³⁴⁵ Sal 4,4.

³⁴⁶ Jn 3,20. Último retiro, XIV.

³⁴⁷ Ga 2,20.

³⁴⁸ «El Cielo en la tierra», 5ª contemplación.

»Seamos “Él” y vayamos al Padre en el movimiento de su alma divina.»³⁴⁹

6. *Ser para Él una humanidad suplementaria*

Un segundo movimiento animaba día y noche el Alma de Cristo: el deseo de nuestra redención.

Mientras caminaba pensativo y solitario por los caminos de Palestina o lo oprimían por todas partes las muchedumbres de Jerusalén, siempre en soledad con su Padre, trataba Jesús el negocio de nuestra salvación. Ni un solo segundo ha separado de nosotros su mirada de Cristo que todo lo veía: el cielo, el infierno, los destinos de su Iglesia, de cada una de nuestras almas hasta el menor detalle. Su visión del mundo igualaba, no en intensidad de luz sino en extensión, a la de la Trinidad. Del pasado, del presente, del porvenir, nada le estuvo oculto. Esta ciencia de Jesús redundaba en nuestra salvación. Igual a su Padre por su naturaleza divina, el Cristo-Hombre era nuestro por entero. «Uno» con su Padre, «uno» con sus hermanos: he ahí todo el misterio de Jesús. Cristo se perfecciona en nosotros.

El pensamiento cristiano se ha detenido con amor sobre el análisis de ese aspecto «de Cristo en nosotros» de que habla san Pablo, el Doctor por excelencia del Cuerpo místico de Cristo.

Una doble corriente se manifiesta en dicho análisis.

La especulación de los Padres griegos se ha complacido en la contemplación de esa misteriosa unidad que une a los cristianos entre sí con Cristo y encuentra su ejemplar supremo en la unidad de la Trinidad.

El pensamiento occidental ha dirigido sus consideraciones menos hacia la Trinidad que hacia los miembros dolientes del Salvador. San Agustín, eco de san Pablo, nos ha dejado una exposición de ello en pasajes que han quedado como clásicos e inigualados.

Con esa última corriente de pensamiento se relaciona la fórmula ya célebre en que sor Isabel de la Trinidad ha traducido su concepción tan personal de su papel en el cuerpo místico: «Ser para Cristo una humanidad suplementaria, en la que pueda Él renovar todo su misterio.»

³⁴⁹ Carta, 29 de septiembre de 1902.

Dos días después de la composición de la oración de donde está extraída esta fórmula, ella misma hacía más explícito su pensamiento: «Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.»³⁵⁰ «Tal es mi sueño de Carmelita; es también, creo, el sueño de vuestra alma sacerdotal, es sobre todo el de Cristo y Le pido que lo realice plenamente en nuestras almas. Seamos para Él, en cierta manera, una humanidad suplementaria en la que pueda Él renovar todo su misterio. Le he pedido que se estableciera en mí como Adorador, como Reparador y como Salvador. No puedo decir que qué paz da a mi alma el pensar que Él suple a mis impotencias y que si caigo a cada instante que pasa, está allí para levantarme .y sumergirme más en Él, en el fondo de esa Esencia divina en la que habitamos ya por la gracia y en la que quisiera sepultarme a tales profundidades que nada pueda hacerme salir de ella.»³⁵¹

¡Cuán lejos estamos, con esta doctrina del Cuerpo místico de la que ella vive, de esos puntos de vista mezquinos en que se arrastran a veces las almas religiosas en su pequeña vida de comunidad! Los grandes horizontes de la vida de la Iglesia llegan a ser familiares: «¡Cómo siente uno la necesidad de santificarse, de olvidarse para entregarse completamente a los intereses de la Iglesia! ¡Pobre Francia! Me gusta cubrirla con la sangre “del justo”, de Aquel que está siempre vivo a fin de interceder y pedir misericordia. Cuán sublime es la misión de la Carmelita: debe ser medianera con Jesucristo, ser para Él como una humanidad suplementaria en la que Él pueda perpetuar su vida de reparación, de sacrificio, de alabanza y de adoración.»³⁵²

¡Quién no admiraría la fecundidad apostólica de un alma que sabe elevarse así hasta la visión habitual del Cristo total! «El que vive en la caridad, enseña santo Tomás, entra en comunicación con todo el bien que se hace en el mundo.»³⁵³ Las verdaderas contemplativas comprenden esas cosas. Santa Teresa del Niño Jesús soñaba con trabajar por el bien espiritual de la Iglesia hasta el fin del mundo, y sor Isabel de la Trinidad ambicionaba «decir a todas las almas» el secreto de felicidad y

³⁵⁰ Ga 2,20.

³⁵¹ Carta al Padre Ch., 23 de noviembre de 1904.

³⁵² Carta al canónigo A., enero de 1906.

³⁵³ *In Symbolum Aponolorum*: «Sanctorum Communionem...»

de santidad oculto en el fondo de ellas mismas por el misterio de la habitación divina.

La verdadera Carmelita, después de haberse consumido heroicamente todo el día salvando almas por medio de la oración y la inmólación silenciosa, llegada la noche, en el momento del descanso necesario, antes de dormirse, se refugia bajo la omnipotente intercesión universal de la Virgen Corredentora, suplicándole que continúe en su lugar durante el sueño su obra de mediación en favor de los pobres pecadores, y que prosiga eficazmente la destrucción del mal en el mundo.

Así obraba sor Isabel de la Trinidad, olvidando su propio dolor y superándose a sí misma, en el solo deseo de «gastarse» por amor de Cristo, de «destilar su sangre gota a gota» «para su cuerpo que es la Iglesia»³⁵⁴ Ella llamaba eso: «Ser para Cristo una humanidad suplementaria.»

7. La conformidad con su muerte

Ser otro Cristo, pero en la cruz: tal fue el sueño supremo de sor Isabel de la Trinidad. «Durante largo tiempo su oración su ocupó del Crucificado, escribía el Padre Vallée que la conocía bien. Más tarde, después de las grandes gracias de la Habitación de la Trinidad, volvió al Crucificado no ya solamente como contemplativa sino como imitadora de su muerte. “Configuratus morti ejus”,³⁵⁵ he aquí aun lo que me persigue, lo que da fuerza a mi alma en el sufrimiento. Si supierais qué obra de destrucción siento en todo mi ser: es el camino del Calvario que se ha abierto y estoy contentísima de marchar por él como una esposa al lado del divino Crucificado.»³⁵⁶

A su madre, cuyo corazón estaba ya lacerado con el pensamiento de perderla, dirige unas palabras de consuelo recordándole el sentido de su sufrimiento redentor: "Es Dios quien se complace en inmolar su pequeña hostia, pero esta Misa que Él celebra conmigo, cuyo sacerdote es su Amor, puede durar todavía mucho tiempo. La pequeña víctima no encuentra largo el tiempo en la mano de Aquel que la sacrifica. Ella puede decir que si pasa por el sendero del sufrimiento, permanece mucho más

³⁵⁴ Col 1,24.

³⁵⁵ Flp 3,10.

³⁵⁶ Carta al canónigo A., julio de 1906.

aún en el camino de la felicidad, de la verdad, de aquel que nadie podría arrebatarse.

»“Me alegro, decía san Pablo, de realizar en mi carne lo que falta a la Pasión de Jesucristo para su cuerpo que es la Iglesia.”³⁵⁷ ¡Cómo debería estremecerse divinamente tu corazón de madre al pensar que el Maestro se ha dignado elegir a su hija, el fruto de tus entrañas, para asociarla a su gran obra de redención y para que Él sufra en ella como una extensión de su Pasión! La esposa es del esposo. El mío me ha tomado; quiere que yo sea para Él una humanidad suplementaria en la que Él puede sufrir todavía por la gloria de su Padre, para subvenir a las necesidades de su Iglesia.»³⁵⁸

«¡Cuán feliz sería yo si mi Maestro quisiera también que derrame mi sangre por Él! Pero lo que le pido sobre todo, es ese martirio del amor que consumió a mi santa Madre Teresa a quien la Iglesia proclama “víctima de caridad” y, puesto que la Verdad ha dicho que la más grande prueba de amor era la de dar la vida por el amado, yo Le doy la mía para que haga con ella lo que le agrade; si no soy mártir de sangre, quiero serlo del Amor.»³⁵⁹

«Alégrate al pensar que desde la eternidad, hemos sido conocidas por el Padre, como dice san Pablo, y que Él quiere encontrar en nosotros la imagen de su Hijo crucificado. ¡Si supieras cuán necesario es el sufrimiento para realizar la obra de Dios en el alma! Dios tiene un deseo inmenso de enriquecernos con sus gracias, pero somos nosotros quienes le damos la medida en la proporción en que sabemos dejarnos inmolar por Él, inmolar en la alegría, en la acción de gracias, como el Maestro, diciendo con Él: “El cáliz que mi Padre me ha preparado ¿no he de beberlo?”³⁶⁰ El Maestro llamaba a la hora de su Pasión “su hora”, aquella para la cual había venido, aquella que Él llamaba con todos sus deseos. Cuando se presenta a nosotros un gran sufrimiento o un sacrificio muy pequeño, pensemos bien pronto que es “nuestra hora”, la hora en que

³⁵⁷ Col 1,24.

³⁵⁸ Carta a su madre, 10 de septiembre de 1906.

³⁵⁹ Carta a su madre, julio de 1906.

³⁶⁰ Jn 18,11.

vamos a probar nuestro amor a Aquel que nos ha “amado demasiado”, dice san Pablo.»³⁶¹

Como todos los santos, sor Isabel de la Trinidad conocía el precio del sufrimiento y sabía que la unión divina no se consuma sino en la cruz. Repetidas veces exalta ese sufrimiento bendito, todas esas mortificaciones de la vida que imprimen en su alma y en su cuerpo la efigie del Crucificado. «¡Es algo tan grande, tan divino el sufrimiento! Me parece que en el cielo si los bienaventurados pudieran envidiar algo, sería ese tesoro. ¡Es una palanca tan poderosa para el corazón de Dios! Y luego ¿no os parece que es dulce dar a Aquel a quien uno ama? La cruz es la herencia del Carmelo: “o sufrir o morir”, exclamaba santa Teresa; y cuando Nuestro Señor se apareció a nuestro Padre san Juan de la Cruz, preguntándole qué deseaba en recompensa de todas las penas que había sufrido por Él, le contestó: “Señor, sufrir, ser despreciado por vuestro amor.”»³⁶²

No que el dolor la dejara insensible, sino que sabía sacar del recuerdo de su Maestro Crucificado la fuerza de sufrir. Ella misma nos ha revelado su secreto: «Voy a deciros cómo hago cuando hay una pequeña fatiga: miro al Crucificado. Cuando veo cómo se entregó por mí, me parece que yo no puedo hacer menos por Él que consumirme, que «gastarme» para devolverle un poco de lo que me ha dado. Por la mañana, en la Santa Misa, participemos de su espíritu de sacrificio; somos sus esposas, debemos pues serle semejantes. Si somos fieles en vivir de su vida, si nos identificamos con todos los movimientos del Alma del Crucificado, con toda sencillez, no tendremos ya que temer nuestras flaquezas pues Él será nuestra fortaleza; ¿y quién puede arrancarnos de Él?»³⁶³

Los ocho últimos meses de su vida fueron un verdadero martirio. Se sumergía con delicia en el sufrimiento, fechando sus cartas y esquelas «desde el palacio de la bienaventuranza y del dolor». «Saboreo, experimento alegrías desconocidas: la alegría del dolor. Antes de morir, sueño con ser transformada en Jesús crucificado.»³⁶⁴

³⁶¹ Carta a su madre, septiembre de 1906.

³⁶² Carta a la Sra. A., agosto de 1904.

³⁶³ Carta a la Sra. A., febrero de 1903.

³⁶⁴ Carta a G. de G., fines de octubre de 1906.

Así, su último canto es un himno al sufrimiento: una verdadera «alabanza de gloria» es un alma crucificada.

6. Janua Coeli

«En Ella, todo sucede adentro.»

No era posible que sor Isabel de la Trinidad no reservara a la Madre de Dios un gran lugar en su vida.

La devoción a la Madre de Cristo es una condición esencial de salvación. Todos los santos han amado a María con pasión. Cada uno en la línea propia de su gracia personal. De acuerdo con su misión, san Pablo ha señalado el lugar de Ella en la economía de la redención en función del misterio de Cristo «nacido de una mujer»³⁶⁵ para ser el Salvador de su raza caída en Adán. San Juan ha guardado el recuerdo de la hora suprema en que Jesús en la cruz le dejó a María por Madre, así como a todos los predestinados, y nos ha revelado en su Apocalipsis cómo, después de su muerte y de su ascensión gloriosa, lejos de desinteresarse de nosotros, la Virgen utiliza su presencia ante la Faz del Eterno para velar mejor por nosotros, siempre inclinada sobre la universalidad de sus hijos, más Madre que nunca. San Agustín nos la muestra llegando a ser por su caridad, en el momento de la Encarnación, Madre del Cristo total. Los Padres Griegos han exaltado con poesía y magnificencia a la «santísima», el tabernáculo vivo del Verbo Encarnado, el templo purísimo de la Trinidad. Desde hace veinte siglos, la Iglesia de Oriente y de Occidente con san Efrén, san Cirilo, san Anselmo, san Buenaventura, santo Tomás -habría que citar a todos los doctores y a todos los santos-, no cesa de proclamar el papel único y universal de María en la obra de nuestra salvación. Madre de Dios y de los hombres, María llena con su beneficencia maternal el plan divino. No se produce un solo movimiento en el universo de la redención sin que, después de Jesús y con Él, tenga María en él su parte. «Tal es la voluntad inmutable de Aquel que ha querido que todo lo tengamos por María.»³⁶⁶

En su gracia mariana cada santo guarda su fisonomía propia.

³⁶⁵ Ga 4,4.

³⁶⁶ S. Bernardo. Sermo de Nativitate B.M.V.

Frente a las grandezas de la Virgen Madre, el alma ardiente de un san Bernardo, el citarista de María canta siempre. *De María nunquam satis*. Santo Tomás detiene su mirada de teólogo sobre la maternidad divina, piedra angular de todas las grandezas de María. Contempla a la Madre del Verbo llegando por esta maternidad hasta los confines de la Divinidad: compartiendo con el Padre Eterno un mismo Hijo.

No habría que reducir la devoción mariana de sor Isabel de la Trinidad a una forma demasiado determinada de esclavitud, tal como la concebía por ejemplo el beato Grignon de Montfort. ¿Ha leído ella siquiera esa obra maestra de nuestra literatura mariana que es el «Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen»? Va hacia la Virgen con toda su alma de contemplativa y encuentra en Ella la realización perfecta de su ideal interior. Es atraída sobre todo por la Virgen de la Encarnación, adoradora del Verbo oculto en su seno o pasando serena y majestuosa por las montañas de Judea, recogida adentro con el Verbo que habita en ella, sin que nada de afuera pueda ir a distraerla de su visión interior. La Virgen preferida por sor Isabel de la Trinidad, es la Virgen del silencio y del recogimiento.

No siempre fue así. Durante mucho tiempo su piedad hacia María se asemejó a la de muchas jóvenes cuya fisonomía espiritual no tiene todavía rasgos perfectamente caracterizados. Iba hacia la Virgen como hacia la guardiana de su pureza, y en cada una de sus fiestas renovaba su voto de virginidad. Recurría a María en todas sus necesidades, un tanto a manera del niño que, instintivamente, se confía a la protección de su madre, y, en los momentos difíciles, la imploraba con fervor por su porvenir o su vocación. Durante tres días la Virgen de Lourdes la vio a sus pies, suplicándole que velara por ella, ofreciéndose entre sus manos cómo víctima por los pecadores. Isabel Caten no hubiera salido de su casa para ir a una fiesta mundana sin ir a pedir a la Virgen su bendición. María escucha siempre las plegarias de los corazones puros. Su gracia de Virgen es virginizar a las almas, guardarlas como Ella santas e inmaculadas en el amor, bajo la mirada de Dios. Sor Isabel de la Trinidad debió a su protección especial el pasar por la tierra pura como un lirio.

Su «Diario», cuando vivía en el siglo, está lleno del pensamiento de María. En toda ocasión, feliz o infortunada, recurre a la Virgen, solicitando su intervención en detalles que nos harían casi sonreír. Los santos ven mejor las cosas que nosotros. Un día, temiendo ser aplaudida y envanecerse, pide a la Santísima Virgen que no le permita asistir a una

reunión infantil: la víspera por la noche es atacada por un dolor de oído tan violento que al día siguiente no puede ir al concierto. A los catorce años acompañada por una amiguita, Isabel va en peregrinación al santuario, en Borgoña, de Nuestra Señora del Estanque para obtener el favor de morir joven: deja este mundo a los veintiséis años. Sin contar oraciones y novenas, cada vez que hay que obtener una nueva gracia. En su vida en el siglo, la Virgen está mezclada en todo. Citemos al azar su «Diario»:

«2 de febrero de 1899. - Purificación. - En cada fiesta de María renuevo mi consagración a esta buena Madre. Hoy pues, me he confiado a Ella, y de nuevo me he arrojado en sus brazos con la más entera confianza. Le he recomendado mi porvenir, mi vocación.»

«12 de marzo de 1899. Buen Maestro, si no me dais esta alma moriré de dolor. Os ruego me la deis al precio de cualquier tormento. María, Virgen de Lourdes, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, venid en mi ayuda; sin un milagro vuestro, todo está perdido. Cuento con ese milagro.»

«24 de marzo de 1899. Oh María, a quien ruego cada día para obtener la humildad, ven en mi ayuda, doma mi orgullo, envíame muchas humillaciones, buena Madre.»

«2 de abril de 1899. Todo está acabado. ¡Qué pronto ha pasado esta misión! Antes de salir de la iglesia he confiado mi pobre pecador a la Virgen del Perpetuo Socorro; había prometido invocarla cada día por esta pobre alma. Luego me he consagrado de nuevo a María. Me he abandonado a Ella con plena confianza. ¡Me ha escuchado tan bien a propósito de mi vocación! Nunca le expresaré bastante mi amor y mi reconocimiento. ¡Soy tan feliz! Mi corazón desborda de alegría; de antemano gozo de mi felicidad. Oh Madre del Perpetuo Socorro, cada día te invocaré con doble intención: para que sigas sosteniendo a mi querida Mamá que ahora me comprende tan bien, y luego para sostenerme a mí también en este camino de la Cruz en el que entro con tanta felicidad en pos de mi Jesús. Madre, obténme la gracia de perseverar en él, de llegar a ser completamente perfecta. Guarda mi corazón puro.»

1. La Virgen del Carmelo

Su piedad de Carmelita para con la Santísima Virgen llegó a ser rápidamente vida de intimidad profunda. En virtud de un proceso psi-

cológico normal, pero que importa señalar, se encuentran en la devoción mariana de los santos los rasgos generales de su fisonomía espiritual. Sor Isabel de la Trinidad que, desde el primer día de su entrada al Carmelo, había ya «pasado toda entera al alma de Cristo», en virtud de los mismos reflejos psicológicos, fijará su mirada contemplativa en el alma de la Virgen.

Unos días apenas después de su entrada al convento, escribía a su madre:

«He puesto tu alma en la de la Madre de los Dolores y le he pedido que te consuele. Tenemos, en el fondo del claustro, una estatua de “Mater dolorosa” a la que tengo mucha devoción. Todas las noches voy a hablarle de ti. ¡Quiero tanto a esas lágrimas de la Virgen!»

El Carmelo es por excelencia una orden mariana. «Las almas a las que Dios llama a servirlo en esta Orden deben saber que su primera y principal obligación, como Carmelitas, es honrar con particular cuidado a la Santísima Virgen María: primeramente en su suprema dignidad de Madre de Dios, en todos los privilegios y todas las grandezas que encierra esa cualidad y en la soberanía que le da sobre el cielo y sobre la tierra; en segundo lugar, en el exceso de bondad y de humildad que ha inducido a esa santísima Virgen a hacerse la Madre y la patrona de esta Orden.

»Para satisfacer ese deber, cada una cuidará de comulgar por lo menos una vez por mes en honor de la Santísima Virgen: por el cumplimiento de sus designios en la tierra, por el acrecentamiento de su honor en todas las almas y para obtener de Ella que las de esta Orden la amen, la honren, la sirvan y le pertenezcan según toda la extensión de los designios de misericordia de su divino Hijo y de los suyos.»³⁶⁷

Se habrá echado de ver la singular elevación de esta devoción mariana. La Carmelita va directamente a la Madre de Dios para felicitarla por esa maternidad divina que lo explica todo en María: «privilegios, grandeza, soberanía sobre el universo.»

Es la actitud normal de una Carmelita: ante todo y siempre Dios. No es necesario añadir «Dios sólo». Eso se sobreentiende: el alma de la

³⁶⁷ *Papel de exacción* (Libro de costumbres de la Orden, llevado a Francia por las Madres españolas).

carmelita se mueve frente al misterio de una luz totalmente divina, con exclusión radical de toda otra luz. La Virgen, como la santa Humanidad de Cristo y toda otra criatura, no le aparecen sino en relación con Dios. En una segunda mirada solamente, descendiendo de la «suprema dignidad de Madre de Dios», la Carmelita penetra en esa maternidad de gracia cuyo «exceso de bondad y de humildad ha inducido a la Santísima Virgen a hacerse la Madre y la patrona de su Orden». Aun así no debe detenerse allí, sino que debe, según la vocación apostólica de su Orden, orar e inmolarse «por el cumplimiento de sus designios en la tierra, por el acrecentamiento de su honor en todas las almas, y particularmente a fin de que las de esta Orden la amen, la honren, la sirvan y le pertenezcan según toda la extensión de los designios de misericordia de su Divino Hijo.»

Sor Isabel de la Trinidad sacó provecho, en un grado que no se podría encarecer suficientemente, de la devoción tan equilibrada que reciben, durante su formación, los miembros de las grandes Ordenes religiosas. Una larga tradición de santidad, una palabra oída con ocasión de un comentario de la Regla o de las Constituciones, una corrección cotidiana obrada por el simple juego de la vida común que restablece todas las cosas en su verdadero lugar, y las almas fieles, impregnándose del más puro espíritu de su Orden, adelantan rápidamente hacia la perfección. Eso aparece muy particularmente, en sor Isabel de la Trinidad, en la evolución de su vida mariana.

Una vez que hubo entrado al claustro, su piedad mariana toma rápidamente un carácter carmelitano. Para comprender esta forma mariana de devoción, hay que darse cuenta de que en el Carmelo la soledad lo es todo.

¡Y qué soledad en el alma de la Virgen! En ella, no hay nada ya humano. Es el ser puro, luminoso, transparente, libre de todo, a quien no rozó nunca el amor culpable o sencillamente demasiado sensible; la Virgen por excelencia separada de todo. Aquélla que se marchó en su vida «Sola con el Solo», no queriendo otra sociedad que Él en la bienaventuranza o en el dolor. Soledad del corazón de la Virgen nunca retenida por lo sensible, que atravesó las afecciones de este mundo efímero «santa e inmaculada en el amor». Soledad del alma de la Virgen, en comercio con Dios sólo mezclada sin duda en la vida de los hombres, pero para cumplir una obra divina, alma de corredentora cada vez más identificada con todos los movimientos del alma de Cristo, tan solitaria por la

noche en la montaña o en Getsemaní. Soledad divina del alma de la Virgen, transportada con el Verbo, su Hijo, hasta los confines de la Deidad, y allí, asociada a todos los designios de la Trinidad a causa de su lugar universal en la salvación del mundo, pero allí, sobre todo, tan infinitamente distante del Dios, su Hijo. Son éstos, abismos que hacen temblar.

En la cima de su vida, los santos son los hombres más solos de la tierra. ¿Qué decir de la Virgen y de Cristo? ¿Quién piensa en esa soledad del alma del Verbo? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios; y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y los suyos no lo recibieron. Y lo hemos visto como un Dios solitario paseándose en medio de su creación. Es verdad, adentro, Él estaba en la sociedad del Padre y del Amor, en la Unidad; pero al verlo ¿quién hubiera podido sospecharlo? Así sucede, guardando las debidas proporciones, con el alma de la Virgen, tan sola en medio de los hombres en Nazaret, en Belén, al pie de la cruz; en realidad oculta por completo en Dios con Cristo cuyo misterio meditaba día y noche en su corazón.

2. *La virgen de la Encarnación*

Esta Virgen del Carmelo, ajena a todo lo creado y adoradora del Verbo oculto en su seno: es la Virgen de la Encarnación, la Virgen preferida por sor Isabel de la Trinidad cuyo ideal todo es también vivir silenciosa y adoradora del Dios oculto en lo más íntimo de su alma.

«¿Se piensa en lo que debería acontecer en el alma de la Virgen cuando, después de la Encarnación, poseía en Ella al Verbo Encarnado, al Don de Dios? En qué silencio, qué recogimiento, qué adoración debía ella sepultarse en el fondo de su alma para estrechar a ese Dios cuya Madre era.»³⁶⁸ «No tengo necesidad de ningún esfuerzo para entrar en ese misterio de la habitación divina en la Virgen. Me parece encontrar en él mi movimiento habitual de alma, que fue el de Ella: adorar en mí al Dios oculto.»³⁶⁹

Leyendo a san Juan de la Cruz, descubre en María el modelo perfecto de la unión transformadora y sueña con pasar por la tierra como la Virgen: silenciosa y adoradora del Verbo, enteramente perdida en la Trinidad. «Leo en este momento muy hermosas páginas en nuestro Pa-

³⁶⁸ Carta a su hermana, noviembre de 1903.

³⁶⁹ Carta a su hermana.

dre san Juan de la Cruz, sobre la transformación del alma en las Tres Personas divinas. ¡A qué abismo de gloria somos llamados! ¡Oh! comprendo los silencios, los recogimientos de los santos, que no podían ya salir de su contemplación. Por eso Dios podía llevarlos a las cumbres divinas en donde «el UNO» se consuma entre Él y el alma hecha su esposa en el sentido místico de la palabra. Nuestro bienaventurado Padre dice que entonces el Espíritu Santo la eleva a una altura tan admirable, que la hace capaz de producir en Dios la misma aspiración de amor que el Padre produce con el Hijo y el Hijo con el Padre, aspiración que no es otra que el Espíritu Santo mismo. ¡Decir que Dios nos llama, por nuestra vocación, a vivir bajo esas claridades santas! ¡Qué misterio adorable de caridad!... Quisiera responder a él pasando por la tierra como la Santísima Virgen “conservando todas esas cosas en mi corazón”,³⁷⁰ sepultándome por decirlo así en el fondo de mi alma, para perderme en la Trinidad que en ella mora, para transformarme en Ella. Entonces serán realizados mi divisa, “mi ideal luminoso”: eso será, por cierto, Isabel de la Trinidad.»³⁷¹

Tenía devoción a una imagen recibida y que representaba a la Virgen de la Encarnación, recogida bajo la acción de la Trinidad: «En la soledad de nuestra celda, a la que llamo “mi pequeño paraíso” -pues está llena de Aquél del que se vive en el cielo- miraré a menudo la preciosa imagen y me uniré al alma de la Virgen cuando el Padre la cubría con su sombra, mientras el Verbo se, encarnaba en Ella y el Espíritu Santo sobrenvenía para obrar el gran misterio. Es toda la Trinidad que está en acción, que se entrega, que se da. ¿Y no debe la vida de la Carmelita transcurrir en esos abrazos divinos?»³⁷²

La Virgen de la Encarnación en completo recogimiento bajo la acción creadora de la Trinidad «que obra en ella grandes cosas»:³⁷³ he ahí el ideal íntimo más caro a la devoción marina de sor Isabel de la Trinidad, hacia el cual se siente atraída como «por connaturalidad», diremos con la teología. De esta larga experiencia mariana debía un día la tan

³⁷⁰ Lc 2,51.

³⁷¹ Carta al Padre Ch., 23 de noviembre de 1903.

³⁷² Carta a la Sra. de S., 1905.

³⁷³ Lc 1,49.

hermosa elevación a la Virgen de su «Cómo encontrar el cielo en la tierra.»

«Si scires donum Dei.»³⁷⁴ «Si conocieras el don de Dios», decía un día Cristo a la Samaritana. ¿Pero cuál es ese don de Dios, sino Él mismo? Y, nos dice el discípulo amado: «Vino a su casa y los suyos no lo recibieron.»³⁷⁵ San Juan Bautista podría decir también a muchas almas esta palabra de reproche: «Hay uno en medio de vosotros -en vosotros-, a quien no conocéis.»³⁷⁶ «Si conocieras el don de Dios...»

«Hay una criatura que conoció ese don de Dios, una criatura que no perdió una sola partícula de él, que fue tan pura, tan luminosa, que parece ser la Luz misma: *speculum justitiae*, una criatura cuya vida fue tan sencilla, tan perdida en Dios, que no se puede decir casi nada de ella: “Virgo fidelis”: es la Virgen fiel, “la que conservaba todas las cosas en su corazón”. Se mantenía tan pequeña, tan recogida frente a Dios, en el secreto del Templo, que atrajo las complacencias de la Trinidad Santísima. Porque Él miró la bajeza de su sierva, en adelante me llamarán bienaventurada todas las generaciones...

»El Padre inclinándose hacia esa criatura tan bella, tan ignorante de su belleza, quiso que fuera en el tiempo la Madre de Aquél cuyo Padre en la eternidad es Él. Entonces, el espíritu de Amor, que preside todas las operaciones de Dios, sobrevino; la Virgen dijo su *fiat*: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”³⁷⁷ y se realizó el más grande de los misterios. Por la venida del Verbo en Ella, María fue siempre la presa de Dios.

»Me parece que la actitud de la Virgen durante los meses que transcurrieron entre la Anunciación y Navidad, es el modelo de las almas interiores, de los seres que Dios ha elegido para vivir adentro, en el fondo del abismo sin fondo. ¡Con qué paz, con qué recogimiento María iba y se prestaba a todas las cosas! ¡Cómo las más triviales eran divinizadas por ella, pues, a través de todo, la Virgen seguía siendo la Adoradora del don de Dios! Eso no le impedía ocuparse afuera cuando se trataba de

³⁷⁴ Jn 4,10.

³⁷⁵ Jn 1,11.

³⁷⁶ Jn 1,26.

³⁷⁷ Lc 1,18.

ejercer la caridad. El Evangelio nos dice que María “recorrió con toda diligencia las montañas de Judea para ir a casa de su prima Isabel.”³⁷⁸ En la visión inefable que contemplaba, jamás decreció su caridad exterior, pues si la contemplación se dirige hacia la alabanza y hacia la eternidad de su Señor, posee la unidad y no la perderá.»³⁷⁹

3. *Janua Coeli*

Tal elevación de pensamiento no surge al azar. Supone una larga vida de intimidad mariana; cosa que los documentos confirman.

Cuando niña, sus primeras poesías habían sido compuestas para cantar a la Virgen «guardiana de su pureza.» Su «Diario» de joven estaba lleno del pensamiento de María. Ya religiosa, la Virgen aparecía todavía mezclada a los menores detalles de su vida. A menudo firma las cartas: sor María Isabel de la Trinidad. Su célebre oración fue compuesta en la fiesta de la Presentación, esa «fiesta tan amada» en la que encontraba el movimiento más habitual de su corazón: la oblación de la Virgen a la Trinidad, no ya en Jerusalén, sino en el templo de su alma:

«Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro... Pacificad mi alma, haced de ella vuestro cielo, vuestra mansión amada y el lugar de vuestro reposo. Que nunca os deje solo, antes bien permanezca enteramente allí, bien despierta en mi fe, en total adoración, entregada por completo a vuestra acción creadora».

Cuando llegó la tarde de esta corta vida, sor Isabel se volvió con acrecentada ternura hacia la Inmaculada, la Virgen de su toma de hábito: «Es Ella, la Inmaculada, quien me ha dado el hábito del Carmelo, y le pido que me revista con este vestido de fino lino con que se adorna la esposa para ir a la cena de las bodas del Cordero.»³⁸⁰

Una noche, en la enfermería, mientras su mirada descansaba sobre una imagen de la Madre de los Dolores fijada en la pared, sor Isabel oyó interiormente un reproche como los ha hecho Dios al alma de sus Santos. Acordándose entonces de una Virgen de Lourdes junto a la cual, estando en el mundo, había recibido muchas gracias, sor Isabel la hizo

³⁷⁸ Lc 1,39.

³⁷⁹ «El Cielo en la tierra», 12ª contemplación.

³⁸⁰ Carta al canónigo A., fines de julio de 1906.

pedir a su madre a fin de que Aquella que había velado por su entrada «guardara también la salida.» Y la llamó en adelante «*Janua Coeli*.» Esta estatua no la abandonó más. Agotadas sus fuerzas, sor Isabel de la Trinidad se arrastraba hasta la pequeña tribuna que daba sobre el coro, llevando con dificultad, entre sus dedos enflaquecidos, esa estatua de más de treinta centímetros, casi demasiado pesada para su cuerpo debilitado. Cuando se veía a *Janua Coeli*, *Laudem Gloriam* no estaba lejos.

Un día sor Isabel de la Trinidad dejó en la celda de su priora un pequeño encartonado representando una ciudadela con puente levadizo. Cerca de la puerta cerrada, una Virgen de Lourdes recortada: era *Janua Coeli*. En uno de los ángulos de la torre almenada flotaba un pequeño estandarte con esta inscripción: «Ciudadela del dolor y del santo recogimiento, habitación de *Laudem Gloriam* en espera de la Casa del Padre». *Janua Coeli*³⁸¹ había llegado a ser para ella la puerta de la Trinidad.

En las últimas horas de su agonía la consolaban mucho recordándole la presencia de la Virgen tan amada. «La Santísima Virgen estará allí, Ella os tenderá la mano». «Sí, es verdad: *Janua Coeli* dejará pasar a *Laudem Gloriam*».

La antevíspera de su muerte la oyeron aún murmurar: «Dentro de dos días, estaré en el seno de mis Tres.» «*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*.»³⁸² «Es la Virgen, ese ser todo luminoso, purísimo con la pureza de Dios, quien me tomará de la mano para introducirme en el cielo, ese cielo tan resplandeciente.»

Quiso poner bajo la protección de *Janua Coeli* su último retiro en la tierra, y en la noche del 15 de agosto entraba en él como «en el noviciado del cielo, para prepararse a recibir el hábito de la gloria.»³⁸³ Desde ese primer día de retiro, sor Isabel se dirigía a la Virgen para pedirle la realización del deseo supremo de su alma: ser identificada con el Crucificado por amor y llegar a ser, a su imagen, una perfecta alabanza de gloria de la Trinidad. «Nadie ha visto al Padre»,³⁸⁴ nos dice san Juan,

³⁸¹ *Janua Coeli* es una invocación de las letanías de la Santísima Virgen, que significa: «Puerta del Cielo.»

³⁸² Sal 121,1.

³⁸³ Esquela a una hermana del Carmelo, 15 de agosto de 1906.

³⁸⁴ Jn 6,46.

«sino el Hijo y aquéllos a quienes el Hijo ha querido revelarlo.»³⁸⁵ Me parece que se puede decir también: «Nadie ha penetrado el misterio de Cristo en su profundidad, sino la Virgen.» Juan y Magdalena han llegado bien lejos en ese misterio. San Pablo habla a menudo del «entendimiento» que de ello le ha sido dado, y sin embargo ¡cómo quedan en la sombra todos los Santos cuando uno mira hacia las claridades de la Virgen!... Ella, es lo inenarrable. El «secreto que guardaba y meditaba en su corazón», ninguna lengua ha podido revelarlo, ninguna pluma traducirlo.

«Esta Madre de gracia va a formar mi alma, a fin de que su hijita sea una imagen viva, “sorprendente” de su unigénito, el Hijo del Eterno, Aquél que fue la perfecta alabanza de gloria de su Padre.»³⁸⁶

El último día de su retiro, sor Isabel compuso de un solo trazo, como un arranque salido del corazón, una hermosa elevación a la Virgen, de impecable seguridad doctrinal y de sorprendente profundidad. Es el momento más evolucionado de su doctrina mariana. Hay ciertas páginas de los santos que habría que leer de rodillas:

«Después de Jesucristo sin duda, a la distancia que hay de lo infinito a lo finito, hay una criatura que fue también la grande alabanza de gloria de la Santísima Trinidad. Ella respondió plenamente a la elección divina de que habla el Apóstol: fue siempre pura, inmaculada, irreprochable a los ojos del Dios tres veces santo.

»Su alma es tan sencilla, sus movimientos son tan profundos que no se los puede sorprender. Ella parece reproducir en la tierra esa vida que es la del Ser divino, el Ser simple. Por eso es tan transparente, tan luminosa, que se la tomaría por la luz. Sin embargo no es más que el “espejo del sol de justicia: *speculum justitiae*...”

»“La Virgen conservaba esas cosas en su corazón.”³⁸⁷ Toda su historia puede resumirse en estas pocas palabras: vivió en su corazón y a una profundidad tal que la mirada no puede seguirla.

»Cuando leo en el Evangelio que María recorrió “con toda diligencia las montañas de Judea”,³⁸⁸ para ir a desempeñar su oficio de caridad an-

³⁸⁵ Mt 11,27.

³⁸⁶ Último retiro, I.

³⁸⁷ Lc 2,51.

te su prima Isabel, la veo pasar ¡tan hermosa, tan serena, tan majestuosa, tan recogida adentro con el Verbo de Dios! Lo mismo que Él, su oración fue siempre ésta: “Ecce”: Heme aquí. -¿Quién? -La esclava del Señor; la última de sus criaturas, Ella, su Madre.

»¡Fue tan verdadera en su humildad! Es que siempre se olvidó de sí misma, se ignoró a sí misma, estuvo liberada de sí misma. Por eso podía cantar: El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas, en adelante las generaciones me llamarán bienaventurada.

»Esta Reina de las vírgenes es también Reina de los mártires; pero la espada le atravesó el corazón, pues en Ella todo sucede adentro... Cuán hermosa es al contemplarla durante su largo martirio, tan serena envuelta en una especie de majestad que respira a la vez la fuerza y la dulzura. Es que Ella había aprendido del Verbo mismo cómo deben sufrir aquellos que el Padre ha elegido como víctimas, aquellos que resolvió asociar a su gran obra de la redención, “aquellos que conoció y predestinó para ser conformes a su Cristo”,³⁸⁹ “Crucificado por amor.”

»Ella está allí, al pie de la Cruz: de pie en la fuerza y la valentía, y he aquí que mi Maestro me dice: «Ecce mater tua.»³⁹⁰ Me la da por Madre. Y ahora que ha vuelto al Padre, que me ha sustituido en su lugar en la cruz, para que yo sufra en mí lo que falta a su Pasión para su cuerpo que es la Iglesia, la Virgen está aún allí para enseñarme a sufrir como Él, para decirme, para hacerme oír esos últimos cantos de su alma, que nadie más que Ella, su Madre, ha podido sorprender.

»Cuando yo haya dicho mi “consummatum est”,³⁹¹ será también Ella, *Janua Coeli*, quien me introduzca en los atrios divinos, diciéndome en voz baja la misteriosa palabra: “Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus...”³⁹²

³⁸⁸ Lc 1,39.

³⁸⁹ Rm 8,29.

³⁹⁰ Jn 19,27.

³⁹¹ Jn 19,30.

³⁹² Sal 121,1.

7. Sor Isabel y las almas sacerdotales

«El sacerdote es otro Cristo que trabaja por la gloria del Padre.»

Un alma de contemplativa no se deja encerrar en los limitados horizontes de las paredes de su convento. Su vida espiritual transportada en la gran corriente del pensamiento de la Iglesia se mueve bajo las perspectivas mismas de la redención. En todo momento su oración corredentora cubre al mundo. Así hacía la Virgen del Cenáculo. Mientras los primeros Apóstoles iban a la acción y al martirio, María, orante silenciosa, los acompañaba a todos sus combates por Cristo. Y ¿quién osaría pensar que la omnipotente intercesión de la Madre de Dios no era más eficaz para la extensión del reinado de Cristo que los trabajos heroicos de un san Pedro o de un san Pablo? La Iglesia de Jesús recordará siempre, en el transcurso de los siglos de su historia militante, que ha salido de la plegaria contemplativa del Cenáculo, y su acción sobre las almas conservará como base constante la plegaria de sus santos.

La mayor parte de las grandes familias religiosas han adoptado esta manera de concebir las cosas, y las Ordenes más apostólicas suelen sostener el ministerio exterior de los hermanos con la plegaria continua de las hermanas. Santo Domingo, antes de fundar su Orden, empezó por establecer las hermanas contemplativas y predicadoras de Nuestra Señora de Prouille, con la misión de apoyar con su vida de súplica y de sacrificio los trabajos de los Predicadores.

En el Carmelo, sor Isabel de la Trinidad se encontró, sobre este punto, en presencia de una de las tradiciones más queridas de su Orden, y de las más fecundas para el bien espiritual de la Iglesia. La inmolación silenciosa de las hijas de santa Teresa es ante todo para los sacerdotes.

Siempre profesó un verdadero culto por el sacerdocio. ¿Ofreció su vida por los sacerdotes? Su párroco, que durante mucho tiempo fue su confesor, tenía esta persuasión.³⁹³ Si ningún indicio positivo nos permite

³⁹³ Conozco por él mismo este detalle

afirmarlo, numerosos documentos atestiguan que en sus plegarias de Carmelita les otorgó un lugar escogido.

Cuando un sacerdote le había recomendado su ministerio, tomaba ella muy en serio su promesa de orar: «Señor Cura Párroco..., desde nuestra última conversación en el locutorio os estoy particularmente unida, y un fuerte movimiento de oración lleva mi alma hacia la vuestra, especialmente en el santo Oficio. Os prometo tener por vos cada día en Tercia una gran intención, para que el Espíritu de Amor, Aquel que sella y consume el Uno en la Trinidad, os dé una sobreefusión de Sí mismo, os lleve bajo la luz de fe a esas cimas en donde no se vive más que de paz, de amor, de unión, ya irradiado por los rayos del divino sol.»³⁹⁴

1. Amistades sacerdotales

Sor Isabel de la Trinidad no se acerca a un alma sacerdotal, aun de su familia, sino con infinito respeto: el hombre desaparece delante de Cristo.

En el locutorio, jamás la más pequeña sombra de sensibilidad femenina. «Era un alma, y eso es todo», nos decía el joven sacerdote entrado en su familia y a quien dirigió ella las cartas más numerosas de esta clase, una docena en total. «Desde el comienzo de la conversación, “Dios sólo”, y ya no se descendía más de esta atmósfera totalmente divina.» ¡Sor Isabel tenía una idea tan alta y pura del sacerdocio!

Se pueden seguir los menores movimientos de su alma con ocasión de su correspondencia con ese seminarista de seminario mayor, a quien ella acompaña al sacerdocio y a quien seguirá en su apostolado.

El primer encuentro fue completamente sobrenatural. Se lo escribía a su hermana: «...He tenido en el locutorio una conversación enteramente divina con el Padre Ch... Creo que ha habido fusión entre el alma del sacerdote y la de la carmelita.»³⁹⁵

Comenzaba una intimidad de alma, que no se detendrá más que con la muerte. «...Antes de entrar en el gran silencio de Cuaresma, quiero contestar a vuestra buena carta, y mi alma tiene necesidad de deciros que está en comunión con la vuestra para dejarse tomar, arrebatar, inva-

³⁹⁴ Carta al Padre J., 11 de febrero de 1902.

³⁹⁵ Carta a su hermana, septiembre de 1902.

dir, por Aquél cuya caridad nos envuelve y que quiere consumarnos en el Uno con Él. Pensaba en vos al leer en el Padre Vallée estas palabras sobre la contemplación: “El contemplativo es un ser que vive bajo el resplandor de la Faz de Cristo, que entra en el misterio de Dios no sobre la claridad que sube del pensamiento humano, sino bajo la claridad producida por la palabra del Verbo Encamado.”

»¿No tenéis esta pasión por escucharlo? A veces esa necesidad de callarse es tan fuerte que quisiera uno no saber otra cosa que quedarse como Magdalena a los pies del Maestro, ávido de oírlo todo, de penetrar siempre cada vez más en ese misterio de caridad que ha venido a revelarnos. ¿No os parece que en la acción, cuando en apariencia desempeña uno el oficio de Marta, puede el alma permanecer siempre sepultada como Magdalena en su contemplación, manteniéndose en esta fuente? Así es cómo comprendo yo el apostolado para la Carmelita como para el sacerdote. Entonces uno y otro pueden irradiar a Dios, darlo a las almas, si se mantienen ellos en esas fuentes divinas. Me parece que habría que colocarse muy cerca del Maestro, participar de su alma, identificarse con todos sus movimientos, luego irse, como Él, en la voluntad de su Padre.»³⁹⁶

El mismo acento sobrenatural anima todas esas cartas. Ninguna fórmula de cortesía trivial: desde la primera frase, las almas se establecen en Dios y de allí ya no bajan:

»Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.³⁹⁷ Padre, me parece que nada como la Eucaristía dice más el amor que está en el corazón de Dios. Es la unión, la consumación, es Él en nosotros y nosotros en Él. ¿No es el cielo en la tierra? El cielo en la fe, en espera de la tan deseada visión cara a cara. Entonces seremos saciados cuando aparezca su gloria, cuando lo veamos en Su luz.³⁹⁸ ¿No os parece que da descanso al alma el pensar en ese encuentro, en esa entrevista con Aquél a quien ella ama únicamente? Entonces todo desaparece y se diría que uno entra ya en el misterio de Dios... ¡Todo ese misterio es de tal manera “nuestro” como me lo decíais en vuestra carta.

³⁹⁶ Al Padre Ch., 24 de febrero de 1903.

³⁹⁷ Jn 13,1.

³⁹⁸ Sal 16,15.

»Rogad para que yo viva plenamente mi dote de esposa, que esté bien disponible, bien despierta en la fe, para que el Maestro pueda llevarme por donde quiera. Quisiera estar sin cesar junto a Aquél que sabe todo el misterio, a fin de oírlo todo de Él. “El lenguaje del Verbo, es la infusión del Don.” Es por cierto así ¿no? como habla a nuestra alma en el silencio. Me parece que ese querido silencio es una bienaventuranza. Desde la Ascensión hasta Pentecostés estábamos en retiro en el Cenáculo esperando al Espíritu Santo. ¡Era tan hermoso! Durante toda esta octava tenemos el Santísimo Sacramento expuesto en el oratorio; son horas divinas que uno pasa en ese rinconcito del cielo en el que poseemos la visión en sustancia bajo la humilde Hostia. Sí, es por cierto el mismo que contemplan los bienaventurados en la claridad y que adoramos nosotros en la fe. El otro día me escribían un pensamiento ¡tan bello! Os lo envió: “La fe es el cara a cara en las tinieblas.” ¿Por qué no sería así para nosotros, puesto que Dios está en nosotros y no desea sino tomarnos como ha tomado a los santos? Sólo que ellos están siempre atentos. Como dice el padre Vallée: “Se callan, se recogen, y no tienen otra actividad más que para llegar a ser el ser que recibe.”

»Unámonos, Padre, para constituir la felicidad de “Aquél que nos ha amado con exceso”,³⁹⁹ como dice san Pablo. Hagámosle en nuestra alma una morada totalmente pacificada en la que se cante siempre el cántico del amor, de la acción de gracias. Y luego, ese gran silencio... eco del que está en Dios... Como me lo decíais, acerquémonos a la Virgen purísima, luminosísima, para que Ella nos introduzca en Aquél á quien penetró tan profundamente. Que nuestra vida sea una comunión continua, un movimiento simplísimo hacia Dios. Rogad por mí a la Reina del Carmelo. Por mi parte ruego mucho por vos. Os aseguro que permanezco con vos en la adoración y en el amor.»⁴⁰⁰

Ninguna huella de sensibilidad afectada en esas líneas de una pureza que no tiene más nada de la tierra.

Se aproxima el diaconado del seminarista; en nombre del Carmelo de Dijón sor Isabel le envía la seguridad de que no será olvidado: «“Misericordias Domini in aeternum cantabo.”»⁴⁰¹ Como nuestra reverenda Ma-

³⁹⁹ Ef 2,4.

⁴⁰⁰ Al Padre Ch., 14 de junio de 1903.

⁴⁰¹ Sal 88,2.

dre no está libre esta noche, me encarga que yo vaya a vos para que recibáis una palabrita del Carmelo que os diga cuán unido os está en este gran día. Por mi parte me recojo y me retiro hasta el fondo de mi alma, allí donde habita el Espíritu Santo. Le pido, a este Espíritu de amor “que todo lo penetra, aun las profundidades de Dios”⁴⁰² que se dé sobreabundantemente a vos e irradie vuestra alma a fin de que, bajo la gran luz vaya ella a recibir “la Unción del Santo”, de que habla el discípulo del amor. Con vos canto el himno de la acción de gracias y me callo para adorar el misterio que envuelve todo vuestro ser. Es la Trinidad entera la que se inclina hacia vos para hacer resplandecer la “gloria de su gracia”.⁴⁰³

»San Pablo en su epístola a los Romanos dice que “a los que ha conocido en su presciencia, Dios los ha también predestinado para ser conformes a la imagen de su Hijo”.⁴⁰⁴ Me parece que de quien aquí se trata es justamente de vos. ¿No sois ese predestinado que ha elegido Dios para ser su sacerdote? Creo que en su actividad de amor el Padre se inclina hacia vuestra alma, que la trabaja dándole con su mano divina un toque delicado para que la semejanza con el Ideal divino vaya siempre en aumento hasta el día en que os diga la Iglesia: “Tu es sacerdos in aeternum”.⁴⁰⁵ Entonces todo en vos será por decirlo así una copia de Jesucristo, el Pontífice Supremo, y podréis reproducirlo sin cesar frente a su Padre y delante de las almas. ¡Qué grandeza! Es la virtud “supereminente” de Dios que se vierte en vuestro ser para transformarlo y divinizarlo. ¡Qué recogimiento, qué amorosa atención a Dios reclama esa obra sublime!»⁴⁰⁶

Habiendo por fin llegado la hora de la ordenación sacerdotal, frente al misterio inminente, el alma de sor Isabel, imponente para traducir sus sentimientos, no encuentra refugio sino en una oración más intensa: «Había pedido a nuestra reverenda Madre permiso para escribiros a fin de deciros que mi alma estaba toda con la vuestra en estos últimos días que preceden a vuestra ordenación; pero he aquí que al acercarme a vos

⁴⁰² 1Co 2,10.

⁴⁰³ Carta al Padre Ch., abril de 1905 (en ocasión de su diaconado).

⁴⁰⁴ Rm 8,29.

⁴⁰⁵ Sal 109,4.

⁴⁰⁶ Carta al Padre Ch., primavera de 1905 (antes de su sacerdocio).

delante del gran misterio que se prepara, no sé sino callarme..., y adorar los excesos de amor de nuestro Dios. Con la Virgen podéis cantar vuestro Magnificat y estremeceros de alegría en Dios vuestro Salvador, pues el Omnipotente hace en vos grandes cosas y su misericordia es eterna. Luego, como María, conservad todo eso en vuestro corazón. Colocadlo juntito al de Ella, pues esta Virgen sacerdotal es también “Madre en la divina gracia”, y en su amor quiere prepararos para ser “ese sacerdote fiel enteramente según el Corazón de Dios”⁴⁰⁷ de que se habla en la Sagrada Escritura. Como ese pontífice “sin padre, sin madre, sin genealogía, sin comienzo de días, sin fin de vida”⁴⁰⁸ imagen del Hijo de Dios, de que habla san Pablo en su epístola a los Hebreos, vos también llegáis a ser por la unción santa ese ser que no pertenece más a la tierra, ese mediador entre Dios y las almas, llamado a hacer resplandecer “la gloria de su gracia” participando a la supereminente grandeza de su virtud, Jesús, el Sacerdote eterno, decía al Padre al entrar en el mundo: “Heme aquí para hacer vuestra voluntad”.⁴⁰⁹ Me parece que en esta hora solemne de vuestra entrada en el sacerdocio ésa debe ser también vuestra oración, y me gusta rezarla con vos. El viernes, en el santo Altar, cuando por la primera vez entre vuestras manos consagradas, Jesús, el Santo de Dios, venga a encarnarse en la humilde hostia, no olvidéis a aquélla que Él ha conducido al Carmelo para que allí sea la alabanza de su gloria. Pedidle que la sepulte en la profundidad de su misterio y que la consuma con los fuegos de su amor. Después ofrecedla al Padre con el Cordero divino. Adiós, Padre, si supierais cómo ruego por vos... “Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sean con vos”.⁴¹⁰

2. *El sacerdote de la misa*

Sor Isabel amaba al sacerdote sobre todo en el Altar, en el momento en que, entre sus manos, el Verbo Encarnado se inmola por la Iglesia. El sentido de Cristo grabado en su alma por el bautismo le daba conciencia de que, en ese momento sobre todo, el sacerdote ejerce en el mundo su

⁴⁰⁷ 1Re 2,35.

⁴⁰⁸ Hb 8,3.

⁴⁰⁹ Hb 10,9.

⁴¹⁰ 2Co 13,13; Carta al Padre Ch., 27 de junio de 1905.

oficio de mediador. No iba, como santa Catalina de Sena, a besar las huellas de los pasos del sacerdote que, en la Comunión, le había dado a Cristo; pero, con insistencia conmovedora, nunca dejaba de suplicar a los sacerdotes a quienes conocía, que se acordaran de ella en el altar y sumergieran su alma «en la sangre del Cordero.»⁴¹¹ «Sé que cada día rogáis por mí en la santa Misa. Ponedme en el cáliz para que mi alma sea totalmente bañada en esa sangre de mi Cristo de la que tengo sed, para ser toda pura, toda transparente, para que la Trinidad pueda reflejarse en mí como en un cristal.»⁴¹²

No se cansa, con ocasión de las más pequeñas fiestas o aniversarios, de implorar este gran favor. «Mañana es la fiesta de santa Magdalena, aquélla de quien la Verdad dijo: “Ha amado mucho”;⁴¹³ es también fiesta para mi alma pues celebro el aniversario de mi bautismo. Puesto que sois el sacerdote del Amor, vengo a pedirlos, con permiso de nuestra reverenda Madre tenzáis a bien consagrarme a Él mañana en la santa misa. Bautizadme en la sangre del Cordero, a fin de que, virgen de todo lo que no es Él, no viva más que para amar con una pasión siempre creciente, hasta esa feliz unidad a la que Dios nos ha predestinado en su voluntad eterna e inmutable. Gracias, Padre, me recojo bajo vuestra bendición.»⁴¹⁴ Igual súplica con ocasión de su retiro particular. «Parto esta noche para un gran viaje. Durante diez días voy a estar en soledad absoluta, teniendo varias horas de oración suplementaria yendo por el monasterio con el velo bajo. Mi vida será más todavía la de una ermitaña en el desierto. Antes de sumergirme en mi Tebaida, siento una verdadera necesidad de venir a pedirlos el auxilio de vuestras benévolas oraciones, sobre todo una gran intención en el santo sacrificio de la Misa. Cuando consagréis esa hostia, Jesús, el único Santo, va a encarnarse; ¿queréis consagrarme con Él como hostia de alabanza a su gloria, para que todas mis aspiraciones, todos mis movimientos, todos mis actos, sean un homenaje tributado a su santidad?

⁴¹¹ Carta al canónigo A., agosto de 1902 (cf. Ap 7,14).

⁴¹² Carta al canónigo A., agosto de 1902.

⁴¹³ Lc 7,47.

⁴¹⁴ Al Padre Ch., 21 de julio de 1905.

»«Sed santos, porque yo soy santo”.⁴¹⁵ Me recojo bajo esta palabra: ella es la luz a cuyos rayos voy a marchar durante mi divino viaje. San Pablo me la comenta cuando dice: “Dios nos ha elegido antes de la creación a fin de que seamos inmaculados y santos en su presencia en el amor”.⁴¹⁶ Ahí está pues el secreto de esa pureza virginal: permanecer en el amor, es decir en Dios: “Dios es caridad”.⁴¹⁷

»Durante estos diez días rogad pues mucho por mí; cuento absolutamente con ello. Hasta diré que eso me parece muy sencillo. Dios ha unido nuestras almas para que nos ayudemos; ¿no ha dicho: “El hermano ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada”.⁴¹⁸ He ahí la misión que os confío. ¿Queréis, Padre, hacer por mí esta oración que del gran corazón de san Pablo subía hacia Dios por sus queridos Efesios?: “Que el Padre según las riquezas de su gloria os fortifique en poder por su Espíritu, de manera que Jesucristo habite por la fe en vuestro corazón, y estéis arraigados y fundados en el amor. Ojalá podáis comprender la altura y la profundidad de ese misterio, conocer el amor de Cristo que supera todo otro conocimiento, a fin de ser llenados según la plenitud de Dios”.⁴¹⁹ Santifiquemos a Cristo en nuestros corazones, para realizar lo que cantaba David bajo la inspiración del Espíritu Santo: “Sobre Él florecerá con esplendor mi santificación”.⁴²⁰»

Cuando, en la última fase de su vida, sor Isabel ha encontrado en la Escritura su nombre nuevo se dirige una vez más al sacerdote de la Misa:

«Ayudadme, Padre, lo necesito mucho. Cuanto más se hace la luz, tanto más también siento mi impotencia. ¿Queréis, el 8 de diciembre, puesto que sois gran pontífice, consagrarme al poder de su amor para que sea yo en verdad “Laudem Gloríae”? He leído eso en san Pablo y he

⁴¹⁵ Lv 11,44.

⁴¹⁶ Ef 1,4.

⁴¹⁷ 1Jn 4,16.

⁴¹⁸ Pr 18,19.

⁴¹⁹ Ef 3,14.19.

⁴²⁰ Al Padre Ch., 8 de octubre de 1905. Sal 131,18.

comprendido que tal era mi vocación en el destierro en espera del Sanctus Eterno.»⁴²¹

3. Asociada al apostolado del sacerdote

Durante el misterio de la misa, un doble gesto del celebrante revela bien la misión del sacerdocio, todo el sentido de su mediación ascendente y descendente. En la Consagración, el sacerdote eleva la Hostia hacia la Trinidad, luego volviéndose hacia los fieles, en el momento de la Comunión, les distribuye el Pan de Vida: Ofrecer a Cristo a la Trinidad, dar a Cristo al mundo, tal es la doble misión del sacerdote en la tierra.

Para realizar esta tarea divina se necesitaría un alma de Cristo. He ahí por qué la Iglesia toda debe ayudarlo a adquirirla, pero más particularmente las almas contemplativas. De ahí la inmolación silenciosa de una multitud de vidas: las más puras, las más crucificadas que pasan por los claustros.

Sor Isabel de la Trinidad poseía en alto grado ese sentido de las necesidades espirituales del sacerdocio, el sentido de esa necesidad de orar por la santidad de los sacerdotes.

Sin duda, no hay que querer pedir a una Carmelita toda una teología del sacerdocio. Sor Isabel de la Trinidad no entra en un análisis de detalle de todas las virtudes sacerdotales: piedad, castidad, desprendimiento de las riquezas, ciencia, obediencia, celo por la salvación de las almas y la gloria de Dios. No es su papel, ni su temperamento espiritual. Según su método familiar, toma las virtudes en la fuente en que brotan: la unión con Dios. Por un proceso psicológico normal, por transposición, proyecta en el alma del sacerdote su propio sueño de vida interior, encontrando por lo demás para traducir el ideal del sacerdocio una fórmula de sublime concisión: el sacerdote es «otro Cristo que trabaja por la gloria del Padre». Le hubiera gustado la palabra tan hermosa de Pío XI en su magistral encíclica sobre el sacerdocio: «Que el sacerdote viva como otro Cristo.» «Vivat ut alter Christus.»⁴²²

Según su gracia particular, con un tacto delicado y ocultándose totalmente, sin nada que parezca en modo alguno una lección, sino sencillamente dejando que su alma de Carmelita se desahogue en un alma de

⁴²¹ Al Padre Ch., diciembre de 1905.

⁴²² *Ad catholici sacerdotii*: 20 de diciembre de 1935.

sacerdote, sor Isabel de la Trinidad sabe recordar el secreto de todo apostolado: sin la vida interior el sacerdote mismo, quizá con mucho ruido, obra apenas el bien, cuando no hace el mal, un mal irreparable.

Conocía bien el texto de su padre espiritual, san Juan de la Cruz, en el cántico: «Es más precioso delante de él (Dios) y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas.»⁴²³ Tan cierto es que la más pequeña chispa de puro amor es para la Iglesia de la mayor importancia.

Ser apóstol es comunicar a Jesucristo al mundo. Pero no lo da uno sino en la medida en que uno mismo lo posee. En su último discurso a sus discípulos, la víspera de su muerte, el Maestro mismo nos ha enseñado las verdaderas leyes del apostolado:

«Yo soy la viña, vosotros sois los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él dará mucho fruto. Una rama no puede dar fruto, separada del tronco; vosotros, lo mismo; sin Mí no podéis hacer nada. Pero si permanecéis en Mí (y en la medida en que estéis unidos conmigo) daréis fruto, mucho, mucho fruto.» «Todo lo que queráis lo obtendréis con la oración. Es la gloria de mi Padre que deis fruto lo más posible. Como mi Padre Me ha amado, Yo también os he amado. Permaneced en mi amor.»⁴²⁴ Este discurso de Jesús después de la Cena es la carta del apostolado cristiano.

En pos de su Maestro, sor Isabel de la Trinidad, tan solícita de vida interior, no podía dejar de subrayar esta necesidad para el sacerdote, de la unión con Nuestro Señor, si quiere a su vez comunicarlo a las almas. En el pensamiento de sor Isabel, el apóstol es ante todo un ser de oración y de inmolación silenciosa, a imagen del crucificado que ha salvado al mundo no con una acción brillante o con hermosos discursos, sino con sus sufrimientos y su muerte. Su apostolado de Carmelita asociado a la acción del sacerdote quiere permanecer en la línea de esa inmolación redentora y en la imitación de esa muerte. Se afana «por completar en su carne lo que falta a los sufrimientos de Jesús para su cuerpo que es la iglesia»⁴²⁵ y llenar así esas misteriosas lagunas de la Pasión de Cristo,

⁴²³ Cántico espiritual, estrofa 29 (Edición de las Carmelitas de París, 318).

⁴²⁴ Jn 15,1.9.

⁴²⁵ Col 1,24.

dejadas por Dios a fin de que nosotros mismos podamos contribuir con nuestra gota de sangre a esa grandiosa obra de la redención del mundo.

«Pidámosle que nos haga verdaderos en nuestro amor, es decir, que haga de nosotros seres de sacrificio, pues me parece que el sacrificio no es más que el amor puesto en acción. “Me amó, se entregó por mí”. Me gusta este pensamiento: “La vida del sacerdote -y de la Carmelita- es un Adviento que prepara la Encarnación en las almas”. David canta en un salmo: “el fuego marchará delante del Señor”.⁴²⁶ El fuego ¿no es el amor? ¿Y no es también nuestra misión la de preparar los caminos del Señor por nuestra unión con Aquél a quien llama el Apóstol “un fuego devorador”?»⁴²⁷ A su contacto nuestra alma llegará a ser como una llama de amor que se difunde en todos los miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Entonces consolaremos al corazón de nuestro Maestro, y él podrá decir mostrándonos al Padre: “Ya estoy glorificado en ellos”.⁴²⁸

Su alma apostólica ha penetrado el sentido profundo del dogma de la comunión de los santos, que asocia a cada miembro al bien espiritual de la Iglesia entera. Consciente de esta verdad, para juzgar de su papel personal de contemplativa en el conjunto del cuerpo místico, sabía elevarse sin falsa humildad a esa altísima luz de la unidad que une a todos los miembros de la Iglesia militante y triunfante con «el Cristo total» en marcha hacia la Trinidad. Lejos de las mezquindades y de las pequeñas sensibilidades, su gran alma de contemplativa se movía con facilidad en los más vastos horizontes del plan divino.

«¿No os parece que para las almas no hay distancia, separación? Es por cierto la realización de la oración de Cristo: “Padre, que sean consumados en el Uno”.⁴²⁹ Me parece que las almas en la tierra y los glorificados en la luz de la visión están tan cerca unos de otros, puesto que participan todos de un mismo Dios, de un mismo Padre que se da a unos en la fe y el misterio y sacia a los otros en sus claridades divinas. Pero es el mismo y Lo llevamos en nosotros. Está inclinado hacia nosotros con toda su caridad, de día y de noche queriendo comunicarnos, infun-

⁴²⁶ Sal 96,3.

⁴²⁷ Heb 12,29.

⁴²⁸ Al Padre B., 1902. Jn 17,10.

⁴²⁹ Jn 17,23.

dirnos su vida divina, a fin de hacer de nosotros seres deificados que lo irradian por doquier. ¡Cuán poderoso es sobre las almas el apóstol que permanece siempre en la fuente de las aguas vivas! Entonces puede desbordarse a su alrededor sin que su alma nunca se vacíe, puesto que él participa del Infinito. Ruego mucho por vos, para que Dios invada todas las potencias de vuestra alma, os haga participar de todo el misterio, para que todo en vos sea divino y marcado con su sello, a fin de que seáis otro Cristo que trabaja por la gloria del Padre. Vos también rogáis por mí ¿verdad? Quiero trabajar por la gloria de Dios y para eso es necesario que esté enteramente llena de Él. Entonces tendré todo poder: una mirada, un deseo, llegan a ser una oración irresistible que puede obtenerlo todo puesto que, por decirlo así, es Dios que uno ofrece a Dios. Que nuestras almas no formen más que una en Él. Mientras vos Lo lleváis a las almas, yo quedaré como Magdalena, silenciosa y adoradora junto al Maestro, pidiéndole que haga fecunda en las almas vuestra palabra. Apóstol, Carmelita, es todo uno. Seamos enteramente de Él, dejémonos invadir por su savia divina. Que Él sea la vida de nuestra vida, el alma de nuestra alma, y permanezcamos día y noche conscientes bajo su acción divina.»⁴³⁰

Todo es equilibrado en esta doctrina de la Carmelita asociada al apostolado del sacerdote en la Iglesia. Mientras el sacerdote lleva a Cristo a las almas por la palabra, los sacramentos y las otras formas variadas de su ministerio, la Carmelita, silenciosamente, se queda como Magdalena a los pies de Cristo, o mejor, como la Virgen Corredentora junto a la Cruz, identificada interiormente con todos los movimientos del alma del Crucificado, y muriendo con Él por los mismos fines redentores.

4. El sacerdote y la dirección de las almas

El Sacerdote ocupa verdaderamente un lugar primordial en la vida cristiana. Asociado a Dios en el gobierno de las almas, el sacerdote, según la palabra de san Pablo, es constituido el «colaborador de Dios.»⁴³¹ Sor Isabel de la Trinidad escribía: «Sois el dispensador de los

⁴³⁰ Al Padre B., 22 de junio (sin fecha).

⁴³¹ 1Co 3,9.

dones de Dios, y el Omnipotente, cuya inmensidad envuelve al universo, parece tener necesidad de vos para darse a las almas.»⁴³²

No se reflexiona bastante en eso.

El mundo recibe a Cristo de las manos del sacerdote. Por él el niño nace a la vida de Cristo en el momento del bautismo. En ella crece, se fortifica por medio del sacerdote con la confirmación, se alimenta de Dios por la mano del sacerdote cada mañana, se limpia de sus faltas y resucita a la vida divina siempre por el sacerdote. Cuando llega para él la hora de establecer su vida de hombre, un sacerdote se acerca para poner a Cristo en ese nuevo hogar. Finalmente, en la tarde de la vida, cuando todo se acaba, sobre el anciano que muere desciende un supremo gesto de bendición: «Puedes partir, alma cristiana, hacia el Cristo de tu bautismo»: es el sacerdote que le abre las puertas del cielo. Así, desde la cuna hasta la tumba el sacerdote está siempre allí.

Esta influencia del sacerdote que acompaña al hombre a lo largo de su existencia toda, no está limitada a los individuos: se extiende a las naciones. Sólo el sacerdote ha recibido de Cristo la misión «de enseñar a todos los pueblos hasta los confines de la tierra.»⁴³³ Por el ministerio del verbo y por la ciencia, induce a las inteligencias a hacerse dóciles al «yugo suave de Cristo.»⁴³⁴ «Si se consideran las verdades que enseña el sacerdote, observa el Papa Pío XI en su encíclica «Ad catholici sacerdotii»,⁴³⁵ si se quiere pesar su fuerza íntima, es fácil comprender hasta qué punto aparece bienhechora para la elevación moral y la tranquilidad de los pueblos la influencia del sacerdote. El es -y con frecuencia él sólo- el que recuerda a los grandes y a los pequeños la brevedad fulminante de esta vida, el carácter fugitivo de los bienes de este mundo, los verdaderos valores espirituales y eternos, la verdad de los juicios de Dios, la incorruptible santidad de esa mirada divina que escruta todos los corazones para dar a cada uno según sus obras. En verdad, el sacerdote es ciertamente ese mediador colocado entre Dios y los hombres para hacer

⁴³² Al Padre B. (sin fecha).

⁴³³ Mt 28,19.

⁴³⁴ Mt 11,30.

⁴³⁵ 20 de diciembre de 1935.

descender sobre ellos los bienes que provienen de Él y hacer subir hacia Él la plegaria que apacigua al Señor irritado.»

¿Qué decir de la acción del sacerdote en las almas más espirituales de la Iglesia? Ellas sobre todo, tienen necesidad de la prudente dirección del sacerdote para no extraviarse en el «sendero estrecho» y rodeado de precipicios, que conduce a la unión divina. San Juan de la Cruz ha dejado páginas severas y duras advertencias a los directores insuficientes que carecen de ciencia y de virtud. ¡Un buen director de almas es tan raro y de tal precio! «Hay que escogerlo entre mil» advertía san Francisco de Sales. Santa Teresa, que sobre este punto tuvo no poco que sufrir, conservó siempre un recuerdo agradecido de esos sacerdotes doctos y piadosos en los que Dios le había proporcionado un indispensable apoyo en las horas difíciles de su alma y de sus fundaciones. A causa de los beneficios recibidos en esas circunstancias de parte de grandes teólogos de la Orden de santo Domingo, se decía «dominica de corazón.»

Ese gusto de la buena doctrina y de la prudente dirección ha permanecido tradicional en el Carmelo. Sobre ese punto como sobre los demás, sor Isabel se mostró verdadera hija de santa Teresa.

Siendo niña y luego joven, iba regularmente a confesarse con el párroco de su parroquia que le servía de director. Hasta lo encontraba «demasiado bueno», y por un instante pensó en pedir a un padre jesuita una dirección más firme.

«Diario» - 6 de febrero de 1899. «El viernes, el sábado, el domingo, tendrán lugar las fiestas de la adoración perpetua en nuestra parroquia. Mi antiguo confesor es el que ha de predicar la adoración perpetua. Sería muy feliz de verlo, de hablarle de mi vocación. ¡Cuántas veces he lamentado su dirección firme y severa! El señor Cura es excelente, hasta demasiado bueno: carece de severidad, me dirige con demasiada suavidad. El otro día hablé a mamá de dejarlo y tomar al Padre Chesnay, el predicador del retiro, a quien sería feliz de tener como director; pero mamá no estuvo contenta, y en adelante no le hablaré más de eso.

Viernes 10 de febrero. «Hoy he ido a confesarme y he estado verdaderamente contenta. Hablé del retiro a mi director. Le comuniqué mis resoluciones y todas las gracias de que me ha colmado Dios durante estos pocos días. Me aconseja que en cada confesión me acuse de mis faltas a las resoluciones que he tomado. Me dice que así realizaré muchos progresos.»

En Dijón, seguía con gusto conferencias espirituales y retiros de los Padres jesuitas, consultándolos en esa ocasión para el bien de su alma y poniendo fielmente en práctica sus avisos.

Admiraba y apreciaba mucho la doctrina del Padre Vallée «tan profundo, tan luminoso.»⁴³⁶ La influencia de este eminente religioso aparece en algunos de los rasgos más esenciales de su fisonomía espiritual: callarse y creer en el amor; vivir en lo más íntimo del alma en sociedad con Aquél que está en ella y quiere a cada minuto purificarnos y salvarnos. Tres meses antes de su muerte, sor Isabel de la Trinidad pedía aún al Padre sus consejos, suplicándole le trazara por escrito un programa práctico de conformidad con el Crucificado, idea dominante de sus últimos días.

«...Espero que el año próximo celebraré vuestra fiesta con santo Domingo en la heredad de los Santos, en la luz. Por este año todavía, me recojo en el cielo de mi alma para festejaron muy íntimamente, y tengo necesidad de decíroslo; necesidad también, Padre, de pedir os vuestras oraciones para ser bien fiel, para estar bien despierta y subir a mi Calvario como esposa del Crucificado. “A los que Dios ha conocido, en su presciencia, los ha también predestinado para ser conformes a la imagen dé su divino Hijo”. ¡Cómo me gusta este pensamiento del gran san Pablo! Dicho pensamiento descansa en mi alma. Pienso “que en su amor excesivo, me ha conocido, llamado, justificado”, y en espera de que me glorifique quiero ser la alabanza incesante de su gloria. Padre, pedídselo para vuestra hijita. ¿Os acordáis? Hace hoy cinco años, llamaba yo a la puerta del Carmelo y vos estabais allí para bendecir mis primeros pasos en la santa soledad. Ahora llamo a las puertas eternas y os pido os inclinéis una vez más sobre mi alma y la bendigáis en el umbral de la “casa del Padre”. Cuando esté en el gran foco de amor, en el seno de los “Tres” hacia los cuales habéis vos orientado mi alma, no olvidaré todo lo que habéis sido para mí y, a mi vez, quisiera también yo dar a mi Padre de quien tanto he recibido.

»¿Me atreveré a expresar os un deseo? Sería tan feliz de recibir unas líneas vuestras en las que me dijerais cómo debo realizar el plan divino: “ser conforme a la imagen del Crucificado”.

⁴³⁶ A la Sra. A., 29 de septiembre de 1902.

»Adiós, Reverendo Padre, os pido me bendigáis en nombre de los “Tres” y me consagréis a Ellos como una pequeña hostia de alabanza.»

No se veía a sor Isabel, como a tantas almas inquietas, correr de director en director; se contentaba con sencillez y docilidad con los confesores que la Providencia le enviaba a su Carmelo. Sin embargo, cuando era necesario, no vacilaba en recurrir a un ministerio extraordinario.

Así, la víspera de su Profesión, su alma desamparada no pudo volver a encontrar la plenitud de la paz sino con la palabra autorizada de un religioso discreto y prudente, que fue expresamente para ella.

Toda su vida conservó un afecto filial y agradecido hacia el buen Canónigo, amigo de su familia, que recibió sus primeras confidencias.

»Si la santa Regla del Carmelo impone silencio a mi pluma, mi alma y mi corazón no se privan, os lo aseguro, de ir hasta vos; a menudo atraviesan la clausura. Pienso que el Maestro me perdona, pues este viaje se efectúa con Él, en Él. Rogad por vuestra pequeña Carmelita, a fin de que este año esté más lleno de fidelidad y de amor. ¡Quisiera tanto consolar a mi Maestro manteniéndome sin cesar unida con Él! Voy a haceros una confidencia muy íntima: mi sueño es ser “la alabanza de Su gloria”. En san Pablo es donde he leído esto y mi Esposo me ha dado a entender que tal era mi vocación desde el destierro, en espera de ir a cantar el Sanctus eterno en la Ciudad de los Santos; pero eso exige una gran fidelidad, pues para ser “alabanza de gloria” hay que estar muerta a todo lo que no es Él, para sólo vibrar bajo su toque, y la miserable Isabel hace por cierto algunas tonterías a su Maestro; pero como un tierno Padre, Él le perdona, su divina mirada la purifica. Como san Pablo, ella procura “olvidar lo que está detrás para lanzarse hacia lo que está adelante”.⁴³⁷

»¡Cómo siente uno la necesidad de santificarse, de olvidarse, para dedicarse enteramente a los intereses de la Iglesia! ¡Pobre Francia! Me gusta cubrirla con la sangre del Justo, de “Aquél que está siempre vivo a fin de interceder”⁴³⁸ y pedir misericordia. ¡Cuán sublime es la misión de la Carmelita! Debe ser mediadora con Jesucristo, ser para Él como una humanidad suplementaria en la que Él pueda perpetuar su vida de reparación, de sacrificio, de alabanza y de adoración. Pedidle que yo esté a

⁴³⁷ Flp 3.13.

⁴³⁸ Heb 7,25.

la altura de mi vocación y que no abuse de las gracias que me prodiga. ¡Si supierais cómo eso me da miedo a veces! Entonces, me arrojó en Aquél a quien san Juan llama “el Fiel, el Verdadero” y Le suplico que sea Él mismo mi fidelidad... El Domingo de la Epifanía es el tercer aniversario de mis bodas con el Cordero: ¿queréis, en el Santo Sacrificio, al consagrar la hostia en que se encarna Jesús, consagrar también a vuestra hijita al Amor Omnipotente, para que Él la transforme en alabanza de gloria?»⁴³⁹

Así, fiel a la voluntad del Maestro y a la sabiduría de la Iglesia, la Carmelita iba a pedir al sacerdote que la ayudara en las diversas fases de su vida espiritual y que la condujera a la unión divina. Tal es la razón toda del sacerdocio: por medio de la palabra, de la oración y los sacramentos, de la misa sobre todo, «formar a Cristo» en el mundo de las almas, y «por Él, con Él, en Él » «consumarlas en la unidad» con Dios.

Una cosa que no sospechaba sor Isabel de la Trinidad era la atmósfera divina a la que conducía a las almas sacerdotales que tuvieron la dicha de tratarla y todas las cuales conservaron de ella el recuerdo de una muy alta santidad.⁴⁴⁰ Así acontece a menudo en el ejercicio del sacerdocio. Por una admirable alternativa de la Sabiduría divina, el sacerdote que se inclina sobre las almas es santificado por ellas. Los que tienen experiencia lo saben: si el sacerdote es puesto por Dios junto a las almas para dirigir las y salvarlas, en el plan de la Providencia hay también almas puestas junto al sacerdote, a fin de revelarles o de recordarles el camino de las cimas. El maestro Báñez célebre profesor de la Universidad de Salamanca y fiel apoyo de santa Teresa, debió a sus conversaciones con la santa reformadora algunas de las más altas luces que hicieron de él un teólogo contemplativo tan grande. San Juan de la Cruz, por su parte, añadía a su «Cántico» una estrofa sublime sobre la Belleza divina después de haber oído las confidencias de alma de una Carmelita de Beas. ¿Quién podría decir el número de iniciativas sobrenaturales y de obras de apostolado que encontraron su inspiración de la misma manera, en el transcurso de la historia de la Iglesia?

¡Cuántas almas sacerdotales han sacado de los escritos de sor Isabel de la Trinidad esa mirada definitiva hacia las cimas que hace nuevas

⁴³⁹ Al canónigo A., enero de 1906.

⁴⁴⁰ Testimonios recibidos. (Su confesor profesaba un verdadero culto por ella).

todas las cosas! Para la humilde Carmelita de Dijón, ésta es su manera agradecida de devolver al sacerdocio algo de lo que había recibido de él. Más que nunca, desde lo alto del cielo, sor Isabel de la Trinidad continúa su misión de Carmelita asociada al apostolado del sacerdote, a fin de apresurar el «día de Cristo»⁴⁴¹ en el que «Dios estará todo en todos»,⁴⁴² a la «alabanza de Su gloria.»⁴⁴³

⁴⁴¹ Flp 1,10.

⁴⁴² 1Co 15,28.

⁴⁴³ Ef 1,12.

8. Los dones del Espíritu Santo⁴⁴⁴

«Todos sus actos provienen del alma y al mismo tiempo provienen de Dios.»

1. El papel de los dones del Espíritu Santo

El estudio de los dones del Espíritu Santo trata de las operaciones más elevadas de la vida espiritual y toca los puntos cumbres de la teología mística. Esta actividad de modo deiforme, que reviste a las almas con las «costumbres de la Trinidad», es el triunfo supremo de la gracia y no aparece con esplendor sino en la hermosa tarde de la vida de los Santos, cuando, habiendo por decirlo así desaparecido su propio yo, Dios parece reservarse Él solo todas las iniciativas de la actividad de ellos. Introducida de manera estable en la intimidad de las Personas divinas, el alma participa de la vida trinitaria. Según la palabra de san Juan, vive «en sociedad»⁴⁴⁵ con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo «en la unidad.»⁴⁴⁶ Es la gracia del bautismo en su pleno desarrollo.

Al principio no es así. El cristiano se mueve «en Dios» algo así como un hijo adoptado, que no ha tomado aún todas las costumbres de su nueva familia. El bautizado no posee sino imperfectamente esa vida esencialmente deiforme y no sabe aún como hacer para vivir «a la manera de un Dios». Es necesario pues que las Personas divinas vengán a enseñarle a vivir en el seno de la familia trinitaria como Dios mismo, y, más especialmente, «a la manera del Verbo», puesto que la conformidad con el Hijo señala el término supremo de nuestra predestinación en Cristo.

El paso de ese modo humano de las virtudes cristianas, al modo divino, constituye precisamente el objeto propio de la actividad de los dones del Espíritu Santo. A medida que el bautizado adelanta en la vida divina y que se desarrolla en él la gracia de su bautismo, este ser humano

⁴⁴⁴ A causa de la mayor importancia de la actividad de los dones del Espíritu Santo en la vida espiritual, hemos dado más amplitud a la exposición teológica.

⁴⁴⁵ 1Jn 1,3.

⁴⁴⁶ Jn 17,21.

hecho verdaderamente según la palabra de san Pedro «partícipe de la naturaleza divina»⁴⁴⁷ tal cual subsiste en la unidad de la Trinidad, debe tomar, cada vez más, conciencia del misterio de su filiación divina que lo hace «ajeno» a todo lo que no es Dios. El cristiano es otro Cristo cuya vida profunda está oculta con el Hijo único en el seno del Padre para allí ser «consumada en la unidad» de un mismo Amor. Es la naturaleza divina comunicada por el Padre al Verbo y por Ellos al Espíritu Santo que los predestinados reciben por gracia de participación. Importa en sumo grado penetrarse de esta verdad fundamental. La definición de la gracia contiene, por vía de consecuencia rigurosa todo el sentido sobrenatural de la actividad de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo que derivan de ella como una propiedad de la esencia. ¿Cómo darse cuenta de que la fe nos hace «partícipe del Verbo»⁴⁴⁸ si no se ha comprendido que en su esencia íntima el alma, por la gracia de adopción, ha llegado a ser conforme a la Trinidad? Esta concepción de la gracia, la más tradicional y profunda a la vez, es la única que explica cómo, bajo la moción especial de las Personas Divinas, se puede vivir ya en la tierra «con un alma de eternidad» «a la manera del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», por lo menos en cuanto lo permitan las oscuridades de la fe y las dificultades de la vida presente, obstáculo insuperable al pleno ejercicio siempre actual de la caridad. La palabra «participación»⁴⁴⁹ incluye y define todos los matices que puede tomar en las almas la vida deiforme, desde los primeros pasos del nuevo bautizado hasta los actos más divinos de los «raros perfectos de la tierra»⁴⁵⁰ establecidos de manera fija en las cumbres de la unión transformadora, preludio normal de la vida del cielo. En efecto, permaneciendo la gracia, por su ley más esencial, ordenada al modo deiforme de la gloria, encamina cada vez más a los predestinados hacia esa vida perfecta a imagen de Dios cuyo principio y ejemplar lo constituye para todo bautizado, sin excepción, la Bienaventurada Trinidad. «Sed perfectos como el Padre»⁴⁵¹ decía Jesús, es decir: vivid a la manera de una Persona divina. Todo el progreso de la vida espiritual

⁴⁴⁷ 2Pe 1,4.

⁴⁴⁸ Sto. Tomás I, q. 38, a. 1.

⁴⁴⁹ Participación formal, analógica, inadecuada.

⁴⁵⁰ Sto. Tomás, I-II, q. 61, a. 5.

⁴⁵¹ Mt 5,48,

consiste precisamente en despojarse cada vez más de ese modo humano de las virtudes para acercarse, por imitación, al movimiento más íntimo, más secreto, más divino de la vida Trinitaria. No ver más las cosas de una manera humana, aun bajo las luces de la fe sino en la sola luz del Verbo y «como Él»; amar divinamente sin poder dirigirse hacia un bien cualquiera, creado o increado, sino por Dios primeramente, por su sola gloria, algo así como las Personas Divinas. Se aman entre Sí y aman al universo en un mismo movimiento de Amor.

Recordar estos principios de la más alta teología mística, es trazar todo el papel de los dones del Espíritu Santo, que tienen por efecto propio encaminar a las almas hacia la unión transformadora o de guardarlas en ella revestidas de las costumbres de la Trinidad.

El Espíritu obra primero lentamente, progresivamente y por intermitencias; luego, si el alma es fiel, con una frecuencia cada vez más rápida, que finalmente se convierte en un estado permanente. Es el régimen predominante de los dones del Espíritu Santo que triunfa en el alma de los santos. Cristo Jesús es el perfecto modelo de éstos, Él que se movía a voluntad en cada uno de sus actos bajo la moción del Espíritu. La Virgen fiel, después de Él, constituye el tipo ideal más accesible a nuestra debilidad, puesto que Cristo es Dios y por eso nos superará siempre hasta lo Infinito.

Esta vida mística, desarrollo normal de la gracia del bautismo, llega a ser la preparación inmediata a la vida deiforme de los bienaventurados. La teología hasta se atreve a definirla una «vida eterna comenzada». El alma revestida de las costumbres divinas en cuanto a una criatura es capaz de ello en la tierra, se mantiene ya, como lo decía sor Isabel de la Trinidad: «inmóvil y apacible como si habitara en la eternidad», en «sociedad» con el Padre, su Verbo, y el amor de los dos. Bajo la luz deiforme que le es comunicada, el alma ve a Dios y a todas las cosas «a la manera del Verbo», como Dios, en esa Luz única en que el Padre contempla al Hijo y a su Espíritu, en que la creación aparece a cada una de las Personas de la Trinidad.

Ama a las Personas divinas y a su prójimo como Dios. Se ama a Sí mismo y a todo el universo en un mismo Espíritu de Amor. Así, por esta actividad deiforme de las virtudes teologales, bajo la moción de los dones, el alma se hace, según la expresión audaz de santo Tomás «partíci-

pe del Verbo y del Amor» «particeps Verbi, particeps Amoris.»⁴⁵² Se conduce verdaderamente en medio de los acontecimientos de la vida «a la manera de un Dios»,⁴⁵³ como Cristo Jesús, su modelo, siempre dirigido en sus menores acciones por el sople del Espíritu. Esta «manera deiforme» es el efecto propio de los dones del Espíritu Santo. Para el alma es la vida con Dios en la unión transformadora, «que no forma sino un mismo espíritu con Él»,⁴⁵⁴ que no tiene otra Luz, ni otro Amor. En participación, ciertamente, con todas las distinciones que implica nuestra irreductible individualidad frente a lo Increado. Con la conciencia de su nada en que la mantiene el espíritu de temor y de ciencia, el alma descansa, confiada, en el auxilio omnipotente y salvador el cual le guarda de manera segura su heredad eterna.

A su vez, las virtudes cardinales entran en esta fase de transformación divina en la medida en que se puede descubrir en Dios su prototipo ideal. En Dios, la Prudencia es esa Providencia universal y tutelar que dirige los menores acontecimientos del mundo «con fuerza y suavidad.»⁴⁵⁵ En Dios no hay Templanza, puesto que las pasiones animales están ausentes de la Divinidad, sino una bienaventurada concentración en la unidad y una misteriosa circumsesión de las Personas divinas descansando una en otra: el Padre en el Hijo, los dos juntos en su único Amor y gozando en común de su propia felicidad. La Fuerza de Dios es la tranquilidad inmutable que mantiene a la Bienaventurada Trinidad por encima de nuestras agitaciones humanas en una inalterable paz. Finalmente, la justicia de Dios consiste en la observación benévola pero fiel de las leyes libremente establecidas por su Amor para su propia gloria y para el verdadero bien de los predestinados.

El alma que ha entrado en esas costumbres divinas participa más o menos de esta vida deiforme que la hace tan agradable a las Personas divinas. «¡Agrada tanto a la Trinidad encontrar en las criaturas Su propia imagen!»⁴⁵⁶ El Maestro, que lo sabía, decía: «Sed perfectos como el

⁴⁵² Sto. Tomás, I, q.38, a. 1.

⁴⁵³ Sto. Tomás, 3 Sent. d. XXXIV, q. 1, a. 3 «ut jam non humanitus, sed quasi Deus factus participatione operetur.»

⁴⁵⁴ 1Co 6,17.

⁴⁵⁵ Sab 8,1.

⁴⁵⁶ Carta al canónigo A., agosto de 1902.

Padre Celestial.»⁴⁵⁷ Todas esas virtudes de «modo deiforme» imprimen en el alma la semejanza con la vida misma de Dios. Por la gracia y sus propiedades, el alma entra verdaderamente en participación de la Naturaleza Increada y de los atributos divinos.

Su prudencia, despreciando todas las contingencias y las vanidades de este mundo, se refugia en la contemplación de las solas cosas divinas. Su templanza, en la medida en que se lo permite el cuerpo, deja de lado todos los goces sensibles; ni siquiera los conoce más. Es el «Nescivi»⁴⁵⁸ del alma que ha encontrado a su Dios y cuya posesión la conserva en un ardiente y feliz olvido de todo lo demás. Su fortaleza es una cierta semejanza con la Inmutabilidad divina: nada puede distraerla ya o agitarla, menos aún desviarla de Dios. Para ella la lucha no existe más: en su vida, es el triunfo de Dios. Todas sus potencias están tendidas hacia Él, cosa justa ciertamente, para servirlo y adorarlo. Ella da a Dios, en todas las cosas, honor y gloria, viviendo con Él en la unidad de un mismo Espíritu. El alma que ha llegado a esas cumbres entra definitivamente en el cielo de la vida trinitaria y parece vivir como Dios «en un eterno presente.»⁴⁵⁹

Sor Isabel de la Trinidad, lectora asidua del «Cántico» y de la «Llama de amor Viva» se ha detenido únicamente en la descripción de esos estados superiores. No es que ella ignore o desprecie el duro sendero de la Subida al Carmelo. Al contrario, en ella, un ascetismo implacable está implicado en la descripción de los estados místicos más elevados: el alma que no está muerta a todo, que «persigue un pensamiento inútil, un deseo cualquiera»,⁴⁶⁰ se cierra a sí misma de ese modo el camino de las cimas. A la unión transformadora no llegan más que las «almas resueltas a participar efectivamente de la Pasión de su Maestro y de la conformidad con su muerte»:⁴⁶¹ una verdadera alabanza de gloria está crucificada a imagen del Hijo. Sin embargo hay que reconocerlo: la tendencia de su espíritu es ante todo mística. Se encuentra en ella, toda una doctrina muy personal de la unión transformadora, cuya expresión más evolucion-

⁴⁵⁷ Mt 5,48.

⁴⁵⁸ Último retiro, 2º día.

⁴⁵⁹ Último retiro, 10º día.

⁴⁶⁰ Último retiro, 2º día.

⁴⁶¹ Último retiro, 5º día.

nada, en el momento en que su propia vida estaba dominada por ese modo deiforme de la actividad de los dones del Espíritu Santo, nos la suministran sus últimas cartas y sus dos retiros. Ese carácter original, absolutamente irreductible, de la doctrina mística de sor Isabel de la Trinidad, no debe sorprender. El espíritu es esencialmente multiforme y hay numerosas moradas en la unión transformadora; podría decirse una infinita variedad, pues así Dios manifiesta mejor su gloria. Se encuentran las diversas descripciones de esas moradas en los Padres y los Doctores de la Iglesia que han tratado las cuestiones místicas según su temperamento, sus gustos, su educación, su ambiente. San Juan de la Cruz y santa Teresa nos han dejado análisis en los que, a pesar de un acuerdo fundamental, se notan apreciables diferencias. Santo Tomás de Aquino, según la forma de su genio esencialmente didáctico y utilizando el pensamiento de Plotino, el más gran genio místico de la antigüedad, ha sabido resumir en un artículo curioso todo un estudio breve pero muy profundo de la semejanza con las costumbres divinas accesible tan sólo a «unos pocos perfectos en la tierra»,⁴⁶² en el que se sorprende en compendio, como en una pequeña suma mística, el punto más elevado de su moral, su doctrina personal de la unión transformadora.

Aquí también, aquí sobre todo, sería pueril querer pedir a sor Isabel de la Trinidad una enseñanza sistemática sobre la existencia, la necesidad, la naturaleza, las propiedades de los dones del Espíritu Santo en la luz de la unión transformadora. El papel de la Carmelita no es enseñar doctoralmente los caminos espirituales sino seguirlos en el silencio de una vida enteramente «oculta en Dios con Cristo.»⁴⁶³ Al teólogo toca discernir el valor doctrinal de ese testimonio y descubrir la realización concreta de los principios de la ciencia mística.

Así aparece en sor Isabel de la Trinidad, en un fondo de alma carmelitano, la encarnación viviente de la doctrina clásica sobre los dones del Espíritu Santo.

Con demasiada frecuencia se imagina uno, sin razón, que las mociones del Espíritu Santo no tienen lugar sino para los solos actos heroicos, y que van acompañados de gracias extraordinarias: puros carismas concedidos a veces por Dios a sus servidores para la utilidad de la Iglesia,

⁴⁶² Sto. Tomás, I-II, q. 61, a. 5.

⁴⁶³ Col 3,3.

pero que importa en sumo grado distinguir de la actividad de los dones. En sí, pueden estar separados unos de otros. La Madre de Dios, que es el tipo ideal, absolutamente perfecto, del alma siempre dócil al Espíritu Santo, nunca tuvo éxtasis, y durante su vida en la tierra, probablemente, no realizó ningún milagro. Pasaba inadvertida en medio de las mujeres de Nazaret y, sin embargo, el menor gesto, la más pequeña mirada de la Madre de Dios tenía más valor corredentor que todos los sufrimientos de los mártires juntos y aun que todos los méritos de la Iglesia militante hasta el fin del mundo. Las operaciones de la gracia santificante pertenecen a un orden infinitamente superior, esencialmente trinitario. Cuanto más deiforme es el principio de la acción, tanto más meritoria es la actividad. La más pequeña acción de Cristo, emanando de la Persona de un Dios, poseía un valor meritorio, impetratorio y satisfactorio infinito. Con una sonrisa y como jugando, Jesús hubiera podido rescatar billones de universos.

Este punto de doctrina es capital. Es consolador ver a los Santos mismos apoyarse en él. Como santa Teresa del Niño Jesús, sor Isabel de la Trinidad declara que la más alta santidad no consiste en las revelaciones y en los milagros ni en un género de vida extraordinario, sino en la pura fe, en una caridad lo más divina y actual que sea posible, manifestada por la práctica, sin desmayo, del deber cotidiano. «Todo está en la intención. ¡Cómo podemos santificar las más pequeñas cosas, transformar los actos más ordinarios de la vida en actos divinos!»⁴⁶⁴ No soñemos con martirio ni éxtasis: «Un alma que vive unida a Dios sólo realiza obras sobrenaturales, y las acciones más vulgares en vez de separarla de Él, no hacen, al contrario; sino acercarla a Él siempre más.»⁴⁶⁵

Nos ha dejado sobre la Virgen una palabra muy profunda que muestra en qué grado tenía la intuición de esas verdades: «Las cosas más vulgares estaban divinizadas por Ella.»⁴⁶⁶ Y en la actitud de la Virgen de la Encarnación, silenciosa y fiel, adoradora del Verbo oculto en su seno, sor Isabel sabía descubrir el verdadero modelo de las almas interiores que quieren vivir con sencillez, siempre dóciles a las menores impulsiones del Espíritu. He ahí, a sus ojos, la auténtica santidad. Pero «¡qué re-

⁴⁶⁴ Carta a su madre, 10 de septiembre de 1906.

⁴⁶⁵ Carta a su madre, 10 de septiembre de 1906.

⁴⁶⁶ «El Cielo en la tierra», 12ª contemplación.

cogimiento, que amorosa atención a Dios reclama esta obra sublime! San Juan de la Cruz dice que el alma debe mantenerse en el silencio y la soledad absoluta para que el Altísimo pueda realizar sus deseos sobre ella. Entonces, la lleva, por decirlo así, como una madre que toma a su hijo en los brazos, y, encargándose Él mismo de su dirección íntima, reina en ella por la abundancia y la tranquilidad de la paz que en ella derrama.»⁴⁶⁷

«Todos sus actos provienen de ella y al mismo tiempo provienen de Dios.»⁴⁶⁸ Es, a la vez, pasiva bajo la moción divina y activa con su libre albedrío. Dios no suprime su actividad personal, pero la dirige, la eleva según Su manera enteramente divina. Manifiestamente son éstos los rasgos característicos del régimen místico de los dones. «El alma que penetra y permanece en esas profundidades de Dios cantadas por el Rey Profeta, que por consiguiente todo lo hace en Él, por medio de Él y para Él, con esa limpieza de la mirada que le da cierta semejanza con el Ser simple, esa alma por cada uno de sus actos por ordinarios que sean, se arraiga más profundamente en el que ama. Todo en ella rinde homenaje al Dios tres veces santo; ella es por decirlo así un Sanctus perpetuo, una alabanza de gloria incesante.»⁴⁶⁹ Es la vida perfecta en la docilidad de todos los instantes al menor soplo del Espíritu.

Se impone una última observación general.

La gracia santificante lleva simultáneamente al alma todo el organismo sobrenatural de las virtudes y de los dones. Pero la libre actividad de éstos no toma uniformemente en todos el mismo relieve. Ciertas almas sobresalen en tal o cual virtud; las otras virtudes (presentes sin embargo y obrando cuando lo exigen las circunstancias) pasan a segundo plano. Así la fortaleza se manifiesta con esplendor en los mártires, la pureza en las vírgenes, la fe luminosa en la vida de los doctores, el puro amor de Dios en el silencio contemplativo. Del mismo modo, ciertos dones del Espíritu Santo aparecen predominantes en la vida de los Santos. El don de consejo es más visible en los hombres de gobierno; el don de ciencia, acompañado a menudo por el don de lágrimas, en los apóstoles que convierten, a quienes conmueve profundamente el espectáculo

⁴⁶⁷ Carta al Padre Ch., primavera de 1905.

⁴⁶⁸ «El Cielo en la tierra», 3ª contemplación.

⁴⁶⁹ Último retiro, 8º día.

de la penuria moral de sus hermanos en Cristo. El don de Sabiduría resplandece en los grandes contemplativos que, elevándose por encima de lo creado, no viven más que para Dios Solo, en la compañía habitual de las Personas divinas.

No es pues sorprendente que en la vida y en la doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad los siete dones del Espíritu Santo no se presenten con el mismo relieve. El don de temor parece esfumado. El don de consejo también. Al contrario, el don de fortaleza brilla en medio de los sufrimientos que hicieron de sus últimos días un calvario espantoso. En ella aparecen sobre todo los grandes dones contemplativos de Entendimiento y de Sabiduría que arrebatan instintivamente el movimiento de su alma hacia las profundidades de la vida trinitaria.

Este análisis de los dones del Espíritu Santo nos hará entrar en las más secretas operaciones de amor de la Trinidad, en esa alma tan divinamente amada.

2. *El espíritu de temor*

Jamás manchó su alma virgen un pecado mortal. Por consiguiente no hay en ella rastro alguno de ese temor culpable de las personas del mundo. La angustia del infierno, que han experimentado tantas otras almas santas, no parece haberla rozado siquiera. A sus ojos sólo una cosa tuvo siempre importancia en el pecado: la ofensa infinita al Dios de amor. Eso es lo que la espanta en el destino de los pecadores y en su propia vida: temor filial de un alma que teme sólo la pena causada a un Padre infinitamente bueno, digno de toda fidelidad. «Lloro esos pecados que os han hecho tanto mal.»⁴⁷⁰

Antes la muerte que la mancha: «Si alguna vez debiera ofender mortalmente al Esposo a quien amo sobre todas las cosas, entonces, oh muerte, cercéname pronto antes de tener esa gran desgracia.»⁴⁷¹ «Me siento pronta a morir antes que ofenderos voluntariamente, aun con el pecado venial.»⁴⁷²

⁴⁷⁰ *Diario*, 14 de marzo de 1899.

⁴⁷¹ *Diario*, 10 de marzo de 1899.

⁴⁷² *Diario*, 11 de marzo de 1899.

Bajo la influencia de ese Espíritu de Temor, el alma se pone a temblar delante de la infinita Majestad que habita en ella y podría aniquilarla en un momento, como lo merecería, le parece, a causa de sus faltas. Mientras el alma permanece en ese sentimiento de temor religioso, casi de terror sagrado, se hace imposible todo movimiento de complacencia en sí misma. Con todas sus fuerzas el alma aparta lo que, en ella, podría desagradar a su Dios. Ese espíritu de temor la mantiene en la humildad, guardiana de la caridad perfecta. Sentimiento necesario a toda criatura ante la Majestad de Dios, que anima aún en todo momento a los bienaventurados en el cielo, y alcanza su expresión suprema en el alma de Cristo frente al Poder formidable de su Padre infinitamente temible a los pecadores.

Si no se encuentra en sor Isabel de la Trinidad esta forma de temor reverencial frente a la terrible Majestad de Dios, tan punzante en el alma de ciertos Santos y en el Agonizante de Getsemaní, es fácil descubrir en su vida otros efectos característicos del mismo. Con el don de temor se relaciona esa bienaventuranza de los «pobres en espíritu», la primera de todas, en afinidad especial con el primero de los siete dones que ponen al alma en estado de perfecta docilidad frente al Espíritu Santo. «Bienaventurados los pobres en espíritu»,⁴⁷³ los desprendidos de todo, los que no quieren otra riqueza que la Trinidad. Y para lo demás, nada. Nada en las criaturas; nada en la memoria y los sentidos; pobreza, pobreza, pobreza. Nada en la inteligencia, excepto la luz del Verbo; nada en la voluntad y en lo más íntimo del alma, sino la presencia de la Trinidad, la única que es beatificante. Bajo la influencia de este Espíritu de temor, el alma, libre de todo pensamiento de amor ajeno a Dios, huye hacia su nada, se vacía de sí misma, teme el más pequeño pecado, el menor apego, la menor imperfección, el menor apoyo en la criatura. Para realizar esta bienaventurada pobreza liberadora quiere absolutamente caminar «sola con el Solo».

Tal fue la forma bien carmelitana que tomó el don de temor en sor Isabel de la Trinidad: el Espíritu la impulsaba a desprenderse de todo para refugiarse por encima de todo motivo humano en Dios solo, en el vacío de todo lo creado.

⁴⁷³ Mt 5,3.

3. *El espíritu de fortaleza*

El don de Fortaleza es uno de los más característicos de la fisonomía espiritual y de la doctrina mística de sor Isabel de la Trinidad.

Sus primeros terrores de niña desaparecieron pronto al contacto contemplativo del Alma del Crucificado. Ese fue el secreto de la transformación tan rápida de su actitud ante el sufrimiento. Su «Diario», cuando aun estaba en el mundo, nos la muestra ya victoriosa de sí misma y de esa sensibilidad pueril que le hacia temer ir al consultorio del dentista. Su ideal se ha virilizado. Ahora mira al dolor de frente, hasta lo desea con ardor.

A los diecinueve años escribía: «Quiero vivir y morir como una crucificada.»⁴⁷⁴

Dios escucha tales deseos. Ella hizo bien en tomar como consigna de su vida religiosa: la identificación con todos los movimientos del Alma del Crucificado.

La vida religiosa es un verdadero martirio. Las almas de los Santos encuentran en ella amplia cosecha de sacrificios que crucifican, cuyo mérito puede igualar y aún superar al del martirio de sangre. A condición de que no se deje pasar ninguna ocasión de mortificar la naturaleza, y de entregarse sin reserva a las exigencias del Amor, Dios sabe descubrir en la vida religiosa para cada alma, en el marco de su vocación, el camino del calvario que la conducirá sin rodeos hasta la configuración perfecta con el Crucificado. La sola práctica -absolutamente fiel- de una regla religiosa aprobada por la sabiduría de la Iglesia bastaría para encaminar a las almas hacia las más altas cimas de la santidad. A causa de eso el Papa Juan XXII decía: «Dadme un Dominico que observe su regla y sus constituciones y, sin otro milagro, yo lo canonizo.» Lo mismo podría decirse de la legislación del Carmelo y de toda otra forma de vida religiosa. El perfecto cumplimiento del deber oscuro exige el ejercicio cotidiano del don de fortaleza. No son las cosas extraordinarias las que hacen a los Santos, sino la manera divina de realizarlas. Este «heroísmo de pequeñez» cuyo ejemplo más resplandeciente en la iglesia es quizá santa Teresa del Niño Jesús, encontró una nueva forma de realización en la Carmelita de Dijón. Estándole siempre prohibidas las mortificaciones

⁴⁷⁴ *Diario*, 31 de marzo de 1899.

extraordinarias, las suplió con una fidelidad heroica a las menores observancias de su Orden, sabiendo encontrar en la regla del Carmelo «la forma de su santidad»⁴⁷⁵ y el secreto de «dar su sangre gota a gota por la Iglesia hasta agotarse.»⁴⁷⁶

El don de fortaleza, en efecto, contra lo que se cree comúnmente, consiste menos en emprender con valor grandes obras por Dios que en soportar con paciencia y con la sonrisa todos los sacrificios de la vida. Esta fortaleza de alma resplandece en los Santos en la hora del martirio, y, en la vida de Jesús, en el momento de su muerte en la Cruz. Juana de Arco es más fuerte en su hoguera que en la entrada victoriosa de Orleáns a la cabeza de su ejército.

Se encuentran estas dos formas del don de fortaleza en sor Isabel de la Trinidad, la segunda sobre todo.

Al comienzo de su vida religiosa y en el entusiasmo de su primer fervor, la devoraban un hambre y una sed increíbles de santidad: «Me gusta vivir en estos tiempos de persecución. ¡Cuán santo habría que ser!.. Pedidle para mí esta santidad de que tengo sed... Quisiera amar como los Santos, como los mártires.»⁴⁷⁷ En ella no eran éstas palabras en el aire como en ciertas almas que uno encuentra, que sueñan con el martirio de amor y soportan apenas los menores choques de la vida común, un alfilerazo. Sin extraviarse en espejismos de santidad quimérica, sino con el realismo práctico de los santos, sor Isabel de la Trinidad, en la luz de su Dios Crucificado, tuvo la sabiduría de descubrir en los menores actos de la vida ordinaria el mejor modo de dar a Dios el testimonio de su amor. «No sé si tendré la dicha de dar a mi Esposo el testimonio de la sangre, pero por lo menos, si vivo plenamente mi vida de Carmelita, tengo el consuelo de gastarme por Él.»⁴⁷⁸ «Si me preguntaran el secreto de la felicidad, diría: no tenerse en cuenta, negarse a sí mismo todo el tiempo.»⁴⁷⁹ En el transcurso de los últimos meses se la

⁴⁷⁵ Carta al canónigo A., 15 de julio de 1903.

⁴⁷⁶ A su priora.

⁴⁷⁷ Carta al canónigo A., 11 de septiembre de 1901.

⁴⁷⁸ Carta al canónigo A., julio de 1903.

⁴⁷⁹ Carta a Fr. de S., 11 de septiembre de 1906.

vio ir al encuentro del dolor «con la majestad de una reina.»⁴⁸⁰ Todo su ser iba a la destrucción: arruinado, calcinado. En esta alma de mártir, ésa fue la hora triunfal del don de fortaleza. La valiente «alabanza de gloria», identificada cada vez más con el alma del Crucificado, daba la impresión de la fortaleza divina del Calvario. Al verla, su priora se transportaba instintivamente a la imagen del Crucificado. Ella misma se daba perfecta cuenta del sentido de esta consumación de su vida en el dolor. Escribía a su madre: «Temes que yo sea una víctima designada para sufrir. Te suplico que no te entristezcas; no me siento digna. Calcula: participar de los sufrimientos de mi Esposo Crucificado e ir a mi pasión para ser redentora con Él.»⁴⁸¹ «El sufrimiento me atrae cada vez más. Este deseo domina casi al del cielo, bien fuerte sin embargo. Nunca me había hecho Dios comprender de este modo que el dolor es la más grande prenda de amor que pueda dar a la criatura. Como ves, a cada nuevo sufrimiento beso la cruz de mi Maestro y le digo: gracias. No soy digna. Pienso que el sufrimiento fue el compañero de su vida y yo no merezco ser tratada como Él por su Padre.»⁴⁸² «La señal por la cual reconocemos que Dios está en nosotros y que su amor nos posee es recibir no sólo con paciencia sino con agradecimiento lo que nos hiere y nos hace sufrir. Para llegar a ese punto, hay que contemplar al Dios Crucificado por amor y esta contemplación, si es verdadera, tiene como término infalible el amor del sufrimiento. Mamá querida, a la luz que brota de la cruz recibe toda prueba, toda contrariedad, todo proceder poco gracioso. Así es cómo se complace a Dios, cómo se adelanta en los caminos del amor. ¡Oh, dale gracias por mí, soy tan, tan feliz! Quisiera poder sembrar algo de esa felicidad en los que amo... Te doy cita a la sombra de la Cruz para aprender la ciencia del sufrimiento.»⁴⁸³

Sor Isabel, alegre, por la voluntad, bajo la mano que la crucificaba gustaba refugiarse en la devoción a la Reina de los mártires, sumida en una inmensidad de dolor «vasto como el mar»,⁴⁸⁴ pero «de pie y fuerte

⁴⁸⁰ Palabra de un testigo.

⁴⁸¹ Carta a su madre, 18 de julio de 1906.

⁴⁸² Carta a su madre, 25 de septiembre de 1906.

⁴⁸³ Carta a su madre, 25 de septiembre de 1906.

⁴⁸⁴ Cf. Lam 2,13.

junto a la cruz»⁴⁸⁵ en la plenitud de una alegría completamente divina -«plane gaudens»⁴⁸⁶ - al pensar en la Trinidad apaciguada por la oblación del Hijo y en el espectáculo de la Redención que se operaba ante su vista. Una de las últimas esquelas a su madre nos permite sorprenderla en esta actitud heroica del don de fortaleza:

«Hay un Ser que es el Amor y que quiere que vivamos en sociedad con Él. Está allí y me acompaña, me ayuda a sufrir, me enseña a superar el dolor para descansar en Él... Eso lo transforma todo.»⁴⁸⁷

Manifiestamente todo esto supera al modo humano y no puede explicarse sino por el Espíritu de Fortaleza que sostenía a Cristo en la Cruz.

4. *El espíritu de piedad*

El Espíritu de Jesús reviste en nosotros aspectos multiformes: es Espíritu de temor, de fortaleza, de piedad, de consejo, de ciencia, de entendimiento, de sabiduría.

En el don de temor y la bienaventuranza de los pobres, Él impulsa al alma al desprendimiento absoluto y le sugiere como consigna: nada, nada.⁴⁸⁸ No contar más que con Dios que nunca falla. Desconfiando de sí misma, el alma se refugia en la Omnipotencia divina. Entonces el Espíritu de fortaleza se apodera de ella, le hace repetir con confianza: «Tengo hambre y sed de justicia,⁴⁸⁹ de santidad.» «Señor, espero en Ti y no seré confundida.»⁴⁹⁰ Pronta por su Dios a todos los martirios, podría exclamar como Teresa del Niño Jesús: «Un martirio no me bastaría, los querría todos»⁴⁹¹ o, como Isabel de la Trinidad: «Quisiera amar como los Santos, como los mártires... amar hasta morir de amor.»⁴⁹² ¿Qué decir de las maravillas que el Espíritu de Jesús puede realizar sin ruido en tales almas? Se insinúa en las más íntimas profundidades de su ser, les

⁴⁸⁵ Stabat.

⁴⁸⁶ Encíclica «Ad diem illum», 2 de febrero de 1904.

⁴⁸⁷ Carta a su madre, 20 de octubre de 1906.

⁴⁸⁸ Gráfico de S. Juan de la Cruz.

⁴⁸⁹ Mt 5,6.

⁴⁹⁰ Sal 30,2.

⁴⁹¹ Historia de un alma.

⁴⁹² Cf. *Diario*, y carta al canónigo A., 11 de septiembre de 1901.

hace lanzar hacia Dios gemidos inenarrables. El alma, hija adoptiva de la Trinidad, murmura con ternura enteramente filial: «Abba, Pater⁴⁹³, Padre»; es el Espíritu mismo del Hijo.

Con una clara conciencia de esta paternidad divina, sor Isabel gustaba meditar a menudo, a la luz de su querido san Pablo, sobre esta gracia de adopción que vivificaba todo su culto a Dios. Ni método demasiado rígido ni fórmulas complicadas que podrían paralizar los anhelos de su corazón filial. Corre a Dios como una niña hacia su Padre. Todo queda simplificado: La Trinidad es para ella la «mansión amada», la «casa paterna» de la que no quiere salir jamás,⁴⁹⁴ la atmósfera de familia, en la que su alma de bautizada se siente completamente «en su casa.» Todos los movimientos de su alma van hacia Dios como hacia un Padre tiernamente amado y su sublime oración a la Trinidad no es más que el ímpetu de su corazón filial. Habría que analizar esta Elevación a la luz del don de piedad para descubrir en ella el secreto de su vida de oración. ¡Cuán lejos estamos de todos esos regateos interesados de que están llenas tantas vidas de oración en las cuales parece que no se acerca uno a Dios sino para mendigarle socorros! Aquí el primer lugar es para la oración silenciosa adora dora, para la identificación con todos los movimientos del Alma de Cristo, para la contemplación de los «abismos» de la Trinidad. Sin esfuerzo su alma se eleva en esa oración, hasta las Personas divinas con el Espíritu mismo del Hijo: «¡Oh Cristo mío! Venid a mí como Adorador y como Reparador Y vos, oh Padre, inclinaos hacia vuestra pobrecita criatura, no veáis en ella sino al Amado en quien habéis puesto todas vuestras complacencias.»⁴⁹⁵

Sin duda, la oración de petición por los pecadores ocupa también su alma de Carmelita y de corredentora; pero en su vida de oración la alabanza adoradora guarda -y con mucho- el primer lugar: es el más puro Espíritu de Jesús, el Perfecto Adorador del Padre que ha venido ante todo a la tierra para reunir a su alrededor a los verdaderos adoradores que «el Padre busca»⁴⁹⁶ y que la Trinidad espera.

⁴⁹³ Rm 8,15.

⁴⁹⁴ «El Cielo en la tierra», 1ª contemplación.

⁴⁹⁵ Elevación a la Trinidad.

⁴⁹⁶ Jn 4,23.

El carácter propio del don de piedad, en efecto, es el impulsar al alma religiosa a elevarse, en sus relaciones con Dios, por encima de toda consideración interesada, de todo motivo creado: necesidades o beneficios.⁴⁹⁷

Mientras la virtud infusa de religión da a Dios el culto que le es debido en su calidad de Maestro Soberano, Principio y Fin supremo de todas las cosas, Autor de todo el orden natural y sobrenatural, el don de piedad, no teniendo para nada en cuenta ninguna deuda basada en las liberalidades divinas, no mira más que la Excelencia Increada del Eterno y no quiere para su alabanza otra medida que la gloria que Dios encuentra en el seno de Sí mismo en su Verbo y en sus perfecciones infinitas. La Virgen en su Magnificat deja percibir un hermoso movimiento de su alma tocada por ese sople del Espíritu de piedad, cuando engrandece a Dios no sólo a causa de sus «misericordias sin número de generación en generación», ni aun por la gracia sublime de su maternidad divina que le valdrá el ser llamada «bienaventurada» por todas las naciones, sino sobre todo porque Él es grande en Sí mismo, no siendo las cosas maravillosas obradas en su pobre sierva sino el signo de su «Omnipotencia y de la santidad de su nombre» «et sanctum nomen ejus.»⁴⁹⁸ De manera que la razón de engrandecer a Dios y de alegrarse en Él no es otra que esta actitud divina, cuyas obras exteriores son tan sólo una ínfima manifestación.

La virtud de religión considera al Dios Creador y Providencia: «Digno sois, Señor Dios, de recibir gloria y honor, pues vos sois el que habéis creado todas las cosas y vuestra voluntad la que las guarda en la

⁴⁹⁷ Cf. el teólogo clásico de los dones del Espíritu Santo, Juan de santo Tomás (q. 70, disp. XVIII, art. 6, Vives 668): Todo el esfuerzo de su análisis del don de piedad tiene por texto fundamental la enseñanza de Sto. Tomas en las Sentencias III, d. 34, q.3, a.2, q^a I, ad I: «Pietas quae est donum accipit in hoc ALIQUID DIVINUM pro MENSURA, ut scilicet Deo honorem impendat. NON quia sit Ei DEBITUS, sed quia DEUS honore dignus en, PER QUEM MODUM etiam ipse DEUS sibi honori est.» De donde concluye Juan de Sto. Tomás p.669: «At vero donum pietatis RELICTA hac MENSURA RETRIBUTIONIS et largitionis bonorum, honorat et magnificat Dominum RATIONE SUI... SOLUM attendit ad MAGNITUDINEM DIVINAM IN SE, etc...»

⁴⁹⁸ Lc 1,49

existencia.»⁴⁹⁹ Pero también rinde a Dios un culto de agradecimiento y de alabanza por que Él es el Autor de la Redención y de todo el orden sobrenatural: «Digno sois, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, pues habéis sido inmolado y habéis rescatado para Dios, con vuestra sangre, hombres de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo y de toda nación. Los habéis hecho reyes y sacerdotes y reinarán sobre la tierra».⁵⁰⁰

El don de piedad, elevándose por encima de todos esos motivos de bondad de Dios para con nosotros, no quiere detenerse sino en la consideración de Él mismo, del misterio insondable de las infinitas perfecciones de esa Esencia divina dentro de la Trinidad. No es solamente la paternidad de Dios sobre las almas por la gracia la que retiene su mirada; el Espíritu de piedad penetra, como el Verbo, en las más íntimas profundidades de la Divinidad, hasta las más secretas riquezas de esa Naturaleza Increada: Paternidad eternamente fecunda, Generación de un Verbo consustancial al Padre, su Marca, su Gloria y su Esplendor, Espiración de un Amor común consustancial y coeterno, que los une desde siempre y para siempre, ahora y por siglos sin fin; Naturaleza idéntica, comunicada por el Padre al Hijo, por el Padre y el Hijo al Espíritu Santo, sin anterioridad de tiempo, sin desigualdad de perfección, sin dependencia, sino con orden y distinción de las Personas en una indivisible Unidad.

El motivo del don de piedad es la Trinidad misma. El alma, no deteniéndose ya en la apreciación de sus beneficios, querría glorificar a Dios tanto cuanto Dios es para Sí mismo su propia alabanza. Es la medida divina a la cual querría ella igualar y que imprime un modo deiforme a todo su culto de oración, de acciones de gracias y sobre todo de adoración. Según la fórmula tan profunda, familiar a sor Isabel de la Trinidad, «adora a Dios a causa de Él mismo» y porque es Dios. La Iglesia de la tierra está bajo esta moción especial del don de piedad cuando canta cada día en el Gloria de la Misa: «Gracias te damos, Señor, a causa de tu gloria infinita», «Gratias agimus Tibi propter magnam gloriam tuam.» Este culto de glorificación de la Majestad divina no apela a ningún beneficio sino a la sola grandeza de Dios en Sí mismo. El motivo de este

⁴⁹⁹ Ap 4,11.

⁵⁰⁰ Ap 5,9-10.

movimiento de piedad adoradora es la Deidad misma en su Excelencia Increada, infinitamente superior a todos sus Dones. Un sentimiento análogo arrebató el alma religiosa de sor Isabel de la Trinidad, como en otro tiempo la de su Madre santa Teresa cuando, el domingo en el oficio de Prima, la liturgia ponía en sus labios el *Quicumque*, haciendo pasar bajo la mirada contemplativa de la Iglesia la enumeración de las perfecciones divinas ocultas en el seno del misterio trinitario: Unidad en la Trinidad y Trinidad en la Unidad, sin confusión de Personas, sin separación de sustancia; una sola Divinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo; gloria idéntica, majestad coeterna, igualdad de Potencia, de Inmensidad, de Eternidad.⁵⁰¹

En las últimas horas de su vida, sor Isabel de la Trinidad completamente dominada por el pensamiento de la eternidad, gustaba de los capítulos del Apocalipsis que le describían esta vida adoradora de la liturgia del cielo en la que el alma «viviendo por encima de lo que pasa y por encima de sí misma, adora siempre a Dios a causa de Él mismo, según la palabra del Salmista: “Adorad al Señor pues es Santo.” “La adoración es verdaderamente una palabra del cielo.” Me parece que puede ser definida: el éxtasis del amor. Es el amor aplastado por la belleza, la fuerza, la grandeza inmensa del objeto amado.» «El alma sabe que Aquél a quien adora posee en Sí toda felicidad y toda gloria, y arrojando su corona en su presencia, como los Bienaventurados, se desprecia, se pierde de vista y encuentra su bienaventuranza en la del Ser adorado.»⁵⁰²

Con la liturgia eterna, expansión suprema del don de piedad, la Iglesia triunfante transportada por Cristo y en Él a la alabanza del Verbo, realiza el más caro sueño del alma adoradora de sor Isabel: la incesante alabanza de gloria ante la faz de la Trinidad.

5. *El espíritu de consejo*

El don de consejo es por excelencia un don de gobierno. Ahora bien, sor Isabel de la Trinidad ni fue priora, ni estuvo en oficio alguno con cargo de almas. Su vida religiosa entera transcurrió entre el noviciado y la enfermería. Y sin embargo poseyó en grado altísimo este Espíritu de Dios. El don de consejo, en efecto, más patente en los que poseen la au-

⁵⁰¹ *Quicumque*, en Prima del domingo.

⁵⁰² Último retiro, 8º día.

toridad, no es menos necesario a todas las almas para la perfecta orientación de su vida según los designios de Dios. En los superiores toma la forma de un gobierno prudente y sobrenatural que se afana ante todo, aun en medio de la organización de las cosas materiales, por el bien espiritual de las almas religiosas y por la mayor gloria de Dios. En los inferiores, pone una docilidad cuidadosa en someterse a todas las voluntades del Señor manifestadas por sus representantes legítimos. Cualesquiera que sean sus talentos o sus defectos, sólo Dios habla en ellos y merece ser escuchado.

El don de consejo se manifestó primeramente en sor Isabel de la Trinidad bajo esta forma de pronta docilidad a su director de conciencia. Estando en el mundo, le preguntaba su parecer sobre todo aquello que concernía al bien de su alma y se atenía fielmente a sus decisiones. Novicia, recurría en toda ocasión a su priora, a veces casi con exceso, por pequeñeces, en el deseo de encontrarse enteramente en la línea de la voluntad divina. Un testigo decía: «Bastaba insinuar “Nuestra Rvda. Madre lo ha dicho”; la hubieran hecho ir hasta el fin del mundo.»⁵⁰³ El Espíritu de consejo no conduce solamente a las almas con inspiraciones personales y secretas, sino que las impulsa también a dejarse dirigir, a atenerse en paz a las luces de los que tienen gracia para decidir y mandar.

Más tarde, el don de consejo tomó en ella otra forma, más elevada. Entre sus corresponsales, ciertas almas esperaban de ella la palabra decisiva que debía orientarlas hacia la unión con Dios. Queda uno maravillado de la flexibilidad de adaptación de sor Isabel de la Trinidad en medio de la extrema variedad de sus relaciones: miembros de su familia, niños, doncellas, personas del mundo en las más diversas situaciones, almas sacerdotales. No hay correspondencia en que menos se note lo convencional. No hay la menor huella de pedantismo de una persona que pretende dar una reprimenda o una lección, sino un gran espíritu de discreción, un tacto exquisito, un perfecto sentido de las situaciones. Espera años, si es necesario, para deslizar con delicadeza la palabra de reproche que turbará a un alma: «¡Ah Dios! Cuando esté allá arriba ¿queréis permitirme que os ayude, aun más, que os reprenda si veo que

⁵⁰³ De un testigo.

no dais todo al Divino Maestro, y esto porque os amo?» «Que Él os guarde toda suya, enteramente fiel. En El, seré siempre vuestra.»⁵⁰⁴

En fórmulas luminosas y apacibles, las más altas luces espirituales sobre la «alabanza de gloria» o sobre el misterio de la Trinidad son puestas al alcance de todas las almas y dan a su espiritualidad ese aspecto de equilibrio y de justeza doctrinal que ha determinado a una multitud de almas a hacer de los escritos de sor Isabel de la Trinidad su libro de cabecera. Esta facilidad de transposición y de adaptación depende directamente del don de consejo, que inclina a las almas, después de haber consultado las razones supremas de la Sabiduría del Verbo, a discernir los medios prácticos más simples y rápidos para llegar, a través de las mil y una dificultades de la vida, a la cumbre de la unión divina.

Fue ésa la forma característica que el Espíritu de consejo tomó en ella. Su misión no era la de dirigir una comunidad, sino la de conducir a una multitud de almas hacia las profundidades de la vida trinitaria por el sendero del desprendimiento absoluto y el olvido de sí hasta ese «gran silencio de adentro que permitió a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él.»⁵⁰⁵

6. El espíritu de ciencia

Con los dones de Ciencia, de Inteligencia, de Sabiduría, penetramos en la más profunda psicología del alma de los santos. La actividad de esos dones superiores nos permite sorprender su más secreta actitud frente a la «nada» de la criatura y al «Todo» de Dios. De ahí su importancia primordial en un estudio de alma contemplativa. En sor Isabel de la Trinidad proporcionan ellos la clave de su vida espiritual y de su doctrina mística.

El espíritu de Ciencia da la experiencia de las criaturas a la luz de la caridad. Permite juzgarlas según sus propiedades contingentes y temporales y aun elevarse por ellas hasta Dios.

Bajo su impulso se opera en el alma un doble movimiento: la experiencia del vacío de la criatura, de su nada, y también, a la vista de la creación, el descubrimiento de la huella de Dios. El mismo don de ciencia arrancaba lágrimas a santo Domingo al pensar en la suerte de los po-

⁵⁰⁴ A una amiga.

⁵⁰⁵ Carta a sor Odilia, octubre de 1906.

bres pecadores, mientras que frente al espectáculo de la naturaleza, inspiraba a san Francisco de Asís su famoso Cántico al Sol. Los dos sentimientos aparecen en el pasaje conocido del «Cántico Espiritual» de san Juan de la Cruz en el que el santo describe el socorro y al mismo tiempo el tormento del alma mística frente a la creación, pues las cosas del universo le revelan el paso del Amado, mientras Él se ha ido Invisible, hasta que el alma, transformada en Él, Lo encuentra en la visión beatífica.

En los grandes convertidos -un san Agustín por ejemplo, en sus Confesiones- este don reviste la expresión de una dolorosa experiencia del pecado. El alma virginal de sor Isabel de la Trinidad no experimentó nunca bajo esta forma aguda y trágica los efectos del don de ciencia. Según el ritmo apacible de su alma contemplativa, tendía más bien a llegar a ser en ella un poderoso agente de desprendimiento y de perfección. Las criaturas son mentirosas y oponen obstáculo a la plenitud de la vida divina: hay que escaparse de ellas; no saber más nada de ellas, considerar todas las cosas como basura para ganar a Cristo y olvidarlo todo en Él. Es el «nescivi» de su «Ultimo retiro» y del «Cielo en la tierra». Su alma quiere pasar a través de las criaturas sin verlas para no detenerse más que en Cristo. Todo el ascetismo del silencio se explica bajo esta luz. El conjunto de las cosas criadas ¿valen una mirada, para aquel que, aun cuando no fuera más que una vez, ha sentido a Dios?

El don de ciencia acusa otra forma, positiva, en los santos. El espectáculo de las criaturas, como antaño en el estado de inocencia, los conduce invenciblemente a Dios: Esa voz potente del concierto de la creación ejercía a veces sobre ciertas almas contemplativas una fuerza tal de reproche que se los oía murmurar a la vista de las flores: «Callaos.» Bajo la moción del Espíritu de ciencia el salmista cantaba: «Coeli enarrant gloriam Dei», «Los cielos narran la gloria de Dios.»⁵⁰⁶ Habría que relacionar más bien con este segundo aspecto los movimientos de gracia que experimentaba habitualmente sor Isabel de la Trinidad frente a las bellezas de la creación. Para ella, como para los Santos, la naturaleza era el gran libro de Dios. Cuando estaba en el siglo había sido amante de los grandes bosques solitarios, de la salvaje grandeza de las montañas pirenaicas, de la inmensidad del océano; sobre todo, de los espacios sin límite de una noche estrellada: entonces se apoderaba de su

⁵⁰⁶ Sal 18,2.

alma un sentimiento de infinitud, el contacto con la naturaleza le daba Dios con intensidad.

A medida que adelante en la vida, se mezclarán en su alma esos dos sentimientos del don de ciencia. La miseria de la criatura y el sentido de su propia nada la arrojarán hacia Dios Solo: «Si miro hacia la tierra, veo la soledad y aun el vacío, pues no puedo decir que mi corazón no haya sufrido.»⁵⁰⁷ «¡Cuán bueno es, en los momentos en que uno siente su propia miseria, ir a hacerse salvar por Él!»⁵⁰⁸ «Cuando uno mira hacia ese mundo divino que nos envuelve ya desde el destierro, en el que podemos movernos ¡cómo desaparecen las cosas de aquí abajo! Todo eso es lo que no es, es menos que nada.» «¡Los Santos habían comprendido tan bien la ciencia verdadera, la que nos hace salir de todo y de nosotros mismos para arrojarnos en Dios y no vivir más que de Él!»⁵⁰⁹

De ese modo se manifestaba a su alma este conocimiento revelador de la «nada» de la criatura y del «Todo» de Dios que el Espíritu de Jesús comunica a los que Lo aman y que la Escritura llama «la ciencia de los Santos.»⁵¹⁰

7. El espíritu de entendimiento

Los grandes contemplativos, como las águilas, vuelven sus miradas hacia las cumbres. Saben que la más pequeña luz sobre la Trinidad es infinitamente más deleitable que el conocimiento de todo el universo. ¿Qué es el movimiento todo de los átomos y de las criaturas salidas de Dios, al lado de la silenciosa y Eterna generación del Verbo que se oculta en Su seno? Es propio de los dones de Entendimiento y de Sabiduría, los dos grandes dones contemplativos, hacernos entrar en lo más íntimo de esos abismos trinitarios. En esta luz enteramente deiforme el alma ve las cosas con la mirada misma de Dios. San Juan de la Cruz se atreve a decir que el alma que ha llegado a ese grado de unión transformadora entra en participación del misterio de las procesiones divinas: de la generación del Verbo, de la Espiración del Amor. Por la fe y la caridad, bajo esta altísima luz de los dones, realiza actos reservados a Dios y

⁵⁰⁷ Carta al canónigo A., 4 de enero de 1904.

⁵⁰⁸ Carta a la Sra. A., 24 de noviembre de 1905.

⁵⁰⁹ Carta a la Sra. A., 24 de noviembre de 1904.

⁵¹⁰ Sab 10,10.

propios de las Personas divinas. Según la promesa de Jesús: es «la consumación en la unidad.»⁵¹¹ La palabra participación señala a la vez la distancia infinita -que existe siempre entre Dios y Su criatura-, y una verdadera comunicación, por gracia, de la vida trinitaria. El alma participa de la Luz del Verbo y del movimiento del Amor Increado. «Particeps Verbi, particeps Amoris»,⁵¹² según la audaz fórmula de santo Tomás, tan solícito de exactitud doctrinal y, en sus términos, siempre tan mesurado.

El don de Entendimiento tiene por efecto esencial hacer penetrar lo más profundamente posible dentro de las verdades sobrenaturales a las cuales la fe se contenta con adherirse bajo simple testimonio exterior. Esta penetración amante y sabrosa de las más altas verdades divinas, sobre todo del misterio trinitario, su objeto de predilección, no depende de la agudeza intelectual del sujeto sino de su grado de amor y de su docilidad perfecta al soplo del Espíritu.

Los toques más secretos de este Espíritu escapan siempre a nosotros en la tierra como lo que hay de más divino en la vida de los santos. Las huellas que de ellos podemos sorprender en sor Isabel de la Trinidad nos permiten descubrir que esta acción del Espíritu de Entendimiento no tomó toda su amplitud sino después de su entrada al Carmelo, al contacto con la teología mística de san Juan de la Cruz y la lectura de san Pablo, después de las purificaciones supremas de su vida de fe.

Se pueden reducir los efectos del don de Entendimiento a seis principales, pues una realidad divina puede ocultarse: bajo los accidentes, bajo las palabras, bajo las figuras o las analogías, bajo las cosas sensibles, en sus causas, en sus efectos. Claro está que este Espíritu se manifiesta de manera muy diferente según las circunstancias, los diversos temperamentos de los santos y la misión de éstos. A unos concede una penetrante inteligencia de las Escrituras, a otros el discernimiento de lo divino en las almas, un conocimiento particular del alma de Cristo o del Misterio de María, el sentido de la Redención, de la Providencia, de tal o cual atributo divino, de la Unidad en la Trinidad. No terminaría uno si quisiera detallar las innumerables maneras con que puede comunicarse a los hombres y a los ángeles ese Espíritu de entendimiento esencialmente

⁵¹¹ Jn 17,23.

⁵¹² I q. XXXVIII, a, I (in corpore) cf. también II-II, q. XXIV, art. 2.

multiforme, según cómo plazca a Dios revelar su gloria por medio de su bondad.

En sor Isabel de la Trinidad, los dones del Espíritu Santo así como los aspectos de su vida espiritual, tomaron normalmente una forma carmelitana. Fácil es recoger en sus escritos, a la luz de su vida, una cantidad de textos reveladores de la acción del don de entendimiento.

Bajo las apariencias eucarísticas, su mirada contemplativa se detenía largamente a adorar el alma de Cristo oculta en el tabernáculo. «Poseemos la visión en sustancia bajo la humilde hostia.»⁵¹³

El don de Entendimiento le abre el libro de las sagradas Escrituras y le da el sentido de las mismas. Es uno de los aspectos más asombrosos por el cual el Espíritu de Dios obra en sor Isabel de la Trinidad. Su proceder más habitual es la paráfrasis mística manejada con rara penetración. Sin hacer violencia al sentido literal, saca de él su admirable doctrina espiritual. Las palabras inspiradas le sirven de punto de partida para magníficas elevaciones contemplativas en las que se complace su alma de Carmelita. Una sola palabra de la Escritura le proporciona a veces, para años, «la luz de vida.»⁵¹⁴ Así descubre ella en san Pablo el «nombre nuevo» que le designa de parte de Dios su oficio de eternidad el cual le es preciso comenzar ya en el tiempo: «la incesante alabanza de gloria a la Trinidad.»⁵¹⁵ En la última fase de su vida, es también san Pablo quien viene a fijarle, en una fórmula que lleva gracia a su alma, su programa supremo de transformación en Cristo: «la conformidad con su muerte.»⁵¹⁶ A veces basta un simple cotejo de textos para que brote en su alma la luz divina: «Hemos sido predestinados por un decreto de Aquél que ha hecho todas las cosas según el consejo de su voluntad a fin de que sirvamos para la alabanza de su gloria... Dios nos ha elegido en Él antes de la creación para que seamos inmaculados y santos en su presencia en la caridad.» «Si cotejo esas dos exposiciones del plan divino eternamente inmutable, concluyo que para cumplir dignamente con mi oficio de *Laudem Gloríae*, debo mantenerme a través de todo “en pre-

⁵¹³ Carta al Padre Ch., 14 de junio de 1903.

⁵¹⁴ Jn 8,12.

⁵¹⁵ Fórmula familiar a sor Isabel de la Trinidad.

⁵¹⁶ Flp 3,10.

sencia de Dios”; más que eso, el apóstol nos dice: “in caritate” es decir, en Dios. Deus caritas est, y es el contacto con el Ser divino el que me hará “inmaculada y santa a sus ojos”.»⁵¹⁷ Ser alabanza de gloria por medio del ejercicio continuo de la presencia de Dios: he ahí toda su vocación. Eso lo ha discernido en san Pablo con una sola mirada.

También se distingue en ella un segundo movimiento del don de entendimiento, familiar a las almas puras y contemplativas a las cuales las menores cosas recuerdan simbólicamente o por analogía la presencia de Dios: «Cuando veo que el sol invade con sus rayos nuestros claustros pienso que Dios invade así el alma que no busca sino a Él.»⁵¹⁸ Todo el universo visible, en el alma de los santos, toma un sentido espiritual que los conduce hasta Dios. Su mirada está dirigida hacia la faz mística de las cosas. Una santa Catalina de Ricci no podía ver una rosa roja sin pensar en la sangre redentora. Sor Isabel de la Trinidad pertenecía a la raza de esas almas vírgenes que parecen haber vuelto a encontrar el estado de inocencia y leen a Dios en el libro de la creación. Con facilidad, desde su entrada al Carmelo, descubre a Dios en los más íntimos detalles de su vida: «Aquí todo habla de El.»⁵¹⁹ «En el Carmelo, se encuentra a Dios en todas partes.»⁵²⁰ «Tan presente está el Maestro que se creería que se va a aparecer en medio de los corredores solitarios.»⁵²¹ Cuando se le anuncia el nacimiento de una sobrinita, inmediatamente se informa de la fecha del bautismo, queriendo estar allí con el pensamiento en el momento en que bajo los signos de la regeneración cristiana descienda a esta alma la Trinidad. Es la expansión del simbolismo místico: «cada cosa es un sacramento que la pone en posesión de Dios.»⁵²²

Hay otro aspecto del don de entendimiento particularmente sensible en los teólogos contemplativos. Después del duro trabajo de la ciencia humana, todo se ilumina de pronto bajo una impulsión del Espíritu. Un

⁵¹⁷ Último retiro, 3er día.

⁵¹⁸ Carta a G. de G., 14 de septiembre de 1902.

⁵¹⁹ A M. L. M., 26 de octubre de 1902.

⁵²⁰ A su hermana, 1901.

⁵²¹ A sus tías, Pascua de 1903.

⁵²² Carta a la Sra. A., 1906.

mundo nuevo aparece en un principio o en una causa universal: el Cristo Sacerdote, Único Mediador del cielo y de la tierra, o bien el misterio de la Virgen Corredentora llevando espiritualmente en su seno a todos los miembros del Cuerpo místico, o finalmente el misterio de la identificación de los innumerables atributos de Dios en su soberana simplicidad y la conciliación de la Unidad de Esencia con la Trinidad de Personas en una Deidad que supera infinitamente las investigaciones más secretas de toda mirada creada. Otras tantas verdades que el don de entendimiento profundiza sin esfuerzo, sabrosamente, en la alegría beatificarte de una «vida eterna comenzada en la tierra» a la luz misma de Dios.

Dos causas sobre todo detuvieron la mirada contemplativa de sor Isabel: la influencia universal de la Trinidad presente en el fondo de las almas para santificarlas, conservándolas «inmóviles y apacibles» bajo su acción creadora, la actividad redentora de Cristo que habita en ella día y noche para purificarla, divinizarla y salvarlo todo: dos puntos cardinales de su espiritualidad.

En sentido inverso, el don de entendimiento revela a Dios y su Omnipotente causalidad en los efectos, sin apelar a las largas marchas discursivas del pensamiento humano abandonado a sus propias fuerzas, sino por simple mirada comparativa y por intuición «a la manera de Dios.» En los más imperceptibles indicios, en los menores acontecimientos de su vida, un alma atenta al Espíritu Santo descubre de golpe todo el plan de la Providencia sobre ella. Sin razonamiento dialéctico sobre las causas, la simple vista de los efectos de la justicia o de la misericordia de Dios le hace entrever todo el misterio de la Predestinación divina, el «amor excesivo.»⁵²³ que persigue a las almas para unirlas con la beatificarte Trinidad. A través de todo, Dios conduce a Dios.

Cuando se conoce la poca cultura teológica de sor Isabel de la Trinidad, uno no puede menos que maravillarse de las páginas tan profundas y tan luminosas que nos ha dejado sobre el misterio de la Virgen y de Cristo, sobre la habitación de Dios en las almas de los justos, sobre la alabanza de gloria que debe subir sin cesar hacia la adorable Trinidad.

⁵²³ Ef 2,4.

El teólogo atento está obligado a concluir que ese conocimiento supratécnico no puede explicarse en ella sino por experiencia del saber incommunicable que Dios reserva «a los corazones puros.»⁵²⁴

8. *El espíritu de sabiduría*

El don de Sabiduría es el don regio, el que hace entrar más íntimamente a las almas en participación del modo deiforme de la ciencia divina. No puede uno elevarse más alto, de este lado de acá de la visión beatífica que sigue siendo su regla superior. Es la mirada del «Verbo espirando el Amor» comunicada a un alma que juzga de todo por las causas más altas, más divinas, por las razones supremas «a la manera de Dios.»

Introducida por la caridad en la intimidad de las Personas divinas y como en el corazón de la Trinidad, el alma divinizada, bajo el impulso del Espíritu de Amor, contempla todo desde ese centro, punto indivisible desde donde le aparecen, como a Dios mismo, los atributos divinos, la creación, la redención, la gloria, el orden hipostático, los menores acontecimientos del mundo. En cuanto le es posible a una simple criatura, su mirada tiende a identificarse con el ángulo de visión que Dios tiene de Sí mismo y de todo el universo. Es la contemplación de modo deiforme a la luz de la experiencia de la Deidad cuya inefable dulzura experimenta el alma en sí misma: «per quamdam experientiam dulcedinis.»⁵²⁵

Para comprender esto hay que recordar que Dios no puede ver las cosas sino en Sí mismo: en su causalidad. No conoce a las criaturas directamente en sí mismas, ni el movimiento de las causas contingentes y temporales que regulan su actividad. Las contempla en su Verbo bajo un modo eterno. Aprecia todos los acontecimientos de la Providencia a la Luz de su Esencia y de su Gloria.

El alma puede entrar en comunicación con la Luz Increada de dos maneras: primeramente bajo un modo inmutable medido por la eternidad participada: es la visión de gloria en el Verbo; en segundo lugar fuera del Verbo, por experiencia mística y conocimiento sabroso de las dulzuras de Dios: en el resplandor de la luz beatífica o, en su defecto -pero

⁵²⁴ Mt 5,8.

⁵²⁵ Sto. Tomás, I-II, q. 112, a. 5.

en estado violento- bajo el régimen de la fe iluminada por los dones. Nunca se lo subrayaría suficientemente: la experiencia mística está en este mundo como desterrada; la verdadera patria de los dones, es el cielo, en la prolongación de las alegrías beatificantes de la Visión facial de la Trinidad.

¿Qué sucede aquí abajo, en el alma que así juzga de todo a la luz de la Trinidad cuyos efectos de presencia experimenta en el fondo de sí misma, por lo menos en cuanto se lo permite el estado de unión? En las potencias más altas, más espirituales de su ser hecho deiforme por la gracia santificante, brota una actividad del mismo orden que permite al alma así divinizada vivir «en sociedad» con las Personas divinas al nivel de una experiencia propiamente trinitaria. La fe le ha abierto ya las perspectivas sobrenaturales y la ha puesto en contacto con el cielo entero; los dones de ciencia y de entendimiento le han permitido saborear, al mismo tiempo que la «nada» de la criatura, el «Todo» de Dios, entrar dentro de las insondables riquezas de la vida trinitaria; entonces aparece el don de sabiduría, el más divino de todos los dones, que va a hacer participar a esta alma, en el supremo grado posible en la tierra, del conocimiento experimental que Dios saborea en el seno de Sí mismo en su Verbo Espirador del Amor. Establecida de manera fija por la unión transformadora en esa atmósfera divina de las Personas Increadas, introducida como hija adoptiva en la familia de la Trinidad, tiene el poder de «gozar de Dios.»⁵²⁶ En adelante connaturalizada con Él, juzga de todo en Dios, en el mundo y en sí misma, con su experiencia de la Deidad. Mientras el don de ciencia toma un movimiento ascendente, para elevar al alma desde las criaturas hasta Dios, y el don de entendimiento por simple mirada de amor penetra todos los misterios de Dios afuera y adentro, el don de sabiduría, por decirlo así, no sale nunca del corazón mismo de la Trinidad. Todo se le aparece desde ese centro indivisible. El alma así deiforme no puede ver las cosas sino bajo sus razones más altas, más divinas. Todo el movimiento del universo, hasta los menores átomos, cae así bajo su mirada a la purísima luz de la Trinidad y de los atributos divinos, pero con orden, según el ritmo con que las cosas proceden de Dios. Creación, redención, orden hipostático, todo se le aparece, aun el mal, ordenado a la mayor gloria de la Trinidad. Elevándose

⁵²⁶ Sto. Tomás, I, q. 43, a. 3, ad I.

finalmente, con una suprema mirada, por encima de la justicia, de la Misericordia, de la Providencia y de todos los atributos divinos, descubre de repente todas esas perfecciones increadas en su Fuente eterna: en esa Deidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que supera infinitamente todas nuestras limitadas concepciones humanas y deja a Dios Incomprensible, Inefable, aun a las miradas de los bienaventurados, aun a la mirada beatificada de Cristo, ese Dios que es a la vez, en su Simplicidad supereminente, Unidad y Trinidad, Esencia indivisible y Sociedad de Tres Personas vivas, realmente distintas según un orden de procesión que no rompe su consustancial Igualdad. El ojo humano no hubiera podido descubrir nunca un misterio tal, ni el oído percibir armonías tales, ni el corazón sospechar una bienaventuranza tal, si por gracia la Deidad no se hubiera inclinado hasta nosotros en Cristo para hacernos entrar en esas insondables profundidades de Dios bajo la conducta misma de su Espíritu.

¿Es necesario insistir, después de esto, para hacer comprender que un alma que vive habitualmente bajo esas altas inspiraciones del don de sabiduría remonta en todos los dominios a la visión del Principio supremo, en Dios, y, como lo señalaba y practicaba sor Isabel de la Trinidad, «no se detiene a lo que juzguen las causas segundas»?

En esta última reflexión, sor Isabel de la Trinidad deja percibir su secreto más íntimo. Después de un comercio de varios años con sus textos y los movimientos de su alma, ésta es nuestra convicción más esencial: el don de Sabiduría es el más característico de su doctrina y de su vida.

Tenía por instinto el sentido de lo eterno y de lo divino. Hubiera tenido que hacerse violencia para descender al nivel de las mezquindades en que se arrastra una multitud de almas aun religiosas -llamadas contemplativas- que no saben elevarse por encima de sus miserias o de sus guñapos. Sor Isabel iba directamente a Cristo y a la Trinidad, sin inquietarse demasiado por las raras faltas que escapaban a su fragilidad. Crucificada a su deber no se enredaba en una multitud de prácticas de detalle, sino que a través de las mil pequeñeces de la vulgaridad cotidiana, como la Virgen de la Encarnación sabía conservar su mirada hacia las cumbres. En pos de su hermana mayor del Carmelo, santa María Magdalena de Pazzi «imitadora del Verbo» en su vida religiosa, sor Isabel de la Trinidad descubre en su vocación de Carmelita el medio de estar con Cristo: corredentora del mundo y glorificadora de la Trinidad.

"¡Cuán sublime es la vocación de la Carmelita! Debe ser medianera con Jesucristo, ser para Él como una humanidad suplementaria en la que Él pueda perpetuar su vida de reparación, de sacrificio, de alabanza y de adoración. Pedidle que yo esté a la altura de mi vocación.»⁵²⁷

Los Santos ven las cosas en grande. Recuérdese el grito apostólico de santa Teresa del Niño Jesús: «Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra... No, no podré tomar ningún descanso hasta el fin del mundo. Pero cuando el ángel haya dicho: "No hay más tiempo", entonces descansaré, podré gozar, porque el número de los elegidos estará completo.» Sor Isabel de la Trinidad sentía pasar en su alma las mismas ambiciones:

«Quisiera poder decir a todas las almas qué fuente de fortaleza, de paz y también de felicidad, encontrarían viviendo en esta intimidad»⁵²⁸ de las Personas divinas. Como verdadera Carmelita, estaba animada de inmensos deseos de «velar con celo por la gloria» de su Dios. «Me entrego a Él por su Iglesia y todos sus intereses. Tengo necesidad de su honor como mi santa Madre Teresa. Pedid que su hija sea también "víctima de amor: caritatis victima."»⁵²⁹ Viviendo en periodo de persecución, gemía por su país: «¡Pobre Francia! Me gusta cubrirla con la sangre del Justo.»⁵³⁰

En su ideal íntimo de unión con Dios va directamente a la causa ejemplar suprema, el alma de Cristo, y sueña con ser «transformada en Jesucristo de tal manera que su vida sea más divina que humana y pueda el Padre reconocer en ella la imagen del Hijo.»⁵³¹ Para traducir esta sabiduría cristiforme encuentra fórmulas de vigorosa concisión: «Vayamos a todas las cosas en la actitud de alma con que iría nuestro Maestro santo.»⁵³² Y ésta, que contiene la más alta mirada de sabiduría sobre el sentido de la vida cristiana: «Expresar a Cristo a los ojos del Padre.»⁵³³ «Que yo no sea más yo sino Él y que el Padre al mirarme pueda recono-

⁵²⁷ Carta al canónigo A., enero de 1906.

⁵²⁸ Carta a su madre, 2 de agosto de 1906.

⁵²⁹ Carta al canónigo A., junio de 1906.

⁵³⁰ Carta al canónigo A., enero de 1906.

⁵³¹ «El Cielo en la tierra», 5ª contemplación.

⁵³² Carta, 1904.

⁵³³ Último retiro, 14º día.

cerlo.»⁵³⁴ «Cuando esté completamente identificada con ese Ejemplar divino, cuando haya pasado toda a Él y Él haya pasado a mí, entonces llenaré mi vocación eterna, aquélla para la cual Dios me ha elegido “en Él”, “in principio”, aquella que proseguiré “in aeternum”, cuando sumergida en el seno de la Trinidad, seré la incesante alabanza de su gloria», «Laudem gloriae ejus.»⁵³⁵

En esta luz brota la respuesta adecuada que resuelve el problema del mal y el misterio del sufrimiento: «“Configuratus morti ejus”, la conformidad con su muerte, he aquí aun lo que me persigue.»⁵³⁶ «Quiero ir a mi Pasión con Él para ser redentora con Él.»⁵³⁷ Tales fórmulas son reveladoras de una vida.

La misma actitud de alma tomaba frente a todos los misterios divinos. Establece su vida toda «en la fe en el excesivo amor.» Es su visión en la tierra.⁵³⁸ «Cada cosa es un sacramento que la pone en posesión de Dios.»⁵³⁹ Considera el sufrimiento no en sí mismo, sino como un instrumento que obedece al Amor,⁵⁴⁰ y repite en su lecho de dolor: «Nuestro Dios es un Fuego devorador; padezco su acción.»⁵⁴¹

Así, a medida que se desarrollaban los acontecimientos, todas las cosas de la vida aparecían en una luz más y más divina. En el momento en que por última vez sus hermanas del Carmelo se reunieron a su alrededor, bajo un hermoso movimiento del don de sabiduría, se la oyó pronunciar con una voz encantadora: «En la tarde de la vida, todo pasa. Sólo el amor permanece.» Estas palabras hacen recordar el pensamiento de san Juan de la Cruz: «En la tarde de la vida te juzgarán en el amor» y expresan el mandamiento supremo de Cristo: la primacía de la caridad que todo lo ordena en la vida de los santos.

⁵³⁴ Carta al canónigo A., julio de 1906.

⁵³⁵ Último retiro, 1er día.

⁵³⁶ Al canónigo A., julio de 1906.

⁵³⁷ Carta a su madre, 18 de julio de 1906.

⁵³⁸ Carta al Padre Ch., 25 de diciembre de 1904.

⁵³⁹ Carta a la Sra. A., enero de 1906.

⁵⁴⁰ Carta a la Sra. de S., 25 de julio de 1902.

⁵⁴¹ Carta a su priora.

Pero el objeto predilecto del don de sabiduría es el misterio de la Trinidad. Para desarrollar este punto habría que volver aquí, en esta luz, sobre todo el capítulo que hemos consagrado al estudio de la habitación de la Trinidad, a su papel central en la doctrina y en la vida de sor Isabel de la Trinidad. Nada muestra con más evidencia este predominio del don de sabiduría en la vida íntima de su alma. En sor Isabel de la Trinidad, el ejercicio continuo de la presencia de Dios llegó a ser muy rápidamente el secreto de todas las fidelidades. Unos días antes de su muerte, ella misma nos dejó un precioso testimonio: «Crear que un Ser que se llama el Amor habita en nosotros en todo momento del día y de la noche y que nos pide que vivamos en sociedad con Él, es lo que ha hecho de mi vida, os lo confío, un cielo anticipado.»⁵⁴²

Todo el movimiento de la vida espiritual, a sus ojos, se resumía en esto: «Mi único ejercicio es entrar adentro y perderme en los que están allí.»⁵⁴³

En la tarde de su corta vida, establecida en la unión transformadora, llegó al perfecto olvido de sí. Es la fase suprema de su vida espiritual que hemos analizado con más detenimiento.⁵⁴⁴ Sor Isabel de la Trinidad ha desaparecido ante *Laudem gloriae*. Ella misma firma sus cartas únicamente con ese «nombre nuevo» y quiere ser llamada sólo así. Su alma elevándose por encima de las dulzuras de la presencia divina y superándose a sí misma, se olvida enteramente para no ser sino «la incesante alabanza de gloria de la Trinidad». Es el triunfo del don de sabiduría: un sólo pensamiento lo domina todo: la gloria de la Trinidad. Lo que no concurre a esta obra de glorificación divina o amenazaría retardarla, es desechado inexorablemente. En la alegría beatificante de esta presencia de las Personas divinas en ella, que hace de su vida un cielo anticipado, no se recoge egoístamente sobre sí misma para detenerse a «gozar de Dios». Se trata sobre todo de la gloria de Dios; y en el «cielo de su alma» su oficio esencial es cantar día y noche, como los bienaventurados «en el cielo de la gloria», la alabanza de la Trinidad. En conexión de

⁵⁴² A la Sra. G. de B., 1906.

⁵⁴³ Carta a G. de G., fines de septiembre de 1903.

⁵⁴⁴ Cf. capítulo primero, párrafo II. «Carmelita», y sobre todo el capítulo IV «Alabanza de Gloria», que nos parece el más importante para la penetración de la doctrina y de la vida de sor Isabel de la Trinidad.

ejercicio y de crecimiento con la caridad, bajo el impulso del don de sabiduría, todo toma en su vida el ritmo que conviene a la alabanza de gloria.

«Una alabanza de gloria es un alma de silencio, que se mantiene como una lira bajo la pulsación misteriosa del Espíritu Santo, para que éste le arranque armonías divinas. Ella sabe que el sufrimiento es una cuerda que produce sonidos más hermosos aún; por eso le gusta verlo en su instrumento, para remover más deliciosamente el corazón de Dios.

»Una alabanza de gloria es un alma que contempla a Dios en la fe y la sencillez. Es un reflector de todo lo que Él es. Es como un cristal a través del cual Él puede irradiar y contemplar todas sus perfecciones y su propio esplendor. Un alma que permite así al Ser divino saciar en ella su necesidad de comunicar todo lo que es y todo lo que tiene, es, en realidad, la alabanza de gloria de todos sus dones.

»Finalmente una alabanza de gloria es un ser siempre en la acción de gracias: cada uno de sus actos, de sus movimientos, de sus pensamientos, cada una de sus aspiraciones, al mismo tiempo que la arraigan más profundamente en el amor son como un eco del Sanctus eterno.

»En el cielo de la gloria, los bienaventurados no tienen descanso ni de día ni de noche, diciendo: “Santo, Santo, Santo, el Señor Omnipotente...” y prosternándose adoran al que vive en los siglos de los siglos. En el cielo de su alma, la alabanza de gloria comienza ya su oficio de eternidad, pues está bajo la acción del Espíritu Santo que todo lo opera en ella; y aunque de ello no siempre tenga conciencia, pues la fragilidad de la naturaleza no le permite estar absorta en Dios sin distracciones, canta siempre, adora siempre, ha pasado por decirlo así toda entera a la alabanza del amor, a la pasión de la gloria de su Dios.»⁵⁴⁵

⁵⁴⁵ «El Cielo en la tierra», 13ª contemplación.

9. Elevación a la Trinidad (comentario).

«Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad Infinita, Inmensidad en la que me pierdo...»

«Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro...»

Contemplar a un alma orando, es sorprenderla en el momento de su más grande intimidad con Dios, como el sacerdote en el altar. La oración es la síntesis de un alma: según la oración tal es la vida. Todo el genio doctrinal de un santo Tomás de Aquino resplandece en el oficio del Santísimo Sacramento. El mismo Verbo Encarnado no escapa a esta ley de nuestra psicología humana: la Oración Sacerdotal es la revelación suprema de su Corazón de Cristo. Nada manifiesta mejor el amor a su Padre y la caridad redentora para con sus hermanos, como el movimiento circular de esta Alma que habla de su gloria a su Padre y de la consumación de todos en la Unidad: ahí se encuentra todo el misterio de Cristo.

Así acontece con la oración de todos los Santos. Sor Isabel de la Trinidad no ha escrito, como su santa Madre Teresa, un tratado de oración; pero su sublime plegaria, «Oh Dios mío, mi Trinidad a quien adoro...» nos revela el más rico testimonio sobre su manera completamente carmelitana de concebir la vida de oración: «una comunión incesante con la Trinidad. La oración no consiste en imponerse una cantidad de preces vocales como rezo cotidiano, sino en una elevación del alma hacia Dios a través de todas las cosas, que nos establece con la Santísima Trinidad en una especie de comunión continua, con sólo ejecutar todas las cosas bajo su mirada.»⁵⁴⁶

Compuesta de un solo trazo, sin la menor enmienda, en un día en que el Carmelo entero renovaba sus votos, esta oración, ya célebre, es la síntesis de su vida interior. En ella aparecen perfectamente caracterizados todos los rasgos esenciales de su alma, la gran devoción de su vida: la Trinidad; la forma propia de su vida de oración: la adoración; su apa-

⁵⁴⁶ Carta a G. de G., febrero de 1905.

sionada ternura por Cristo «amado hasta morir de amor», amado en la cruz; finalmente, el rapto irresistible hacia los «Tres», «su bienaventuranza, su todo, Soledad infinita en la que su alma se pierde». La Virgen no está nombrada pero, con todo, está allí presente; percíbesela en esta fecha autógrafa: 21 de noviembre de 1904, en la fiesta de la Presentación.

Tan sólo falta -es preciso señalarlo- la expansión suprema: los vastos horizontes de su vida de «Alabanza de gloria», todavía insospechados.

Frente a tal oración, una de las más hermosas del cristianismo, hemos vacilado largo tiempo en arriesgar un comentario, experimentando algo de la dificultad que debe sentir el exegeta o el teólogo en presencia de la oración sacerdotal de Cristo. Todos los comentarios humanos exegéticos y teológicos, por sublimes que sean, perderán por siempre la esperanza de llegar a traducir la sencillez divinísima de la última oración de Jesús por la Unidad. Pero hemos pensado en esa multitud de almas contemplativas para quienes esta elevación a la Trinidad ha llegado a ser una oración de cabecera y todo un programa de vida interior en el que encuentran el secreto de olvidarse a sí mismas. Una Carmelita nos escribía: «Cada palabra sirve para meditación y esta oración recoge mi alma tanto como los más hermosos tratados de mística.»

Habiendo estudiado de cerca, durante años, a esta alma privilegiada, quizá pueda este comentario ser de alguna utilidad para hacer penetrar su sentido auténtico tan profundo.

Sin querer imponer al movimiento de esta alma tan contemplativa divisiones demasiado rígidas, podrían, al parecer, discernirse en esta oración cinco aspectos principales:

-1°. Un primer vuelo absolutamente espontáneo de su alma hacia esa Trinidad convertida en el todo de su vida: «Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro...»

-2°. La descripción del clima espiritual en que su vida contemplativa se movía en el centro de su alma, en una atmósfera de inmutable paz: «Pacifícad mi alma...»

-3°. Un movimiento de ternura apasionada hacia su Cristo «amado hasta morir de amor». Las palabras se precipitan, señalando la impetuosidad de los sentimientos de un ser cuyo sueño ardiente es identificarse con todos los movimientos del alma de Cristo: «Oh amado Cristo mío...»

–4°. Luego, el llamamiento súbito y sucesivo a cada una de las Tres Personas divinas hacia las cuales tiende su vida: «Oh Verbo Eterno... Oh Fuego abrasador... Y vos, oh Padre...» Se detiene sobre todo en el Verbo, más accesible por su encarnación, a nuestros ojos de carne, con el alma fascinada por ese «Verbo Eterno, Palabra de su Dios». «El Espíritu de amor» es invocado, pero lo es para que se realice en ella una como encarnación del Verbo y sea ella para éste una humanidad suplementaria en la que pueda el Padre encontrar la Faz de ese Cristo «en quien ha puesto todas sus complacencias». Porque Cristo está verdaderamente en el centro de esta oración como también de su vida.

–5°. Un grito final con el que se termina esta oración a la Trinidad. Su alma de artista vuelve a tomar el tema del principio: «Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro...» pero desarrollado con amplitud, en un movimiento de ritmo acentuado que transporta definitivamente esta alma a las profundidades de la Trinidad: «Oh mis Tres... Me entrego a Vos como una presa...»

I. Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro.

«*Oh Dios mío*» -Su alma va directamente no a las perfecciones divinas, sino a la esencia, fuente de todos los atributos, al mismo Dios.

«*Trinidad*» -No el Dios de los filósofos y de los sabios sino el Dios de los cristianos y de los místicos: Padre, Verbo, Amor.

Otras almas serán atraídas más especialmente hacia el Padre, una santa Catalina de Sena por ejemplo, o hacia el Hijo: una santa Gertrudis, una santa Margarita María, o hacia el Espíritu Santo. La Iglesia legitima todas esas formas de oración puesto que ella misma, en su liturgia, se dirige ya al Padre, ya al Hijo, ya al Espíritu Santo. El culto va a las personas que, en la Trinidad, permanecen infinitamente distintas. Como verdadero teólogo, un santo Tomás de Aquino tendrá devoción a «La Trinidad en la unidad», lo que resume en una fórmula sintética toda la esencia del misterio.

Sor Isabel de la Trinidad queda menos sorprendida de este aspecto íntimo del misterio en sí mismo, que preocupada de descubrir en él el término feliz y explícito de su vida de unión: «La Trinidad, he aquí nuestra morada, nuestro “hogar”, la casa paterna de la que no debemos

salir nunca.»⁵⁴⁷ Había que oír con qué acento de ternura, con las manos sobre su corazón como sobre una presencia amada, hablaba de sus «Tres»: «¡Amo tanto ese misterio! Es un abismo en el que me pierdo.»

«*A quien adoro*» -La adoración es la forma propia de esta vida de oración. Agrádale la actitud de los bienaventurados de la Ciudad de arriba cuya descripción le es proporcionada por los últimos capítulos del Apocalipsis: «se prosternan y adoran, arrojando palmas ante el trono del Cordero.»

Con esta forma principalmente adoradora de la vida de oración, ¡cuán lejos estamos de esas muchedumbres de almas mendigas que parecen acercarse a Dios únicamente con la mano extendida para recibir! Como verdadera contemplativa que tiene el sentido de Dios, comienza ella ante todo por rendirle homenaje a causa de sus perfecciones sin límites, o, según su fórmula preferida, «a causa de Él mismo». Su alma religiosa se expresa con toda naturalidad en la actitud más fundamental frente a Dios: la adoración. La oración de petición considera la indigencia que se quiere aliviar, la acción de gracias conserva una mirada sobre los beneficios recibidos, la expiación va mezclada con el recuerdo de los pecados pasados, sólo la adoración contempla a Dios en Sí mismo, en la excelencia increada de su Esencia y de sus Personas. El alma lo olvida todo ante la gloria de su Dios: «La adoración es el éxtasis del amor aplastado por la belleza, la fuerza, la grandeza inmensa del objeto amado.»⁵⁴⁸

«*Ayúdame a olvidarme enteramente de mí*» -El gran obstáculo de la Carmelita y de toda alma contemplativa en general es su propio yo. «El amor propio no muere sino un cuarto de hora después que nosotros» decía sonriendo san Francisco de Sales, y los santos han librado sus más grandes batallas contra sí mismos por la destrucción de ese «yo» tan tenaz. ¿Quién se extrañaría de su obstinada persistencia, aun en las más grandes almas, las más amadas por Dios, hasta el día en que plazca al Maestro por una gracia completamente gratuita liberarlas para siempre de ese «yo»?

⁵⁴⁷ «El Cielo en la tierra», 1ª contemplación.

⁵⁴⁸ Último retiro, 4º día.

Sor Isabel de la Trinidad, llamada por vocación especial a ser modelo y patrona de las almas interiores, debía conocer por su propia experiencia el gran peligro de esas almas que Dios quiere ver recogidas en el fondo de sí mismas para allí vivir de Él Solo. Su vida espiritual se vio durante largo tiempo estorbada por su propio «yo».

Eso la hacía sufrir. Nada conseguía liberarla. Esta soberana liberación de las almas no puede deberse sino al triunfo de la gracia y es uno de los efectos supremos de los dones del Espíritu Santo. No se debe pues al azar sino a la presión de un sentimiento muy íntimo el hecho de que, desde la segunda frase de esta oración sublime, vuelva ella sobre sí misma, última queja de un «yo» que no tardará en morir. «Ayudadme a olvidarme enteramente de mí.» Tres días después de la composición de esta elevación, volvía sobre el mismo pensamiento: «Los santos habían comprendido tan bien la ciencia verdadera, la que nos hace salir de todo y, sobre todo, de nosotros mismos para arrojarnos en Dios y no vivir más que de Él.»⁵⁴⁹

«*Enteramente*» -Comprendamos bien: «olvidarse enteramente». No ser ya detenido por nada en su vuelo hacia Dios, ni por los acontecimientos de afuera, ni por las vicisitudes de adentro... Sor Isabel de la Trinidad tiene altas miras: se trata de llegar a esa bienaventurada transformación en Cristo expresada por la audaz fórmula de san Pablo: «No soy yo sino Cristo quien vive en mí.» «¡Qué éxodo fuera del yo supone esto! ¡Qué muerte! El gran santo escribía a los Colosenses: “Muertos estáis y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo.” Tal es la condición: hay que estar muerto. De lo contrario, se puede estar escondido en Dios a ciertas horas, pero no se vive habitualmente en ese Ser divino, porque todas las sensibilidades y lo demás obligan a salir de Él. El alma no está enteramente en Dios.»⁵⁵⁰ Y también: «me he aislado; separado, despojado de mí misma y de todas las cosas tanto en lo que concierne al orden natural como en lo que respecta al orden sobrenatural, y aun en lo que atañe a los dones de Dios. Pues un alma que no está destruida, liberada de sí, será forzosamente vulgar y natural a ciertas

⁵⁴⁹ Carta a la Sra. A., 24 de noviembre de 1904.

⁵⁵⁰ Último retiro, 6º día.

horas, lo cual no es digno de una hija de Dios, de una esposa de Cristo, de un templo del Espíritu Santo.»⁵⁵¹

«Ayudadme» -Esta soberana liberación es el triunfo supremo de la gracia sobre la naturaleza en los santos. Sor Isabel de la Trinidad la sollicita humildemente: «ayudadme.»

Sabemos que Dios escuchó la oración de su humilde sierva. Un año después, podía escribir a una amiga:

«Olvidaros os parece difícil. ¡Si supierais cuán sencillo es! Voy a deciros mi secreto: pensad en ese Dios que habita en vos y cuyo templo sois. Es san Pablo el que así habla, podemos creerle. Poco a poco el alma se acostumbra a vivir en su dulce compañía. Comprende que lleva en sí un pequeño cielo en el que ha fijado su morada el Dios de amor. Entonces respira como en una atmósfera divina. Hasta diré que sólo su cuerpo está en la tierra, su alma habita en Aquél que es el Inmutable. Y he aquí el método: No seremos purificados mirando nuestra miseria, sino mirando a Aquél que es toda pureza y toda santidad.»⁵⁵²

«Para establecerme en Vos» -El alma que se ha desprendido totalmente de sí misma y que ha llegado a las puras cumbres de la montaña del Carmelo entra definitivamente en el ciclo de la vida trinitaria: está establecida en Dios. Esta intimidad divina se había hecho tan familiar a sor Isabel de la Trinidad, que le parecía que Dios iba a aparecérselo a través de los claustros: «Dios en mí y yo en Él ¡oh! tal es mi vida.»

«Inmóvil y apacible como si mi alma estuviera ya en la eternidad» -Uno de los frutos de esta espiritualidad esencialmente contemplativa es arrancar de sus preocupaciones mezquinas y de sí misma al alma para establecerla de una maneja fija en una atmósfera de eternidad. ¿No debería considerarse desterrada de este mundo toda alma cristiana, puesto que la gracia del bautismo ha depositado en ella el germen de esta existencia inmutable y por la fe vive ya de la luz del Verbo? Una palabra del Credo, de inaudita profundidad, señala bien la actitud fundamental de toda alma de fe frente a este mundo que pasa: Exspecto «espero la vida eterna.» Este sentido de eternidad dominaba cada vez más el alma de la sierva de Dios a medida que transcurrían los años. Ya su alma entera

⁵⁵¹ Último retiro, 10º día.

⁵⁵² Carta a la Sra. A., 24 de noviembre de 1905.

habitaba en ese más allá invisible pero tan cercano. En los, últimos meses se la oía murmurar: «Él no me habla de otra cosa que de eternidad.»

«*Inmóvil y apacible*» -La paz ocupa un lugar primordial en esta doctrina espiritual. Sor Isabel insiste en ello hasta tres veces en su corta oración: «Inmóvil y apacible como si mi alma estuviera ya en la eternidad.» «Que nada pueda turbar mi paz.» «Pacificad mi alma.» Esta paz que sobrepaja todo sentimiento no proviene de la tierra sino que se origina en un atributo divino: «Que nada pueda hacerme salir de Vos, oh mi Inmutable.» San Agustín ha dejado una célebre definición de la paz: «la tranquilidad del orden»: Pax est tranquillitas ordinis. La paz espiritual es una armonía de las potencias en la unidad, la sinergia de su esfuerzo hacia un mismo fin. Tiene por principio a Dios amado en todas las cosas y sobre todas las cosas. Los teólogos saben que la paz es uno de los efectos interiores de la caridad. En un alma totalmente ordenada a Dios se encuentra la paz.

Sor Isabel de la Trinidad nos ha dado descripciones equivalentes: «es establecer la unidad en todo el ser por medio del silencio interior, es reunir todas las potencias para ocuparlas en el solo ejercicio del amor.»⁵⁵³ «Si mis deseos, mis temores, mis alegrías o mis dolores, si todos los movimientos que provienen de esas cuatro pasiones no están perfectamente ordenados a Dios, habrá ruido en mí, no tendré la paz. Es necesario pues el sosiego, el sueño de las potencias, la unidad del ser.»⁵⁵⁴ Entonces «el alma no tiene ya que temer los contactos de afuera ni las dificultades de adentro.»⁵⁵⁵ «Estando perdida su voluntad en la de Dios, sus inclinaciones, sus, facultades, no se mueven ya sino en este amor y para este amor.»⁵⁵⁶ «Lejos de ser para ella un obstáculo, las cosas no hacen más que arraigarla profundamente en el amor de su Maestro.»⁵⁵⁷ En la unidad de las potencias conservadas todas para Cristo se encuentra la inmutable paz.

⁵⁵³ Último retiro, 2º día.

⁵⁵⁴ Último retiro, 10º día.

⁵⁵⁵ Último retiro, 2º día.

⁵⁵⁶ «El Cielo en la tierra», 7ª contemplación.

⁵⁵⁷ Último retiro, 8º día.

«*Que cada minuto me sumerja más en la profundidad de vuestro misterio*» -En este pedido sorprende uno el alma ardiente de la santa Carmelita, su deseo de realizar, cada día más, el sentido primordial de toda vida religiosa: la tendencia a la perfección. Este afán, por lo más perfecto, que santa Teresa había hecho objeto de un voto especial, sé encuentra en su hija en grado eminente. ¿Por qué no confesarlo? La impresión que domina en nosotros después de varios años de contacto con el alma de sor Isabel de la Trinidad es la rapidez incesantemente acelerada de su vuelo hacia Dios. Una Carmelita de Dijón, que entró en gran intimidad con ella y de quien decía la sierva de Dios: «somos como las dos piezas de un mismo departamento», nos declaraba que el fin de su vida sobre todo, fue una ascensión admirable, a partir de los ocho últimos meses de enfermería: «ya no podíamos seguirla». Hay que entender en esta luz esta frase que traduce tan bien su avidez de perfección soberana. «*Que cada minuto me sumerja más en la profundidad de vuestro misterio.*» Era esto en ella convicción bien arraigada: «Cada minuto nos es dado para arraigarnos más en Dios, para que la semejanza con nuestro divino modelo sea más patente, más íntima la unión.» Su pensamiento no habrá de variar. En el retiro que compuso para su hermana a manera de testamento insistirá en ello con más rica concisión, definiendo la vida espiritual: «una vida eterna comenzada y siempre en progreso.»

II. Pacificad mi alma.

Un nuevo aspecto de esta oración nos hace entrar en su concepción tan personal de la vida interior. No que haya ella descubierto una doctrina inédita del cristianismo, sino porque supo penetrar el sentido tan profundo de la palabra de Jesús: «El reino de Dios está dentro de vosotros.» Manifiestamente recibió ella de Dios la gracia de conducir a las almas al puro evangelio, en lo tocante a este punto. ¿No podría decirse de sor Isabel de la Trinidad lo que ella misma escribía de la Virgen, modelo de su propia vida interior: «en ella todo sucede adentro»? Su gracia propia fue la de vivir en el fondo de su alma las riquezas trinitarias de su bautismo y la de invitar a las almas a volver a las verdaderas fuentes de la vida divina.

«*Haced de ella vuestro cielo*» -El alma establecida en la paz y liberada de su «yo» se convierte en el teatro de las maravillas de la gracia y, para Dios, en un verdadero cielo, una mansión amada, el lugar de Su

reposo. Nótese la elevación de esta vida íntima con las Personas divinas. Las perspectivas ordinarias quedan invertidas: la mayor parte de las almas persiguen la unión con Dios en el loable deseo de llegar a ser santas. ¿Piensan siempre suficientemente en el supremo porqué de toda santidad: la alegría de Dios y su mayor gloria? Tienden a Dios con todos sus esfuerzos sin llegar a olvidarse enteramente de sí. ¡Cuántos peligros latentes bajo este método de espiritualidad que podría llamarse del «yo» santificado!, aquí, por el contrario, resplandece el primado de Dios.

El alma es un templo vivo en el que la Santísima Trinidad recibe sin cesar un culto de adoración, de acción de gracias, de alabanza y de amor. Las Personas divinas gozan Una de Otra en el fondo de esta alma en la que habitan juntas, en la que el Padre engendra al Hijo, en la que el Padre y el Hijo espiran un mismo Amor. El alma se convierte en un cielo para Dios. Más tarde, sor Isabel de la Trinidad, ante el espectáculo de esta bondad divina que encuentra sus delicias en vivir en medio de los hijos de los hombres, describirá así el oficio de una alabanza de gloria: «Un alma que permite al Ser divino saciar en ella su necesidad de comunicar todo lo que es y todo lo que tiene.»

«*Que nunca os deje Solo*» -He aquí la parte necesaria de colaboración personal: «permanecer enteramente allí, bien despierta en su fe, en total adoración, entregada sin reserva a la acción “creadora”.»

A decir verdad Dios no está nunca Solo: ni en Él mismo, ni en las almas. Esta Sociedad Trinitaria le basta. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven juntos «ahora como en el principio, y por los siglos de los siglos», encontrando en lo más íntimo de su Esencia, en una amistad perfecta, Luz, Amor y Alegría, en grado infinito. Dios no está pues nunca Solo y la teología trinitaria observa con justeza que, hablando en términos rigurosos, está prohibido y es peligroso nombrar a Dios: Solitario.

Esta vida de Dios «dentro» de Sí mismo es de tal manera la alegría de nuestro Dios que si por imposible no existiera en el seno de la vida trinitaria esta pluralidad de Personas, aun en medio de una infinita multitud de hombres y de ángeles, llamados por gracia a participar de su Vida íntima, nuestro Dios permanecería el Eterno Solitario, algo así co-

mo una criatura humana, inteligente y voluntaria, se pasearía solitaria en un jardín a pesar de la presencia de innumerables plantas y animales.⁵⁵⁸

Por pura bondad y «exceso de amor», Dios ha querido tener sus delicias entre los hijos de los hombres. Se Lo ha visto a Él mismo en medio de su creación: El Verbo se ha hecho carne, y habitó entre nosotros. Pertenecemos al número de esos privilegiados a quienes fue dado llegar a ser los «hijos de Dios» y poder participar del «Verbo», predestinados a vivir «en sociedad» con Él. «En sociedad», esta palabra de san Juan, tan cara a sor Isabel de la Trinidad, nos explica el sentido de su oración: «Que nunca os deje Solo.»

«*Antes bien permanezca enteramente allí*» -Su ascetismo y su mística consistían precisamente en conservarse libre y desprendida de todo lo demás para vivir en el fondo de su alma «en presencia del Dios vivo.»

«*Bien despierta en mi fe*» -«Una Carmelita es un alma de fe.» La sierva de Dios insistía a menudo, respecto de su vida íntima, sobre esta primera virtud teologal: «El programa de mi retiro será mantenerme por la fe y el amor bajo la unción del Santo.» «Estar despierta en la fe», es llegar más lejos que las fórmulas que presentan a nuestro espíritu las verdades que debemos creer: habitar en Dios.

«*En total adoración*»- Siempre la misma actitud esencialmente adoradora frente a Dios.

«*Entregada sin reserva a vuestra acción creadora*» -Sor Isabel de la Trinidad fue una de esas almas entregadas sin reserva a la acción del Espíritu, convencidas de que la vida espiritual consiste menos en multiplicar los esfuerzos personales que en dejarse tomar por Dios. Su afán constante, y cada vez más acentuado, fue el de «creer en el Amor», el de dejarse transformar por Él. Importa, en grado sumo, compenetrarse bien, en su escuela, de que todas las iniciativas de santidad provienen primeramente de Dios, y dependen ante todo de las realizaciones de su gracia, es decir de su amor gratuito. El carácter propio del Amor de Dios para con nosotros ¿no es el de ser un Amor creador? Dejarse amar, es pues dejar obrar a Dios en lo más íntimo de nosotros mismos, dejarlo crear en nosotros todas sus maravillas de gracia y de gloria.

⁵⁵⁸ Cf. el texto tan profundo de santo Tomás I^a q. 31. art. 3. ad I.

Sor Isabel de la Trinidad había comprendido el sentido de la respuesta que debe darse a este Amor que sólo pide obrar en nosotros: «Estar entregada sin reserva a su acción creadora.»

III. Oh amado Cristo mío.

He aquí ahora el camino de la Trinidad: Cristo. Se diría que aparece de pronto; en realidad, está en el centro de la oración de sor Isabel de la Trinidad como en el centro de su vida.

«*Oh amado Cristo mío*» -Apenas se trata de Él, ya no se habla sino de amar y «amar hasta morir de amor.» Ya había escrito ella en su «Diario» antes de entrar al Carmelo: «Quisiera hacerlo conocer, hacerlo amar por toda la tierra.» Desde entonces han pasado cinco años, de intimidad cotidiana, de vida de esposa de Cristo.

Su devoción a Cristo va directamente a lo esencial: al «crucificado por amor», Aquel que le había dicho, en la noche de su profesión, que la había elegido para toda una vida de silencio y de amor. Sor Isabel se había entregado: «Quisiera ser una esposa para vuestro corazón» y «esa mañana, la más hermosa de su vida», había llegado a ser una esposa de Cristo hasta la muerte. En adelante no habrá ya en ella otra vida que Cristo.

«*Cubriros de gloria*» -*Mulier gloria viri.*⁵⁵⁹ Como una fiel esposa, se puso con más ardor aún a «velar con celo por su honor.» Dios no le ha revelado todavía su vocación suprema de «Alabanza de gloria» pero la encamina hacia ella. Día vendrá en que ese movimiento arrebatará todo en su alma para gloria de la Trinidad y la de su Cristo.

«*Pero siento mi impotencia*» -Estimula saber que los santos se sentían débiles como nosotros. ¿No quiso Cristo mismo aceptar el auxilio del ángel de la agonía y la ayuda de un Cireneo? Frente a un ideal sobrehumano, los santos no retrocedían. Sabían llamar en su ayuda al Fuerte, a Aquel cuya virtud secreta está allí, en todo momento, para purificarnos, salvarnos, divinizarnos, transformarnos en Él. «Está siempre vivo, siempre trabajando en nuestra alma. Dejémosnos construir por Él. Que sea el alma de nuestra alma, la vida de nuestra vida, para que po-

⁵⁵⁹ 1Co 11,7.

damos decir con san Pablo: Para mí, vivir es Jesucristo.»⁵⁶⁰ Sus miserias o sus flaquezas, lejos de sorprenderlos o de detenerlos, los arrojan en Dios y en Jesucristo. Escuchad este *crescendo* sublime de la confianza de los santos: «Os pido me revistáis de vos mismo, identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma.» Luego, las palabras se acumulan, se precipitan, para traducir un sentimiento que se desborda: «Os pido... me sumerjáis, me invadáis, Os sustituyáis a mí para que mi vida no sea más que una irradiación de vuestra vida.» «Venid a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.» La transformación en Cristo es total, la divisa grabada en el «hermoso Cristo de su profesión» está realizada: «No soy yo quien vivo, sino Cristo en mí.» «Jam non ego, vivit vero in me Christus.»

IV. Oh Verbo eterno.

La Faz del Crucificado conduce a los esplendores del Verbo. Es uno de los temas familiares de los autores místicos. Toda verdadera devoción a Nuestro Señor se dirige principalmente a su Divinidad: la Humanidad no es más que un camino. Aquí, aun estamos en plena línea tradicional perfectamente equilibrada. Después de haberse detenido en las llagas redentoras del «Crucificado por amor», el pensamiento se eleva de un salto hasta el Verbo: «*Oh Verbo Eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándoos*». Al alma que ha encontrado al Verbo ¡qué le importan las maravillas todas de la naturaleza y de la gracia! Esas criaturas no son Él, y «Él es a quien buscamos.» Los cielos que nos cuentan su gloria ¿no Lo sustraen a nuestros ojos? «Verbo Eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándoos», Vos me contaréis todo el secreto escondido en el seno del Padre, el misterio de los Tres en la unidad.

«*Quiero ponerme en completa disposición de ser enseñada para aprenderlo todo de Vos*» -La sierva de Dios nos descubre ahora la fuente de sus más altas luces: la escuela de Dios. Difícil es encontrar un alma menos dada a los libros. Apenas si se ha alimentado de unos pocos libros de espiritualidad: el Cántico Espiritual, la Viva Llama, de su Padre san Juan de la Cruz, «que penetró tan profundamente en la Divini-

⁵⁶⁰ Carta a la Sra. A., 9 de noviembre de 1902.

dad», y las Epístolas de san Pablo. Ella misma confiaba en voz baja a su priora: «Lo que Él me enseña adentro es inefable.» Por su parte la Madre Germana estaba completamente convencida de ello: sor Isabel de la Trinidad fue sobre todo la discípula y la oyente del Verbo.

«*Luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las impotencias*» -Se reconoce aquí el sendero de la «nada» que conduce a la cumbre del Carmelo. El alma contemplativa, el alma carmelitana en particular, está llamada a conocer las largas y dolorosas purificaciones de las «noches» a fin de llegar a la unión divina: después de haberlo dejado todo por Cristo, sentirlo desaparecer... no un día o unos meses, sino años, toda una vida quizá, y a pesar de todo permanecer fiel sin volver a adueñarse nunca de sí misma, sin murmurar jamás. Una gran experiencia vivida se oculta bajo estas breves palabras: Que las almas de oración no busquen a Dios por el camino de los consuelos sino en la desnudez de la fe y del absoluto desprendimiento. Que permanezcan allí fieles: «a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las impotencias.»

«*Quiero tener siempre fija mi vista en Vos y permanecer bajo vuestra gran luz*» -Sor Isabel de la Trinidad había saboreado, también ella, en las primeras horas de su entrada en los caminos místicos, los goces embriagadores de la presencia de Dios. Pronto, y por largo tiempo, deberá buscar a su Dios en la fe pura. «Después de esos éxtasis, esos arrobamientos sublimes durante los cuales el alma lo olvida todo y no ve más que a su Dios ¡cuán dura y penosa parece la oración ordinaria, con qué pena hay que trabajar en reunir las potencias, cuánto cuesta esto y cuán difícil parece!» Sin embargo no es ése el momento de abandonar la vida de oración. Es la hora bendita que conduce a la unión transformadora en el silencio de la noche. Así pues, más que nunca «tener siempre la vista fija en Él» y «permanecer en paz bajo la gran luz» de la noche oscura y transluminosa. Dejarse cada vez más atraer pasivamente por el Verbo: «Oh amado Astro mío, fascinadme para que no pueda ya salir de vuestro resplandor.» Que sea vencido, como la mariposa, por vuestra gran luz deslumbradora.

«*Espíritu de amor*» -Ser en el seno de la Trinidad el Amor Personal del Padre y del Hijo: tal es el misterio todo del Espíritu Santo, verdadero «Espíritu de Amor» en el cual Dios Se ama a Sí mismo y ama a todo el

universo. La más íntima naturaleza de esta Persona divina, igual al Padre y al Hijo de los que procede, es ser su Amor substancial y coeterno en una misma vida de Tres.

También aquí la sierva de Dios no hace más que apoyarse en un dato fundamental del dogma trinitario, el más profundo para el alma contemplativa que quisiera vivir ya en la tierra de este misterio de un Dios que es personalmente el Amor. El afán de ella es de orden más práctico. Su oración no es una elevación sobre la Vida intratrinitaria, sino el movimiento de un alma contemplativa que, en ese misterio de la Trinidad, encuentra «su Todo su Bienaventuranza, la Soledad Infinita en la que se pierde.» El Espíritu de Amor es invocado a causa de su papel santificador en las almas que persiguen la unión divina: «Oh Fuego abrasador, Espíritu de Amor, venid sobre mí para que en mi alma se realice una como encarnación del Verbo.» Ella ha pedido ya a Cristo que la identifique con todos los movimientos de Su Alma, que Se sustituya a ella para que su vida no sea más que una irradiación de Su Vida. Con ocasión de su invocación al Padre y al Espíritu Santo se repite el mismo pensamiento, ¡a tal punto el deseo de su transformación en Cristo está en el centro de esta oración esencialmente trinitaria! Nada muestra con más fuerza hasta qué grado Jesús se había sustituido a su propia vida.

«*Que en mi alma se realice una como encarnación del Verbo*» -Expresión audaz que hay que entender bien una «como» encarnación. No se trata de un deseo que haya que interpretar demasiado literalmente y que sería una imposibilidad. Es el lenguaje de un alma de la que Cristo se ha apoderado totalmente, y que sueña con llegar a ser como otro Cristo.

«*Que sea yo para Él una humanidad suplementaria en la que Él renueva todo su misterio*» -Fórmula luminosa que todo lo ilumina. Ella misma la explica tres días después al escribir a un joven sacerdote: «Que sea yo para Él una humanidad suplementaria», es decir «que pueda Él perpetuar en mí su vida de reparación, de sacrificio, de alabanza y de adoración... Le he pedido que venga a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.»

- - -

«*Y vos, oh Padre*» -Ahora, he aquí al Padre, Principio de toda la Divinidad. Es Padre: tal es todo su misterio, su carácter propio en el seno de los Tres. Es el Principio sin principio de donde deriva, como de su

fuente infinitamente fecunda, toda la vida de la Trinidad adentro. La suprema luz del cara a cara será descubrir en Él, como en su origen eterno, todo el misterio de los Tres en la Unidad.

En esta hora de gracia en que sor Isabel compone su oración, no se trata directamente de eso. En presencia de esta Paternidad divina se le aparece sobre todo su propia nada. «*Oh Padre inclinaos hacia vuestra pobrecita criatura.*» Acordándose del misterio de la Virgen de la Encarnación, su Virgen preferida, añade: «cubridla con vuestra sombra», es decir: protegedla. Finalmente, su alma, pensando siempre en Cristo, murmura: «No veáis en ella sino al Amado en quien habéis puesto todas vuestras complacencias.»

V. Oh mis Tres.

La oración finaliza. Un arrebató supremo la transporta hacia «los Tres» a los cuales ha consagrado su vida. «Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad Infinita, Inmensidad en la que me pierdo, me entrego a Vos como una presa, sepultaos en mí para que yo me sepulte en Vos, hasta que vaya a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas.»

La oración del comienzo ha sido escuchada: su propia huella queda oculta a su ojos. El alma está transformada en Dios.

Epílogo: Misión

«Mi misión será conservar a las almas en ese gran silencio de adentro.»

«Os lego esta vocación que fue mía en el seno de la Iglesia *alabanza* de *gloria* de la *Santísima Trinidad*.»

Los grandes servidores de Dios, en el momento de dejar este mundo, tenían conciencia de que su actividad apostólica al servicio de la Iglesia, lejos de terminar con la muerte, encontraría, al contrario, en qué desplegarse, sobre todo cuando su alma hubiera llegado al seno de la gloria. ¿No tenían el ejemplo y el recuerdo de la promesa del Maestro a sus Apóstoles: «Os conviene que Yo me vaya. Cuando haya subido hacia mi Padre, os enviaré el Espíritu.» San Pablo nos ha dejado la descripción de esta actividad eterna de Cristo, siempre vivo ante la Faz de su Padre, para adorarlo y glorificarlo sin duda, pero también para interceder día y noche en nuestro favor.⁵⁶¹ ¿Quién se atrevería a pensar que después de su ascensión gloriosa la Madre de los hombres se haya apartado de nuestras miserias terrenales y que en su misterio eterno, en medio de las alegrías de la visión, la Madre de Dios no esté enteramente ocupada en quedar al servicio de sus otros hijos, con su omnipotencia de intercesión siempre inclinada sobre la universalidad de las naciones para «darlas a la vida para Cristo», más Madre que nunca?

No es raro encontrar en los labios de los grandes fundadores de Ordenes, palabras semejantes a las de santo Domingo a sus hijos que lloraban por su muerte: «Os seré más útil allá arriba.» El mundo entero ha oído el deseo de «la más grande santa de los tiempos modernos»⁵⁶² Teresa del Niño Jesús: «En el cielo no estaré inactiva. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra.» Su humilde hermana de Dijón ha dejado escapar el mismo grito apostólico: «Creed que allá arriba, en el foco de amor, pensaré activamente en vosotros. Pediré una gracia de unión, de

⁵⁶¹ Heb 7,25.

⁵⁶² Pío X, a un obispo misionero.

intimidad con el Maestro; es lo que ha hecho de mi vida un cielo anticipado.» Unos días antes de su muerte, movida por el Espíritu Santo, dirigía con agotada mano, escrito con lápiz, a una pobre hermana conversa, el célebre pasaje: «*me parece que en el cielo mi misión será atraer a las almas*, ayudándolas a salir de sí mismas para adherirse a Dios con un movimiento simplísimo, amorosísimo, y guardarlas *en ese gran silencio de adentro* que permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él.»

Palabras proféticas cuya realización queda comprobada por la propagación rápida y mundial de los «Recuerdos.»

1. *El gran silencio de adentro*

En el cielo los santos tienen cada uno su misión en armonía con el plan de la redención y en recompensa de los méritos adquiridos en la tierra. Hasta el fin del mundo siguen trabajando por la extensión del reinado de Dios y por la formación del «Cristo total»: la Madre del Verbo Encarnado, como Mediadora universal de todas las gracias sin excepción; los otros santos cada uno en su línea, más o menos, según su lugar en la economía providencial. Así, los patriarcas de las órdenes religiosas velan especialmente por los miembros de su instituto, una santa Juana de Arco por su país, un obispo por su diócesis, un párroco por su parroquia, un padre o una madre por sus hijos. La misión providencial de sor Isabel de la Trinidad no es intervenir con esplendor en el Gobierno del mundo, sino atraer a las almas a los caminos del silencio y del recogimiento para la mayor gloria de la Trinidad: «Me parece que en el cielo mi misión será atraer a las almas.»

«*Ayudándolas a salir de sí mismas*» -Es la gracia de las gracias ¡Cuántas almas «laberintos» que no consiguen nunca «salir de sí mismas» a través de los mil dédalos de su «yo»! Las más fervientes gimen y pierden las esperanzas. En vano procuran liberarse por sus propios esfuerzos, nada pueden: esto supera las fuerzas del hombre; para ello se necesita la gracia de Dios. Es pues una gracia preciosísima la que promete la sierva de Dios a todas esas almas inferiores aprisionadas en su propio «yo.» Desde lo alto del cielo su intervención silenciosa las conduce hasta esa liberación total que las arroja «en plenitud en Cristo.»

El alma no se desprende sino para unirse, «para adherirse a Dios.» Este es el aspecto positivo y fundamental de la misión íntima que llena la sierva de Dios. Los escritos espirituales de sor Isabel de la Trinidad

han dado ya grandes frutos en los ambientes católicos más diversos, su llamamiento a la vida interior se dirige a todas las almas de la Iglesia, empero, hay que reconocerlo, la silenciosa carmelita de Dijón parece haber recibido misión más particular en favor de las almas contemplativas para arrancarlas a sí mismas, y a veces a sus «guiñapos», y transportarlas a la gran corriente de vida divina que les da, sobre el Corazón de Dios, poder de redención.

Ahora bien, en la práctica de su vida espiritual, para una multitud de esas almas interiores ¡cuántas complicaciones! Unas buscan a Dios por medio de mortificaciones excesivas, otras por medio de una fidelidad a los detalles demasiado literal y mecánica, no bastante atenta al soplo del Espíritu. A todas esas almas de buena voluntad, a veces mal ilustradas, la sierva de Dios recuerda que hay que ir a Dios «con un movimiento simplísimo, amorosísimo.» Sólo el amor obra la sencillez. Un alma que, en una caridad perfecta, a través de todo, no busca más que la gloria divina, es un alma sencilla que va directamente a Dios. «Deus, ignis consumens»: Nuestro Dios es un fuego abrasador, es decir un fuego de amor que destruye, que transforma en Sí mismo todo lo que toca. Para las almas entregadas a su acción en el fondo de sí mismas, la muerte mística de que habla san Pablo se vuelve ¡tan sencilla, tan suave! Pienzan mucho menos en el trabajo de destrucción y de desprendimiento que les queda por realizar que en sumergirse en el foco de amor que arde en ellas y que no es otro que el Espíritu Santo, ese mismo Amor que, en la Trinidad, es el vínculo del Padre y de su Verbo. Entran en Él por la fe viva, y allí, sencillas apacibles, son Transportadas por Él por encima de las cosas, de los gustos sensibles, a la «Tiniebla sagrada» y, transformadas en la imagen divina, viven, según la expresión de san Juan, «en Sociedad» con las Tres adorables Personas: su vida es común: tal es la vida contemplativa.⁵⁶³

Entonces, el alma queda guardada «*en ese gran silencio de adentro*» tan caro a sor Isabel de la Trinidad y centro de convergencia de toda su doctrina espiritual. Después del capítulo consagrado al *ascetismo del silencio*, no es ya necesario insistir sobre ese punto capital. Hoy en día el activismo lo arrebató todo. No se piensa más que en la acción exterior. Las almas no saben ya callarse para escuchar a Dios. En este mun-

⁵⁶³ «El Cielo en la tierra», 6ª contemplación.

do moderno que se agita ruidosamente ¿hay una misión más urgente que la misión confiada por la divina Providencia a la santa Carmelita de Dijón: encauzar a las almas en el camino del recogimiento y «guardar a las almas en ese gran silencio de adentro que permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él?» Ella misma nos ha enseñado «que un alma que se reserva todavía algo para sí en su reino interior, cuyas potencias todas no están “encerradas” en Dios, no puede ser una perfecta alabanza de gloria... Un alma que discute con su “yo”, que se ocupa de sus sensibilidades, que persigue un pensamiento inútil, un deseo cualquiera, esa alma dispersa sus fuerzas, no está totalmente ordenada a Dios. Su lira no vibra al unísono, y el Maestro, cuando la pulsa, no puede arrancarle armonías divinas. Aun queda en ella mucho de humano.»⁵⁶⁴

Todo debe callarse en nosotros: los sentidos exteriores, a las cosas de la tierra; las potencias interiores, a todos los ruidos de adentro; silencio de la mirada, silencio de la imaginación y de la memoria, silencio del corazón sobre todo. «Para que nada me saque de ese hermoso silencio interior, se requieren siempre las mismas condiciones, el mismo aislamiento, la misma separación, el mismo desprendimiento. Si mis deseos, mis temores, mis alegrías, mis dolores, si todos los movimientos provenientes de esas cuatro pasiones no están perfectamente ordenados a Dios, no estaré en silencio? Habrá bullicio en mí. Se necesita pues el sosiego, el sueño de las potencias, la unidad del ser.»⁵⁶⁵ Las más altas facultades espirituales deben, a su vez, entrar en «ese gran silencio de adentro»; silencio de la inteligencia: ningún pensamiento inútil -silencio del juicio, tan radicalmente libertador del espíritu moderno, crítico en exceso- silencio de la voluntad sobre todo, que obra en el alma el gran silencio del amor.

Ese «gran silencio de adentro» establecido en las almas, «permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él.» Se realiza el fin supremo de toda vida humana: la unión transformadora. «Entonces el Maestro es libre, libre de verse, de darse según su medida, y el alma así

⁵⁶⁴ Último retiro, 2º día.

⁵⁶⁵ Último retiro, 10º día.

simplificada, unificada, llega a ser el trono del Inmutable, puesto que la Unidad es el trono de la Santísima Trinidad.»⁵⁶⁶

2. Alabanza de gloria de la Trinidad

Un documento póstumo, de excepcional importancia, va a revelarnos otro aspecto más esencial aún de la misión providencial de la sierva de Dios. Después de su muerte se descubrió un sobrecito cuidadosamente sellado con lacre rojo y conteniendo estas palabras: «Secretos para nuestra Madre.» Confidencia suprema, en el momento en que los santos lo ven todo a la luz de la eternidad.

«Madre mía, cuando leáis estas líneas, vuestra pequeña “Alabanza de gloria” no cantará más en la tierra sino que habitará en el inmenso foco de amor... El momento es tan grave, tan solemne, que no quiero detenerme en deciros cosas que creo disminuirán al querer expresarlas con palabras... Lo que viene a hacer vuestra hija, es a revelaros lo que siente, o, para ser más exacta, lo que su Dios le ha hecho comprender en las horas de recogimiento profundo, de contacto unificador... Madre venerada, Madre consagrada para mí desde la eternidad, alirme *os lego esta vocación que fue mía en el seno de la iglesia militante y que en lo sucesivo llenaré sin cesar en la iglesia triunfante: “alabanza de gloria de la santísima trinidad.”*»

La Gloria de la Trinidad: tal es el testamento supremo de la santa Carmelita a todas las almas que quieran marchar en pos de ella por los caminos de la vida interior. Esta «alabanza de gloria de la Trinidad» que fue su «vocación desde el destierro» y sigue siendo «su oficio de eternidad» ante la Faz de Dios, linda con el más alto pensamiento divino sobre toda criatura. En la obra de Dios todo está ordenado a esta gloria. «Universa propter Se operatus est Dominus.»⁵⁶⁷ Si ha enviado a su Hijo al mundo, fue ante todo para reparar esa gloria vulnerada por el pecado. Jesús mismo resumía en una palabra su misión en la tierra: «Padre, no he buscado sino Tu gloria», «Pater, glorificavi Te.»⁵⁶⁸

— — —

⁵⁶⁶ Último retiro, 2º día.

⁵⁶⁷ Pr 16,4

⁵⁶⁸ Jn 17,4.

Ahora podemos abarcar en toda su amplitud la doctrina mística de sor Isabel de la Trinidad.

La adorable Trinidad es el Bien supremo hacia el cual tienden todas las almas y el mundo de los espíritus puros. Para hacernos entrar «en sociedad» con las Personas divinas el Padre ha creado el universo y «enviado a su Hijo.» Todo el misterio de la Iglesia y de la Madre de Dios, Mediadora de gracia, es conducir al «Cristo total» a la contemplación de la Trinidad. La visión de la Trinidad en la Unidad: tal es el sublime destino del hombre.⁵⁶⁹ Este camina penosamente en la tierra por medio de Cristo, el «Crucificado por amor» pero para ir a eternizarse en Dios. A través de todas las cruces, de todas las noches, de todas las muertes de la Iglesia militante, continúa la silenciosa subida de las almas hacia la Inmutable y beatificante Trinidad.

A la visión divina que los «consume en la unidad» llegan tan sólo aquellos que, en esta subida, tienen el valor de abandonar todo lo que es ajeno a Dios para gozar en su aislamiento, sencillez y pureza, de este Ser del cual todo depende, hacia el cual todo mira, por el cual existe el ser, la vida y el pensamiento. «Hay un Ser que es el Amor y que quiere que vivamos en sociedad con Él.»⁵⁷⁰ «Este Amor infinito que nos envuelve quiere asociarnos desde este mundo a todas sus bienaventuranzas. En nosotros descansa la Trinidad entera, todo ese misterio que será nuestra visión en el cielo.»⁵⁷¹

«Al alma que ha entrevisto por medio de la fe esos esplendores trinitarios, le parece vano todo lo demás. Tiene conciencia de poseer en el fondo de sí misma un Bien supereminente ante el cual desaparecen todos los demás. Todas las alegrías que sobrevienen son para ella otros tantos avisos que la invitan a saborear de preferencia el Bien que ella posee y con el cual no puede compararse otro alguno.»⁵⁷² Para el alma bienaventurada que ha encontrado ese Bien ¡qué amor y qué deseos de unirse con Él! Ámalo con un amor «más fuerte que la muerte», con deseos ardientes, se burla de todo otro amor, desprecia las otras bellezas

⁵⁶⁹ Cf. Sto. Tomás. I Sentencias I, II, 1, Expositio textus: «Cognitio Trinitatis in unitate est fructus et finis totius vitae nostrae.»

⁵⁷⁰ Carta a su madre, 20 de octubre de 1906.

⁵⁷¹ Carta a G. de G., 20 de octubre de 1903.

⁵⁷² «El Cielo en la tierra», 11ª contemplación.

que habían podido seducirla por un momento. La privación de todo lo creado no es un sufrimiento para aquel que, en sí mismo posee a Dios. Tan sólo es desdichado aquel que está privado de la visión de esta suprema Belleza. Así pues hay que abandonarlo todo para poseer esta riqueza divina, desprenderse absolutamente de la fascinación de las bellezas fugitivas que amenazarían con apartar de su fin al alma, no saber más nada de la tierra, huir «sola con el Solo», ajena a todo. La verdadera patria del alma está allí, «en el seno de la tranquila Trinidad» en el silencio y el recogimiento. «La Trinidad; he aquí nuestra morada, nuestro “hogar”, la casa paterna de la que no debemos salir nunca.»⁵⁷³

Se realiza una fase superior de vida espiritual cuando el alma, triunfando de su propio «yo», y «olvidándose enteramente» a sí misma, no vive más que para Dios, como los bienaventurados en el cielo, en «la incesante alabanza de gloria.» «En cada uno de sus movimientos, en cada una de sus aspiraciones, como en cada uno de sus actos por ordinarios que sean, esta alma es por decirlo así un *Sanctus* perenne, una continua alabanza de gloria.»⁵⁷⁴ Ella comienza en el tiempo su «oficio de eternidad.» Y esto, sin dejar de recogerse en el fondo de sí misma, en ese santuario el más íntimo de su vida al que se ha retirado con su Dios.

«Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto desees saber el lugar donde está tu Amado, para buscarle y unírte con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora, y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti que esté en ti, o por mejor decir, tú no puedes estar sin Él.»⁵⁷⁵ Que esta alma tenga cuidado sin embargo; Dios no habita en ella para su alegría solamente, sino ante todo para su gloria. «¡Agrada tanto a la Trinidad encontrar en sus criaturas su imagen y semejanza!» Así la gloria de la Trinidad debe finalmente elevar al alma por encima de sí misma y de su propia alegría. «Puesto que mi alma es un cielo, en el que vivo esperando la Jerusalén celestial, menester es que ese cielo cante la gloria del Eterno, nada más que la gloria del Eterno.»⁵⁷⁶ Allí es, en definitiva adonde quie-

⁵⁷³ «El Cielo en la tierra», 1ª contemplación.

⁵⁷⁴ Último retiro, 8º día.

⁵⁷⁵ S. Juan de la Cruz: Cántico espiritual, estrofa I.

⁵⁷⁶ Último retiro, 7º día.

re conducir a las almas la doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad: «Vivir a imagen de la Inmutable Trinidad, en un eterno presente, adorándola siempre a causa de sí misma y llegando a ser en virtud de una mirada cada vez más simple, más unitiva, el esplendor de su gloria, en otros términos, la incesante alabanza de gloria de sus perfecciones adorables.»⁵⁷⁷

Mientras santa Teresa del Niño Jesús ha llevado tras sí a innumerables almas en su ofrenda de víctima al Amor misericordioso, sor Isabel de la Trinidad parece haber recibido por misión suscitar en la Iglesia una multitud de «Alabanzas de Gloria» a la Trinidad:

«Os lego esta vocación que fue mía en el seno de la Iglesia militante y que en lo sucesivo llenaré sin cesar en la Iglesia triunfante: Alabanza de Gloria de la Santísima Trinidad».

⁵⁷⁷ Último retiro, 16º día.